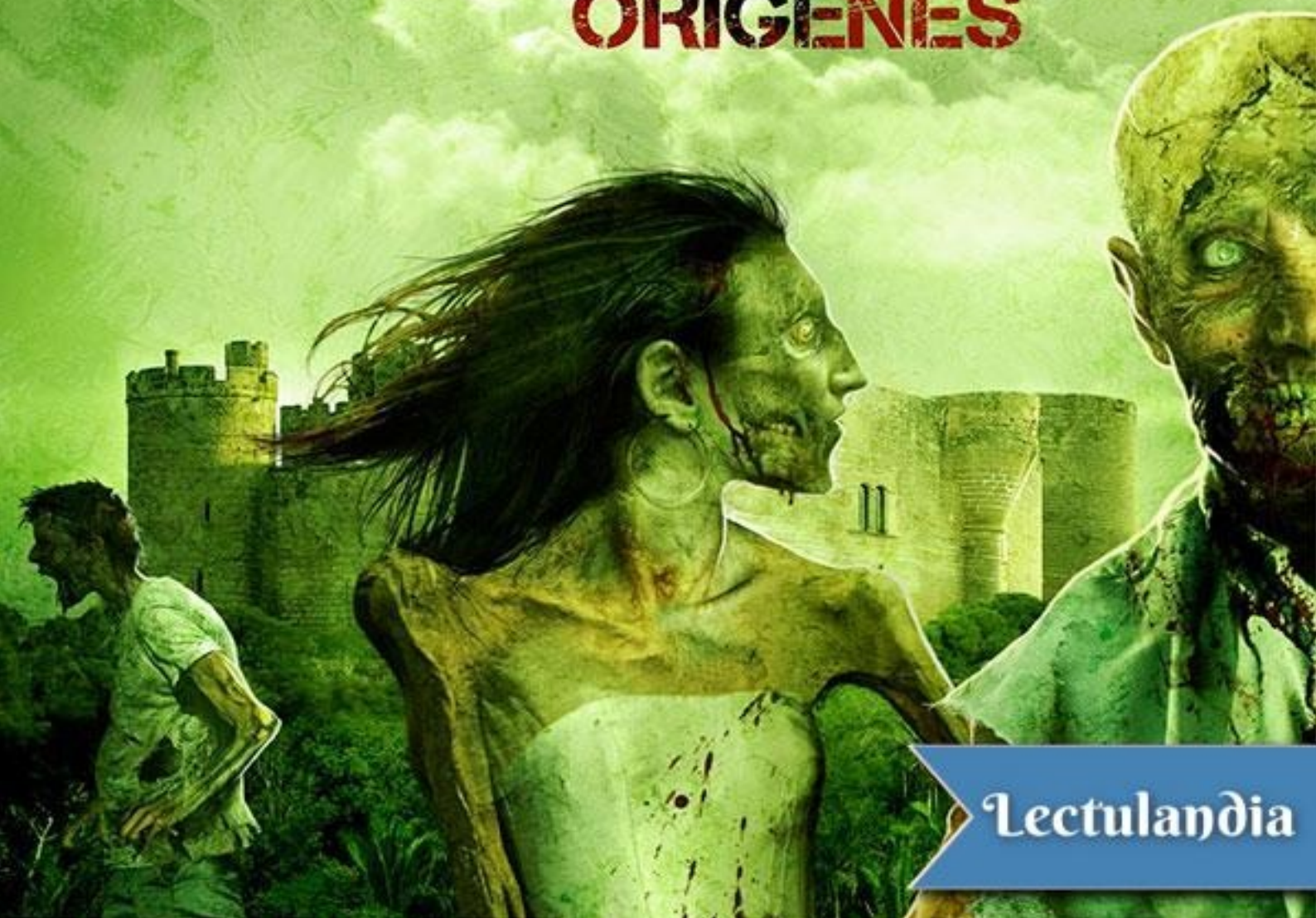


J.D.

En un mundo donde los muertos andan
los vivos siguen siendo la mayor amenaza

APOCALIPSIS ISLAND ORIGENES



Lectulandia

En *Apocalipsis Island* supimos que la humanidad sobrevivió al alzamiento de los zombis. Los vivos recuperaron el planeta y siguieron con sus vidas adaptándose a un nuevo escenario.

Pero, ¿cómo consiguieron los zombis vencernos en nuestro primer enfrentamiento? ¿Qué pasó para que la humanidad perdiera la batalla inicial? ¿Cómo reaccionaron los gobiernos ante la crisis? ¿Qué terribles secretos se escondieron detrás de la resurrección de los muertos?

Descúbrelo a través de Mara, una chica amnésica que no recuerda lo que es vivir en un mundo sin zombis; «G», un pirata informático que se ha convertido en la única esperanza para un gran número de supervivientes; o Henry, un ingeniero que estaba a punto de revolucionar la industria automovilística antes de que los zombis aparecieran.

El año es 1985 y éstas son las historias que conforman el puzzle de lo que pasó durante esa época oscura de la humanidad en donde comprobaremos que aunque los muertos caminen sobre la Tierra el mayor peligro siguen siendo los vivos.

Lectulandia

J.D.

Orígenes

Apocalipsis Island II

ePub r1.0

Banshee 14.01.14

Título original: *Apocalipsis Island II: Orígenes*
J.D., 2010

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*En primer lugar a ti, querido lector, que has comprado este libro en los
tiempos que corren.*

*A los fieles lectores del blog, que han seguido diariamente lo que se relata en
esta novela. Gracias por vuestra santa paciencia*

*Al editor, obviamente, que tuvo la estúpida idea de confiar en un servidor
para la tarea de escribir a diario en un blog.*

*Al consejero en Química, Pep, y al consejero armamentístico, Carlos. Si algo
no se corresponde con la verdad es culpa suya, que yo no sé nada. O de
Internet, que lo carga el diablo.*

*Y al servicio de metro de Palma, que ha visto escrito en su ruta hasta la
universidad desde la ciudad y viceversa unas tres cuartas partes de esta
novela... O más.*

En un mundo donde los muertos andan
los vivos siguen siendo la mayor amenaza

APOCALIPSIS ISLAND ORIGENES

Introducción

Ésta es una novela de palomitas.

Aquí no encontraras sesudos estudios sobre zombis. Ni personajes ultra-definidos de manera que sepas hasta que pie calzan. No tendrás páginas y páginas describiendo un bosque o una calle.

Eso se lo dejo a tu imaginación, querido lector.

¿Cómo son los personajes físicamente? Como el lector quiera. ¿Qué armas usan? Las que el lector desee. He querido centrarme en la historia y la trama, y no considerar que el lector no sea parte de la creación de la novela.

Mi objetivo no es llevarte de la mano a cada momento, sino que te lo pases bien y no pases de leer párrafos sólo porque contienen información que no es esencial. En esta novela no hay mucho polvo (soy alérgico,) pero si mucha paja. Espero que la disfrutes y si no es así, créeme que lo lamentare en lo más profundo.

Y si te estás preguntando por esta extraña introducción, piensa que la redactada inicialmente comenzaba con: Vivimos rodeados de zombis; y continuaba con un sesudo análisis filosófico sobre el ser humano y su condición de zombi sin saberlo, de personas que simplemente seguían a la masa y no se preocupaban de los demás. Que había unas pocas excepciones. Gente con sentimientos que veían cómo estos zombis modernos les acosaban para hacerles como ellos.

Y acababa con una frase de ánimo a esos supervivientes de esta sociedad egoísta y grosera.

Prólogo

La Plaga se extendió por todo el mundo a su propio ritmo.

Nada ni nadie se encontraba a salvo, tampoco se la podía parar. Se la llamó Plaga porque no tenían otra manera de referirse al suceso sin alarmar a la gente, ¿Apocalipsis? ¿El fin del mundo? ¿Cómo querían vender al público que había esperanza si usaban términos tan catastrofistas? La palabra plaga se podía vender, la gente la asociaba a algo grave, sí, pero curable, algo de lo que se podían recuperar.

Y en eso confiaba la gente. En que algún día, los muertos regresarían a sus tumbas y todo volvería a ser como siempre. ¿Pero cuándo y a qué precio?

Los zombis no parecían tener prisa por morir... otra vez. Y tampoco aparentaban tener un plan o preferencia por las ciudades que “conquistaban”. Eran impredecibles. Nunca sabías cuándo o dónde iba a resucitar un muerto. Pero eso era todo lo que se necesitaba. Un fallecido que comenzara la conquista, un vagabundo abandonado en una oscura calle, escondido entre cartones de las miradas de la gente, con eso era suficiente.

Volvía a la vida, mordía a alguien o lo mataba, o le hería de cualquier otra manera, y la cadena avanzaba.

Al principio nadie sabía qué estaba pasando. ¿Muertos que volvían a la vida? Ridículo. Se encontraban en una sociedad civilizada. Seguramente tendría una explicación. Y así, poco a poco, gracias entre otras cosas al escepticismo de la gente, los zombis crecían en número, y cuando te querías dar cuenta, el pueblo, o la ciudad, o el país, estaba lleno de zombis y lo único que podías hacer era suicidarte o huir.

Los que eligieron huir se encontraron con nuevos problemas: No sólo se tenían que adaptar a una situación desconocida, sin comida ni bebida y sin las comodidades diarias como un servicio, o una cocina de gas, o el tabaco, sino que debían enfrentarse a la naturaleza humana y la ley de la selva: Sólo el más fuerte sobrevivía, si no tenías escrúpulos, claro.

Aunque la gente trató de agruparse para sobrevivir, los había que preferían ir por su cuenta y riesgo y aprovecharse del esfuerzo de los demás, robándoles... o matándoles.

Muchas ciudades dejaron de tener nombre. Las fronteras se olvidaron. Daba igual de dónde procedían los supervivientes. Los países y las nacionalidades ya no importaban. Sólo importaba sobrevivir en aquel nuevo mundo, donde los zombis se habían convertido en la mayor causa de mortalidad que la humanidad había conocido desde la Gripe Española, que asoló el mundo, acabando con cerca de cincuenta millones de personas. En aquella época esa cifra representaba entre una cuarta parte y un tercio de la población mundial. Era imposible saber cuánta gente había muerto ya

a causa de los zombis, pero lo único seguro era pensar que debieron ser los más afortunados al no tener que vivir en ese nuevo mundo.

Los ejércitos desaparecieron. Apenas hubo unidades que se opusieran a la invasión zombi, y las pocas que lo hicieron tuvieron poco éxito; total, las balas parecían no hacerles daño. No estaban preparados para enfrentarse a un enemigo desconocido, impredecible, que crecían en número día a día, sin un plan que poder contrarrestar, sin tácticas a las que vencer... y formado por civiles en su mayor parte. ¿Cómo iban a disparar los soldados a mujeres, niños y ancianos? Durante toda su carrera habían sido entrenados para proteger a ese tipo de gente, no para matarla.

Los meses pasaron y la situación lejos de mejorar parecía empeorar. Los rumores decían que Asia había sido reducida a cenizas por bombas atómicas lanzadas por los soviéticos; que Japón se había hundido en el océano como la Atlántida. Y de Inglaterra... los relatos que llegaban eran tan escalofriantes que dejaron de circular rápidamente y, pasado un tiempo, nadie preguntaba ni decía nada. Como el rey Arturo, se convirtió en una leyenda, aunque en este caso nadie quería saber nada de la misma.

El Mundo pasó por una nueva Edad Media.

Los grupos de supervivientes aprendieron a no quedarse en un sitio concreto. Ya fuera bien por los zombis, o por los desaprensivos que no dudaban en robar, matar o violar.

Se convirtieron en nómadas que iban de un lado para otro buscando algo que comer, o que beber; esperando que una mañana se levantaran y descubrieran que todo había sido una pesadilla, o que se solucionara de forma mágica.

Pero no todo el mundo deambulaba de un lado para otro sin rumbo ni objetivo alguno que no fuese sobrevivir. Algunas supervivientes formaron comunidades y se organizaron para defenderse, tanto de los zombis como de otros grupos. Su objetivo no sólo era sobrevivir, era aguantar, tratar de recuperar parte de sus vidas; cada uno hacía lo mejor que sabía hacer: los médicos curaban a los heridos y enfermos, los profesores enseñaban a los más pequeños, los que sabían usar un arma enseñaban a los demás a poder defenderse sin tener que depender de terceros. Tenían miedo, pero confiaban en los que les rodeaban. Estudiaron a los zombis y sus métodos, aprendieron a no llamar su atención y su particular método de reproducción.

Eran un rayo de esperanza en la oscuridad en la que el mundo estaba sumido.

Éstas son algunas de las historias que ocurrieron antes, durante, y después de la Plaga.

Capítulo 1

La Primera Plaga (I)

Hola, me llamo Mara, y mi mayor deseo es la paz en el mundo.

Por lo visto eso era lo que las chicas debían de escribir en sus diarios cuando los zombis no existían. Me cuesta mucho imaginarme un mundo sin zombis. No me entiendas mal, querido lector, no es que naciera con los zombis rondando el planeta, no soy tan joven...

Bueno, si fuera tan joven, creo que no sabría escribir. En fin, lo que pasa es que no recuerdo nada. Aunque sé leer y escribir. Es una de esas cosas que Doc dice que son contradicciones propias de la amnesia. Que yo no recuerde, no significa que el cuerpo no lo haga. Sigo respirando, eso es prueba suficiente de que mi cuerpo no ha olvidado las cosas.

Bueno, si lo dice Doc... tendrá razón. ¿Doc? Bueno, Doc es... Doc... por lo visto era un médico antes de que los muertos se alzarán... creo que se podría hacer un chiste al respecto, pero no debía de ser muy buena con esas cosas dado que no me viene nada a la cabeza... la amnesia, que me ha borrado mi sentido del humor, seguro.

Como te decía, Doc es una de las personas que nos cuida. Es como un padre para todos nosotros, aunque no es tan viejo. Claro que, cuando alguien le pregunta, dice que perdió la cuenta a los treinta y dejó de contar.

Aunque en estos días tampoco tiene mucho sentido saber en qué día vives o el mes...

Y sí, sé lo que son esas cosas porque me las han explicado. Es algo embarazoso y producto de muchos chistes preguntar cosas así. No quiero ni recordar la cara que pusieron cuando... bueno... las mujeres tenemos ciertos días que... en fin... mejor lo dejo, que todavía me muero de vergüenza sólo de pensar en ello.

Por donde comenzar... es lo malo de haber perdido la memoria, que no recuerdo muchas cosas, y todo lo que sé es que los zombis siempre han estado sobre la superficie del planeta. Cuando me dicen que la gente vivía en las ciudades o en los pueblos... ¡sin zombis! Me cuesta imaginarlo.

Poder caminar tranquilamente por una calle sin miedo a que la muerte te aceche en cada callejón, o entrar en una casa sin tener que asegurarla primero. Debía de ser un mundo muy hermoso. No sé, se me hace difícil contar cosas sobre cómo he acabado escribiendo este estúpido diario, dado que la mayoría de cosas que recuerdo son embarazosas o tratan sobre sangrientos combates.

Nada interesante que no le ocurra a cualquiera todos los días.

Doc dice que mi amnesia es algo post traumático, y que tal vez es mejor así. Que hay cosas que más vale que no recuerde. Si él lo dice, tendré que creerle. Recuerda más cosas que yo sobre cómo era la vida antes, aunque por lo que me han contado parecía ser mucho mejor.

No sé porqué no les gusta hablar de ello.

Mara releyó, con el ceño fruncido y bajo la luz de la fogata, el trozo de texto que había escrito en aquel diario de hojas amarillentas y olor a moho. Se recogió un mechón rubio de flequillo detrás de la oreja. En el grupo era obligatorio tener un diario y dado que no llevaba mucho tiempo entre sus tropas, no iba a ser ella la que rompiera la tradición.

Miro al grupito de doce personas que le rodeaba. Tres mujeres jóvenes, contándose a ella misma, y nueve hombres de diversas edades. Cada uno centrado en qué plasmar en su pequeño diario, qué ilusiones, qué esperanzas, qué tristezas les había deparado aquella jornada.

Observó a Doc durante unos segundos. Doc era el médico, el hombre para todo. Un líder nato. Pese a su pelo grisáceo, en esos momentos parecía un niño dibujando en un cuaderno. Él, cuando se dio cuenta de que Mara le observaba le dedicó una sonrisa mitad alegre mitad amarga.

Le habían explicado que este ejercicio se hacía por diversos motivos: Era una forma de reconocer que todo lo que estaba ocurriendo era real y no una locura o una alucinación. Para mantener la cordura, vamos, y también para que, las generaciones presentes y futuras pudiesen leerlos. Estos diarios podían servir de testimonio de lo que sucedió y sucede, como antiguas tablillas hebreas o pergaminos egipcios. Quizá así no se volvería a repetir la historia, y además, si alguien los encontrara, les podría servir de guía, como una especie de lección que les mantuviese vivos, aprendiendo de los errores que habían cometido los autores de los mismos.

La idea parecía un poco macabra, dado que si alguien leía uno de estos diarios, significaba que su dueño había muerto, en la mayoría de los casos, a manos de los zombis. En la actualidad pocas personas morían de causas naturales, de eso ella, con sus treinta años, había sido testigo demasiadas veces.

Demasiadas.

Mara se acostó sobre el saco de dormir, mirando al cielo estrellado, y pensando que prefería estar respondiendo a por qué quería ser Miss Mundo, fuera lo que fuese eso, a tener que lidiar con su vida real: Despertarse, matar zombis, comer, matar zombis, dormir, y vuelta a empezar.

Una rutina bastante peligrosa.

El agotamiento y el calor de la lumbre hicieron que cayese dormida mientras

alguien del grupo tarareaba alguna canción que quizá, como un juglar, transmitiría a las generaciones venideras. Si el mundo echaba a rodar de nuevo.

La mañana siguiente amaneció despejada, aunque no hacía demasiado calor, algo que era de agradecer cuando se tenía que caminar bajo el sol.

Emprendieron la marcha bajo el soporífero canto de los pájaros y del correr del agua en alguna parte del bosque. En pocas horas llegaron a su objetivo: Un pequeño pueblo abandonado, cercado de bosque y montañas, que debían explorar y “limpiar”.

Lo cierto es que “limpiar” un pueblo no impedía que en su siguiente visita no se encontraran de nuevo con zombis, pero al menos se aseguraban que no hubiese... más.

La rutina habitualmente era la misma: grupos de tres personas por edificio, armas en ristre y limpiando lo que encontraran a su paso, e informando de si había víveres, ropa o alguna cosa de utilidad (que solía ser la gran mayoría de las cosas que encontraban). La labor de desparasitación era lenta y ardua, aunque a veces se podía intuir el peligro por la peste que soltaba la carne muerta de los zombis.

La alarma saltó a media tarde, cuando el sol casi se ocultaba en el horizonte de aquel paisaje agreste. Se encontraban los doce reunidos junto a un pequeño parque devorado por las malas hierbas y el oxido, cuando escucharon un extraño y metálico ruido proveniente del interior de uno de los contenedores lleno de pegatinas y pintadas que quedaban a la izquierda del grupo.

Se pusieron en alerta, esperando que una horda de no-muertos apareciera tras los contenedores y tratase de convertirlos en comida. Paul, Mara y Harry se acercaron por delante, Doc y los demás rodearon el objetivo, separándose para cubrir el contenedor desde todos los ángulos. En ningún momento bajaron las armas. ¿Por qué no disparaban? Porque habría sido un gasto inútil de munición, quizá. Porque podrían herir a algún inocente, tal vez. Además... el sonido de los disparos en las desérticas calles de aquel pueblo sería más ruidoso que dentro de los edificios y podría atraer elementos indeseados hasta ellos.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca del contenedor apareció un nuevo problema:

¿Quién lo abría? Mantuvieron una discusión en silencio con miradas, caras tensas y aspavientos para ver quién abría la tapa del contenedor. Al final, alguien encontró un par de trozos de madera con los que poder abrirlos a distancia.

Todos se pusieron en guardia, con el dedo en el gatillo, mirando cómo se alzaba poco a poco la tapa. Cuando ésta fue retirada siguieron esperando, pero no asomó nada, así que resurgió la discusión muda, en esta ocasión sobre quién debía asomarse para comprobar qué era lo que había dentro.

Mara gruñó, negó con la cabeza y se acercó con rapidez al contenedor. En pocos segundos su arma recorría el interior bajo su atenta mirada, dispuesta a disparar a la

menor señal de peligro.

—¡No disparen, por favor! —exclamó alguien aterrorizado desde dentro—. ¡Estoy vivo!, ¡de verdad, lo juro! No... no estoy muerto. ¡No quiero comerme sus cerebros...! ¡Ni siquiera me gustan los cerebros!

Mara observó con atención el interior del contenedor y vio a un... ¿ser humano? Sucio, desaliñado. El tipo se encontraba acurrucado en un rincón, temblando, llorando a lágrima viva y con las manos en alto en señal de rendición.

—¿Se puede saber qué haces ahí dentro? —preguntó Mara irritada—. ¡Podías haber puesto un cartel o algo indicando que estabas ahí! Algo como: *Humano vivo dentro*.

»Todavía no he visto a ninguna de esas cosas pararse a leer un cartelito o mirar un anuncio de lencería sexy, ni coger un lápiz para ponerse a escribir.

El hombre intentó hablar de nuevo pero al principio no lo consiguió. Era calvo y tenía arañazos en la cabeza. A sus ropas harapientas se le unía un intenso olor a basura, Mara pensó que debería llevar ahí tiempo, quién sabe si comiendo los desperdicios entre los que vivía.

—Me... me estaba escondiendo de los zombis —respondió entre lloros—. Creo que no pueden ver en la oscuridad, ni oler mi carne si huelo a estercolero y... ¡quería descansar un poco, por Dios!

—Todo el mundo sabe que los zombis ven en la oscuridad —dijo con tono seguro Mara, a pesar de no saber si esta aseveración era cierta—. Mejor será que salgas de ahí y nos acompañes no sea que venga otro grupo que sea más cauteloso y primero dispare y luego se asome..., claro que entonces encontrarían lo que buscaban: Un cadáver.

Mara se alejó, orgullosa del chiste que acababa de hacer, aunque parecía que nadie más le había encontrado la gracia, “bueno, ellos se lo pierden, pensó”.

Cuando el desconocido salió del contenedor, el grupo retrocedió un poco... el hedor que aquel tipo desprendía era insoportable. El extraño les observó un poco atónito.

—¡Eh!, el olor... me ha ayudado a seguir vivo —dijo el apestoso mientras se alejaba del contenedor y el grupo se alejaba un poco más de él—. Los zombis creían que era uno de ellos, en serio. Ah, y me podéis llamar “Chispas”.

Mara giró la cabeza, levantó las cejas con incredulidad y prefirió no decir nada. Debía haber tenido la suerte del tonto, dado que nunca había visto a los zombis ser engañados por el olor de la gente. Le contaron, cuando ella llegó por primera vez al grupo, intentó de todo: Hacer desaparecer el olor, enmascararlo restregándose y poniéndose encima la piel de animales muertos, incluso lo intentaron con piel de... humanos muertos; Pero nada funcionaba. Los zombis no podían ser engañados.

—Hay una acequia por aquí cerca, en aquella dirección —señaló a su izquierda

—. Te acompañaremos para que te laves y... no te maten, después de tus esfuerzos por sobrevivir.

Mientras se lavaba con el agua helada que corría traviesa entre las mohosas piedras, Mara se le acercó y le dijo:

—Las reglas son sencillas: No robar, no mentir, y guardarte una bala con tu nombre escrito en ella; Los problemas se hablan y se resuelven entre todos, alrededor de una hoguera, nada de rencillas personales que puedan poner en peligro la integridad de todos los demás.

El extraño, Chispas, pareció aclimatarse rápidamente a la mecánica del grupo. Preguntaba mucho y observaba atento todo lo que el grupo hacía.

A lo largo de la siguiente semana, que transcurrió con la misma rapidez con la que caen las hojas de los árboles en otoño, el grupo se fue desplazando por la zona, buscando cualquier cosa que pudiera ser de utilidad. Hasta que se encontraron una casa abandonada en medio del campo.

La enorme y vieja casona tenía las paredes oscuras, con manchas de humedad y desconchones. Tenía un segundo piso, al que se accedía por unas escaleras semiderruidas y una terraza desde donde se podía ver la zona circundante. El terreno, a su alrededor, era de vegetación baja y despejada de árboles, lo que permitía ver algo acercándose con tiempo suficiente para reaccionar.

También tenían un pozo de agua natural sin contaminar, según los análisis iniciales que realizaron con un kit cogido prestado a un soldado muerto que habían encontrado hacía tiempo.

Lo peor, como siempre, fue explorar la casa, teniendo que ir habitación por habitación con el miedo a que de repente saltara algo al cuello de uno de los integrantes del grupo desde cualquier rincón oscuro u oculto.

Los armarios siempre resultaban ser lo peor, a excepción, tal vez, del olor a cerrado y a muerto que solía haber en sitios así. Al final, y tras haber explorado cada rincón, no encontraron nada no-muerto o vivo, ni dentro ni en los alrededores.

La casa, aparte de vacía, no parecía estar en tan mal estado... si se obviaban las telarañas y demás fauna habitual que se apoderaba de estos sitios cuando los humanos los habían abandonado.

Como hacían siempre, de manera escrupulosa, se repartieron las labores de vigilancia, de manera que parte del grupo pudiera relajarse, e incluso dormir, sin demasiado miedo a ser despertados rodeados de zombis.

En el piso superior encontraron dos habitaciones con colchones un poco mohosos, aparte de los dos sofás que había en la planta baja, que parecían estar en mejor estado. Apretados un poco no tendrían que dormir en el suelo como habitualmente hacían.

Mara revisó la casa, parecía ser el típico chalet de fin de semana. Su impresión

coincidió con la de diversos compañeros. La vivienda, en medio de la nada, y lejos de la civilización, no albergaba rastro de los dueños originales. Había varias fotos de los que, con toda probabilidad, fueron los dueños: Una pareja con un niño pequeño. Mara se preguntó qué habría sido de ellos: ¿estarían muertos?, ¿serían de los afortunados que seguirían estando muertos bajo tierra y no vagando por ahí?

Esperaba que fuera así, y que tuvieran una muerte rápida sin ser conscientes de lo cercano que estaba el fin del mundo.

De reojo vio pasar a Chispas, el nuevo. Parecía estar adaptándose demasiado bien para su gusto.

En alguna ocasión había hablado con Doc sobre su habitual desconfianza hacia los demás. Éste le había indicado, con mirada serena, que con toda seguridad, era mejor no ahondar en ese sentimiento, dado que podía provocarle problemas con sus propios compañeros, al sospechar de ellos. Y que quizá esto, en alguna ocasión, podía llevarles a todos a una muerte estúpida e inútil.

Recorrió una vez más la casa; no por seguridad, sino por el simple ejercicio mental de tratar de imaginarse cómo sería vivir en una casa como ésta, en una época en la que sólo había que temer a la polución, los políticos corruptos, el paro y esas cosas tan mundanas de las que de vez en cuando sus compañeros parecían hablar con cierta nostalgia. Doc le había explicado, que era parte de la naturaleza humana el no darse cuenta de lo afortunado que uno era hasta que lo perdía todo. O al menos no sabían disfrutar de lo que tenían, y no se refería a lo material.

Mara trató de imaginarse cómo sería eso de vivir todos los días como una persona normal, sin miedo a ser mordida, cazada, o saber si tendría suficientes balas para sobrevivir.

Se preguntó una vez más si los no-muertos sentirían nostalgia de su vida anterior. Aunque, por su experiencia, parecían más próximos a animales salvajes: No planeaban nada, no se ocultaban para realizar emboscadas. Simplemente, actuaban por instinto... y a pesar de todo, habían puesto en entredicho la supervivencia de la raza humana.

Trató de desechar esos pensamientos tan funestos e intentó conciliar el sueño y descansar como sus compañeros de viaje.

Los gritos alertaron a todos los ocupantes de la casa.

Todos corrieron hacia el origen del barullo, con las armas a punto por si algún zombi había conseguido burlar a los vigilantes.

Los que estaban en el dormitorio principal fueron los primeros en identificar a la causante de los gritos, que no era otra que una Mara sudorosa, con el rostro desencajado y que respiraba agitadamente, haciendo aspavientos con las manos.

Tenía la mirada perdida, y su cabeza se movía de un lado a otro, como si no supiera dónde se encontraba. Doc entró en la habitación abrochándose la camisa, con

rapidez. Cuando vio que se trataba de Mara se inclinó junto a ella y la cogió de la mano mientras trataba de tranquilizarla con dulces palabras.

Al cabo de unos minutos, pareció que las palabras de Doc surtían efecto y Mara se relajaba. Cuando se dio cuenta de lo que había provocado pidió disculpas. No era la primera vez que ocurría una cosa así y alarmaba a todo el grupo. Le sucedía a menudo que tenía pesadillas que luego no conseguía recordar y fruto de ellas eran esos gritos aterradores.

Doc sacó un pañuelo y se lo dio a Mara, que lo miró sin entender el gesto.

Entonces se percató de que estaba llorando, y lo peor es que ni sabía el motivo de esas lágrimas.

Una vez más, Mara pidió disculpas a sus compañeros y salió de la habitación acompañada de Doc. Normalmente, después de algo así, era complicado que volviera a coger sueño. Además, necesitaba beber, notaba un regusto ácido en la garganta que quería sacarse cuanto antes.

Se despidió de Doc agradeciéndole su paciencia y relevó a uno de los centinelas que estaba subido al tejado de la casa, vigilando los alrededores. Éste le agradeció el gesto con extrañeza pero con una sonrisa en los labios.

Cuando se encontró sola, suspiró aliviada y trató de tranquilizarse observando las estrellas del firmamento. El aire de la noche era algo frío, se estremeció, pero no le importaba demasiado, le hacía sentir viva.

Estudió el bosque que circundaba la casa mientras trataba de recordar la pesadilla que le había provocado aquella reacción, pero, cada vez que parecía recordar, un detalle se le escurría, causándole la misma sensación que intentar cazar el aire con las manos. Estaba ahí, pero no podía conseguir refrescarlo. Cuando comenzaba a formarse una imagen en su mente, ésta, de repente se desvanecía... era tan frustrante.

Tenía ganas de abrirse la cabeza para buscar esa imagen, pero... al parecer ésa no era una buena idea, o eso le habían dicho.

Mientras observaba cómo amanecía, trató de quitarse la sensación que le acompañaba desde que se despertó con tanta brusquedad. Un sentimiento como de suciedad, culpabilidad, la sensación de haber hecho algo malo. Y con esta frustración recibió el relevo y se fue a la cocina a cubrir su turno para preparar el desayuno.

Los desayunos, habitualmente, no eran muy elaborados. Pero aprovechando que estaban a cubierto y que parecía haber variedad en la despensa, Mara aprovechó para preparar algo especial, a modo de disculpa para sus compañeros.

Fue abriendo una lata de fruta en conservas cuando escuchó gritos en el exterior y ruido de pisadas en la parte superior de la casa.

Salió fuera para ver qué estaba ocurriendo y pensando que quizá un grupo numeroso de zombis había salido del bosque, o peor aún, saqueadores armados.

Al llegar al lugar de origen de los gritos, alguien señalaba hacia el bosque. Mara

siguió la dirección indicada y pudo observar una figura que se adentraba en el bosque. Lo curioso era que la figura pertenecía a Chispas ¿Qué estaría haciendo? A lo mejor le entró pánico y había decidido buscarse la vida por su cuenta, pensó Mara.

Pero parecía algo repentino. Preguntó con la mirada a los que estaban allí.

—Había salido para avisarle de que el desayuno estaría pronto —comenzó a explicarse Raph, un hombre gordito y tranquilo—. Cuando me he acercado, le he visto que parecía estar hablando solo. Luego me he fijado en que parecía tener algo similar a una radio. Le he preguntado que qué era y he bromeado diciéndole que si cogía el partido... entonces, de repente, me ha empujado a un lado y se ha alejado corriendo como si le persiguiera un zombi campeón de los cien metros lisos.

Un par de personas más se acercaron a la carrera hasta el grupo que se había formado. Mara tomó una decisión: Todo el asunto era demasiado raro, y ya tenía un par de experiencias encima con saqueadores y ladrones; debían coger a ese tipejo y averiguar con quién había estado hablando.

Indicó a un par de personas que le acompañaran y salieron corriendo hacia el bosque para tratar de capturar al nuevo.

Al llegar a la linde del terreno de la casa, Mara se detuvo y lo mismo hicieron sus compañeros. Les indicó que se separan unos metros entre sí para poder peinar más terreno, pero de manera que se pudieran cubrir unos a otros y verse entre ellos.

Estaban a punto de entrar al bosque cuando Mara escuchó un grito aterrador. Demasiado familiar: El grito de la muerte.

Un chillido que delataba que un zombi había conseguido una presa, y que ésta era consciente de que su fin estaba cerca. Un escalofrío le recorrió por la espina dorsal. Aunque también, todo esto, anticipaba demasiadas preguntas y sólo una respuesta certera: Problemas.

¿Cuántos podían ser? ¿Dónde estarían?

Mara y sus compañeros, que se habían detenido en seco al escuchar el grito, se miraron unos a otros para comprobar que estaban bien. Los tres seguían vivos y enteros, ahora sólo quedaba encontrar el origen de aquel desgarrador alarido sin morir en el intento. Ya no tenían prisa por entrar en el bosque y capturar al nuevo, alguien había hecho ese trabajo por ellos y en esos momentos lo único que quedaba era asegurarse de no correr el mismo destino.

Aunque los zombis no eran criaturas muy humanas y no hacía falta ir muy en silencio o escondiéndose cada dos pasos, Mara prefería tratar de ser lo más silenciosa posible y fundirse con el entorno. Escondarse detrás de cada árbol para mirar lentamente qué tenía delante, tratando de no ser descubierta. Debían averiguar el número de muertos vivientes a los que se enfrentaban, si sólo era uno, no sería un problema, salvo que les sorprendiera, si eran más de uno... bueno, eso ya podría ser muy problemático.

Mara no acababa de entender cómo, en un momento como ése, su cerebro se dedicaba a pensar en los zombis y sus ritos de caza: ¿Cómo veían a los vivos? ¿Los olían, quizá? Era difícil saberlo.

Trató de centrarse en el bosque y en su entorno en lugar de cavilar sobre los comedores de cerebros; aunque si lo pensaba bien, no les había visto nunca comerse un cerebro.

“No. Concentración, Mara.”

Tras unos largos minutos llegaron a la zona donde se originó el grito y pudieron ver el atroz espectáculo: Un ¿zombi? estaba arrancando trozos del cadáver de Chispas.

El espectáculo en sí era repugnante. Al no-muerto le había desaparecido la parte inferior de su cuerpo. Una estela de sangre en el suelo conducía hasta el tipo, o más bien hasta sus intestinos, junto al pie de un árbol. Parecía como si esa diabólica criatura se hubiera quedado ¿hibernando? Junto al árbol ¿esperando una muerte que no llegaba, tal vez? Con seguridad el ruido de pisadas debió de despertarle de su letargo. El problema de huir es que no miras lo suficiente hacia delante, y en esta ocasión ese error había sido letal para Chispas. El zombi sólo había tenido que alargar los brazos, hacer caer al otro y el resto... bueno, era una historia conocida.

El no-muerto parecía llevar mucho tiempo ahí quieto, a juzgar por las telarañas que le colgaban de la cabeza. Lo bueno de un zombi que ha cazado es que está demasiado ocupado disfrutando del banquete como para darse cuenta de que puede haber más peces en el río. Aunque aquel engendro en cuestión, por su incapacidad de moverse de forma normal, no parecía representar un gran peligro. Siempre que se le viera ante, claro; era más bien el ejemplo perfecto de que nunca te podías confiar con ellos, y de que nunca debías bajar la guardia.

Después de asegurarse de que no había más zombis por las cercanías, los tres se acercaron lentamente al engendro, que estaba concentrado en su comida. Mara desenfundó su machete y de un tajo rápido y certero separó la cabeza del zombi del tronco. Luego repitió el ritual con su víctima, Chipas, ¿el espía?

Volvieron a la casa donde habían montado su base temporal. Mara señaló que sería adecuado ir haciendo los preparativos para deshacerse de los restos que traían consigo. Sus compañeros acataron la orden y comenzaron a cavar un agujero en la tierra, después lo rellenaron de leña.

Tras comprobar los bolsillos de Chispas, buscando respuestas, y cuando el fuego comenzó a crepitar y coger fuerza, lanzaron los restos “humanos”. Sin ceremonias.

Se echó más leña y se fueron avivando las llamas para deshacerse de cualquier resto que pudiera causar problemas.

El fuego es fascinante. Varias veces, mientras lo vigilábamos para que no

creciera demasiado, me he encontrado mirando hipnotizada las llamas. Con su continuo movimiento. Ese baile caótico que hace que te den ganas de acercar la mano para tocarlas.

Al principio, cuando me uní al grupo y veía cómo quemaban los restos de zombis o víctimas de los mismos, no entendía el motivo: ¿por qué no enterrarlos o dejarlos ahí? Ya no representaban un peligro. Pero Doc se sentó un día para explicármelo.

Al parecer, es una teoría como tantas otras que hay al respecto. Los zombis son algo así como carne infectada, pasada de fecha, no la quiere ni la naturaleza, ni los animales. Entonces me di cuenta de que a los zombis nunca les rodeaban las moscas, que era algo de lo más natural si lo pensabas, ni se les acercaban los animales carroñeros. Doc me siguió explicando que, allá donde se enterraba a un zombi o a una de sus víctimas, o donde yacía un no-muerto, no crecía nada. La naturaleza, que salvo el plástico, aprovecha todo lo que le tiramos, no quería usar la materia prima de esas criaturas. De hecho, posteriormente, pude ver ejemplos de lo que me contó Doc: Hierba que crecía dejando un espacio de medio metro alrededor de los zombis muertos... de verdad, ratas que en cuanto se acercaban, se alejaban a una velocidad increíble, ni siquiera los cuervos parecían interesados.

Después de apagar el fuego repasamos las pertenencias del ¿espía? Poca cosa, aparte de una radio que parecía militar, ¿por satélite? Al menos tenía una de esas antenas que alguno reconocía de haberlas visto en películas; cuando intentamos usarla vimos que pedía una contraseña... Además, tenía un mapa de la zona con diversos sitios marcados. Eso nos alarmó. No era la primera vez que nos encontrábamos con carroñeros humanos, ladrones que no tenían ningún problema en matarte para quitarte cualquier cosa que tuvieras, o simplemente te dejaban en medio de la nada sin provisiones ni armas.

Afortunadamente, habíamos aprendido de la experiencia. Cuando estudiamos el mapa comprobamos que algunas de las marcas se correspondían con los últimos lugares visitados, incluyendo el pueblo donde le encontramos. En definitiva, la cosa no pintaba bien y había que tomar algunas decisiones.

Capítulo 2

La primera plaga (II)

Doc, te necesitamos.

Doc, ¿dónde ponemos esto?

Doc, tenemos un herido.

Cualquiera pensaría que estaría estresado, harto de escuchar mi nombre (bueno, mi nombre), o de que la gente quiera que esté en cuatro sitios a la vez, pero... supongo que es la adrenalina constante, me encanta. Antes del final del mundo como lo conocíamos, yo era un aburrido médico de cabecera que tenía que escuchar los continuos problemas de gente anónima y, a menudo, egoísta. Sí, lo sé, es la vida que yo elegí, y parece también cruel y egoísta ser feliz en esta situación, pero qué demonios, es eso o pegarte un tiro en la cabeza.

El día amaneció sin aparente novedad. La gente comenzaba a desperezarse y, mientras pensaba en el desayuno, empezaron a ocurrir los trágicos sucesos. Gritos, alarmas, gente corriendo. Cuando llegué al centro del problema Mara desaparecía por la linde del bosque.

En el momento en que me enteré de que todo el problema venía ocasionado por un posible espía me alarmé. No era la primera vez que teníamos problemas de este tipo. Indiqué a la gente que comenzara a prepararse para irnos. No podíamos permanecer en la casa si alguien más sabía que estábamos ahí y no se sabía muy bien sus intenciones. Era una lástima, pero no todo el mundo es como nuestro grupo, dispuesto a ayudar a la gente e intentando preparar un futuro mejor. Hay ladrones, asesinos, gente que mata a otra por comida, y todo por no querer buscarla directamente ellos. Gente que elige el camino fácil de aprovecharse del trabajo de otros.

El grupo de Mara nos comunicó que Chispas había caído en manos de un zombi. En ese momento ya sabía qué debíamos hacer. Cuando llegaron teníamos preparada la hoguera. Nos reunimos para hablar de lo que teníamos que hacer a continuación. Tras mucho discutir, quedamos en que un grupo liderado por Mara se quedaría investigando y volvería sobre nuestros pasos, recorriendo el camino hecho en las últimas semanas para comprobar que nadie nos seguía o todo estaba tal y como lo habíamos ido dejando.

En el otro grupo se me incluyó casi sin consultarme. Es lo malo de ser "importante," que tengo que ser protegido, y la misión de Mara no tenía visos de ser precisamente un paseo. Así que me tocó volver al refugio lo más rápido posible para poner en conocimiento de todos lo que había pasado.

Además, ya tocaba volver a casa para informar y ser informados de lo que los otros grupos habían conseguido y descubierto.

Por cierto, si estás leyendo esto, disculpa por las manchas de sangre, los zombis nunca se han caracterizado por ser limpios comiendo.

El grupo que comandaba Doc y el grupo que llevaría Mara se despidieron. Este último, se quedaría unos días escondido en el bosque cerca de la casa, vigilándola para ver si estaban siendo seguidos o venían desconocidos. De ser así, se encargarían de cubrir las espaldas del grupo de Doc; en caso contrario, transcurrido ese tiempo, se volverían a encontrar con el grupo principal.

La cara de Doc era un poema mientras su grupo se alejaba de la casa. Sentía pena por tener que abandonarla. La construcción se conservaba bien y sus instalaciones parecían ideales para poder sobrevivir al apocalipsis al que se enfrentaban. Aislada del mundo, con su propio pozo y un generador eléctrico, tierra cultivable... pero todo eso no servía si estabas muerto, y era lo que podía pasar si en aquellos días te quedabas demasiado tiempo en según qué lugares. Los saqueadores y los zombis formaban un peligro presente y real y no debían ser subestimados como habían podido comprobar hacía bien poco. En cualquier momento la muerte podía aparecer de la manera más inesperada.

A pesar de todo, dejaron la casa de manera que sabrían si alguien que no fuera de su grupo hubiera estado en ella. No abandonaban la esperanza de usarla como refugio temporal de vez en cuando, o como último refugio, de ser necesario.

Doc mandó a un par de exploradores por delante para que tampoco hubiese más sorpresas; no debían subestimar a la gente ni al entorno. Tenían que ser lo más precavido posible si querían sobrevivir. Y Doc tenía la responsabilidad de conseguir que todo su grupo llegara vivo al refugio principal. Y era más fácil detectar núcleos de zombis y no ser detectados, si iban por delante un par de personas y no el conjunto entero.

Los siguientes días transcurrieron tranquilos y sin novedad para el grupo de Doc. Esto no provocaba que se confiaran y fueran tranquilos bajando la guardia. Doc no les dejaba. Se pasaba la mayor parte del día recordándoles que no estaban de excursión ni de paseo. Y que en cualquier momento podía surgir el peligro. Cosa que hacía que sus compañeros le respondieran sonriendo con un “sí, papá”. Nadie se podía enfadar realmente con Doc por recordarles lo que había en juego, dado que era sus vidas. Y Doc se tomaba muy en serio la tarea de mantenerles vivos.

Fue al anochecer del tercer día, poco después de acampar, cuando apareció uno de los exploradores con malas noticias. El problema de los exploradores, era, en teoría, que si regresaban no era para dar buenas noticias. La información que traía, como suponía, no fue buena, como todos adivinaron nada más verle aparecer; había

descubierto un nido, una agrupación de zombis en una zona cercana, y no tenían tiempo de rodearlo. Debían alertar a los demás del espía y ponerles en sobre aviso por si algún otro grupo había tropezado con otro compañero de éste y, sin saberlo, lo llevaban con ellos. No podían correr el riesgo de que los zombis les siguieran hasta el refugio. Se tenía que tomar una decisión y, al pie del fuego, todos decidieron discutirlo con tranquilidad, llegando a la conclusión de que no quedaba más remedio que tratar de acabar con los no-muertos.

A Doc no le gustaba esa decisión, era arriesgada y podía ser que alguno de ellos, incluso él mismo, no viera la luna de la siguiente noche. Notó como en el ambiente reinaba el pesimismo y la moral de los que allí estaban reunidos bajaba todavía más. Aparte de hablar sobre la decisión, no se dijo mucho más aquella noche. A algunos les costó conciliar el sueño.

Al amanecer del día siguiente, el grupo se puso en marcha en dirección al nido. Por fortuna para ellos, les superaban en número. Normalmente, los grupos de exploración estaban formados por no más de seis o siete personas, pero por cuestiones diversas, el grupo que dirigía Doc y el de Mara, se habían encontrado y unido para continuar su exploración y volver al refugio. Eso hacía que fueran una decena en el grupo, dado que Mara sólo se había quedado con tres personas en la retaguardia. El número de zombis, según estimaba el explorador, era de cuatro o cinco, no demasiados. Podrían con ellos, también contaban con el factor sorpresa, algo importante aunque no lo pareciera. Además Doc y compañía estaban hechos unos expertos en esas lides, ya habían tenido sus escaramuzas contra los zombis y siempre lograban sobrevivir, por lo que era complicado que alguno se quedara de repente paralizado por el miedo e hiciera que sus compañeros corrieran peligro.

La planificación fue ésta: Hasta que llegaran a la zona y la estudiaran mejor, dispararían a distancia. Nada de acercarse a disparar a bocajarro; no había necesidad de acabar con ellos, simplemente incapacitarlos para que no pudieran seguirles y no fueran una amenaza para ellos u otros viajeros.

Llegaron a la zona por la tarde y se acercaron con cautela a un terraplén que había y que les permitía observar a sus objetivos sin ser vistos y sin peligro aparente. Para sorpresa de todos, los zombis estaban en lo que aparentaba ser una granja, teniendo un festín a costa de los animales domésticos.

Era una sorpresa dado que, por lo que sabían, los no-muertos preferían la carne humana y solían dejar en paz a los animales. Pero eso no estaba ocurriendo en aquella ocasión. Fue una pena haber descubierto esa granja en aquellos momentos y no antes, dado que parecía que los animales habían sobrevivido; sólo para morir a manos de los zombis, o en sus bocas para ser más concretos.

Doc organizó en silencio al grupo y les indicó dónde debían colocarse. Esperaron a que todos estuvieran preparados y abrieron fuego. No hubo combate, ni peligro para

nadie. En unos segundos, todos los zombis estaban tirados en el suelo, muertos de nuevo, o incapacitados. El grupo se acercó con prudencia para asegurarse de que ningún zombi se había caído al suelo por culpa de algún compañero no-muerto o había tropezado con cualquier raíz o piedra. Todo parecía haber salido bien, los zombis estaban incapacitados y no les seguirían. Después de asegurarse de nuevo, siguieron la marcha. Ni siquiera se detuvieron para quemarlos. Ya lo harían más tarde.

Cuando llegasen al refugio y se asegurasen de que no había más espías, enviarían a un grupo para encargarse de los restos y comprobar si hubiera algo que se pudiera aprovechar de la granja. Los zombis no se moverían de donde les dejaban.

Cuando pasaron por detrás del granero, el mundo se les vino encima literalmente. La pared del edificio cedió y saltaron trozos y astillas de la misma por todas partes.

El origen del destrozo era una horda de zombis saliendo de dentro del granero que cayó sobre los desprevenidos viajeros, pillándoles completamente por sorpresa.

En una situación así, mucha gente dice ver pasar por delante de sus ojos su vida. Otros aseguran que el tiempo se detiene o se ralentiza y lo ven todo a cámara lenta. ¿Yo? Pienso en mi perro Gus. Fue un fiel compañero, que por motivos que no vienen al caso, tuve que sacrificar. Recuerdo su mirada, como de perrito apaleado, como si me estuviera pidiendo perdón por el sufrimiento que estaba ocasionando. Recuerdo sus ojos. No olvido que una parte de mí se sentía culpable por tener que quitarle la vida, y otra estaba agradecida por acabar con su sufrimiento. ¿Con los zombis? No tengo dudas, no son seres humanos, tampoco son animales, no merecen existir y no tengo remordimientos cada vez que matamos a uno. Da igual lo que hubiera sido antes. Ahora sólo es una anomalía que ni la naturaleza reconoce como suya.

Mientras mi cerebro interpretaba la carga de los zombis, mis manos ya habían comenzado a actuar: la escopeta, situada en mi costado, se levantó paralela a la tierra e hizo un primer disparo; un zombi voló dos metros hacia atrás sin gran parte de su tronco. Mi mano izquierda recargaba la escopeta mientras subía lentamente y disparaba de nuevo, alcanzando la barbilla de otro zombi, y llevándose de paso gran parte del cráneo del mismo. La mano derecha se alzó junto a la izquierda, que ya estaba expulsando el cartucho, y cuando la tenía casi a la altura de mis hombros volvió a disparar, separando el brazo del cuerpo de otro zombi. A continuación, ya tenía la escopeta apoyada en el hombro y le volé la cabeza. Me giré a tiempo para ver otro zombi, que venía hacia mí con la boca completamente abierta esperando catar carne. Se encontró con el cañón de mi escopeta y sin pensárselo siguió como si nada, disparé y sus sesos salieron volando por detrás de su cráneo.

Saqué el arma de su boca y vi a un zombi con la mano en el aire, sobre uno de mis compañeros. Disparé y la mano se desintegró, me acerqué para asegurar el tiro y el zombi dejó de tener hambre, y boca, ya de paso.

Y tan rápido como había empezado, acabó. Cuando me giraba para ver si quedaba alguno más comprobé que no era así.

Fue cuando empezaron los gemidos y quejidos. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Treinta segundos? ¿Un minuto? ¿Dos? La verdad es que nunca me acordaba de cronometrarlo, pero para mí siempre pasaba en un suspiro.

—¡Doc, aquí! —gritó alguien por encima de los quejidos.

Doc se dirigió con rapidez hacia el origen de la petición. Era lo bueno de llevar un tiempo con un grupo, que no tenía que ir de un lado para otro comprobando quién estaba más grave, ellos se encargaban de la selección y le llamaban al lugar en que era más necesitado.

En este caso se trataba de Bes, una chica que llevaba un par de años entre ellos, casi desde el principio. Tenía la yugular seccionada, pero ella misma, con nervios de acero, había conseguido parar la hemorragia.

Mientras le aplicaba unos vendajes de urgencia, Doc indicó al resto de supervivientes que se dividieran: Tres para explorar el resto del granero y comprobar que no se encontrarían más sorpresas. Debían encontrar algo de utilidad para hacer una camilla; Bes no podía valerse por sí misma en esa situación. A los demás, les indicó que movieran los cadáveres al interior del granero, recuperaran lo que pudieran de los compañeros caídos, incluyendo sus diarios, e hicieran una hoguera con los restos. No tenían tiempo para entierros, ni lágrimas.

Doc comprobó el vendaje. Le ayudaría temporalmente, pero necesitaba un tratamiento que él no podía proporcionarle en medio del campo. Le introdujo una vía con salino y comenzó a hacer cálculos. Debido a este incidente y a tener que transportar a los heridos, su marcha sería mucho más lenta. Un terrible contratiempo, pero además estaba el asunto de Bes, que necesitaba asistencia urgente, la pescadilla que se mordía la cola. Todo eso lo hacía mientras revisaba al resto de sus compañeros para comprobar que estaban bien o no muy graves.

El peor parado, después de Bes, fue uno de los exploradores, Harry. Cayó sobre él una parte de la pared del granero, rompiéndole el brazo. Doc lo entablilló lo mejor que pudo, esperando que la chapuza aguantara hasta llegar al refugio, donde se lo vendarían y escayolarían más higiénicamente, tal y como mandaban los manuales de medicina.

Entre los muertos se encontraba el otro explorador, que yacía a unos metros, con gran parte del rostro destrozado.

«Mucha mala suerte», pensaba Doc mientras buscaba alguna solución al

problema.

Harry, el explorador herido, se le acercó.

—¿Qué sucede, Doc? —preguntó en voz baja.

—Bes necesita tratamiento médico —le respondió Doc mientras se rascaba la cabeza—. Pero aunque la llevemos en una camilla, no creo que lleguemos antes de dos días al refugio, y para entonces no sé si seguirá entre nosotros..., viva.

—Ningún problema, Doc —respondió con voz firme Harry—. Yo me adelantaré y avisaré al refugio para que envíen la ayuda necesaria.

—No digas tonterías, en tu estado no podrás hacer nada —dijo Doc señalando el brazo en cabestrillo—. Tu centro de gravedad ha cambiado, y a saber si no tienes heridas internas... No, no puedo permitirte correr el riesgo.

—Venga Doc, no seas cabezota —contestó Harry mientras daba un par de saltos sobre su posición—. No será un problema. Te prometo que no me caeré ni me haré daño, ni me moriré sin tu permiso, ¿de acuerdo?

Sin darle tiempo a responder Harry cogió su mochila, se la colgó sobre un hombro y salió corriendo con una sonrisa en el rostro.

—Será gilipollas —dijo Doc entre dientes y sonriendo. Así eran los exploradores, rápidos e inalcanzables como el viento.

Luego volvió su atención a Bes y torció el gesto; tenían otro problema que no había querido comentar con Harry, y era que nadie sabía el origen de la herida de Bes; todo sucedió muy rápido y ni la propia chica podía responder a la incógnita. ¿Se trataría de una bala perdida? ¿Un zombi? ¿La pared al derrumbarse? Era mejor no pensar demasiado en ello. Si el corte se la había infligido uno de los atacantes... no conocía a nadie que hubiera sobrevivido a una herida directa de esos bichos, aunque los rumores indicaban que existía esa posibilidad.

El recuento final fue de cinco muertos en el grupo de Doc, demasiado elevado. Los supervivientes ni se molestaron en contar cuántos zombis habían eliminado. No había ningún concurso, ni tiempo, ni ganas. Al fin y al cabo, siempre habría algún zombi más en algún lugar del mundo.

Quemaron el granero sin pensar en que podían delatar su posición a posibles perseguidores y siguieron su camino, a paso tan acelerado como se lo permitía transportar a Bes en una camilla. Ahora tocaba confiar en la suerte.

Cada hora, los portadores se intercambiaban para mantener un ritmo constante y descansar, mientras se continuaba el camino lo que fuera posible. Era una tarea ardua, pero nadie se quejaba dado que sabían que al día siguiente podían ser ellos los que estuvieran en esa camilla.

Casi sin darse cuenta, la noche se les echó encima, montaron un campamento improvisado y Doc volvió a comprobar el estado de Bes. Sin cambios significativos. Tenía algo de fiebre, pero era natural en su estado... o en su conversión. *No, mejor no*

tener pensamientos negativos. Tenía que quitarse esos pensamientos funestos de la cabeza, dado que tenía que dormir y descansar; a todos les quedaban un largo camino por delante.

El sol comenzaba a salir con timidez a lo lejos, y el grupo recogía rápidamente los enseres y se preparaba para reiniciar la marcha. No había tiempo que perder y debían recuperar el tiempo perdido, al tener que detenerse por la oscuridad de la noche.

Doc no tenía muy buena cara, dado que Bes lo pasó muy mal durante la noche, y por los síntomas, estaba a pocas horas de entrar en shock... o algo peor. Mejor no pensar en esa alternativa. Las siguientes horas pasaron con rapidez a los ojos de Doc, pero a pesar de haber recorrido una buena distancia, no parecía suficiente y cada vez que miraba alrededor se le hacía que apenas habían avanzado. Comenzaba a invadirle el pesimismo, y no era al único, también el resto de compañeros veían como la situación de su compañera empeoraba con el paso del tiempo; pero debía dar ejemplo, tratar de mantener la moral alta, o al menos positiva. Doc no era de los que creían en que los pensamientos positivos ayudaban al paciente pero, en ese momento, le daba igual con tal de conseguir salvar la vida de Bes.

Doc observaba cómo parecía que el sol se apresuraba a subir hasta lo más alto. Nadie dijo nada de parar a comer, se alimentaron mientras seguían caminando, no podían perder el tiempo y lo sabían. Y menos ahora que se acercaba una tormenta. O eso le parecía a Doc, que miró el cielo preocupado. No parecían haber muchas nubes, pero de lejos le llegaba el ruido de la tormenta. Era lo peor que les podía pasar. La lluvia, con seguridad, haría que avanzaran más lentamente, o que incluso tuvieran que parar, dependiendo de la violencia de la tormenta. Pero, a medida que los minutos pasaban y el ruido se incrementaba, Doc se dio cuenta de que el ruido no pertenecía a una tormenta que se acercara.

¿Podía ser que Harry lo hubiera conseguido? Todos los miembros del grupo se miraron entre sí con cierta esperanza en los ojos, pero sin querer lanzar las campanas al vuelo. A lo lejos comenzaron a ver una nube de polvo que se formaba en el horizonte, con una mancha en el centro, que se iba acercando a cada segundo que pasaba. La alegría y la esperanza volvieron al grupo, al ver acercarse al jeep militar todoterreno al que recibieron con vítores y los brazos levantados.

Nada más frenar. Doc ordenó que subieran a Bes sin perder tiempo en la parte trasera y la aseguraran. Harry se encontraba sentado al lado del conductor y ayudó como pudo con su brazo bueno, mientras miraba a Doc y sonreía, seguramente pensando: *te lo dije, Doc*.

El jeep se puso en marcha a toda velocidad, y entre todos trataron de que Bes se encontrara lo más cómoda posible y no se moviera al pasar el vehículo por los baches del camino. Los días se convirtieron en horas, y en un abrir y cerrar de ojos, el grupo llegó al refugio. Doc dio aviso mediante la radio del jeep, para que prepararan el

quirófano y el mecanismo para trasladar a la paciente, mientras informaba de las heridas que tenía y del posible diagnóstico.

Unos minutos después, el jeep paraba en seco al pie de una colina, en la que le esperaban un par de personas con unos arneses y una camilla. Rápidamente, se produjo el traslado de Bes del vehículo a la camilla, que fue asegurada con cuidado. Luego se procedió a elevarla por la pared de la cornisa de la colina, controlando que no pegara la camilla contra la pared rocosa.

Doc levantó la vista. Al final de las cuerdas había unas vigas que aguantaban unas poleas que sobresalían de las murallas de su refugio, al que llamaban hogar, a falta de un sitio mejor en el que sobrevivir.

La camilla de Bes, ascendía más rápido que si la hubieran transportado por el camino principal que llevaba al castillo; Doc no perdió el tiempo y cuando vio que la paciente ascendía sin problemas, se dirigió hacia el camino que le llevaría a la cima. Dicho camino, bastante maldito por la mayoría de sus habitantes, consistía en una interminable sucesión de escaleras de piedras que ascendían por un terreno abrupto. A un lado, parte de la montaña y al otro, el vacío.

Mientras subía los escalones, Doc maldijo al imbécil que convenció a la mayoría de que no había que retocar el camino y que debían dejarlo así. Era una decisión lógica, dado que los zombis no eran precisamente los mejores acróbatas de la historia, y subir escaleras para ellos, era como caminar cabeza abajo para los pobres mortales. Eso les ralentizaba. Eso les permitía a los habitantes del castillo ganar tiempo y preparar las defensas o la huida. Era el único camino hacia el castillo. Todo muy bonito y práctico. Pero no en aquellos momentos.

La primera parte de la ascensión no presentó ningún problema para Doc, que subía los escalones de dos en dos. Pero cuando llevaba un tercio del camino realizado, comenzó a notar cómo le faltaba aire y sus pulmones pedían más de lo que podían recoger. A la mitad del trayecto, los músculos de las piernas comenzaron a quemarle de forma patente. Notaba sus piernas cada vez más pesadas, y recibía mensajes de que mejor que parara, que no iban a aguantar. Pero Doc no se paró ni se rindió.

Mientras recorría el último tramo de las escaleras, no pudo evitar pensar en que tal vez sería hora de que comenzara a cuidar su forma. Quizá no sería tan malo subir varias veces las escaleras al día.

Cuando ya estaba a punto de desfallecer, vio la puerta principal del castillo y se dirigió directamente a la zona de la enfermería, ante la mirada curiosa de la gente que le veía pasar sucio, lleno de polvo, y dejando a su paso un reguero de sudor palpable.

Nada de eso le importaba en ese momento.

Afortunadamente para todos, Doc no era la única persona con conocimientos médicos, así que respiró tranquilo cuando, a través del cristal de la sala inmunizada,

la persona que se estaba encargando de Bes, le alzó el pulgar en señal de esperanza.

Sin aliento, se dejó caer sobre la pared y luego sobre el suelo. Intentando recuperar el resuello y frotándose las piernas. Definitivamente, le iban a doler al día siguiente.

En eso estaba pensando cuando escuchó una voz familiar a su lado.

—¿Qué hay de nuevo, viejo?

Era la última persona a la que quería ver en ese momento. El autodenominado jefe, el mandamás, el que lo controlaba todo y tomaba las decisiones, el imbécil de G. No confundir con Ge. En realidad se llamaba Gerald, o Gerardo, pero le gustaba que se dirigieran a él como G.

Él nunca lo hacía. Si gracias al desastre, el mundo dejó de necesitar abogados, se podría haber llevado también a los informáticos. *Empezando por G*, pensó para sus adentros.

Doc estaba cansado, sudando a mares, con los músculos gritando que dejara de usarlos, y para colmo acababa de llegar el informático. Una vez más, se preguntó qué pintaba un informático en la edad de piedra en la que vivían en ese momento. Y una vez más, se preguntó cómo pudo acabar encerrado en un castillo con un informático.

G era la persona que les proporcionaba información y coordinaba los distintos grupos. Era un tío raro, cuando en su momento, por ejemplo, necesitaron los esquemas para montar paneles solares en el castillo y tener electricidad, él los proporcionó. Claro que eso le hizo feliz. Le permitió tener electricidad y más equipos conectados a la vez.

Al parecer, tenía acceso a casi todo lo que necesitaban los demás. Si necesitaban gasolina, él les proporcionaba no sólo las coordenadas de gasolineras, sino de refinerías y zonas poco conocidas que contaban con depósitos de combustible. Si necesitaban vehículos, igual.

Doc recordó el día que G le explicó que los satélites seguían surcando la órbita de la Tierra. Por lo que el uso del GPS era posible. El problema era que la mayoría de servidores de Arpanet, donde estaba almacenada la información estaban sin electricidad.

Pero eso no significaba que no existieran ordenadores conectados todavía enviando señales.

Estuvo varias horas explicándole cómo había conseguido detectar varios de esos ordenadores, así como otros, y cómo parte de la información estaba almacenada en el espacio, y un buen montón de cosas que ya no recordaba.

Al fin y al cabo él era un médico, no un informático, y lo cierto era que G cuando se ponía a hablar... no había Dios que le entendiera ni le parara, al parecer estaba enamorado del sonido de su voz, seguro que no se callaba ni debajo del agua.

La cuestión era que G reunía la información que iban obteniendo los grupos.

Además, recopilaba las noticias de los grupos que había todavía en funcionamiento y montaba una especie de telediario para todos los habitantes del castillo. En el fondo no era mala persona, pero... tenía esa característica de algunos individuos que, por buenas que sean, no hay manera de que las tragues por motivos imposibles de explicar.

Pero, gracias a él, habían conseguido una calidad de vida decente. Y se lo agradecían cada día, *dejándole vivir con nosotros*, pensó divertido Doc. Pero ya tenía su gracia que, en un mundo sin informáticos, acabaran conviviendo con el único superviviente de su especie.

Su último proyecto, según le había comentado, era conseguir teléfonos vía satélite para ampliar su comunicación a tiempo real y hasta el infinito. El problema era conseguir el material, adecuarlo, y explicárselo a todos. Había un problema de seguridad, por lo que las comunicaciones tenían que ser encriptadas, y eso requería tiempo. Pero él estaba seguro de poder conseguirlo.

No tenía otra cosa que hacer.

Doc respiró hondo, y se preparó para darle las malas noticias que les habían obligado a volver antes de tiempo, deprisa y corriendo. Se puso en pie y siguió a G hasta las mazmorras del castillo, o el despacho de G, que decía que el fresco de las mismas le iba bien a los ordenadores, y que gracias a Dios no había la suficiente humedad como para afectar a sus equipos.

Doc cogió su cantimplora y comenzó a beber agua; no fue hasta ese momento que notó lo seca que tenía la garganta. La de cosas de las que uno no se percataba cuando estaba centrado en algo importante y vital.

Después de saciar su sed, le explicó detenidamente lo que les había pasado desde que salieron del castillo. G iba introduciendo la información en sus ordenadores y Doc podía observar en una de las pantallas traseras que mostraba un mapa de la zona, cómo se iba llenando de puntos rojos y pequeños comentarios. Al llegar a la parte del posible espía fue cuando el informático dejó de teclear momentáneamente, tratando de sopesar la información y calculando las posibilidades.

G le indicó que parase su informe un momento, y se comunicó por la radio con Steve, el jefe de exploradores; en ese momento, además del grupo de Mara, había tres grupos fuera.

Miró el mapa, le dio las coordenadas aproximadas de dónde deberían estar los grupos si seguían el plan y le indicó que mandara urgentemente mensajeros para comunicarles que no se acercaran al castillo si tenían a algún recién llegado entre sus filas.

Doc asintió al escuchar esas órdenes. Al fin y al cabo, ésa era la idea que rondaba su mente cuando decidieron volver al castillo. Avisar al resto de grupos para no dar a conocer el lugar a potenciales espías.

La voz en la radio dio su aprobación, y Doc se imaginó a Steve dando rápidas órdenes a sus exploradores para que se pusieran en marcha; seguramente usarían los caballos. Veloces, seguros, no contaminantes, y silenciosos. *La verdad es que los equinos son un tesoro*, pensó Doc.

Al contrario de lo que la gente se creía, conseguir caballos en un mundo post-apocalíptico era complicado. Normalmente los caballos domesticados solían caer en manos de los zombis al estar encerrados en sus cuadras. Era habitual que estos zombis fuesen los propios propietarios de los pobres animales.

Y nadie tenía ni idea de cómo domesticar caballos salvajes... en caso de encontrarlos. Aunque habían conseguido varios caballos que cuidaban como oro en paño. Incluso tenían un par de veterinarios en el grupo de refugiados.

G indicó a Doc que siguiera con su relato. Éste le informó sobre la granja, y de su encuentro con los zombis, y la muerte de cinco componentes del grupo. En el mapa aparecieron varias cruces en la zona donde debía estar la granja. G la marcó además, como zona de interés a investigar. Una granja siempre contaba con utensilios necesarios, además tenía la tierra preparada para cultivo, y ésa ya era suficiente razón para echarle un buen vistazo.

Doc acabó su historia con su precipitada llegada al castillo y vio cómo su informático favorito suspiraba. Doc no pudo imaginarse si de alivio o de sorpresa por lo contado. Durante unos minutos estuvo revisando el informe, añadiendo anotaciones y haciéndole alguna pregunta sobre el comportamiento del recién llegado, la información que le proporcionaron y si había podido dar cuenta de la existencia del grupo principal.

La mayoría de las respuestas de Doc fueron negativas, dado que creía que todos cumplieron con el protocolo de seguridad, y que no se había filtrado información vital; pero, obviamente, no podía estar seguro del todo. Además, cinco de los suyos estaban muertos y no había forma, hasta leer sus entradas en sus diarios —y si lo habían indicado—, de saber si le suministraron alguna información al extraño o no.

El único consuelo para Doc era que, tras su turno, el resto de supervivientes tendrían que pasar por la misma tortura que él estaba pasando en ese momento. Pero era normal tener que contestar a las preguntas y comprobar si existía peligro.

Demasiadas vidas en juego para tomarse esas cosas a la ligera.

Y la cara de G no era precisamente de felicidad. Doc se despidió de él y se fue a duchar, cenar y dormir. Necesitaba un descanso. Al día siguiente tenía que estar fresco para continuar con el resto de su vida.

Capítulo 3

Un castillo para dominarlos a todos

G miraba la pantalla con cierta preocupación. Los encuentros con los zombis en los últimos meses se habían espaciado. El acontecimiento en la granja era el más grave reportado en los últimos tiempos. Y sucedió a dos días más o menos de camino, tal vez cuatro, en movimiento zombi. Además, casualmente, estaba ese espía...

Miró las paredes, recordando los primeros días después de encontrar el castillo. Primero, tuvieron que limpiar la zona. Parecía un buen refugio temporal donde esconder a las mujeres y a los niños, mientras se decidía qué hacer de cara al futuro.

Tenía una visión del valle estupenda, un acceso muy complicado, y estaba recién remodelado. Por lo que pudo descubrir posteriormente, el castillo había sido reformado para ser usado como atracción turística, como parador y lugar de vacaciones para turistas de lujo.

Nunca llegó a inaugurarse.

Los comienzos en el sitio fueron difíciles. Hubo que limpiarlo... y no de polvo, justamente, pensó sonriendo.

El sentido de orientación de los zombis es terrible, por no decir inexistente. No sabrían seguir una línea recta en un pasillo.

Así que los zombis, que simplemente vagaban de un lado para otro buscando comida, a veces te los encontrabas perdidos en sitios remotos y de difícil acceso. Simplemente, no encontraban la salida.

Malditos no-muertos. Mortalmente estúpidos, pensó G, sonriendo de forma cínica.

Pero nadie había pensado que se quedarían ahí.

Hasta que comenzaron a ver sus posibilidades.

G no podía evitar pensar, en que fue el que más luchó para quedarse en aquel sitio. Veía su potencial. Sólo tuvo que vencer sus reticencias hacia su persona más que hacia el lugar.

El sitio estaba acondicionado para vivir en él. Tenía un manantial propio, y también estaba la lluvia, que llenaba los depósitos para usarlos en caso de urgencia.

Habitaciones acondicionadas, salas de reuniones, ¡baños! (Para los que tuvieron que habilitar una fosa séptica). Aunque no contaba con electricidad. No se podía tener todo en esta vida.

Pero la solución era sencilla, placas solares. Sólo había que cogerlas e

instalarlas y tendrían su propia energía eléctrica (por suerte, entre ellos había gente que se dedicaba a todo tipo de profesiones, y alguno sabía del tema).

Se habituó a vivir en ese sitio. Apenas salía fuera. Aunque los zombis no se avistaron por la zona en un tiempo, él se consideraba demasiado valioso como para arriesgar su vida. ¿Qué harían los supervivientes sin él? Le necesitaban.

Sabía que estaba evitando coger el teléfono; pero la idea de avisar al otro refugio de que a lo mejor tenían que volver, y del encuentro con el espía, no era precisamente la que más le gustaba.

No tragaba al encargado de la misma. Se creía que el mundo giraba a su alrededor y que le debían pleitesía. No entendía cómo le aguantaban los demás.

Gerald paseaba nervioso por el salón de su ático de lujo, colgado del teléfono inalámbrico. Ya llevaba dos semanas encerrado, sin salir al exterior. Las noticias no eran demasiado buenas. Bueno, más bien la ausencia de noticias. La televisión había dejado de emitir casi desde el principio, y la radio, pocos días antes, dejó también de escucharse. El teléfono todavía funcionaba, y ninguno de sus contactos sabía qué estaba pasando exactamente, o no se lo querían decir. La única información que le sirvió fue la que le había permitido almacenar víveres antes de que el mundo se volviera loco.

Colgó el teléfono al ver que era inútil. Encendió un cigarrillo y salió a la amplia terraza de su ático. Estaba anocheciendo. En el horizonte podía ver un resplandor, ¿un incendio? ¿Por qué no hacían nada los bomberos? No escuchaba los aviones dirigirse al lugar para arrojar sus cargas de agua o arena o tierra, o lo que fuera que usaran. Ni tampoco se oían las sirenas de los coches cisterna. Miró a su alrededor, algunas zonas de la ciudad carecían ya electricidad. En su edificio contarían con electricidad durante un tiempo. Era una de las más modernas edificaciones, que cumplía todas las normas de construcción, incluyendo paneles solares para ayudar a la reducción del uso de la electricidad de consumo. Pero no duraría. Los paneles solares dependían del Sol y necesitaban ser mantenidos. Y seguro que no había ningún vecino que se prestara voluntario para hacerlo... Si quedaba algún vecino vivo, claro.

Lo que más nervioso le ponía era el silencio. Durante los primeros días, la primera semana incluso, escuchaba cada día, llorar a los niños de los vecinos. Eran ruidosos. Pero en los últimos días había dejado de escucharles.

Bueno, seguramente los vecinos tuvieron la brillante idea de largarse. Se trataba de algo que debía hacer él mismo, pero... no las tenía todas consigo. Había visto cosas raras cuando se asomaba para ver la calle. Todavía no tenía claro qué estaba

pasando. Y era mejor tener toda la información posible antes de salir de su refugio.

Esta última semana se caracterizó por los disparos. Al principio no se escuchaban más que aisladamente, entre todos los ruidos de la urbe. Coches, aviones, los silbidos de los trenes de fondo... Pero a medida que los ruidos de la ciudad desaparecían, el estruendo de los disparos fue aumentando. Hasta hacerse continuo y desaparecer hacía unas pocas horas.

Podía ver de nuevo esas oscuras figuras vagando por las calles. Al principio pensó que eran heridos conmocionados, pero había algo raro en ellos. No sabía qué, pero algo le daba mala espina, y cada vez que los miraba un escalofrío recorría su espalda.

Se acercó a su ordenador. Internet, un invento realmente reciente, que permitía conectar ordenadores de todo el mundo entre sí. Como lo había conocido ya no funcionaba. Ahora, para conectarse, tenía que usar directamente la dirección numérica del servidor. Nada de letras.

Menos mal que un hacker como él recogió, a lo largo de los años, información suficiente como para no tener que preocuparse de esos detalles.

Las páginas privadas ya no existían. Los servidores de las grandes compañías seguían existiendo, pero seguramente gracias a instalaciones previstas para apagones, él sabía que tampoco durarían de forma indefinida.

Aunque tenía un plan para poder guardar toda esa información y poder acceder a ella cuando la necesitara. Sabía que tendría que dejar su ático en algún momento. Pero no lo haría sin tener un plan. Un buen plan de supervivencia.

Gerald recorría la ciudad, buscando alguna de sus salidas, cabalgando sobre una de sus motos, mientras miraba con miedo a su alrededor.

Los zombis, ¡¿zombis?! ¡¿Cómo demonios había pasado?! Intentaban alcanzarlo a su paso, pero cuando se giraban él ya estaba lejos. Se decidió por una moto pesada, una que pudiera pasar por encima de esas cosas sin perder el equilibrio o atropellarla sin miramientos. Al principio, pensó en usar uno de los coches, pero... cuando estudió el estado de las calles tuvo que quitarse la idea de la cabeza.

Había multitud de coches abandonados en medio del asfalto, en las aceras, etc., y esquivarlos con otro coche era complicado y peligroso. Fue testigo de un pobre diablo que lo había intentado: su coche se caló en medio de la calle y los zombis lo sacaron a través de la ventana rota, sin miramientos.

Escuchó sus terribles gritos durante cinco minutos, al cabo de los cuales, suponía que o bien había muerto, o bien se había desmayado. El caso es que nunca volvió a despertarse y los zombis dieron buena cuenta de él.

Durante los días previos preparó su plan de forma intensiva y detallada. Lo primordial era salir de la ciudad. Ahí estaban los zombis, y seguramente seguirían durante un tiempo mientras tuvieran comida. Y en esa ciudad tendrían para rato.

Una vez fuera de la ciudad, lo principal era evitar lugares públicos como los hospitales. Era lógico imaginar que la mayoría de la gente se dirigiría a esos lugares, en busca de seguridad, y los zombis les seguirían.

Tarde o temprano.

Había estudiado los mapas de las afueras de la ciudad; la zona industrial era interesante pero no contaba con víveres. Encontró el lugar ideal a unos doscientos kilómetros de la ciudad. Alejado de la misma, pero seguro. O eso esperaba.

Cuando salió de la ciudad, un grupo de zombis comenzó a seguirle, pero su paso lento y aburrido no era rival para el potente motor de su vehículo. Fue poniendo distancia de por medio con rapidez.

Miraba el GPS de forma regular, mientras evitaba los vehículos que estaban abandonados en las carreteras. De vez en cuando, veía algún zombi que parecía perdido o se alejaba de la carretera. Pero no había corrido ningún peligro real desde que salió de la ciudad, lo que no hacía que se relajara, sino que se mantuviera más alerta. Recordaba la regla fundamental de los informáticos creada por San Murphy, que sabía de lo que hablaba: Si algo podía salir mal, saldría mal.

Incluso peor de lo que te pudieras imaginar.

Abandonó la carretera y dejó atrás los carteles de prohibido el paso y los avisos de que los infractores podrían ser disparados. Atravesó un par de lo que habían sido anteriormente controles de acceso, y paró la moto orgulloso de sí mismo, y de que su plan hubiera salido bien. Estaba dentro de uno de las instalaciones más seguras de la zona. Una base militar abandonada y vacía.

Miró a su alrededor sopesando las posibilidades. Durante muchos días, mientras preparaba su plan de huida, había ido pensando el mejor lugar para refugiarse. Sin dudar, el más seguro era una base de prospección petrolera en medio del mar. Pero tenía unos riesgos muy altos. La maquinaria era complicada. Y se trataba de estar encima de un charco de gasolina con un mechero que no sabía cuándo se encendería. Sinceramente, no le apetecía dejar de fumar.

Al final, se dirigió a lo que creía que era el corazón de la base militar que escogió, respiró profundamente y con cierta tranquilidad, por primera vez en algún tiempo. Fue entonces cuando su gesto se tornó de la sonrisa a la preocupación. Fuera del edificio ¡había gente!... ¿o no? Se acercó con prudencia. No quería llamar la atención, ni ser visto antes de tiempo. Respiró aliviado al ver que eran seres vivos. Estaban hablando entre ellos. Casi discutiendo. Se aseguró que no iban armados, bueno... todo lo que podía desde la distancia. Se aproximó con lentitud, con las manos levantadas, y cuando se dieron cuenta de su presencia, habló en voz alta y tratando de ocultar su miedo y nerviosismo.

—Saludos, extraños. Vengo en son de paz. Larga vida y prosperidad —dijo mientras levantaba una mano separando ligeramente los dedos, manteniendo unidos

el índice con el corazón, y el anular con el meñique, haciendo la señal universal de la paz.

Estaba a unos metros del grupo y pudo comprobar que no parecían haberlo pasado bien. Alguno estaba manchado de sangre, otro tenía media cara tapada por unas gasas y cinta aislante, y otro tenía un vendaje al final del brazo, en lo que parecía un muñón en ausencia de la mano correspondiente. Había alguien que parecía estar cuidándolo, hasta que se acercó; se puso en pie y le miró con curiosidad.

—¿Problemas? —preguntó G con tono inocente. No las tenía todas consigo, así que era mejor ir sobre seguro y tratar de ser simpático.

—Creíamos que aquí encontraríamos ayuda —dijo el que parecía estar cuidando del manco—, pero esto está desierto, y no hay manera de acceder al interior de los edificios.

Gerald sonrió y dijo:

—Son instalaciones militares, tienen sistemas de seguridad para impedir que entre cualquiera a robarles.

Miró al manco con atención, y señaló las heridas.

—¿Se las has curado tú?

Su interlocutor asintió. Gerald siguió hablando:

—Bien, Doc. Si esas heridas se las ha hecho una de esas cosas, está listo. Que rece lo que sepa y se meta una bala en el cerebro.

El doctor se incomodó con esa familiaridad y replicó:

—No estoy de acuerdo, son sólo rumores. No hay pruebas de que lo que sea que está pasando sea contagioso.

Gerald no pudo evitar soltar una carcajada.

—Por supuesto; y los peces vuelan, Doc.

El herido habló por primera vez:

—Han sido esos malditos inmigrantes, seguro. Alguna enfermedad rara que han traído de sus países de origen.

Ambos se giraron al escuchar eso. Gerald no pudo evitar sentir cierta sensación de asco ante aquel comentario.

—Por supuesto, los inmigrantes, que también han sido afectados por lo mismo. Seguro, han sido ellos.

El herido siguió hablando.

—Eso es lo que nos quieren hacer creer, me apuesto algo a que están escondidos a buen recaudo, esperando que nos matemos entre nosotros. Algunos lo llaman *vabu* o algo así, es magia negra que practican o se les habrá escapado de las manos. Ni siquiera saben lo que hacen.

Doc negó con la cabeza:

—Esas teorías son ridículas, seguro que todo tiene su explicación, y su cura. Es

sólo cuestión de tiempo que el gobierno o los científicos la descubran y acaben con esta pesadilla.

—A menos que lo hayan creado ellos —dijo Gerald—, a alguna compañía se le puede haber escapado algún virus experimental encargado por el gobierno, o alguien creyendo tener la cura para todas las enfermedades, lo probó sin las medidas de seguridad adecuadas, o quién sabe, a lo mejor es un experimento del gobierno para probarlo en otros lugares.

Doc volvió a negar con la cabeza.

—Lo que me faltaba, la teoría de la conspiración judeo-masónica —luego señaló a un tipo que estaba apoyado contra una pared, medio dormido—. Ése cree que han sido los extraterrestres, que nos están usando de conejillos de indias para sus armas biológicas, que quieren usar contra sus enemigos. Irracional, tanto lo uno como lo otro.

Gerald no quiso continuar con ese tema.

—Mira, Doc, me da igual quién o qué haya provocado esto. Pero es peligroso tenerle suelto —dijo señalando al herido.

—¿Y qué propones? ¿Matarlo? —preguntó Doc, escandalizado.

—Tranquilo, aunque sería una solución piadosa —dijo Gerald levantando las manos en señal de paz—. Mira, seguro que estas instalaciones tienen salas herméticas para tratar enfermedades infecciosas y cosas por el estilo, ¿estarías de acuerdo en meterlo en una de ellas y tratarle desde ahí?

Doc miró a Gerald entre reacio y sorprendido.

—Bueno, si consigues que entremos, claro.

Gerald sonrió y se descolgó la mochila que llevaba a la espalda.

—Eso no será un problema —dijo mientras sacaba un enorme trasto de dentro de la mochila y lo encendía.

Doc comprobó que era un ordenador, pero más pequeño de los que había visto con anterioridad.

El médico pareció sorprendido de la seguridad de Gerald. Lo que no sabía era que éste había venido preparado. Un plan no era un plan si no se preparaba contra todas las contingencias.

—Esto será sencillo, Doc —dijo Gerald mientras manipulaba el portátil—. Verás, en situaciones de emergencia nacional, el ejército deja vacíos algunos cuarteles para defender a la población, o controlarla. Salvo un retén, por si acaso. Pero cuando se acaba el mundo, ni los más patrióticos soldados se quedarán en el cuartel sin asegurarse de que su familia está bien.

—¿Y los que no tienen familia? —preguntó Doc con cierta sorna.

No piensan que éste sea el lugar más seguro —sonrió Gerald—, todo lo contrario. Estamos hablando de una situación de caos, no te entrenan para estas cosas, y más si

tus mandos desaparecen, porque éstos sí suelen tener familia.

Cogió una tarjeta blanca con una cinta negra de su mochila y se acercó a la puerta. Pasó la tarjeta, y luego tecleó un código en el panel numérico. La luz pasó de roja a verde con un agradable zumbido, y la puerta pareció liberarse de sus cerraduras.

Gerald la empujó con un toquecito y alargó el brazo teatralmente.

—Voilà, la cueva de Alí Babá está abierta.

Doc no podía creer lo que veían sus ojos, y el resto del grupo que le acompañaba y que se había puesto en pie, tampoco.

Enseguida salió de su sorpresa e indicó a un par de sus acompañantes que le ayudaran con el herido, preguntando dónde estaba esa famosa sala hermética de aislamiento.

Gerald consultó en su portátil el mapa de aquellas instalaciones.

—Sígame, por favor, el botones vendrá enseguida a recoger sus maletas — bromeó.

Las luces del edificio cobraron vida a medida que Gerald iba avanzando por los pasillos. En realidad, era un efecto que controlaba con el portátil, que iba haciendo que la electricidad volviera por el camino que estaba siguiendo.

Su entrada triunfal.

Al cabo de unos minutos llegaron a una sala amplia y blanca. Había diversos armarios con puertas de cristal en las paredes que parecían contener medicinas o cosas por el estilo. Gerald se sentó en una de las mesas de examen y señaló al fondo de la sala.

—Por ahí se puede acceder a la sala estéril. Hay trajes para entrar directamente, o también conectados a un tubo para poder acceder desde aquí sin tener que estar en contacto con el paciente.

Doc pareció estar conforme. Comprobó los mandos de control de la sala, la habilitó, y cuando se dio por satisfecho, entró con el paciente y le dejó en una camilla. Luego, tras pasar por la sala de descontaminación, volvió a salir.

—Creo que todo esto es exagerado.

—Doc —comenzó a decir Gerald—, hay muertos caminando por las calles y las autopistas, ¿de dónde crees que han salido? ¿De los cementerios?

Al no tener una respuesta satisfactoria, Doc permaneció en silencio mientras comprobaba las provisiones médicas que había en la sala.

Gerald giró la cabeza:

—¿Alguien ha escuchado ese ruido?

Todos le miraron como si estuviera bromeando y no les hiciera gracia; se quedaron un segundo callados mientras le miraban con cierto recelo, pero no pasó nada.

Gerald rompió el silencio.

—Estoy seguro de haber escuchado algo.

—A lo mejor es un superviviente —aventuró Doc.

—No creo —respondió Gerald—. He comprobado la actividad de la base mediante el uso de las tarjetas y los códigos, nada en la última semana. Y esas cosas no se pueden haber colado aquí...

Se quedó de repente en silencio y sus compañeros le miraron alarmados.

—¿Qué? —preguntó algo alarmado Doc.

—¡Joder! —dijo Gerald poniéndose en pie con rapidez—. ¡Soy gilipollas, soy gilipollas! —repitió acercándose a un terminal que había en el laboratorio, sin querer gastar la batería del portátil inútilmente.

Se conectó a la red de seguridad del edificio y accedió a las cámaras de seguridad. Doc se acercó a ver qué estaba haciendo y miró la pantalla con curiosidad.

—¿Qué sucede?

—Soy gilipollas —repitió una vez más Gerald, mientras las distintas vistas de las cámaras repartidas por la base iban apareciendo en el monitor. Finalmente se detuvo en una y la amplió a pantalla completa—. La morgue, no pensé en la puta morgue, joder. Seguro que en los primeros días no sabían qué coño estaba pasando y dejaron a los soldados muertos en el depósito. Joder, y no he caído, ni siquiera se me había ocurrido hasta ahora...

En la pantalla una enorme sala estaba repleta de zombis vestidos con el tradicional traje de faena del ejercito; a casi todos les faltaban alguna parte del cuerpo, pero los que estaban de pie, estaban caminando por la sala sin rumbo, chocándose entre ellos, o contra las paredes.

Doc miró alarmado la pantalla.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con tono urgente.

Gerald no podía apartar la mirada de la pantalla, era casi hipnotizador ver esa especie de danza macabra, buscarle un sentido, un patrón a lo que sólo era caos.

—Tranquilo, Doc —dijo Gerald sin apartar la mirada—. Están encerrados, no pueden salir.

Observó que había algunos muertos que no llevaban el traje militar, portaban batas blancas. Seguramente los pobres desgraciados fueron auxiliares médicos a los que les sorprendió la resurrección de los muertos sin poder avisar a nadie. Y menos mal. Dado que entonces, a lo mejor estarían diseminados por la base...

Sería mejor asegurarse. Gerald comenzó a comprobar todas las cámaras.

Mientras hacía eso, comprobaba en una segunda pantalla el diagrama del edificio buscando su objetivo. Estaba comenzando a tejer un plan en su cabeza. Sonrió. Un plan que sería divertido y entretenido.

Doc le observaba sin decir nada, tampoco tenía muy claro qué hacer. Sus

compañeros se miraban unos a otros asustados, buscándole con ojos inquietos. Preguntándole sin hablar, ¿qué hacer?

Gerald se apartó de las pantallas.

—¿Alguno de vosotros sabe usar un arma?

Doc negó con la cabeza, los demás hicieron lo mismo. Entonces el médico carraspeó:

—No tenemos armas, y por lo que sé, no creo que ninguno de ellos sepa usarlas.

Gerald se puso en píe.

—Muy bien, pues vais a recibir un curso acelerado.

Gerard salió del laboratorio e indicó a los presentes que esperaran. Unas puertas más abajo encontró lo que necesitaba. Lo cogió y volvió con los demás. Le entregó un walkie a Doc y le indicó cómo usarlo:

—Te he dejado en la pantalla las vistas de las tres cámaras, si hay algún cambio me avisas por el walkie —dijo mientras señalaba el botón que tenía que apretar para activar el comunicador a distancia.

Luego, indicó a seis de los acompañantes de Doc que le siguieran. Mientras caminaban por los pasillos, en busca del almacén, comenzó a hablarles:

—Un arma no es un juguete, caballeros, nada de apuntarse entre ustedes. Más de una broma ha acabado con un nuevo zombi o un compañero sin sesos en su cabeza —iba diciendo Gerald con tono enérgico y seguro, como si fuera algo que llevara toda la vida haciendo—. Un arma no mata por sí sola, necesita a alguien para ello. Ese alguien serán ustedes. Cuando acabe de hablar se habrán convertido en unos expertos en disparar armas. Pero no se lleven a engaño, eso no les hará ser Rambo, y cuando sean conscientes del peligro de un arma desearán no haber usado nunca una, ni saber que existen.

Gerard pasó por la ranura la tarjeta blanca e introdujo un código en el panel. La puerta hizo el ruido característico de apertura y todos entraron siguiendo a Gerald, que iba mirando las etiquetas de las cajas. Señaló un par de ellas que debían llevar de dos en dos personas, a los dos restantes les indicó otras cajas más pequeñas para que las cogieran y cargaran.

Les indicó que le siguieran de nuevo. De vez en cuando, Gerald iba consultando el mapa en su portátil para comprobar que iba por buen camino, y contactaba con Doc para asegurarse que todo marchaba correctamente.

Salieron al exterior, y Gerald continuó caminando.

—La morgue tiene dos entradas, una que da al exterior, que es la zona de carga y descarga de los féretros, heridos, y material, y otra que comunica la sala con el interior del complejo. Nosotros usaremos la entrada del exterior, que es más grande y nos permite más movimiento.

Gerard indicó un punto para que dejaran las cajas, las abrió, e indicó a sus

acompañantes que le ayudaran. Dentro de cada una de las dos cajas grandes, había unos trípodes, acompañados de unas ametralladoras que parecían gigantes, a los ojos de los acompañantes de Gerald. Éste les indicó cómo debían colocarlas, cómo tenían que cargar la munición, cómo se disparaba y cómo se recargaba.

Les dejó que hicieran unas pruebas apuntando al cielo para que se familiarizaran con el retroceso y el comportamiento de las mismas, y mientras tanto, habló con las otras dos personas, enseñándoles rápidamente cómo cargar, quitar el seguro, seleccionar el modo de disparo, y disparar los fusiles de asalto que había en las cajas pequeñas.

Y todo eso sin haber hecho el servicio militar, ni haber tocado nunca un arma de verdad.

Gerald se había agenciado una escopeta automática con cargador de tambor. Para las distancias medias o largas no servía para nada, pero para las distancias cortas... no hacía falta apuntar realmente. Disparabas y casi se podía decir que todo lo que estaba delante del arma se volatilizaba. Bueno, eso decían los manuales mediante tecnicismos.

Tanto él, como sus acompañantes, estuvieron un rato comprobando que no había problemas. Les indicó que se pusieran las gafas protectoras para que los casquillos que despedían las armas no pudieran ocasionarles daños en los ojos. Volvió a repetirles la advertencia sobre el peligro y les volvió a explicar que después de disparar, pusieran el seguro, quitaran el cargador y comprobaran que la recámara estaba vacía.

Todos se prepararon a la señal de Gerald:

—Voy a hacer subir las puertas metálicas de la morgue. No disparéis hasta que estén completamente subidas. Si dañáis las puertas no se volverán a cerrar, seguramente. Y eso sería malo. Los zombis, si actúan como no-muertos, saldrán lentamente, al escuchar el ruido de la puerta, tranquilos, no disparéis. Esperad a mi señal. Los de las ametralladoras, apuntad bajo, eso hará más fácil el trabajo e impedirá que hagamos grandes daños a la sala. Además, que empiece uno, el otro cuente hasta diez y comience a disparar; de esta manera cuando uno esté recargando, el otro estará disparando. Los de los fusiles de asalto, no disparéis salvo que veáis que algún zombi se acerca demasiado o las dos ametralladoras dejan de disparar en el mismo momento. Bien, voy a abrir las puertas, respirad hondo. No hay nada que temer, todo está controlado.

Comprobó una vez más el portátil y seleccionó el mecanismo de la puerta. Ésta comenzó a subir. No había encendido las luces para que los zombis quedaran deslumbrados por la diferencia de luz con el exterior. Bueno, era una teoría, incluso los zombis debían de tener problemas si les apuntabas con un haz de luz directamente a los ojos. Al menos prefería pensar eso, qué demonios iba a saber él de zombis, lo

suyo eran los ordenadores y algunos otros tejemanejes tecnológicos.

La puerta estaba medio subida cuando le empezó a llegar el murmullo. No era ruido de conversación. Ni siquiera creía que fueran palabras. Los no-muertos emitían un ruido característico y a la vez terrorífico. Un zombi, que se arrastraba, comenzó a cruzar el umbral. Todo el equipo parecía haber dejado de respirar y miraban nerviosos a Gerald y de nuevo a las puertas.

Gerald no dijo nada. Esperó. La puerta estaba casi completamente subida, y los zombis ya arrastraban sus pies hacia ellos. Algunos bajaban por la pendiente que unía el suelo con el piso de la morgue. Cuando la puerta hizo un ruido seco indicando que se había detenido, Gerald respiró hondo y gritó:

—¡¡Fuego!!

Durante un instante el silencio sólo fue roto por el ruido de los zombis; al siguiente, un sonido atronador lo reemplazó.

Gerald vio cómo caían trozos de zombis por todo el suelo. Se pisaban unos a otros, sin importarles que les estuvieran masacrando. Seguían avanzando inexorablemente hacia los tiradores, o al menos lo intentaban, pero se encontraban con una barrera de balas implacable que les destrozaba partes del cuerpo que se iban desprendiendo.

Era el primer tiroteo de Gerald y, aparte del ruido, atenuado por los cascos que llevaban todos, parecía que la cosa había funcionado. En un par de minutos no quedaban zombis en pie. Indicó a los hombres de las ametralladoras que dejaran de disparar y comenzó a analizar lo que acababa de suceder. Reflexionó sobre qué armas habían sido más útiles y cuáles menos; en aquel nuevo escenario, aprender todo que fuese posible podría acabar siendo la diferencia entre morir, seguir vivo, o convertirse en uno de aquellos esferpentos.

Ahora era el turno de un toque personal.

Indicó a dos hombres que le acompañaran:

—Disparad a todas las cabezas que veáis, sólo a las cabezas. Una bala, una cabeza, y cuidado que salpica —les advirtió.

El olor a pólvora era intenso en el exterior, pero no pareció desagradarle demasiado a Gerald. Al menos tapaba el olor que desprendían los cuerpos de los muertos... de verdad, los que ya no iban a despertarse más.

Metódicamente, el trío recorrió el amasijo de trozos de carne disparando contra toda cabeza que vieron. Tardaron más de la cuenta, dado que a veces debían separar trozos acumulados de cuerpos, con cuidado para comprobar si había una cabeza escondida. Era una tarea realmente desagradable; Gerald estaba ensimismado en sus pensamientos y sus cálculos, pero sus dos acompañantes acabaron vomitando en un par de ocasiones, ya que a la escena en sí y la montonera de huesos, carne y casquería varia, había que juntar el ambiente opresor del almacén en el que habían tenido que

entrar para rematar alguna que otra cabeza. También tuvieron que asegurarse de que no quedaba nadie en alguna esquina de aquel lugar cerrado.

Cuando Gerald se dio por satisfecho, se alejó unos metros de la ensalada de carne.

—Bueno, ahora haced limpieza. Recoged los restos, guardadlos en bolsas, y buscad algún sitio donde podamos enterrarlos bien profundo.

Los otros se quedaron mirándole sorprendidos. Gerald suspiró, tenía que explicarlo todo.

—A ver, esos restos, si los dejamos aquí, al sol, comenzarán a pudrirse y a oler, y no queremos tener ese olor todo el día, ¿verdad? Y los de ahí dentro acabarán por formar un tufo realmente inaguantable.

Se miraron entre ellos indecisos.

Gerald daba pasos cortos, con la mirada perdida, intentando recordar si a los zombis les había afectado el contraste lumínico quedándose deslumbrados o no.

—¿Pero no están ya muertos? Quiero decir, ¿seguro que se pudren? —dijo uno, interrumpiendo los pensamientos de Gerald.

—Por supuesto —respondió éste con tono magnánimo—. Pero que estén muertos y se muevan, no significa que la naturaleza no siga su curso; los zombis no son seres inmortales que si les dejas viven para siempre, su cuerpo sigue siendo... carne y huesos. Si le arrancas un brazo, no le crece otro, vale, no se muere desangrado ni nada por el estilo, lo cual no deja de ser una ventaja, pero aparte de eso...

—¿No sería mejor quemarlos? —preguntó otro.

—Claro, hombre —dijo Gerald algo molesto porque dudaran de sus consejos, parecían niños pequeños—, y de paso indicamos a cien kilómetros a la redonda que estamos aquí y que por favor se pasen a visitarnos.

Gerald no dio tiempo a más preguntas, se alejó del grupo y volvió al laboratorio donde Doc parecía hacer inventario de lo que allí había. Se acercó al paciente que estaba al otro lado del cristal y le señaló:

—¿Cómo está tu paciente?

El médico miró los monitores para asegurarse:

—Sus signos vitales están cayendo poco a poco, al igual que su temperatura corporal; le he dado antibióticos, pero no estoy seguro de lo que le está pasando.

—Se está convirtiendo —dijo Gerald con seguridad e irritación en su voz—. Las mordeduras de esas cosas son mortales, al menos por lo que sé, así que no esperes un milagro.

—A lo mejor tenías razón —dijo Doc algo alicaído—. Lo mejor sería matarle.

—Me temo que perdiste esa oportunidad Doc, no vamos a matarlo —dijo Gerald sonriendo.

Doc miró alarmado a Gerald.

—¿Cómo? Lo que dices es inhumano. Ese pobre hombre tiene que dejar de sufrir.

Es una crueldad dejar que pase por todo esto y... se convierta.

Gerald hizo caso omiso de las palabras de Doc y salió del laboratorio. Demasiado para un día. Ya arreglaría el tema con el médico en algún otro momento.

Quería revisar el resto de la base y comprobar que todo se correspondía con la información que él tenía. Pero antes había otras prioridades; todos esos disparos le habían abierto el apetito y no había comido ni dormido desde que dejara el apartamento en la ciudad.

Averiguó dónde estaba la cantina y se preparó algo para comer. Era lo que tenía ser soltero, que o aprendías a cocinar o te gastabas el dinero en comida precocinada que no sabías de dónde había salido, ni con qué estaba hecha, ni por qué manos había pasado.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza preparar comida para sus compañeros, o si éstos sabrían cocinar. No era su problema.

Se dirigió a las dependencias, entró en las del oficial superior, encargado de la base y fue directamente al baño. Se dio una ducha, se metió en la cama y, relajado, se puso a dormir.

Las horas se convirtieron en días y éstos en semanas. Gerald andaba ocupado, sin un solo momento libre. Él tomaba todas las decisiones. Menos mal que no le pedían también que cocinara. Por lo visto habían tenido suerte, los demás, y uno de los supervivientes era cocinero. De hecho, y según le contaron, sin que él preguntara nada, la mitad del grupo se encontraba en el restaurante donde trabajaba el cocinero cuando comenzaron a ponerse serios los disturbios en la ciudad; gente corriendo, comiéndose entre ellos, saqueando, así que decidieron salir corriendo y, sin saber cómo, acabaron en la base donde se encontraron con Doc y otras pobres ovejas descarriadas.

El problema para Gerald era que tenía que supervisarlos todo. Había diseñado un plan de estudio para los supervivientes, uso del armamento de la base y ese tipo de cosas. Gracias a Dios que los militares tenían manuales en papel para esas cosas: configuración del sistema de alarmas del cuartel, supervivencia, primeros auxilios, y esas cosas que debían aprender en esta nueva sociedad.

Doc se encargaba de dar las clases de primeros auxilios. Además, debían practicar un par de horas en las galerías de tiro, aprender a limpiar las armas, en fin... tantas cosas, que Gerald no había tenido tiempo todavía para decidir su siguiente paso. Quedarse en la base no era una opción. Se convertían en una diana permanente.

Y no quería estar ahí cuando eso pasase.

Un día, más para escapar de sus *alumnos* que otra cosa. Gerald acabó en el laboratorio donde Doc parecía inmerso en la lectura de un libro.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —preguntó Gerald acercándose al cristal que le separaba de la cosa que había al otro lado—. ¿Ya ha terminado su transformación?

Gerald prefería el término “zombificación” pero a Doc parecía molestarle, y era mejor estar de buenas con el doctor, que nunca se sabía cuándo podría necesitarlo.

Doc no se levantó de su silla.

—Sí, ya no es un ser vivo, ¿estás contento? No entiendo por qué debemos dejarle vivir y no liberar su alma y matar a esa criatura del demonio.

Gerald alzó una ceja.

—¿Ahora te has vuelto creyente Doc? Mira, ese ser... —y buscó la mejor palabra para definirlo, no era vivo, ni muerto, no era no-vivo, y no-muerto.

No sabía quién había decidido llamarlos así, pero ese tío no había muerto, estaba infectado según se decía, así que no era un no-muerto...

Un fuerte ruido le cortó su línea de pensamiento, se giró instintivamente y vio al zombi pegado al cristal con la boca abierta e intentando morderle. La imagen hizo que involuntariamente diera un paso para atrás, con la mala fortuna de tropezar contra una silla y caer de culo al suelo.

Con el rabillo del ojo captó una breve sonrisa de Doc que desapareció inmediatamente. Gerald señaló al zombi sin levantarse.

—ESO es el enemigo Doc. Y debemos conocer a nuestro enemigo: ¿Qué les impulsa? ¿Qué comen? ¿Pueden sobrevivir sin aire? ¿Sin comida? ¿Les afecta lo mismo que a los humanos? ¿Venenos? ¿Gases letales? ¿Cómo nos localizan? ¿Nos ven? ¿Nos huelen? ¿Qué hacen con la comida? ¿Cómo nos pueden infectar con un mordisco? ¿Podemos contrarrestar la mordedura? ¿Cómo mueren exactamente? ¿Cortándoles la cabeza? ¿Volándoles el cerebro completamente o sólo parcialmente? ¿Se regeneran? ¿Procrean?

Gerald hizo una pausa y se levantó. Se acercó al cristal y miró al zombi:

—¿Qué sabemos de esas cosas, Doc? No sabemos nada, salvo que no les gustamos. Pero en ese caso, el sentimiento es mutuo. ¿Qué les impulsa? ¿Cuál es su origen? O descubrimos las respuestas o perderemos esta guerra, porque no te equivoques Doc, estamos en guerra.

—Un poco alarmista ese comentario —dijo el médico sin mirarle—, no va con tu personalidad.

—Piensa lo que quieras, pero es la supervivencia de la raza humana lo que está en juego. El permanecer en lo alto de la cadena alimenticia y no desaparecer sustituidos por ese remedo de ser indefinible —replicó Gerald, más por llevar la contraria a Doc que otra cosa.

El zombi golpeaba el cristal con las manos y la cabeza, intentando alcanzar a Gerald, que no parecía inmutarse. Mirar a esa cosa ¿viva?, ¿no-muerta? ¿Animada? Resultaba fascinante. No se comportaba como la gente normal. No sostenía la mirada, ¿tenía mirada? No parecía seguirle de una forma normal... Y no parpadeaba... Fijó su mirada en su pecho, no parecía moverse, dando a entender que no hinchaba los

pulmones para respirar.

Gerald no era un científico, pero en aquellos momentos hubiera dado lo que fuera para tener los suficientes conocimientos como para poder estudiarlo. Era como un virus informático, cuando Gerald conseguía su código fuente lo estudiaba durante días, fascinado por la fantasía humana, por su capacidad de destrucción incluso en el medio cibernético. El modo en el que algunas personas se saltaban las protecciones para conseguir que sus virus funcionasen en algunos casos era... puro arte, una obra maestra.

—Doc —dijo Gerald dando la espalda al zombi—, tú eres un científico, ayúdanos a combatirles, ayúdanos a sobrevivir.

Mientras salía satisfecho por su última frase, pudo observar en el reflejo de uno de los cristales a Doc mirando fijamente al zombi... y sonriendo de una forma casi siniestra.

Capítulo 4

Henry, el ingeniero industrial

Uno de los placeres de este nuevo mundo era el silencio. Nada de aviones, ni sirenas, ni obreros trabajando... Sentarse, y simplemente disfrutar del momento, junto a una buena copa de güisqui con dos hielos, y, ocasionalmente, un puro.

Pero, como ocurre en las malas películas, ese placer siempre era interrumpido. En este caso por el teléfono que no solía sonar, y cuando lo hacía, no era por una buena causa.

Lo cogió, miró la hora y la dijo en cuatro cifras, al otro lado del teléfono otra voz contestó en cuatro cifras dando el día y el mes.

—Gerald —dijo Henry desde la azotea de uno de los edificios de la base militar—. Creía haberte dicho que no me volvieras a llamar, nuestra relación no funciona, debes dejar de obsesionarte conmigo.

Notó, enseguida, el disgusto en la voz de Gerald al otro lado de la línea telefónica.

—Y yo creyendo que, después de haberte regalado un teléfono vía satélite para que pudieras llamar a las líneas calientes sin gasto, habría conseguido hacer de ti algo parecido a un aborto de hombre.

Henry no pudo evitar reír ante la ocurrencia de Gerald. La verdad es que no hablaban a menudo, pero era un reto cuando lo hacían, ver quién decía la barbaridad más grande:

—Supongo que no me llamas para decirme que la guerra se ha acabado y podemos volver a nuestras casas.

—Todo lo contrario, me temo —dijo Gerald con un tono de voz serio y algo apagado, Algo que no era muy habitual en él y hacía que las alarmas de Henry saltaran—. Es posible que tengamos un problema de seguridad.

—Cuéntame —dijo Henry adoptando el mismo tono serio—, ¿los zombis?

—No, peor —respondió Gerald—. Los humanos.

A continuación pasó a relatarle lo que Doc le había contado, y las sospechas y amenazas que eso conllevaba.

—Avisaré a mi personal para que informen a los grupos que estén por aquí cerca —dijo Henry—, aunque por lo que sé, no se han encontrado con gente extraña, más bien los de siempre, merodeadores, asesinos, y los grupos de supervivientes independientes que creen que están mejor yendo de un lado para otro.

—De acuerdo —Gerald guardó un momento de silencio—. El grupo de

Mara se ha quedado para investigar, cuando descubran algo supongo que nos lo harán saber enseguida.

—Supongo que se está cocinando algo —aventuró Henry—, ¿hemos de preparar la evacuación?

Notó las dudas de Gerald al otro lado del teléfono:

—El castillo está bien protegido y la zona vigilada, además hemos mantenido un perfil bajo, por ahora nos quedamos aquí, pero...

Henry se encontraba en su despacho estudiando los últimos informes de los proyectos que estaban desarrollando. Desde luego, no era una de las tareas que más le agradase, pero ser socio de la empresa le obligaba a ensuciarse las manos de vez en cuando con cifras y letras que para nada tenían que ver con lo que a él le gustaba.

Su ayudante entró en el despacho. Antiguamente se habría referido a ella como secretaria, pero hubiera sido un error. Era cierto que ejercía algunas tareas comunes con ese puesto, pero también era cierto que era una de las jefas de departamento que le ayudaba a estar al día en todo lo que pasaba; brillante, con algunas ideas interesantes, y que no se mordía la lengua diciendo lo que pensaba.

Algo que en la sociedad en la que Henry vivía estaba mal visto, pero que él agradecía.

Le entregó un dispositivo de almacenamiento.

—Ha costado, pero aquí tienes los diseños de los japoneses —le dijo sonriendo.

Henry miró el dispositivo y lo conectó a su ordenador.

—Algún día debería preguntarte cómo lo consigues, pero entonces tendría que reconocer que me estás pasando datos obtenidos a través de espionaje informático industrial, y los dos estaríamos en un buen lío. Así que... buen trabajo.

La pantalla se iluminó con una gran G en color blanco sobre fondo negro.

—Aunque tu amigo es un poco ostentoso —dijo señalando el anagrama.

A continuación accedió a los datos, los imprimió en su impresora de gran tamaño, y colgó los diseños en una pared.

Su ayudante no dijo nada, se apartó unos pasos y le dejó espacio para que los estudiase mientras paseaba la vista y el cuerpo de un lado a otro de la pared.

Henry se detuvo un instante y señaló los diseños mientras volvía la cabeza para hablar con ella.

—Están mal.

Ellen, que así se llamaba la mujer, le miró con curiosidad; no era la primera vez que Harry hacía algo por el estilo, mirar una cosa, superficialmente, y decir que algo no iba bien.

—Y supongo que no me podrás decir qué es lo que está mal.

Henry sonrió.

—Me temo que por ahora no. Prepara una reunión con el equipo para dentro de... —miró su reloj— dos horas, y les informaré de lo que deben corregir y comenzar a producir.

—¿Dos horas? —dijo ella con tono sorprendido— ¿te estás volviendo viejo?

—No —respondió él—, es que quiero que tanto ellos, como tú y yo, podamos comer tranquilos y sin agobios, y si tienes tiempo confirma mi partida de *airsoft* para este fin de semana.

Ellen asintió y salió del despacho.

Henry se sentó encima de una mesa y se puso a observar más detenidamente los diseños. Desde siempre había tenido una especie de don que le permitía mirar un plano y decir si tenía algún error o no. Era algo extraño, dado que ni él mismo sabía cómo lo hacía, sólo tenía la sensación de que algo de lo que estaba viendo no encajaba. Su cerebro parecía saber qué era, pero no podía explicárselo en aquel momento. Cogió una bolsa de patatas y comenzó a comérselas de manera distraída mientras pasaba la mirada por los distintos diseños, estudiaba las cifras, y los dibujos. El proyecto trataba sobre un motor eléctrico que aprovechaba al máximo la energía, y además se recargaba aprovechando la energía producida por el movimiento del propio vehículo. Los japoneses habían anunciado que en una semana presentarían un prototipo funcional de dicho motor y Henry le había encargado a Ellen que le consiguiera los planos del proyecto.

No era la primera vez que le pedía algo así a su ayudante, que tenía amigos o conocidos que le podían conseguir dicha información. Por supuesto, obtenerla era considerado espionaje industrial, aparte de ser un delito, pero estaba seguro de que no había nadie libre de pecado. Además, su política era clara en ese punto, si te pillan es que has hecho algo mal.

En un momento determinado, su vista se fijó en unas cifras y una zona determinada del diseño, ahí parecía estar parte de la pieza del puzzle. Las cifras que veía no cuadraban con el diseño y los elementos empleados. Ahora entendía dónde estaba el problema. Sonrió.

El proyecto japonés funcionaría de cara a la presentación, pero no a largo plazo. Su sistema apenas conseguía aprovechar una décima parte de la energía que el vehículo generaba. Un fallo de los científicos japoneses que le costaba entender.

Se levantó y se marchó a la reunión con los planos debajo del brazo. Sabía cómo solucionar el problema, cómo mejorar el diseño y quería tener un modelo funcional lo antes posible para probarlo.

Henry llegó a la entrada del complejo industrial abandonado a la hora indicada. Era un nuevo escenario para sus batallas de *airsoft* que habían contratado recientemente.

El plan era simular una guerrilla urbana entre dos o más grupos, dependiendo de

cómo quedarán cuando todos estuvieran reunidos.

Saludó a varios conocidos que habían llegado antes que él y ya se estaban equipando y comprobando sus armas. Era un grupo cohesionado que llevaba varios años jugando regularmente. El escenario de aquel día, era una serie de naves industriales abandonadas, que les habían alquilado por un precio razonable.

Henry miró a su alrededor.

—¿Alguien ha visto al guardia de seguridad? Me aseguraron que nos estaría esperando en la entrada.

Carl, uno de los que habían llegado antes que Henry y que se estaba ajustando las rodilleras le respondió.

—No hemos visto a nadie, a lo mejor se ha puesto enfermo, no han encontrado un sustituto y se les ha olvidado avisarnos...

Henry se acercó a las puertas que les separaban del complejo industrial, las empujó levemente, y comprobó que estaban abiertas. Extraño, pero a lo mejor Carl tenía razón y, sabiendo que no habría nadie, las habían dejado entornadas para ellos.

Poco a poco fueron llegando el resto de los compañeros de combate hasta llegar a la treintena. El grupo había ido creciendo poco a poco, entre amigos, conocidos de los amigos, y demás. Henry se había permitido invitar a varios compañeros de trabajo. En su empresa existía la política de que todos trabajaban y no había superiores. Disponían de personal designado para controlar los grupos de trabajo, dado que eran necesarios para coordinar a la gente, pero aparte de tener más responsabilidades, trabajaban codo a codo con los demás, comían juntos, y quedaban socialmente.

Cuando todos se habían pertrechado adecuadamente y comprobado que ninguna de las armas superaba los estándares habituales de velocidad de disparo, se pusieron delante de un mapa aéreo del complejo para discutir cómo lo montarían. En un primer momento, se tomó la decisión de dividirse en dos grupos, uno de ataque y otro de defensa, y se seleccionó el área de combate.

Sortearon los grupos y pusieron los relojes en hora, el grupo encargado de la defensa del área tendría media hora para prepararse. Asimismo, el grupo atacante usaría ese tiempo para diseñar una táctica ganadora.

A Henry le tocó el equipo ofensivo y ser el jefe de su grupo. Sacó una segunda copia de la zona y se puso a hablar con sus compañeros de las tácticas a usar para ganar la partida. Decidieron dividirse en tres grupos de cinco y que cada uno atacase por un flanco. La alarma del reloj de Henry sonó y éste miró a sus compañeros. Se dirigió a las puertas que se habían cerrado detrás del otro grupo y las abrió de par en par.

Comenzaba la cacería.

Henry guiaba a su grupo, pegados a una pared. Hacían de anzuelo, de manera que los del otro equipo se fijaran en ellos y no en los dos grupos que iban por los flancos.

Todos vigilaban las ventanas en busca de un signo hostil.

En un cruce, Henry se quedó en el centro del grupo mientras los demás tomaban cada uno un punto cardinal que vigilar. Se mantenían en silencio y sólo se comunicaban por señales. Estudió el mapa buscando posibles puntos para francotiradores y emboscadas; estaban a un par de edificios de uno que dominaba un amplio espacio. Ideal para francotiradores.

Mientras pensaba cómo acercarse, escuchó el grito. Era un grito desgarrador, de los que al escucharlo te quitaba un poco de vida. Henry miró a sus compañeros que le devolvieron la mirada igual de confusos.

También lo habían escuchado. Henry pulsó su walkie.

—Alfa, Charlie, informad, cambio.

—Alfa correcto.

—Charlie correcto.

Cambió el canal de su walkie.

—Equipo dos, el equipo uno está al completo, ¿cuál es vuestra situación?

Al principio sólo le llegó estática, luego escuchó de fondo alguien gritando y pidiendo que todos se calmaran.

—Equipo uno, Sarah no responde.

Henry conocía a Sarah: Madre de familia ejemplar durante la semana, eficaz y demoledora francotiradora los fines de semana.

—¿Cuál era su posición? —preguntó sin perder más tiempo.

—Un edificio en la parrilla Bravo 3.

Henry consultó el mapa y comprobó que era el edificio que le había llamado la atención anteriormente.

—Estamos a un minuto, equipo uno en ruta —informó Henry mientras se ponía en marcha acompañado del resto, y sabiendo que los demás no tardarían en presentarse.

Llegaron enseguida al edificio. Era un edificio de tres plantas. Lleno de ventanas.

Comenzó a dar órdenes.

—Vosotros dos rastread la planta baja —le dijo a los dos más cercanos—, vosotros la primera planta, yo la segunda —volvió a activar el walkie—. Bravo uno entrando.

Las escaleras estaban en un lateral y comenzaron a subirlas. Estaban vagamente iluminadas. La luz de las ventanas no llegaba hasta ahí y debían usar las linternas de sus armas. Henry no sabía lo que podrían encontrarse, pero el grito que había escuchado no parecía augurar nada bueno.

Se separó de sus compañeros en la primera planta y continuó subiendo; nada más acceder, escuchó por el walkie cómo el resto de su equipo también llegaba.

—Tres para la planta baja, tres para la primera, el resto reuníos conmigo en la

segunda planta —ordenó en voz baja por el walkie.

No era cuestión de informar a gritos de su situación a cualquier extraño.

No esperó a que los demás llegaran, y comenzó a buscar a Sarah. La planta estaba dividida en diversos despachos y en el centro podía ver una amplia zona que debía ser la recepción.

Abrió las puertas con cuidado e iluminando los despachos que estaba a oscuras. No había encontrado nada.

Al pasar la zona de recepción comenzó a escuchar unos ruidos leves, como de ratas caminando... aunque sabía que Sarah no habría pegado ese grito por una rata. Por detrás, escuchaba a sus compañeros que habían llegado a la segunda planta. También escuchaba cómo llamaban a gritos desde las plantas inferiores a su compañera sin aparente éxito. Esperaba que los gritos de sus compañeros no costaran más vidas.

Abrió una nueva puerta y entonces su corazón pareció detenerse. Durante un segundo, una de las ventanas se había abierto completamente, dejando pasar la luz e iluminando una escena aterradora. Dos personas sobre una tercera que parecía haber sido decapitada, y que por las ropas parecía ser Sarah.

Todo el suelo estaba embarrado de sangre.

La ventana volvió a cerrarse dejando en semipenumbra la habitación. Henry orientó el haz de su linterna hacia la zona donde había visto el cadáver sin cabeza. Ahí seguía una de las dos figuras estaba a un lado del cuerpo de Sarah y que parecía estar oliendo el brazo de ésta. Cuando la iluminó mejor, vio que el brazo estaba medio devorado y que la figura tenía el rostro lleno de sangre y le colgaban restos de la piel de Sarah de la boca.

Lo más extraño de todo es que la figura no reaccionó ante la luz. Como si no le importara. Henry, con su mente aún intentando comprender qué estaba pasando, siguió pasando el haz de su linterna por el cuerpo de Sarah hasta la otra figura que estaba también arrodillada, pero un poco más alejada.

Entonces vio algo que casi le hizo vomitar. La segunda figura tenía entre sus manos la cabeza de Sarah y la estaba mordiendo. Todavía goteaba sangre de la cabeza y pudo ver la cara de terror de Sarah impregnada en lo que debió ser su último gesto, con los ojos completamente abiertos, como si no pudiese creer lo que estaba pasando.

Henry, todavía en el quicio de la puerta activó su walkie.

—¡¡Que alguien llame a la policía!! —exclamó, para luego volver su atención a los posibles asesinos y gritarles—: ¡Eh, vosotros, desgraciados hijos de puta, apartaos enseguida de ella!

Ninguno pareció haberle escuchado. Apuntó su arma de *airsoft* a la primera figura y disparó una ráfaga al hombro. Ni se inmutó. Disparó otra ráfaga al brazo. Seguía sin reaccionar. Lanzó una tercera ráfaga a la cara. No consiguió nada.

Era algo que no podía pasar. Él, hacía tiempo, recibió por accidente una de esas pequeñas bolas de plástico en su pómulo y el dolor que sufrió había sido muy intenso, dejándole incluso una buena marca durante un tiempo.

Pero ahí estaba aquella figura que ni se inmutaba ante el dolor.

Henry encendió el láser dirigiéndolo directamente a uno de los ojos del caníbal. Eso pareció llamarle la atención y levantó la cabeza para mirarle. Tenía la boca llena de sangre, la mirada como perdida, y le colgaba un trozo de piel entre los dientes.

Gruñó algo y se incorporó. Henry le disparó al pecho, sin obtener ningún resultado. Volvió a apuntar, cansado definitivamente de todo aquello, y esta vez le disparó al ojo. Acertó de lleno y estaba seguro de que se lo había reventado. Pero la figura siguió sin inmutarse y avanzó hacia él emitiendo una especie de sonido gutural.

Al ver que las bolas no le hacían nada, Henry desplegó la culata. Los modelos que usaban eran reproducciones completamente fieles a las de verdad: mismos materiales, mismos acabados y mismo peso; no eran precisamente baratos.

Cuando el atacante estuvo a la distancia adecuada, le descargó un culatazo en la barriga sin apreciar reacción alguna por su parte. Éste comenzó a levantar los brazos para agarrar a Henry, que reaccionó usando un ataque que nunca fallaba: alzó su pierna con violencia golpeando con toda su fuerza la entrepierna del tipo, que se alzó unos centímetros del suelo del tremendo golpe... pero aparte de esa reacción, no consiguió nada, salvo notar cómo unas manos le agarraban los brazos y le empezaban a atraer hacia una boca que no paraba de gotear sangre.

El cuerpo de Henry actuó de forma automática: dejó caer su arma, y con las palmas de las manos abiertas, hizo un movimiento para introducir sus brazos dentro del hueco de los brazos de su atacante y, con fuerza, le golpeó los brazos para romper su presa; a continuación, le asestó un puñetazo en el pecho, esperando dejarle sin respiración unos segundos.

Había conseguido soltarse, y su agresor dio unos pasos hacia atrás, debido a la fuerza del golpe... pero no pareció afectado por el mismo.

Henry volvió a agarrar su arma y le lanzó un duro golpe a la cabeza. Una brecha comenzó a sangrar, pero el tipo continuó como si nada.

Lo primero que pensó Henry en ese momento, fue que, seguramente, el tío debía ir hasta arriba de droga, dado que era lo único que explicaba que no reaccionara ante la cantidad de daño que le había ocasionado hasta aquel momento.

Volvió a levantar su arma para golpearle, pero se encontró con la desagradable sorpresa de que, al querer coger impulsó, resbaló por culpa de la sangre que había en el suelo, encontrándose de repente en el suelo.

Se encontraba dolorido por el golpe, y con el drogadicto que se le había lanzado encima de nuevo y esta vez parecía que no tenía manera de escapar, cuando se fijó en

la cintura de su atacante: Llevaba una pistola en un cinto.

Sin pensárselo dos veces, mientras trataba de defenderse de los mordiscos que le intentaba dar su atacante cual perro rabioso, intentó hacerse con el arma.

Le estaba siendo complicado, dado que tenía que detener las embestidas de su atacante con un brazo —y parecía que gracias a las coderas que llevaba, lo estaba consiguiendo—, y con el otro tratar de alcanzar el arma.

Tras unos minutos de intensa lucha, consiguió hacerse con el arma. Sin tiempo para pensar, buscó con los dedos a tientas el seguro, lo quitó, puso la pistola entre él y su atacante y disparó una vez.

Para su sorpresa, el atacante no paró ni pareció estar afectado en modo alguno por el disparo.

—Un maldito chaleco antibalas —pensó Henry.

Su pragmática mente intentaba explicar todo cuanto estaba sucediendo, para, a continuación, sustituir la codera en la boca de su atacante por el cañón de la pistola, introduciéndola hasta el fondo y, sin pensárselo dos veces, apretar el gatillo.

En un segundo, la máscara que llevaba se llenó de sangre y vísceras.

El disparo a la cabeza sí tuvo efecto y dejó sin vida a su atacante.

Se lo quitó de encima justo a tiempo para ver que el sonido de los disparos había llamado la atención del otro caníbal, que dejó caer la cabeza de Sarah y se dirigió hacia él, con las manos goteando sangre y la boca llena con restos de la cabeza de Sarah.

Henry apuntó y disparó: tres veces al pecho, dos a la parte superior y una a la parte inferior, tal y como le habían enseñado en el ejercito.

Tampoco a este otro tipo le afectaron los disparos. Le pararon en seco un segundo, pero continuó su marcha; Harry apuntó a la cabeza y disparó de nuevo: El segundo atacante se quedó quieto, cayó sobre sus rodillas y luego sobre su pecho.

Parecía que todo se había acabado. Por fin.

A lo lejos escuchó el sonido de las sirenas de la policía, y también a alguno de sus compañeros vomitando fuera de la habitación, tras ver el baño de sangre que había alrededor de Henry.

Éste notaba cómo su cerebro quería desconectar. Estaba entrando en shock. Recordó lo que uno de sus instructores le había dicho una vez:

—La mente es un instrumento extraordinario, cuando lo necesita, te pide desconectar. Si estás en peligro, puedes negarte a esa desconexión, y seguir luchando por tu vida, pero si ves que tu vida ya no corre peligro, déjate ir. Tu mente no se queja por vicio.

Siguió el consejo y todo a su alrededor dejó de existir.

Henry despertó en la sala de interrogatorios de la policía. No sabía el tiempo que había pasado desde la muerte de Sarah, ni tenía un recuerdo claro de lo que había

sucedido después de que su mente se desconectara.

Seguramente contó a la policía lo que había pasado. O eso esperaba. No lo recordaba.

Se abrió la puerta y entró un detective. O eso parecía, dado que no llevaba uniforme. Hizo el típico ritual de dejar una carpeta con papeles, luego su vaso de plástico con algo humeante, y se sentó enfrente de Henry.

—Bueno —dijo mientras hacía como que estudiaba los papeles dentro de la carpeta—, parece que las versiones de todo el mundo coinciden, y los forenses confirman lo que usted nos ha contado sobre los golpes a los muertos. Aunque después de ver el estado de los cadáveres... parece que se sobrepasó un poco: cuatro disparos a uno y dos al otro, en ambos casos volándoles los sesos... no es que no le entienda, después de ver lo que hicieron con su amiga...

—Ya le expliqué —o eso esperaba Henry— que primero intenté razonar con ellos, luego simplemente dejarles inconscientes golpeándoles con la culata de mi arma, pero nada de eso funcionó y me atacaron. Temí por mi vida y disparé al pecho de ambos, pero debían llevar chaleco antibalas e ir drogados hasta las cejas, porque ni los golpes ni los disparos les hicieron efecto.

»No me quedó más remedio que dispararles a la cabeza.

—Podría haber disparado a las rodillas —señaló el policía—, aunque si le digo la verdad, ni yo creo que hubiera pensado en ello. De todas maneras, encontramos bolas de plástico por el suelo, tengo entendido que las usan ustedes para... sus juegos.

—Sí, bolas de 0,20 gramos de plástico ecológico —respondió Henry—. En realidad, un disparo a bocajarro puede causar lesiones, no excesivamente graves, claro. A cierta distancia te causa un gran picor, por eso además vamos equipados completamente: casco, rodilleras, coderas, máscaras o gafas para el rostro...

»Bueno, ya lo habrá visto, el equipo completo.

—Ajá —respondió el policía revisando sus notas.

—¿Pero? —preguntó Henry al notar el silencio del policía.

—Los forenses tienen un problema con la hora de la muerte —respondió el policía revisando sus notas—. Según parece, su compañera, Sarah, murió más o menos cuando ustedes dicen, pero la hora de la muerte de los guardas de seguridad —miró a Henry que parecía sorprendido—, sí, eran los encargados de cuidar de ese sitio. Bueno, resulta que el forense sitúa la muerte de uno, unas ocho horas antes de sus testimonios y el otro unas dieciséis horas.

—Eso es imposible —respondió Henry, que no entendía nada.

—De hecho, tiene razón —dijo el policía—. Al parecer los restos que había en su máscara eran... frescos, y en el estomago de los muertos hemos encontrado... bueno... ya se lo puede imaginar. Así que suponemos que es un error de los forenses. Científicos, ya sabe... De todas maneras, aunque no le consideramos sospechoso, nos

gustaría que no saliera de la ciudad. Aparte de eso, si tenemos más preguntas le avisaremos, o si usted recuerda algo...

Henry se levantó, dio la mano al policía y se dejó acompañar a su casa. Sólo quería darse una ducha y tirarse en la cama. A lo mejor todo aquello era una pesadilla y cuando despertara nada habría sucedido.

En los siguientes días, Henry iba como noctámbulo. Se pasaba las horas sentado en su despacho, mirando a través del ventanal a lo lejos, con la vista perdida. Repasaba los eventos de ese fin de semana sin que pudiera llegar a entenderlos. La mayor parte del trabajo que tenía, se la había dejado a su ayudante, que no le mencionó nada, ni intentó consolarle; no había palabras para convencer a Henry, ¿de qué había que convencerle? Ése era el problema. Ni siquiera la policía acababa de entender qué había pasado.

Comía cuando su asistente le traía la comida, se iba a casa cuando veía que los demás se iban, firmaba los presupuestos y los proyectos apenas sin mirarlos.

Y nada parecía aliviar la pena de Henry. En algún momento, sin saber cuándo ni porqué, cogió el teléfono y marcó un número, al otro lado de la línea sonó una voz muy familiar:

—General Smith, ¿qué tal todo?

—¡Abdulah, amigo!

Henry suspiró, al otro lado de la línea se escuchó la carcajada del general.

—Siempre tan serio, muchacho, ¿qué te pasa Henry? ¿Has matado a alguien mientras jugabas a soldaditos?

Sabía que era una broma, pero no pudo evitar soltar una especie de gruñido como si le hubieran cogido con las manos en la masa.

—Sólo llamaba para ver cómo iban las cosas —dijo Henry a modo de disculpa.

—Ahora andamos algo ocupados, nos estamos movilizand. Por lo visto hay disturbios en algunas ciudades y se ha declarado la ley marcial, un segundo...

Henry esperó mientras escuchaba de fondo el ruido de papeles y de botas, y cómo se gritaban órdenes.

—Capitana Grumpy, usted irá al sector 17, la infantería mecanizada estará de apoyo.

Escuchó las órdenes, así como una voz femenina que respondía a las mismas.

—Señor, sí, señor.

Henry iba a colgar cuando la voz de Smith volvió a sonar.

—Lo siento, tengo que dejarte, ¿por qué no te pasas a finales de la semana que viene? Supongo que para entonces ya estará todo resuelto y podremos recordar los viejos tiempos, cuando eras un soldado de verdad.

Colgó el teléfono y volvió a contemplar el paisaje que se veía desde su despacho.

Lo peor vino el día del funeral. Caía una lluvia fina pero intensa. El cementerio se

había llenado de familiares, amigos y conocidos. Henry se quedó a una pequeña distancia de la gente, apartado a pesar de la insistencia de sus amigos para que no se sintiera culpable y les acompañara.

Se sentía responsable, estaba en su naturaleza. Veía la mirada perdida del marido, que también reaccionaba como un autómata cada vez que alguien le daba la mano o le daba el pésame. Y los hijos... ¿cómo explicarles a los hijos de Sarah que su mamá no volvería? Eran un niño y una niña de seis y cinco años, respectivamente. Los había visto nacer, crecer y, ahora, perder a su madre. El ataúd estaba cerrado, no podía ser de otra manera, el cadáver había quedado...

Henry se apoyó en un árbol y vomitó el desayuno. No pudo evitarlo, sólo con pensar en la escena que contempló... ¿cómo podía un ser humano hacer algo así?

Mientras se limpiaba la boca con un pañuelo, cruzó su mirada con la del marido de Sarah. Él les había presentado, y fue testigo en su boda. Su mirada dejaba entrever, según interpretaba Henry, que le atribuía la culpa de todo lo que había pasado. Seguramente también se preguntaba por qué ella y no Henry. Él se preguntaba lo mismo. Él no tenía pareja estable, ni hijos, ni familia cercana... no era justo.

Y esa mirada le hizo sentirse todavía más culpable.

Lo único que sacaba del letargo a Henry, era el proyecto del motor eléctrico. Repasaba los nuevos diseños, y veía dónde tenía que mejorarlos para conseguir una conversión casi total de la energía. Los primeros prototipos se montaron en distintos vehículos para probarlos en el terreno. Henry cogió uno de los *suburbans* para comprobar su eficiencia en carretera y en el día a día.

Su casa se encontraba en un complejo residencial, no demasiado lejos de las oficinas, por lo que habitualmente en diez minutos llegaba a la misma.

El complejo residencial estaba habitado, en su mayoría, por empleados y compañeros de trabajo. Eran una mini-ciudad, no demasiado grande, pero lo suficiente para tener un par de tiendas de comestibles, e incluso unos multicines.

También gozaban de su propio servicio de seguridad que velaba por la tranquilidad de los inquilinos.

Al llegar a su casa, se fue directamente a dormir. Esos días apenas estaba comiendo, y lo cierto era que sus momentos de sueño eran lo único que le permitía evadirse de todo aquello.

Pero esa noche se despertó después de haber revivido en una pesadilla los sucesos que llevaron a la muerte de Sarah, sólo que en aquella ocasión, eran todos sus compañeros los que morían a manos de esos misteriosos atacantes que no parecían morir nunca, y él se encontraba cubierto con la sangre de todo ellos.

Se incorporó en la cama, intentando quitarse esas sangrientas imágenes de la cabeza. Y deseó tener algo más fuerte que cervezas sin alcohol en el frigorífico.

Estuvo unos minutos en silencio, sentado en la cama, mirando al vacío. Cuando

se tranquilizó volvió a estirarse y cerró los ojos.

Unos golpes en la puerta le despertaron. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Horas? ¿Minutos? Bajó al recibidor y abrió la puerta, allí se encontró con una agitada Ellen, que parecía estar sin aliento. Le miró con miedo en los ojos.

—Mi perro, Henry, se están comiendo a mi perro.

Henry no entendía nada, hizo que Ellen entrara en su casa y miró cómo a lo lejos, había una unidad de bomberos intentando apagar un pequeño incendio. Le ofreció un vaso de agua mientras le invitaba a que se sentara.

—¿Qué sucede? —le preguntó finalmente.

Ellen vivía unas casas más abajo. Se le quedó mirando, con las manos temblando:

—Un ruido extraño me ha despertado. He escuchado a Harry, mi perro, ladrar, y me he asomado a la ventana para ver por qué armaba tanto jaleo. De repente ha soltado un gruñido y se ha quedado en silencio. Nuestro vecino, el señor Asus, ¡¡le estaba mordiendo!! No me lo podía creer, he abierto la ventana y le he gritado que se apartara de Harry. Entonces ha levantado la cabeza, tenía... era horrible, el pobre Harry... —comenzó a sollozar—. Asus se ha levantado y ha intentado entrar en mi casa por la puerta de atrás. Yo no sabía qué hacer, he llamado a la policía, y luego salí corriendo por la puerta principal y he venido hasta aquí. Asus se ha vuelto loco.

Henry le ofreció otro vaso de agua y la dejó en la cocina mientras iba a la puerta principal. Escuchó a lo lejos unos disparos, ¿qué demonios estaba pasando? Abrió la puerta y vio un coche de policía a la altura de la casa de Ellen. Un agente salía corriendo de detrás de la misma mientras hablaba por radio.

—Central, necesito refuerzos y una ambulancia, un oficial ha caído. Le hemos vaciado un cargador cada uno a ese maldito desgraciado y no se ha inmutado, se ha lanzado directo a por Frank, está muerto... ¿central?

A lo lejos, las llamas en lugar de extinguirse parecían haberse propagado a la casa de al lado, ¿qué estaban haciendo los bomberos? Trató de encontrarlos con la mirada, pero sólo consiguió ver la manguera que soltaba agua al aire y se movía como una serpiente en el aire, sin nadie que la manejara. Comenzó a escuchar gritos y chillidos por diferentes casas y, de repente, de la casa de enfrente, salió el vecino gritando mientras su hijo estaba aferrado a su pierna mordéndola brutalmente.

Fue entonces cuando Henry lo comprendió. Le vino a la cabeza una frase que decían que era de Sherlock Holmes, y que había leído en alguna parte: Cuando no puedas descartar nada más, lo que quede, por improbable que sea, será la respuesta: ¡¡ZOMBIS!!

¿Cómo podía ser posible? Los no-muertos eran una invención de las películas de terror, pero de alguna manera todo parecía encajar: gente que practicaba el canibalismo, que sólo moría de un disparo a la cabeza, que ya estaban muertos antes de matarlos... joder... cerró la puerta y se dirigió a la cocina, donde Ellen le miró

alarmada.

—Acompáñame al dormitorio, tengo que hacer las maletas y tú tienes que cambiarte; no puedes ir así vestida —dijo Henry mientras le cogía del brazo y casi la arrastraba por las escaleras.

Ellen se dejó llevar, confusa. Era cierto que no llevaba ropa de viaje, vestía unos pantalones cortos, una camisa de tirantes y una bata, junto a sus zapatillas de andar por casa. No había tenido tiempo de cambiarse...

Henry sacó un par de maletas.

—Pon algo de ropa informal para mí y trata de buscar algo que te pueda ir bien, coge un par de mis botas y rellénalas con calcetines para poder ponértelas.

A continuación, se puso la ropa que usaba habitualmente para sus partidas: chaleco y fundas incluidas; la dejó mientras se dirigía al estudio con la bolsa que empleaba para transportar su material de *airsoft*. Abrió una vitrina, no era exactamente un fan de la caza, pero de vez en cuando había ido con clientes potenciales, o compañeros, y tenía para esas ocasiones una escopeta de perdigones y una con mira telescópica. Las cogió y las guardó en la bolsa junto a varias cajas de munición.

Luego abrió otra vitrina. En cambio, las armas cortas sí que le gustaban. Aunque practicaba en el campo de tiro, su afición era más de coleccionista. Tenía una docena de pistolas de 9 mm que había ido comprando a lo largo del tiempo, varios modelos de Glock, la nueva Walther PPK, y la Beretta, por supuesto; optó por esta última para ponérsela en la funda de la pierna y metió varios cargadores en los bolsillos de su chaleco, también puso varios cartuchos de la escopeta.

Dejó el material en la puerta que daba al garaje y se dirigió a la cocina. Se puso a buscar y seleccionar las provisiones. Ellen apareció en la puerta con dos maletas, parecía seguir sin entender nada, pero confiaba en su jefe y no hacía preguntas. Cuando Henry se dio cuenta de su presencia, se paró un segundo en seco con varias botellas de agua en la mano.

—En el garaje está el *suburban*, pon en el maletero las maletas y las armas. En cuanto acabes, ayúdame a llevar las provisiones —dijo mientras se dirigía hacia el garaje y ponía un par de cajas de botellas de agua y leche al lado del maletero.

Unos largos minutos después, Ellen estaba vestida y Henry comprobaba que todo estuviera en su sitio. Le indicó que se subiera al *suburban* en el asiento del pasajero y le entregó la escopeta.

—Tenla en el regazo, por si acaso —dijo mientras ponía las botas de combate en la parte de atrás del vehículo.

Sabía que con esas botas era imposible conducir cómodamente, y había decidido usar unas deportivas que tenía en el armario. Comprobó que la pistola tuviera el seguro puesto y estuviera cargada. Se subió al *suburban* y lo puso en marcha,

encendió las luces del mismo y apretó el botón para abrir la puerta del garaje.

Ellen aprovechó ese momento de respiro para preguntar qué estaba pasando.

—Zombis —respondió secamente Henry ante la mirada incrédula de su ayudante.

Fue entonces cuando notó el ruido que producía la puerta del garaje. Nunca se había fijado realmente, pero hacía un ruido de mil demonios, y eso, sin duda, no era bueno.

Con la puerta a medio abrir, los focos del vehículo iluminaron la fachada de la casa de enfrente y Ellen dio un respingo en su asiento, a la vez que un grito se ahogaba en su garganta. El niño que Henry había visto antes, estaba devorando la mitad de la pierna de su víctima, y en aquellos momentos, debido al ruido, parecía sentir curiosidad por ellos.

Se puso en pie y se dirigió hacia el garaje de Henry. La puerta ya estaba prácticamente abierta. Ellen miró asustada a Henry cuando vio al sangriento niño ir hacia ellos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Henry apretó a fondo el acelerador.

—Darle el descanso final —dijo mientras, sin pensárselo dos veces, lanzaba el *suburban* contra el niño y le pasaba por encima.

A continuación, giró y dirigió el vehículo en dirección contraria al incendio y a un par de vehículos de policía que había enfrente de la puerta de la casa de Ellen.

Se alejaron rápidamente de sus casas. Ellen evitó mirar atrás y a los lados.

—¿A dónde vamos?

Henry, que de vez en cuando miraba a los lados, podía ver ahora claramente que había poco que hacer por los vecinos de las casas colindantes, o les mataba el fuego, o lo harían los zombis.

—Vamos a buscar a la familia de Sarah, es lo menos que puedo hacer.

Ellen asintió en silencio. Pasados unos minutos, las calles y las casas parecían estar tranquilas. Nadie sospechaba lo que estaba pasando. Y él no tenía tiempo para ir a casa por casa para explicarlo... bueno, ¿cómo iba a explicarlo?

Antes de que pudiera responder a su propia pregunta, llegaron a la altura de la casa de la familia de Sarah. Henry cogió la escopeta e indicó a Ellen que se quedara en el coche esperando.

Se acercó a la puerta y tocó el timbre, de forma nerviosa y rápida. En unos segundos una luz interior le indicó que había gente en casa. Por ahora iba bien.

Jonathan, el marido de Sarah abrió la puerta y se quedó mirando a Henry.

—¿Sé puede saber qué coño haces aquí y por qué vas así vestido? —le dijo Jonathan bastante irritado.

—No tenemos mucho tiempo —respondió Henry—. Coge a tus hijos, algo de ropa y sube al coche conmigo, tenemos que irnos.

Jonathan abrió los ojos como platos.

—Estás loco. Primero matas a mi mujer, y ahora... ¿has venido a acabar el trabajo? —dijo señalando alarmado la escopeta—. ¿Por eso la llevas? Lárgate de aquí antes de que llame a la policía.

Henry respiró hondo.

—Ven conmigo si quieres vivir —enseguida pensó que esa frase quedaba mejor en su cabeza que una vez dicha—. No tenemos mucho tiempo, pronto estarán aquí.

—¿Quién? ¿Más hombres de negro? —gritó Jonathan—. Déjanos en paz, ¿no has hecho ya suficiente daño a esta familia?

Iba a cerrar la puerta cuando ambos escucharon el grito de aviso de Ellen, el zombi que Henry creía haber atropellado estaba saliendo de debajo del coche, arrastrándose y tratando de ponerse en pie. La imagen era escalofriante, estaba bañado en sangre, sus ojos parecían vacíos, sin vida, su boca abierta, mostraba unos pequeños dientes manchados de sangre y con restos de piel entre ellos; Jonathan pudo verle avanzar hacia ellos.

—Madre de Dios, ¿qué le has hecho a ese pobre niño? —dijo sin acabar de entender la macabra escena.

Henry no se lo podía creer.

—Yo no le he hecho nada, se ha convertido en un zombi. Ya sé que no me crees, pero míralo, ¿de verdad te parece un niño recién atropellado?

Jonathan no sabía qué decir; el niño avanzaba con paso lento, parecía tener problemas con una de sus piernas, que la iba arrastrando. Pero si le miraba... no parecía humano.

—Yo... esto... no entiendo... ¿qué está pasando?

Dándose por enterado Henry apuntó la escopeta y voló la cabeza del niño, que cayó como un plomo al suelo, a medio metro de la entrada de la casa.

—Bien, coge a tus hijos, ropa cómoda, calzado de excursión, si tienes agua embotellada o conservas sácalo todo también, Ellen te ayudará con las niñas.

Henry indicó a Ellen que saliera del coche y ayudara a Jonathan; los dos desaparecieron escaleras arriba. Miró a su alrededor, parecía no haber nadie, y el disparo no había alertado a los vecinos. Cogió el cadáver por los pies y lo arrastró fuera de la vista, no quería que los niños pudieran ver algo así.

Buscó con la mirada y encontró la manguera, la puso en marcha y trató de diluir la sangre del camino. Luego, mientras seguía vigilando que todo estuviera tranquilo, se acercó a su coche y cogió el teléfono móvil que iba acompañado por una pesada batería. Dejó varios mensajes de voz a varias personas, explicándoles rápidamente qué pasaba (sin mencionar la palabra zombi) y que huyeran y se unieran a él en la factoría.

Su cabeza comenzaba a improvisar un plan de huida.

Marcó uno de los números de la factoría y una voz femenina, algo sorprendida, le respondió:

—Hola Sam, soy Henry. Necesito que hagas un par de cosas por mí —dijo Henry mientras seguía esperando y vigilando los alrededores—. Quiero que prepares un cierre de emergencia total de la factoría, te prepares para recibir invitados y recopiles todo el material de seguridad, comida envasada y bebida que puedas encontrar. Necesito que lo lleves al garaje 1 junto a los nuevos vehículos de pruebas.

—Supongo que si te pregunto, la respuesta será larga y aburrida.

—Si te lo digo no me creerías —respondió Henry respirando hondo—. Además necesito otro favor, necesito que llames a tu amigo y le pidas que active las sirenas de emergencia de mi complejo residencial.

—¿Qué está pasando Henry?

—Tenemos una infección en el vecindario y necesito avisar a todos los vecinos —respondió Henry esperando que Sam no siguiera preguntando.

—Lo primero lo puedo hacer, no es un problema, pero lo segundo... si no puedes ser más específico me temo que no podré ayudarte.

Durante unos segundos, Henry pensó en mentir, pero... ¿no sería buena idea, que si existiera una posibilidad, los de más arriba fueran informados?

—Zombis, Sam, tenemos una plaga de zombis. Están matando a los vecinos casa por casa, han venido un par de coches patrulla, pero... seguramente, los policías ya estén muertos... o no-muertos.

Durante unos segundos Henry temió que Sam le hubiera colgado.

—¿Sam?

—Sigo aquí, lo siento Henry. Estaba pensando... de acuerdo, mi equipo y yo, os esperamos en la factoría, y haré esa llamada.

Henry no podía creer que Sam no hubiera dudado de él, o le hubiera llamado loco, pero bueno, ése no era su problema ahora. La zona del vecindario en la que estaba seguía siendo tranquila. Ellen salió con un par de maletas que colocó junto con el resto de cosas en la parte trasera del *SUV*, enseguida volvió a entrar.

El teléfono de Henry sonó.

—¿Se puede saber qué significa este mensaje apocalíptico que has mandado?! Henry, has perdido la cabeza.

—Mira, en estos momentos no tengo ganas ni tiempo para discutir —respondió Henry un poco irritado—. Si quieres salvar tu vida, mueve tu culo hasta la factoría, y si quieres morir, pues mira, quédate en tu linda casa rodeado de tus lindos vecinos, hasta que te claven sus lindos dientes en tu lindo trasero —y colgó.

El stress de la última hora le estaba pasando factura, y no tenía tiempo para lidiar con tonterías, o confiaban en él o no. Vale, era un salto de fe tremendo, pero lo que estaba en juego también.

Jonathan salió llevando de la mano a los niños y los puso en los asientos traseros del *SUV*, les fue abrochando los cinturones de seguridad y comprobando que estuvieran cómodos. Luego, ayudó a Ellen con unas cuantas provisiones. Miró a su alrededor y por último a Henry.

—No puedo creer que esté ocurriendo esto.

—Me lo dirás a mí —respondió irónicamente el otro.

La factoría no estaba muy lejos del complejo residencial, a unos diez minutos sin tráfico, por la carretera principal. Mientras salían del sitio donde habían vivido gran parte de su vida, ninguno miró atrás. Por suerte, por el camino no encontraron ni zombis, ni tráfico. Cuando se alejaron medio kilómetro, comenzaron a escuchar las sirenas que se usaban para casos de emergencia. Tal vez así los vecinos tendrían una oportunidad de sobrevivir, o de morir en familia. Pensar en ello hacía que Henry se sintiera frustrado y no parara de pensar en que, si se hubiera quedado, a lo mejor podría haber organizado a los vecinos, y podrían haber vencido a los zombis, o podría haber muerto...

Viendo en el retrovisor a los hijos de Sarah, que parecían haberse puesto a dormir de nuevo. Benditos niños, se aseguró a sí mismo que había tomado la decisión correcta.

Egoísta seguramente, pero... era una deuda de honor.

Cuando llegaron a la factoría, Henry dirigió el vehículo directamente al garaje 1, donde estaban el resto de vehículos de pruebas. Ahí le estaba esperando Sam, que miraba cómo uno de sus hombres, Jack, colocaba varias cosas en la parte trasera de otro *SUV*.

Henry se bajó y saludó a Sam.

—No tengo intención de quedarme mucho tiempo aquí. Revisar los vehículos, comprobar que lo tenemos todo, y nos largarnos enseguida. Lo que no entiendo es cómo es que me has creído enseguida.

—Digamos que tenía mis sospechas por rumores que había escuchado —respondió Sam, algo esquiva.

En ese momento otro de los compañeros de seguridad de Sam apareció portando un enorme baúl, atento a la conversación.

—Su novio es policía y lleva sin saber de él casi una semana, por lo visto en la ciudad ha habido disturbios, e incluso han tenido que llamar al ejército y declarar la ley marcial.

Sam le lanzó una mirada poco amistosa.

—¿No tienes asuntos que atender Daniel?

Henry recordó vagamente la conversación que había mantenido con su amigo, el general, hacía unos días, y de cómo no habían podido quedar porque les habían movilizado.

—Seguro que estará bien —dijo finalmente, sin querer revelar la información. No tenía sentido preocupar más a Sam—. ¿Cómo va por aquí?

—Ocho trajes antidisturbios completos —comenzó a recitar Sam—, con sus escopetas adaptadas para disparar bolas, sacos, o gases lacrimógenos, cinco subfusiles MP-5 con cuatro cargadores completos para cada uno; diez pistolas Glock reglamentarias, con dos cargadores completos para cada uno, y cartuchos de varios tipos para las escopetas.

Henry silbó sorprendido.

—Vaya arsenal que teníamos, y yo sin saberlo.

Tom, otro de los hombres bajo el mando de Sam, que había estado colocando material en el *SUV* intervino:

—El espionaje industrial es un negocio serio, y se paga muy bien la información de otras empresas.

Henry no pudo evitar sonreír al mirar los vehículos.

—Qué me vas a contar.

Durante la siguiente hora, Henry fue de un lado para otro. Tenía que revisar los vehículos con el nuevo motor eléctrico y comprobar que estuvieran preparados para viajar. También tenía que decidir, con los demás, cómo cargar los vehículos de manera que ninguno estuviera excesivamente lleno.

Era un problema, dado que no sabía el coste que supondría la carga para los motores. Poco a poco, fueron llegando algunos de los amigos a los que había avisado, con su familia, hijos, mujeres, compañeros. Algunos pidieron que les explicaran qué estaba pasando, otros, por la mirada y sus testimonios posteriores, ya lo habían sufrido y huyeron justo a tiempo. Explicar a la gente que algo como los zombis existía era algo complicado. Por suerte había otros testigos.

Cuando dedujo que nadie más iba a venir, los reunió a todos.

—Bueno, creo que ya no vendrá nadie más. A todos los que estáis aquí, bienvenidos y gracias por vuestra confianza. Si os he reunido aquí, es para intentar salvaros todos. Mi plan no es infalible, pero haré todo lo posible para que sigamos vivos hasta que el problema esté solucionado y las autoridades y el ejército cumplan con su cometido.

»Si os estáis preguntando cómo es que no usaremos los vehículos que habéis empleado para llegar hasta aquí, es porque, entre otras cosas, son demasiado ruidosos. Y no es cuestión de ir llamando la atención. En cambio, estos preciosos vehículos —dijo pasando la mano por uno de los capós de un monovolumen—, son casi silenciosos. Obviamente, cosas como el ruido causado al rozar las ruedas con la calzada no se puede solucionar, pero la parte eléctrica de los motores es silenciosa por completo.

»El problema es, que son modelos experimentales. La idea original era conseguir

la conservación de la energía completa, y por lo tanto no sería necesario usar el motor de combustión. Éstos son los primeros prototipos, que sólo conservan el cincuenta por ciento de la energía. Por eso, cuentan además con un motor convencional de combustión, aunque sería adecuado no usarlo salvo en caso de emergencia. Están equipados de manera que los chasis absorben energía solar y la convierten para poder usarla, aunque no es muy eficiente todavía, debido a que el polvo se acumula rápidamente e interfiere con la recolección solar. Como ya he dicho, son prototipos. Y espero no encontrar fallos en los mismos mientras... huimos.

—¿A dónde? —preguntó uno de los allí reunidos—. Si estamos cargando los vehículos es que no esperas quedarte aquí.

—No sería adecuado quedarnos en un sitio poblado, por razones obvias —respondió Henry—. Lo ideal sería ir moviéndonos cada pocos días, para evitar ser localizados y cazados. Pero no he tenido tiempo de... examinar los vehículos a fondo, así que por ahora sería adecuado buscar un sitio solitario donde quedarse, comprobar que los vehículos funcionan, y luego... decidir qué hacemos.

—¿Por qué no un centro comercial? —preguntó Mike con una sonrisa, esperando haber dado con una solución ideal—, tiene mucho espacio, comida... podríamos quedarnos allí durante años.

—No lo tengo muy claro —contestó Henry—. Seguro que no eres el primero que ha tenido esa idea... y tarde o temprano los zombis llegarán también a ese sitio, y todos sabemos que los zombis, cuando ponen el ojo en una presa, no la dejan ir.

—Pero eso son sólo en las películas —indicó otro—. Seguro que estos zombis... bueno... esto... vale..., los zombis también sólo existían en las películas... perdona Henry, continúa.

—No quiero quedarme aquí porque está cerca de un núcleo poblado, y aunque podríamos resistir... no sería durante mucho tiempo —continuó Henry—. Así que he pensado en una zona de cabañas que la empresa tiene en las montañas al lado de un lago. Es una zona deshabitada, alejada de la civilización, pero podemos quedarnos ahí durante un tiempo mientras ponemos a punto los vehículos y decidimos qué hacer a continuación.

Todos parecieron estar de acuerdo con el plan.

Mientras acababan de cargar los datos en los GPS's de los vehículos para usar carreteras secundarias y desviarse de núcleos de población, se decidió que el orden de los vehículos sería, primero las motos de Cross que irían entre quinientos metros o un kilómetro por delante, abriendo el camino a modo de exploradores, seguidos por un SUV que iría en cabeza, los dos monovolúmenes y cerrando el grupo el otro SUV, y después a otro medio kilómetro, más o me nos, dos motos de gran cilindrada que serían las encargadas también de comprobar que no les seguían problemas.

Todos los conductores estarían comunicados mediante walkies y armados.

Excepto los conductores de los vehículos de cuatro ruedas, ya que serían los copilotos los que harían las tareas de guardianes.

Sam comprobó un panel y dio el visto bueno.

—Las instalaciones están listas para cerrarse a cal y canto. No creo que nadie pueda entrar en las mismas si no es usando explosivos.

Henry miró, por última vez, lo que le rodeaba, con cierta nostalgia. No sabía si tendría ocasión de volver a esas instalaciones en las que tantos buenos momentos había pasado. Pero era hora de pasar página.

Se montó en el *SUV* que iba en cabeza y comprobó las comunicaciones. Todos dieron el ok. En su vehículo iban Ellen, Jonathan y sus hijos, que estaban medio dormidos y no se estaban enterando de mucho. Para ellos, esto era una aventura.

Las puertas del garaje se abrieron y uno a uno fueron saliendo los vehículos hacia la oscuridad de la noche. Cuando hubieron salido todos, las luces se apagaron y las puertas se volvieron a cerrar para no dejar pasar a nadie, durante un largo tiempo.

Capítulo 5

John Smith

Base Militar Echo

—Mierda —dijo Henry sacando el destornillador del motor y tirándolo al otro lado del hangar. Pasar los motores eléctricos a los vehículos militares estaba siendo una tarea tediosa y dificultosa. En teoría tendría que ser al contrario, ya que los puñeteros eran más grandes que un vehículo civil, y deberían tener más espacio, pero trabajar con ellos se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Su walkie cobró vida.

—Henry, se acerca un grupo armado a la puerta principal.

Henry suspiró, otra vez a hacer de poli malo. Se subió a un todoterreno que le había venido a buscar, uno de los que ya usaban el motor eléctrico, y le llevó a la entrada principal donde le estaba esperando uno de sus hombres.

Se bajó del vehículo y éste desapareció con la misma rapidez con la que había llegado. Se arregló el uniforme militar y esperó a que llegaran las visitas. No tardaron mucho. Se trataba de un grupo típico de supervivientes: desaliñados, descuidados, y con la mirada perdida. Respiró hondo y esperó a que el que seguramente debía fuera el jefe diera un paso al frente y le mirase.

—Bienvenidos a la base Echo, damas y caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El que estaba al cargo llevaba unas gafas de sol que le ocultaban los ojos, una barba incipiente, y una sonrisa que indicaba que se creía superior a Henry.

—Me llamo Donald Brown. Estoy al cargo del grupo de supervivientes. Quisiéramos que nos proporcionara comestibles y ver lo que tiene por si podemos usar algo.

Henry miró de arriba abajo al hombre que acababa de hablar casi en un tono amenazante.

—¿He de suponer que si no accedo ocurrirán cosas malas?

Donald sonrió maliciosamente mientras se quitaba de forma teatral las gafas de sol.

—Les hemos observado, apenas tiene hombres, muchos refugiados, y vehículos interesantes. No se lleve a engaño: las personas que me acompañan no forman mi grupo completo, sólo son un ejemplo de lo que tengo bajo mi mando, hombres y mujeres entrenados en el uso del armamento, que han

sobrevivido a este apocalipsis, y han puesto sus vida en juego contra los zombis.

—Esta base —comenzó a recitar Henry— es un santuario para la humanidad. Prometemos protección contra el exterior a cambio de mano de obra. Siempre necesitamos que se lleven a cabo obras, reformas, mantenimiento. Tratamos de ser sostenibles, y plantar y cuidar cultivos es una tarea diaria y dura. Así que a cambio de ayuda les damos comida, un lugar donde dormir, y a gente como ustedes pues... les ofrecemos un trato parecido. Pueden pasar unos días tranquilos aquí, ayudando con esas tareas, o pueden irse por el mismo lugar que han llegado.

Eso no gustó a Donald, que miró duramente a Henry.

—Creo que no me entiende. Usted nos proporcionará lo que necesitemos, sin causar problemas. Les hemos estudiado, podemos tomar esta base cuando queramos. Pero preferimos evitar un derramamiento de sangre entre humanos, y encontrar un entendimiento beneficioso.

—Su grupo consta de veintiuna personas —dijo Henry sonriendo—; en estos momentos están acampados a cinco kilómetros de aquí. Usted personalmente no se ha acercado a esta base para investigarnos, ha mandado a tres personas diferentes, dos hombres y una mujer. Morena, flacucha, que ha sido la que más información ha conseguido de esta base.

El gesto de Donald se torció. Henry continuó.

—Ahora mismo tiene un punto rojo apuntando a su pecho —dijo señalando la marca roja—. La gente en este campamento se toma muy en serio su trabajo, y no le gusta que le amenacen. Sabíamos que estarían vigilando, así que dejamos que nos espieran, y mostraran su actitud. Y no me gusta. Así que me temo que si quieren quedarse aquí para descansar tendrá que seguir las normas más restrictivas.

—Es un farol —dijo Donald mirando a su alrededor—, seguramente alguien de mi grupo les ha informado, para comprar un sitio en este lugar.

Un segundo punto apareció en el pecho de Donald, así como otros tantos en los dos miembros más cercanos a él.

—Por supuesto, seguro que es un farol, pero lo que se está jugando es su vida, no la mía. Mire, le seré sincero —la voz de Henry se endureció—, mis hombres son... profesionales, y los zombis no son precisamente un reto. Quiero decir que para entrenarse vuelan los dedos de las manos de los zombis, sus orejas... Bueno, ya se lo puede imaginar. Un humano es más apetecible, más irregular. No se crea, no somos monstruos, le mataremos de un disparo al corazón, y luego, cuando se convierta en zombi... Bueno, jugaremos con su cuerpo. Excepto que nos toque los cojones demasiado; en

ese caso no tendrán problemas en ver cuántos disparos necesitan para matarle lentamente. ¿De verdad quiere comprobar mi farol?

Como para corroborar sus palabras en ese momento llegó un grupo de militares pertrechados perfectamente. El que iba en cabeza, con una gorra, y dos estrellas en los hombros, se acercó a Henry sonriendo y sin hacer caso a los desconocidos habló con el ingeniero.

—Henry, muchacho, ¿te están causando problemas estos civiles? Mis hombres necesitan entrenamiento cuerpo a cuerpo.

La cara de Donald pasó por varios estados mientras Henry sonreía.

—General Smith, no. Creo que esta gente ya se iba. Parece que no quieren aceptar las condiciones para pasar un fin de semana aquí.

—Qué lástima —dijo el general—. Bueno, nosotros vamos pasando, si necesitas algo sólo tienes que silbar —a continuación indicó a sus hombres que le siguieran, y avanzaron hacia el interior de la base ignorando por completo al grupo que estaba en la puerta.

—Bien —dijo Henry, que no se esperaba la llegada del general ese día—, si su grupo y usted quieren descansar y ayudarnos serán bienvenidos, y si no... Bueno, ya sabe dónde está la salida.

Donald miró a su alrededor y vio la cara de miedo en sus acompañantes.

—Nos vamos... Por ahora.

Henry los vio marchar y se fue a buscar al general para ponerle al día de los últimos acontecimientos, y para ponerse él también al día de lo que estaba pasando ahí fuera.

El general John Smith no era el típico general del ejército. Normalmente los generales se quedaban escondidos en sus despachos calentando con sus culos el sillón y sacando lustre a sus estrellas y medallas, rememorando cómo las habían conseguido. Por supuesto, no decían que la estrella la habían conseguido besando el culo del presidente, después de saludarle en una recepción y alabar la belleza de su mujer y su política de lo que fuera en el momento de la fiesta. No. Decían que se la habían otorgado por pensamiento creativo en unas maniobras tras salvar a su unidad mediante un movimiento ingenioso y arriesgado, usando adecuadamente los recursos de los que disponían. Obviamente ni había habido maniobras, ni movimientos ingeniosos, a menos que se contasen los de las manos entrechocando y las sonrisas falsas. Pero nadie los contradecía.

Pero el general John Smith no era así. Le gustaba llevar el traje de campaña, como uno más. Siempre merodeaba por alguna de las bases que estaban bajo su mando participando en maniobras o entrenamientos, siendo uno más. No se le solía ver llevar medallas, y si llevaba sus estrellas era por imperativo protocolario. Era

duro en el trato profesional, pero siempre con un toque paternalista; no se le conocían mujer ni hijos, ni familia cercana, por lo que siempre circulaba el consabido rumor de que el ejército lo había criado para ser el general. Escuchaba atentamente, sin interrumpir, corregía los errores y los explicaba. Y los soldados le admiraban por cómo se fundía con los demás, comía el mismo rancho y se quejaba como los demás cuando la comida no era buena.

Las estrellas y medallas, que algunos decían que llegaban hasta el suelo, las había ganado en combate; ayudas humanitarias, negociaciones en secuestro con rehenes... Por no hablar de las acciones sancionadas por su ejército por acciones en suelo enemigo de las que no se podía hablar, aunque los rumores apuntaban que el mundo tenía menos terroristas gracias a él y la mitad de la humanidad le debía la vida y la otra mitad eran enemigos declarados. Había tocado todas las ramas que se podían tocar del ejército, menos el combate espacial, aunque cuando se lo comentaban sonreía de una forma misteriosa.

Los problemas le empezaron a surgir cuando una llamada telefónica interrumpió su comida, un puré de patatas decente acompañado de carne en su salsa. Malhumorado fue a su despacho a responder al teléfono. No pudo quejarse cuando la voz al otro lado del aparato se identificó como el jefe del Estado Mayor. Al parecer su grupo de combate había sido movilizado y ayudaría a las autoridades locales de varias ciudades en la puesta en marcha de un toque de queda debido a continuos actos de pillaje y violentos que estaban desbordando a la policía.

El despliegue, además de soldados, incluiría a la infantería mecanizada, tanques y blindados ligeros, y a la infantería aérea, en forma de helicópteros de combate así como aviones que se encargarían de vigilar la zona de exclusión aérea que se había decretado.

Todo eso le hizo refunfuñar sonoramente mientras daba las órdenes oportunas para que se cancelaran todos los permisos y los cuarteles y sus mandos se prepararan. Meter a soldados en un ambiente urbano era la mayor locura que se les había ocurrido a los políticos. El ejército no estaba entrenado para ese tipo de combate. Pero bueno, al menos sólo se trataba de vigilar a civiles y no de enfrentarse a milicias armadas y organizadas. Seguramente no habría que disparar ni un solo tiro y simplemente serían un par de días fuera del cuartel que servirían como una anécdota más en su dilatada carrera.

Justo antes de salir del cuartel las noticias empeoraron. Su misión había pasado de simplemente apoyar la ley marcial a tener que cerrar las ciudades y mantenerlas en cuarentena. Y por lo visto tenía que ser realizado con urgencia, por lo que los nuevos planes tenían que ser trazados mientras se desplazaban.

El general no tenía problemas con trabajar bajo presión, pero eso era demasiado. Una cuarentena no era una cosa para tener en broma. Era algo serio. Y no se podía

preparar en unas horas. Por suerte sus subordinados eran personas competentes y sabían improvisar sobre la marcha. Pero aún así...

Lo primero que tuvieron que hacer fue decidir las vías de acceso que se cortarían con tanques y cuáles con camiones o simples controles. La teoría dictaba que las principales vías de acceso tendrían que ser cortadas con ayuda de bloques de hormigón y con los tanques. Pero el problema era que cualquier persona con dos dedos de frente se lo imaginaría y trataría de salir de la ciudad por vías secundarias. Se decidió consultar con las autoridades locales y pedirles ayuda para localizar esas posibles vías y vigilarlas. No era factible tener tanques por todas partes y mucho menos rodear una ciudad completa para que nadie entrara o saliera. Era imposible.

Cuando llegó el general con las primeras unidades los tanques ya habían tomado posiciones y los camiones con los bloques de hormigón estaban montándolos a izquierda y derecha de manera que se pudiera atravesar el control pero a poca velocidad.

Smith comenzó a dar las primeras órdenes y a coordinarse con la policía, que tampoco parecía muy contenta con las medidas, pero que estaban agradecidas de toda la ayuda de la que pudieran disponer. Además de los controles fuera de la ciudad se decidió cortar las principales arterias. Sólo el transporte público, los servicios de emergencias y los camiones con provisiones podrían acceder o salir.

El general instaló su cuartel general justo al final de una de esas largas avenidas. Desde allí podía ver los controles de salida de la ciudad así como una de sus principales vías de circulación. Durante largas horas se reunió con jefes de policía, servicios de emergencias, con sus colaboradores e intentó no dejar nada al azar. La ciudad sería patrullada por parejas compuestas por miembros del ejército y de los servicios de seguridad locales que conocían mejor la zona. Cuando salió de la tienda se apoyó en uno de los bloques de hormigón. Habían formado tres hileras con los mismos que cortaban completamente la calle y la carretera. En medio de dos de ellas además habían puesto alambradas coronadas en la parte superior con alambre de espino circular. Además tenían tres tanques, uno a cada lado de la calle encima de la acera, y otro casi en el centro de la carretera. Por no hablar de los todoterreno con ametralladoras de gran calibre.

Los focos se acababan de encender e iluminaban toda la zona como si fuera de día. Podía escuchar el sonido de los helicópteros patrullando los cielos de la ciudad. La suerte era que, por ahora, no se había tenido que enfrentar a la ira de los vecinos pero era cuestión de tiempo. En cuanto se dieran cuenta de que no podían salir ni entrar de la ciudad se pondrían furiosos. No porque tuvieran que salir de la misma, sino simplemente porque les negaban la posibilidad a ello. No había nada mejor que prohibir una cosa para hacer que fuera más deseable. Así era la naturaleza humana.

Suspiró mientras miraba a su alrededor. Los soldados iban tomando posiciones.

Sería una larga noche, aunque al ser la primera esperaba que fuera tranquila. Sólo había una cosa que le preocupaba: todavía nadie le había explicado el motivo de semejante despliegue o las razones para tomar medidas tan extremas, y aunque él era un soldado que seguía órdenes, le gustaba saber el motivo por el que ponía en peligro la vida de la gente bajo su mando. Era lo menos que podía hacer por ellos.

Ocho muertos y cinco desaparecidos. Ése había sido el balance de la primera noche que se suponía que iba a ser tranquila. Y las cosas no mejoraron con la luz del día. El número de desaparecidos se multiplicó por cinco, y el de muertos por cuatro. Smith no sabía qué hacer. ¿Cómo podía haber perdido tantos hombres durante el día? Eran soldados bien entrenados, disciplinados, que no se dejaban llevar fácilmente por el pánico. Pero habían muerto. Todo eso sin contar con las bajas entre los servicios de seguridad civiles, que también habían sido numerosas.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía ser que personal altamente entrenado estuviera cayendo como moscas sin una explicación lógica? Al recibir las últimas cifras lo primero que hizo fue ordenar el alzamiento de los cadáveres y su transporte a la base. Con suerte alguien podría darles las respuestas que las altas esferas les negaban y que estaban provocando esas muertes. Luego ordenó a sus hombres no responder a llamadas dentro de inmuebles ni salir de los vehículos que les transportaban si no era estrictamente necesario, al menos no hasta que se supiera qué estaba causando esas muertes o el comportamiento errático de los civiles.

Durante el tercer día comenzaron a acercarse los habitantes de los barrios colindantes, primero por curiosidad, y después con la indignación del que se siente encerrado por voluntad ajena. Y comenzaron a formarse piquetes. Grupos de ciudadanos preocupados que no entendían el motivo por el que no podían abandonar la ciudad. Y John Smith se encontró con la peor pesadilla de un militar: tener que explicar que seguía unas órdenes y que él sólo era un mandado más y que tampoco sabía nada. Al final del cuarto día tuvieron que intervenir los soldados con equipos antidisturbios cuando la multitud se convirtió en una turba violenta que les comenzó a lanzar todo lo que tenían a mano o podían agarrar. Y se comenzaron a quemar los primeros contenedores.

Se empezaron a escuchar los primeros disparos contra los soldados y el general ordenó que todo el mundo permaneciera en sus casas o se verían obligados a abrir fuego. Y, obviamente, que no se acercaran a las ventanas. La situación se estaba volviendo insostenible y nadie le explicaba qué estaba pasando o lo que tenía que hacer a continuación. No podía irse de la ciudad y volver a la base así por las buenas. Y tampoco podía ponerse a disparar a los civiles si éstos decidían comenzar a salir a la calle. Y lo harían. Cuando se dieran cuenta de que los soldados no les podían disparar así como así.

Todo empeoró la noche del séptimo día. Desde el final de la avenida comenzaron

a aparecer personas que no hacían caso a los avisos para que se disolvieran. Los potentes focos los iluminaron. Smith ordenó usar gases lacrimógenos pero la turba siguió avanzando sin inmutarse. ¿Qué demonios estaba pasando? Todavía estaban lejos y Smith los observó a través de los binoculares. Y lo que vio no le gustó. Se trataba de gente llena de sangre, en las camisas, en los pantalones, en el pelo... Tenían la mirada perdida... No, la mirada la tenían fija en los soldados, simplemente no parpadeaban. La avenida comenzó a llenarse de ruidos de pies arrastrándose y de una especie de gruñido que hacía que a Smith se le pusiera la piel de gallina. Algo iba terriblemente mal. Y parecía que iba a empeorar.

Comenzó a acercarse junto a un grupo de soldados para intentar hacer entrar en razón a la multitud y que volviesen a sus casas. Tanto los soldados como el general estaban bastante nerviosos. ¿De dónde habría salido tanta sangre? ¿Por qué se habían juntado de repente tantas personas?

Por fin, se encontraron a medio camino de la empalizada principal.

—¿Quién de ustedes está al mando?! —preguntó el general con voz fuerte y serena.

Nadie respondió, es más, parecían como drogados, como en otro mundo, simplemente avanzaban hasta el punto en que comenzaron a rodear al grupo de soldados que no dudaron en alzar las armas; el general ordenó retroceder poco a poco a sus hombres para no acabar rodeados. Algo extraño estaba pasando y no sabía lo que era. Fue entonces cuando vio entre el grupo a un par de sus soldados que habían desaparecido al principio de la misión. Tenían el cuello mordido, y les faltaba media cara, pero seguían en pie, al igual que otros de los allí presentes. Eso fue demasiado para el general que, desconcertado, ordenó al grupo retirarse. En ese momento un miembro del grupo de civiles se lanzó contra uno de los soldados y comenzó a morderle salvajemente. El resto reaccionó rápidamente y dispararon al atacante que no pareció inmutarse ante los disparos. Volvieron a disparar pero no consiguieron que el atacante soltara a su presa, la cual gritaba de dolor y no alcanzaba a entender qué estaba pasando. El general ordenó a sus soldados dejar de disparar y retirarse a paso ligero. Mientras volvían a la empalizada comenzó a dar órdenes.

—Águila real a águila uno, necesitamos apoyo aéreo inmediato. Una multitud desbocada se dirige hacia las barricadas y son extremadamente violentos. Repito, nos han atacado, permiso para disparar concedido.

—Águila uno, recibido. Iniciamos primera pasada.

El sonido del helicóptero se hizo más fuerte a medida que se iba acercando y en unos instantes el atronador ruido de sus ráfagas de balas se hizo presente en la avenida llena de gente que parecía no hacer caso al ruido del helicóptero.

Justo cuando Smith iba a cruzar las barricadas, el infierno se desató y sus soldados comenzaron a caer como moscas debido a las balas que llegaban desde el

cielo.

—¡Águila uno, alto el fuego, fuego amigo, repito, fuego amigo!

Esto no podía estar pasando, se repetía una y otra vez Smith.

—¿¡Qué demonios estáis haciendo!?! ¿Os habéis vuelto locos? Estáis disparando al objetivo equivocado.

—Águila real, no detectamos más señales de calor, los sensores no detectan ningún punto de calor más, hemos disparado a dónde los instrumentos indicaban la mayor concentración de calor.

Joder —dijo Smith mientras su cerebro pensaba—, pero si están por toda la avenida, ¿cómo no van a detectarlos los sensores de calor? Pasad a visión nocturna, ostias.

—Negativo, águila real; los focos nos ciegan la visión nocturna y sin embargo no son suficiente iluminación desde aquí arriba.

—Vamos a lanzar bengalas a la multitud, águila uno, ¿eso serviría? —preguntó el general mientras ordenaba a sus hombres posicionarse ya que la multitud comenzaba a acercarse de forma peligrosa.

—Afirmativo, águila real. Seguiremos la señal de calor de las bengalas.

—Ok, lanzaremos bengalas para señalar el principio y el final de la multitud —informó Smith tanto al helicóptero como a los soldados.

En unos segundos las bengalas fueron lanzadas y el helicóptero inició una segunda pasada mortal. A su paso la gente quedaba destrozada por las balas pero no reaccionaban. Los que habían sido alcanzados por las balas pero podían continuar avanzando lo hacían ante la sorpresa del general y sus soldados, que no se podían creer lo que estaban viendo. Smith ordenó a los soldados que tenía apostados en las torretas de los tanques y en las ametralladoras de los vehículos disparar. Sabía que esa noche había echado por la borda su carrera con esa orden pero esa multitud era un peligro para sus soldados y su integridad, y había algo en todo aquello que no le cuadraba desde hacía ya bastante tiempo. Las balas trazadoras iluminaban el camino del resto que encontraban a la multitud a su paso pero que no parecían parar su avance. Algunos caían, pero se volvían a levantar, y reiniciaban la marcha.

Nada de aquello tenía sentido. En varias ocasiones llegó a pensar que estaba ante alguna broma de cámara oculta y que en algún momento aparecería una azafata sonriente entregándole un ramo de flores. Pero para su desgracia no fue así.

Tanto los soldados como el helicóptero ahora disparaban indiscriminadamente. Sin apuntar. Simplemente descargaban sus armas contra la multitud sin mucho éxito. La gente se encontraba ahora pegada a las alambradas, intentando traspasarlas, al tiempo que el resto de soldados comenzaba también a disparar. Los cadáveres se comenzaron a amontonar en primera línea. Pero lo peor de todo es que no servía de nada. La gente se subía sobre los compañeros caídos, que se seguían moviendo, pero

que ahora no se podían poner en pie, ya que estaban debajo de una multitud que los pisoteaba sin tenerles en cuenta. Smith no podía creerse lo que estaba viendo.

—Águila uno, el uso de los cohetes está permitido, repito, dispare misiles contra la multitud. Al centro. Y hágalo rápido, por el amor de Dios.

—Ok, agachen las cabezas.

Unos segundos después los misiles salían disparados del helicóptero, directos al centro de la multitud. La onda de impacto alcanzó a todo el mundo. Algunos se taparon los ojos para evitar la polvareda que se había creado. Henry no agachó la cabeza, ni evitó mirar la masacre; los potentes focos iluminaron un tremendo agujero que se había creado de carne humana y calzada. Un humo negro salía del hoyo junto a cadáveres andantes. No podía ser, había gente saliendo sin brazos, con un enorme boquete en lo que antes era su caja torácica, con la cara reventada y los ojos colgando. Algunos se arrastraban sin piernas... Pero todos seguían avanzando.

Todo eso era una pesadilla de la que no se podía despertar. Los soldados se miraban incrédulos. ¿Qué droga o magia impulsaba a esa gente a continuar caminando? ¿Qué provocaba que no cayeran ante las balas ni los misiles? Nadie sabía qué hacer. Algunos soldados habían dejado de disparar y buscaban con la mirada al general, que mascullaba maldiciones entre dientes y clamaba al cielo. Esperaban en cierto modo alguna explicación a lo que estaba sucediendo o bien algunas instrucciones sobre lo que hacer a continuación. ¿Qué podía hacer? Podía seguir ordenando a sus hombres que continuaran disparando, pero eso parecía servir bien poco. La comunicación con el helicóptero interrumpió sus pensamientos.

—Señor, estamos casi sin combustible. Volvemos a la base a repostar.

—Granadas —gritó a sus hombres que echaron mano de ellas y comenzaron a lanzarlas por encima de las verjas.

Se escucharon explosiones, voló carne por los aires, y llovió lo que parecía ser sangre, pero seguían avanzando impertérritos.

Ahora la montaña de carne estaba a punto de alcanzar la cima; había que tomar una decisión, aunque fue la propia fuerza de la gravedad la que la tomó por el general. La barrera cedió ante el peso de la gente en un punto y la multitud comenzó a pasar a través de ella; fueron directos a por los primeros soldados que se encontraron. No tenían armas, pero los números estaban a su favor y eran como una marea humana que iba engullendo a los soldados que descargaban sus armas sin mucho éxito mientras comenzaban a gritar, temiendo por sus vidas y sintiendo cómo decenas de dientes se les clavaban por todo el cuerpo.

El general Smith asistía incrédulo a todo lo que acontecía.

—¡¡Retirada!! ¡¡A los vehículos, debemos marcharnos!! —ordenó sintiéndose el peor de los cobardes, aunque consciente tras ver lo que sucedía de que no le quedaba más remedio que abandonar la posición si no quería que la masacre fuera mayor.

Los soldados comenzaron a correr, sin mirar atrás, tropezando unos con otros, derribándose y haciendo más sencillo el trabajo a los atacantes que se les echaban encima sin compasión ni explicación alguna. Smith se subió a uno de los tanques y cerró la escotilla. Ordenó seguir disparando contra la multitud. Tres tanques, seis ametralladoras y mucha munición que no parecía servir para nada. Sólo cuando parecían estar triturados dejaban de caminar, y aún así en el suelo, esparcidos por las aceras y la carretera, se veían torsos con cabezas agitándose, queriendo seguir avanzando a pesar de carecer de piernas con las que hacerlo.

Los soldados comenzaron a subirse a los camiones mientras algunos compañeros les cubrían disparando a lo que se acercaba, aunque como venía siendo habitual esa noche, sin mucho éxito. Smith tomó una decisión:

—¡Poned en marcha los tanques y comenzad a pasar por encima de la multitud; formad una barrera para que los demás puedan huir!

Los tremendos motores de los tanques llenaron el ruido de la noche ocultando los gritos desgarradores de los soldados, que eran mordidos por los atacantes, y comenzaron a maniobrar. Las orugas comenzaron a avanzar y a aplastar todo lo que tenían a su paso como si fuera mantequilla. Las ametralladoras continuaban vomitando balas a diestro y siniestro contra la multitud sin un objetivo claro. Durante un instante al general se le pasó por la cabeza ordenar que disparasen con el cañón de los tanques, pero no tenían ángulo para ello. Los tanques continuaban su terrible avance por encima de la gente. El ruido del motor impedía escuchar lo que pasaba fuera, pero dentro de la cabeza de Smith podía imaginarse el ruido realizado por las orugas al aplastar huesos humanos. Finalmente los tanques consiguieron llegar a la altura de los camiones. Uno había partido ya, mientras que el resto estaba rodeado de gente que agarraba a los soldados y los derribaba de los camiones; los conductores habían sido arrastrados por la multitud y no quedaba ni rastro de ellos. Era una maldita masacre y él no podía hacer nada salvo aplastar gente con los tanques y ver cómo las balas no parecían tener efecto. Una maldita pesadilla de la que no había manera de despertar.

Una primera explosión llenó de llamas y gritos uno de los camiones. ¿Había lanzado una granada uno de los soldados dentro del camión? ¿Habrían sido los civiles por error? Sin tiempo para pensar, el segundo camión también explotó y comenzó a arder. Smith no se lo podía creer. En unos minutos las llamas alcanzaron el depósito de uno de los camiones que estalló más violentamente, alzándose del suelo como si hubiera eructado. El segundo camión le siguió poco después. Pero lo más atroz para el general —que no podía apartar la mirada del monitor— era que los atacantes no se detenían a pesar de las llamas. No parecían notarlas. Se estaban quemando vivos, pero no gritaban, no trataban de apagar los fuegos, simplemente iban a por los soldados, o, ahora, a por los tanques. La gente seguía ardiendo y las llamas saltaban

de una persona a otra y no parecían preocuparse por ello. El olor a piel y pelo quemado se coló por los conductos de ventilación del tanque haciendo prácticamente imposible respirar. Uno de los soldados dentro del vehículo apretó una serie de botones y un chorro de aire frío y limpio llenó el habitáculo. El general agradeció la acción en silencio. ¿Qué estaba impulsando a la gente a comportarse de esa manera? Había escuchado que algunas drogas permitían anular el dolor, pero, ¿qué droga podría haber contaminado a la población? Hombres, mujeres, y niños. Todos prácticamente a la vez. Comportándose como salvajes. No, no como salvajes, los salvajes tenían un instinto de supervivencia. Esa gente estaba libre de ese tipo de inhibiciones, del dolor, no parecían sentir nada. ¿Qué hacía que cuerpos prácticamente carbonizados siguieran intentando moverse? Los soldados le miraron en silencio, esperando órdenes. Pero, ¿qué órdenes podía dar?

Capítulo 6

Él

Base Militar Echo

—Y así fue como acabó mi primera batalla contra los zombis —suspiró el general Smith, que se encontraba sentado en el cómodo sillón de su despacho en la base, recordando aquella retirada—. Por aquel entonces no sabíamos que eran zombis. Bueno, que les llamaríamos zombis. Es el término que mejor les define. Tampoco que en esa semana y poco más había perdido a casi todo el personal bajo mi mando salvo un puñado de personas con suerte. No sé.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Henry sentado en un sillón no tan cómodo como el del general, al otro lado de su escritorio.

—Mientras malgastábamos balas dentro de los tanques —respondió Smith— y hacíamos picadillo de humanos, bueno, más bien de zombis, intenté contactar por radio con alguien para dar la voz de aviso. Sin mucha suerte... ¿Cómo les explicas que la gente te está atacando sin motivos aparentes y que no se detenían ante nada? Los controles que no habían caído se retiraron a un punto de mando establecido para reunirnos. En la mayoría de las ciudades fue una verdadera carnicería. No pudimos avisarles a tiempo, nadie nos creía y para colmo las comunicaciones fallaron muy pronto... Bueno, la verdad es que tampoco hay supervivientes para saber qué pasó, qué falló. O no quieren hablar de eso, o no quieren recordarlo directamente. Todo sucedió demasiado rápido.

En todo momento el general no había establecido contacto visual con Henry, su mirada parecía perdida en el vacío. Ambos se conocían de cuando él había servido bajo sus órdenes en varios destinos de ultramar, y el destino les había deparado este último encuentro. Henry fue el que suspiró esta vez, pensando en lo que él había tenido que pasar también junto a sus compañeros.

—Nunca me dijiste qué pasó con los tanques —señaló Henry—, me habías contado partes de tu relato, pero... ¿qué pasó con los dichosos tanques?

El general sonrió misteriosamente.

—¿Me creerías si te digo que están aparcados? —La mirada de incredulidad de Henry al escuchar la respuesta era impagable—. Obviamente, no podíamos usarlos en la ciudad o traerlos hasta aquí hasta saber que este sitio era seguro. Esos condenados trastos hacen un ruido de mil demonios y son demasiado valiosos como para dejarlos por ahí tirados a mano de cualquier imbécil. Encontramos un edificio en las afueras de la ciudad, los limpiamos, los reunimos y los escondimos en el parking. Obviamente están vigilados por gente de confianza, cuidados, y reabastecidos de

combustible y munición. Listos para el servicio.

Henry asintió.

—Los tanques llamarían la atención en esta base, o en cualquier otro lugar —dijo comprensivo—, y mis motores no crean que se pueden aplicar... Quiero decir que todos ellos hacen un ruido de mil demonios, no fueron diseñados para la sutileza.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su conversación y un joven soldado apareció.

—Señor, hemos perdido contacto con el cazador.

Smith y Henry se miraron con gesto serio. El primero en reaccionar fue el ingeniero.

—¿Ése no era el encargado de vigilar al grupo de Brown?

El general asintió sombrío.

—¿Cuánto tiempo hace que perdimos la comunicación?

El soldado respondió rápidamente.

—Nos ha informado de la hora indicada, hace quince minutos —dijo mirando el reloj de su muñeca.

Smith torció el gesto y se levantó.

—De acuerdo, si dentro de otros quince minutos no ha dado señales de vida envíe una patrulla para encontrarle.

El soldado asintió y salió rápidamente del despacho.

Durante los siguientes minutos Smith y Henry se quedaron en silencio, evaluando las posibilidades. Smith se puso en pie.

—Vamos a la sala de comunicaciones —indicó mientras rodeaba su escritorio.

Henry se puso en pie también y le siguió por la base.

Al cabo de unos minutos de paseo por las instalaciones se encontraron dentro de un ascensor que bajaba durante medio minuto y enlazaba con una enorme sala llena de monitores, dominada por diversas pantallas gigantes que estaban incrustadas en las paredes y que se veían nada más entrar al fondo de la sala. Tenía una forma semicircular de manera que desde la parte superior trasera de la sala podía uno vigilar todo lo que estaba pasando.

En las pantallas principales se veían diferentes mapas del mundo con decenas de puntos rojos parpadeando, así como de otros colores que en algunas zonas parecían juntarse y formar un punto de color más grande.

Henry sonrió.

—Cada vez que bajamos aquí recuerdo cómo se le quebró la voz a Gerald cuando se enteró de que existía este sitio. Pobre, se quejó durante media hora de que no aparecía en los mapas, de lo injusto que era el mundo y que necesitaba imperiosamente estudiar este sitio.

—Que se joda —dijo secamente Smith, que no sentía mucha simpatía por ese

informático toca cojones—. Suerte tuvo de que no le hiciera fusilar por invadir mi base y hacerla suya; armar a civiles y creerse el dueño de la misma.

—Ja, ja, ja... Siempre tan simpático, general —respondió Henry mientras ambos se acercaban al primer nivel de pantallas. La mayoría estaban apagadas. Y sólo había un puñado de soldados en las terminales. Smith no confiaba en los civiles para ocupar esos sitios. Al menos, aún no.

—Bien, soldado, informe —dijo a un soldado que estaba en uno de los terminales que se puso en pie al escuchar la voz del general.

Amplió una zona del mapa local.

—Cazador informó de su posición y estado por última vez según lo previsto y situó al grupo de civiles en esa localización —dijo mientras aparecía un círculo alrededor de una zona del mapa—. En su informe indicaba que su líder parecía muy enfadado pero que no había señales de posibles hostilidades.

Smith estudió el mapa local de la zona que conocía casi como la palma de su mano por haberlo explorado personalmente.

—De acuerdo, ¿qué sabemos de la situación mundial?

El soldado cambió la vista de una de las pantallas gigantes de la sala que iluminó el Mediterráneo.

—Tenemos una decena de cruceros civiles —dijo mientras se iluminaban diversos puntos azules por todo el Mediterráneo—. Cada uno lleva en su interior varios centenares de supervivientes. Por ahora parece que resisten sin problemas con los racionamientos, con lo que pueden pescar y hacer diversas incursiones rápidas a los puertos cercanos por parte de grupos de pasajeros y tripulantes.

Luego pasó a una vista global a doble pantalla del planeta y diversos puntos marrones se iluminaron.

—Los submarinos nucleares se mantienen en patrulla, a la espera de acontecimientos. Y algunos se han ofrecido para misiones de exploración o de reabastecimiento de supervivientes.

—Los grupos de ataque de la armada siguen a la espera —continuó informado el soldado—. Algunos están anclados a las afueras de grandes ciudades: Tokio, Taiwan, Hong Kong, Barcelona, Washington, San Francisco, Nueva York, Liverpool, Marsella, Roma, Acapulco, La Habana, Rio, Montevideo... Sus informes de supervivientes en las ciudades no son halagüeños.

—Como era de esperar en ciudades masificadas —dijo pensativo Smith mirando el mapa—. Las mega urbes se han vuelto en contra nuestra y se han convertido en ratoneras y despensas para los zombis.

El mapa iluminó diversos puntos negros alrededor del planeta.

—Y luego tenemos las plataformas petrolíferas. Con la mayoría no hemos podido contactar. Nuestros sistemas fueron diseñados para funcionar con equipos militares y

no para comunicar con civiles, aunque en teoría si no han tenido muertos o no han sabido tratar con ellos podrían ser lugares aislados de supervivientes y refugios seguros.

Smith murmuró entre dientes.

—Tan seguros como trabajar en una central nuclear. ¿Qué sabemos del gran hermano?

—Silencio —respondió el soldado—, no sabemos nada de la mayoría de autoridades de los países. No sabemos si no quieren dar a conocer su estado por miedo a delatar su posición, o están muertos o simplemente se han rendido y se han suicidado.

El soldado hizo una pausa, para continuar.

—Lo que nos preocupa, señor, es que no hemos podido contactar con diversos satélites... Bueno, en realidad eso no es cierto, la realidad es que se nos ha denegado el acceso. Por ese motivo no podemos tener más datos o acceder a mejores redes de comunicación. Parece que alguien los está acaparando y no quiere que los usemos. Por ahora no hemos tenido éxito en intentar recuperar el control de ellos.

Henry y Smith se miraron; el ingeniero fue el primero en responder.

—No, no creo que Gerald tenga nada que ver, desde el principio ha intentando acceder a esos satélites y por lo visto está bastante frustrado. Eso nos daría capacidad de comunicación vía satélite con encriptación.

El general indicó al soldado que continuara su informe de situación.

—La Endeavour sigue en órbita anclada a la estación espacial rusa, la Mir —continuó éste—. El centro espacial Kennedy en Florida se ha fortificado más de lo que estaba y mantiene informado a los astronautas a bordo de la Mir que por ahora no corren peligro, ya que el transbordador iba en una misión de reabastecimiento.

—Je, quién diría que en estos momentos uno de los lugares más seguros sería ahí arriba —suspiró Smith ante la ironía—, junto a nuestros amigos comunistas.

Henry intervino.

—O en Alaska —dijo sonriendo y señalando el continente helado.

—Alguien tiene alguna teoría —dijo casi ceremoniosamente Smith indicando a Henry que continuara.

Éste se aclaró la garganta y cogió un lápiz óptico mientras comenzaba a poner cifras y diversas figuras a lo largo del mapa mundial. Al cabo de unos minutos parecía haber acabado.

Smith se le quedó mirando.

—Bien, profesor Epps, ¿qué tenemos aquí?

—Mi teoría sobre la evolución zombi —dijo Henry—. Como ya le he indicado, general, es sólo una teoría, así que podría ser cierta o no, nadie conoce el futuro ni cómo actuarán esas criaturas, o los seres humanos. Se trata de una ecuación

sumamente complicada con incógnitas bastante inciertas... Quién sabe, a lo mejor alguien decide intentar borrar a los zombis del mapa a base de cabezas nucleares o...

El general asintió con la cabeza y le interrumpió indicando que continuara.

—No te vayas por las ramas, por favor, y expón esa teoría... A ver si nos das algunas buenas noticias en medio de este mar de desinformación en el que vivimos inmersos.

Henry torció un poco el gesto y señaló el continente americano.

—Toda Sudamérica la daría por perdida, por densidad de población, por infraestructuras, y otros factores. El Salvador seguramente será el punto de origen que expanda los zombis de manera más rápida, y las condiciones meteorológicas no ayudarán precisamente. Norteamérica corre el riesgo de perderse también completamente si no se ha actuado tan deprisa como se está haciendo en Europa; las pocas noticias que nos llegan de las unidades militares incorporadas de aquella zona son relativamente positivas. Tiene la ventaja de que su población está bastante desperdigada. Pero sus ciudades principales... En Europa se usan el hormigón y el cemento como materiales de construcción principales en todos los edificios, sean oficinas o viviendas. En cambio en los EE. UU. se suele usar para las viviendas de madera y yeso.

»Eso implica que mientras en Europa puedes resistir sin miedo a que tu vecino zombi atravesase la pared, en EE. UU. eso no pasa. La ventaja es que es un país de paranoicos armados hasta los dientes, por lo que seguramente organizarán partidas de caza para matar zombis una vez descubran cómo hacerlo. Además en la parte norte tendrán la ventaja del frío invierno cuando llegue. Deduzco que los zombis no pueden sobrevivir a temperaturas bajo cero, se quedarán congelados y volverán a morir.

»Lo que daría por contar con el equipo necesario para poder estudiar detenidamente...

—Por favor, Henry, proceda y no divague —insistió el general.

—Canadá tiene diversas ventajas. Su densidad de población es baja, es gente educada y ordenada, y su meteorología hace que el frío sea su aliado. Japón creo que también la perderemos. El tipo de construcciones que poseen y la densidad de población es un hándicap demasiado grande, aquello ha debido de ser una verdadera masacre... La ventaja es que es una isla por lo que no tendremos que preocuparnos en exceso por los zombis japoneses.

»Australia en cambio tiene alguna posibilidad, quiero decir... La mayor parte de ese sitio es desértico, con altas temperaturas, la gente está desperdigada... Los zombis no tienen unas condiciones muy ideales para sobrevivir, y además están los australianos y los aborígenes, que están todos locos.

El general miró al techo ante la tendencia a generalizar de Henry al tiempo que le indicaba de nuevo con la mano que avanzara en su exposición.

—La Unión Soviética es posible que resista, dado que creo que es un caso parecido al de Canadá. Temperaturas bajas, grandes extensiones, poblaciones desperdigadas... y un ejército numeroso, bien entrenado y acostumbrado a luchar en cualquier tiempo, sin olvidar sus AK's... Creo que una de las armas más eficaces contra los malditos zombis. Aunque falles seguro que les dejas sin alguna parte del cuerpo. Asia en cambio será un problema. Tenemos la mayor parte de países con más densidad del planeta en ese continente: las dos Coreas, China, Singapur, Taiwán...

»Las que más me preocupan son India y Pakistán, que se pueden dar completamente por perdidas. Su densidad de población, sus costumbres de vida, su meteorología... En fin, todo está en su contra. Y puede ser una cabeza de turco para la expansión zombi por toda Asia, África y Europa. Y está el problema de sus cabezas nucleares. Como alguno de sus dirigentes se vuelva loco y apriete el botón para borrar del mapa a su enemigo...

Henry contempló durante unos segundos el mapa en la pantalla, perdido en sus pensamientos. Luego suspiró.

—África es una incógnita —y continuó hablando—. Está casi apartada del resto del mundo gracias al canal de Suez, donde se han apostado fuerzas suficientes como para detener, en teoría, cualquier incursión, pero al parecer sin intención de ayudar a las poblaciones vecinas. Una vergüenza, si me permite el comentario.

»Su población está muy desperdigada, salvo en las zonas costeras. Tiene grandes desiertos, grandes junglas... Es un lugar inhóspito en su mayor parte, y aunque hay superpoblación en algunos puntos... Ese continente parece que seguirá siendo tan misterioso como hasta ahora. Se perdieron las comunicaciones desde el inicio de la plaga inicial y excepto alguna esporádica incursión militar no se sabe de nadie que haya ido hasta allá.

—Excepto mercenarios y soldados de fortuna —corrigió el general, casi disfrutando con la interrupción.

—Europa es un caso especial —siguió Henry—, quiero decir, tenemos Gibraltar, Mónaco, San Marino, o Bélgica, que tienen una densidad de población extraordinariamente alta, pero cuya población en sí no es excesivamente alta, por lo que con suerte se podría cortar de raíz la epidemia. Todo depende del factor suerte en este caso y la coordinación de medios.

El general se quedó pensativo viendo el panorama dantesco que había planteado Henry.

—Siempre podemos usar bombas de neutrones —dijo finalmente, mirando el mapa.

La expresión de Henry cuando el general pronunció esas palabras fue muy clara.

—¿Está loco?

Smith miró con cierta desaprobación a Henry.

—Las bombas de neutrones nos permitirían limpiar las ciudades de esos bichos sin que eso afectara a los edificios. Sería una solución limpia y rápida.

—¿Y los supervivientes que no han caído? —preguntó Henry alarmado—. Además, las bombas N tienen unos efectos secundarios imprevisibles y devastadores, la transmutación del metal, el envenenamiento de las aguas, la aparición de radiación... No sólo mataríamos a los zombis, sino toda la vida. ¡Toda!

El general parecía estar molesto con la actitud de su amigo.

—Es sólo una propuesta, nada más, pero piensa en la de vidas que podríamos salvar a cambio de... ¿cómo sabemos siquiera que hay supervivientes? Tú mismo lo has dicho: la India podría ser un peligro para el planeta. Y si usáramos una bomba N en esa zona, no creo que nadie llorara demasiado porque les hubiéramos salvado el culo.

—Por esto dejé el servicio militar —respondió Henry sin acabar de creerse el estar escuchando aquellas palabras de su viejo amigo—. De cualquier otro general podría esperar algo así, es muy fácil apretar unos botones y dar órdenes a distancia sabiendo que la sangre no le salpicará a uno... Pero usted ha vivido los horrores del combate, ¿cómo puede siquiera sugerir algo así?

—Justamente porque soy un militar —respondió Smith duramente—, porque he jurado defender a mi país contra cualquier enemigo, interno o externo, al coste que sea, y si para eso he de volatilizar a toda la India, puedes estar seguro que lo haré. Claro, que primero tendría que hacerme con una de esas bombas...

»Además —continuó el general—, ¿qué propones? ¿Que nos mudemos a Alaska, Groenlandia, Rusia, Canadá y esos pastos? Lo siento pero no me gusta el frío, ni los soviets.

Cuando Henry iba a responder el soldado que había seguido atento toda la conversación los interrumpió.

—General, mensaje de la patrulla. Han encontrado el cuerpo sin vida de Cazador, degollado, y con la cuenca de los ojos vacíos; solicitan instrucciones.

Henry y Smith se miraron dejando de lado la discusión que habían tenido hacía un momento, había que centrarse en el presente. El general respondió sin inmutarse.

—Que se aseguren de que sigue muerto y que traigan de vuelta el cadáver.

Henry notó cierto dolor en la orden del general; uno nunca se acostumbraba a perder a gente bajo su mando. Lo que le extrañaba era el ensañamiento con el cadáver... Una cosa era cortarle el cuello para matarle, pero ¿quitarle los ojos? ¿Sería posible que el grupo de Brown le hubiera descubierto y fuera un aviso? La mirada del general denotaba que alguien pagaría por esa muerte, pero Henry tenía miedo de que fueran las personas equivocadas las que lo hicieran.

Escondido, sin que nadie pudiera verle ni escucharle, él sonrió.

Supongo que todo el mundo me dirá que estoy loco, que soy un psicópata... En fin, en realidad soy un incomprendido. Quiero decir, sí, me gusta abrir en canal a la gente. Y manipularla. Pero... ¿no es eso lo que hace un científico? Investigar, descubrir, pero al parecer mi afán de conocimiento no está bien visto.

¿Y cuándo empezó todo? Tal vez con la muerte de mi padre. Claro que seguro que dirían que eso fue lo que me traumatizó. Otros dirán que ya era malo por naturaleza. Qué sabrá nadie.

Un buen día mi padre murió. No fue una muerte agradable aunque yo no tuve nada que ver con ella. Unos dicen que se durmió al volante, otros que fue un ataque al corazón, los menos decían que iba tan borracho que no se podía mantener ni sentado. El caso es que un buen día el viejo se cayó entre las afiladas hojas del tractor y lo destrozó. Bueno, decir que lo destrozó es ser condescendiente. Vale, no eran trozos pequeños. Cortes limpios, pero que hicieron que recomponer su cuerpo fuera un interesante puzzle.

Bueno, ese día, no recuerdo cómo, acabé en el campo. A lo mejor le llevaba la comida, o simplemente iba a ver cómo se abría la tierra al paso del enorme tractor. El caso es que cuando llegué, el tractor estaba caído en una zanja por la que pasaba el agua, acequia la llamaban, y no encontré a mi padre por ninguna parte en un primer momento. Me puse a buscarlo y cuando le encontré... Bueno, fue como tener una iluminación. Ahí estaba todo su cuerpo, recién cortado, el suelo regado de sangre, se le podía ver todo: venas, músculos, huesos; su torso también había sido cortado y así pude ver varios de sus órganos internos, y de repente miré mi brazo... Luego miré su brazo cortado... Nunca se me había pasado por la cabeza que el interior de mi cuerpo fuera tan complejo. Era ver su brazo cortado, e imaginar que por mi interior también circulaba sangre, había venas, esos huesos... los músculos. Nunca había visto sacrificar a un animal, pero ver la carne que rodeaba los huesos, me recordó a la carne que cocinaban en mi casa. En fin... Era una sensación difícil de explicar. Todo un nuevo mundo se abría ante mí.

No sé cuánto tiempo pasé fascinado por el espectáculo, mirando los trozos cortados, y mirando mi cuerpo, pensando que debajo de mi piel había todo eso... Era tan complejo... Era de noche cuando me encontraron los vecinos que habían acudido a buscarnos cuando ni mi padre ni yo aparecimos. Todos creyeron que estaba en estado de shock, y por eso no había dado el aviso. Mi madre no dejó de llorar durante una semana, lo que me permitió pensar más en lo que había descubierto. Quería saber cómo funcionaba todo. Comprenderlo. Sabía lo que quería ser en el futuro. Y, obviamente no me pasaba por la cabeza que eso estaría tan mal visto por la

sociedad. Quiero decir, ¿acaso matar no es parte del proceso de la investigación? Pero por lo visto si lo haces con humanos vivos está mal visto. Un incomprendido, vamos, eso es lo que soy. Un genio incomprendido.

¿Por dónde iba? Ah, sí. La muerte de mi padre, y mi descubrimiento del cuerpo humano. Es curioso cómo funcionan estas cosas... Perdona, pero si no dejas de mover la cabeza podría hacerte daño. Te aseguro que tengo experiencia en quitar ojos sin dolor ni anestesia, es más... gratificante.

¿Cuál es la diferencia, dices? Pues es una cuestión de práctica. Quiero decir, vosotros los soldados os entrenáis todos los días, disparáis, lucháis, todo para estar preparados. Pues yo hago lo mismo. Necesito seguir entrenándome. Y si no dejas de moverte podría hacerte daño.

Piensa que si no te movieras y me dejaras hacer mi trabajo, podrías seguir vivo. Quién sabe, incluso podría ser que tus compañeros, al descubrir que no respondes, lleguen a tiempo de impedir que mueras. O —y eso también sería divertido— podría ser que el grupo de hippies ése al que vigilabas nos descubriera. ¿No sería irónico? Deberías tener fe en que puedes sobrevivir. Si no, no tiene gracia.

En fin, como te decía después de lo de mi padre decidí que mi futuro estaba en la medicina. ¿Y sabes otra casualidad? Fue el ejército el que me proporcionó esos estudios, y un arsenal de pacientes con los que entrenarme. Sí, otra ironía supongo. Verás, mientras estudiaba pensé en los pros y contras de estudiar medicina y dónde hacerlo. Era obvio que para mis futuros planes no podía estudiar en un hospital universitario. Por favor... Siempre tienes encima a un profesor, a un adjunto o a una enfermera. Y si alguien muere mueven cielo y tierra para averiguar qué ha pasado... En cambio, en el ejército... Siempre hay guerras en el planeta. Siempre hay pacientes, siempre hay ayuda humanitaria que proporcionar. Y a nadie le parece importar mucho si la cifra de muertos sube en uno o dos más... Sin contar con el enemigo, ay, qué curioso era...

Pero bueno, veo que no estás interesado en colaborar, qué le vamos a hacer... Te acabo de realizar un corte en la yugular, de esta manera irás perdiendo sangre, y te desmayarás. Seguramente no te dejaré morir, pero como no quieres colaborar, debo tomar este tipo de medidas. No serás testigo de mi obra de arte.

Es curioso esto de los ojos. La gente insiste en decir que son el espejo del alma, pero te aseguro que por más que los he estudiado, y he diseccionado ojos, no he visto ninguna prueba de ello. Creo que más bien es simplemente un reflejo de la luz que la gente confunde con otra cosa. Fíjate en los zombis, por ejemplo. Todo el mundo dice que reflejan la muerte, que no tienen vida.

Pero en realidad simplemente es que no parpadean. Simplemente eso. Y al no parpadear la película lagrimal que protege los ojos se pierde, y eso hace que parezca que tengan esa mirada de muerto. Todo es una ilusión. Pero hay un par de cosas que me fascinan sobre esos zombis. A la larga, seguramente deberán perder visión, y quedarse ciegos. Piénsalo, nuestros párpados nos sirven para limpiar los ojos y protegerlos. Al no usarlos, los ojos están expuestos a la luz continuamente, a las inclemencias, el polvo, el polen... Todas esas cosas de las que ni nos damos cuenta... A lo mejor por eso tienen tan buen oído, porque pierden la vista poco a poco y pasan a incrementar sus otros sentidos.

Seguramente te estarás preguntando qué haré con tus ojos. ¿Tirárselos a los zombis como comida, dárselos a los animales salvajes, dejarlos por aquí tirados para que los descubran, enviarlos por correo a tus jefes, comérmelos? No entiendo la fijación que tiene la gente en esas ideas. Le arrancó los ojos para comérselos; le quitó las orejas para freírlas... Hay gente que incluso se los queda de recuerdo. Salvajes. Eso es lo que son. Necios sin inteligencia. ¿Qué fascinación enfermiza les hace conservar partes de gente? Cortarlas sin otro objetivo que observarlas. Ya te digo yo, que estamos hablando de gente realmente enferma. Pero bueno, seguro que te mueres por saber qué será de tus ojos. Tranquilo, tendrán una gran utilidad para mí y no será de aperitivo ni nada parecido.

He de confesarte que al principio simplemente pensaba en tirarlos por ahí, pero luego se me ha ocurrido una idea mejor. Me colaré en el campamento de los hippies, y los esconderé en la bolsa de viaje de alguno de ellos.

Sí, será un toque genial. Imagínate la escena. Imaginemos que tus compañeros no quieren vengarte y deciden ir a ‘hablar’ con ellos; descubrirán los ojos al buscar pruebas, con lo que los matarán a todos en señal de venganza. Y si no es así, bueno, seguro que algún compañero descubre sin querer los ojos en la bolsa de viaje de su amigo... ¿Sabes lo que le pasará a esa persona? Obviamente él lo negará todo. Pero su vida quedará marcada. ¿Lo matarán sus propios compañeros? ¿Le abandonarán? Ésa es la naturaleza humana. Parte de mi investigación privada. La fascinación por el comportamiento humano.

¿Que por qué hago todo esto? Sed de conocimientos. La naturaleza humana es tan volátil, tan manipulable. Desde antes del apocalipsis la gente ha sido tan sencilla de manipular... Mírame a mí mismo, por ejemplo. Conseguí matar a mi madre y que todo el mundo lo supiera pero nadie dijera nada ni me mirara mal. ¿Que cómo lo conseguí? Ah... Fue sencillo, la

verdad.

Un poco de maquillaje por aquí, un par de morados por allá... Miradas de terror perdidas sin que las viera mi madre cuando me acompañaba, pero sí la gente de alrededor... Simular ser un niño que sufre malos tratos a manos de su madre con tu padre muerto seguro que haría que mucha gente se sintiera indignada... Pero la verdad... Vale, no siento ninguna vergüenza y no fue la única vez que usé esa táctica, recuerdo una vez cuando estuve en la cárcel... Pero creo que se nos acaba el tiempo, bueno, a ti se te acaba el tiempo, así que me temo que te quedarás sin conocer esa fascinante etapa de mi vida.

Antes de dejarte responderé a tu pregunta de por qué no me aseguro de que no te conviertes en zombi. Lo reconozco, es para torturar más a tus compañeros. Que sean ellos los que tengan que volver a matarte es algo así como irónico, y si no te matan, y te conservan como experimento, cada vez que vean tu cara recordarán este momento, en el que te encontraron sin tus ojos, muerto, abandonado en medio del bosque... Puede que me adorne un poco en los detalles, pero a veces incluso a mí me puede la vanidad. Muere en paz. Sabiendo que tu muerte tendrá un fin científico y servirá a un plan mayor. El mío.

—Ese maldito negro cabrón... ¿Cómo se ha atrevido? —El que gritaba era Donald Brown, mientras otros miembros de su grupo le observaban, sentados en un claro del bosque—. Presuntuoso de mierda...

—No deberías ser tan racista —le señaló uno de sus hombres que estaba a su lado.

—¿Racista? —preguntó Brown—. ¿Qué tiene que ver el color de su piel en esto? Simplemente señalo un hecho —apuntó indignado Brown—. Me da igual que sea blanco, negro, amarillo o púrpura, es una maldita expresión que no tiene nada que ver con odiarle por su color de piel.

—Pero aun así —insistió Joseph—, tus insultos suenan... a odio racial.

—Por el amor de Dios —se quejó amargamente Donald—, olvídalo, ¿vale? No entiendo por qué puedo llamarle de todo menos mencionar que tiene la piel oscura, es una estupidez.

—Así son las cosas —señaló Joseph—, y algunas no cambian aunque sobrevenga el apocalipsis.

Donald suspiró profundamente.

—De acuerdo, dejaré de llamar negro a ese presuntuoso cabrón.

Joseph sonrió.

—Has de tranquilizarte. Nadie duda de ti. Nos has traído hasta aquí y nos has

mantenido vivos. Nos has dado esperanza.

—Para lo que ha servido —dijo amargamente Donald—... Nos han dado la patada en ese sitio, nos han tratado como a basura. Como si fuéramos indigentes.

—Debemos seguir adelante —propuso Joseph—. Podríamos explorar el pueblo por el que pasamos hace unos días. Buscar algo de comida, que nunca sobra, y ver si encontramos un mapa de la zona que nos ayude a dar con un sitio seguro.

Donald se quedó en silencio unos segundos, pensando en la propuesta.

—No sé. Ya sabes lo peligrosos que son esos lugares. No quiero poner en riesgo a la gente de forma innecesaria.

—Pero tenemos que hacer algo —insistió Joseph—, no podemos quedarnos aquí eternamente. Éste no es sitio para estar, en medio de ninguna parte, sin provisiones... no es seguro.

—¿¿Crees que no lo sé?! —explotó Donald—. Estar pendiente todo el tiempo de cualquier ruido, creyendo que puede ser alguna de esas cosas, o un animal salvaje, o a saber... Claro que quiero dormir ocho horas seguidas sin sentir miedo, pero ya no estamos en ese mundo.

»¿Crees que me gusta ir de un lado para otro? —siguió hablando Donald—, ¿ver lo que hemos visto? Por amor de Dios, si hay gente que se está comiendo cadáveres de zombis, o... peor. Este mundo se ha vuelto loco. Yo no pedí ser el líder de este grupo.

Joseph sonrió.

—Nadie pidió encontrarse en estas circunstancias... además, no eres nuestro líder, si eso te hace sentir mejor... Tú nos consultas las cosas importantes, y dejas que decidamos en democracia. Eres simplemente el idiota que se rompe la cabeza más que los demás para que nosotros podamos respirar un poco más tranquilos.

—El idiota que carga con el peso del mundo sobre sus hombros —señaló Donald intentando relajarse—. Tal vez podamos estudiar el pueblo desde lo lejos, y si no hay mucha actividad... bueno... ya veremos lo que hacemos entonces.

Joseph iba a dejar solo con sus pensamientos a Donald cuando una figura salió corriendo del bosque; al principio ambos creían que podría tratarse de un zombi, pero enseguida comprobaron que era uno de los suyos, un chaval de quince años que había perdido a sus padres, que se encargaba de llevar comida y mensajes a los que vigilaban el perímetro. Llegó hasta ellos sin aliento, con la cara blanca como si hubiera visto un fantasma. Donald le puso las manos en los hombros tratando de calmarle.

—¿Qué sucede? ¿Has visto a un zombi rondando por la zona?

—Es... es... es... tá... ella... es... —estaba sin aliento y apenas podía articular palabra. Donald se arrodilló delante de él.

—Respira hondo, y dime qué sucede.

El chico respiró profundamente un par de veces.

—¡Está muerta! ¡Martha! ¡La han matado! ¡Es horrible! ¡La han... destrozado!

Donald y Joseph se miraron alarmados.

—¿Dónde está Martha? —le urgió Donald—. ¿Dónde la has visto?

El chaval estaba ahora sollozando y no parecía poder articular palabra; Donald insistió.

—¡Escúchame! Martha, ¿dónde está?

Finalmente, entre lamento y lamento, levantó un brazo indicando la dirección mientras balbucía algo. A Donald le pareció oír “trescientos”. Tanto él como Joseph se lanzaron a la carrera en la dirección señalada.

Cuando Donald calculó que estaban por la zona indicada por el chaval frenó en seco y comenzó a mirar en rededor buscando cualquier signo de Martha, de zombis, o de lucha. Ordenó a Joseph que se abriera para así cubrir mejor el terreno. Ambos avanzaban en silencio mirando por todas partes. ¿Estarían en el lugar adecuado? ¿Habría sido todo una broma? Donald entonces escuchó a Joseph exclamar algo. Corrió en la dirección de su voz y lo vio a lo lejos, apoyado contra un árbol. Parecía estar vomitando. Cuando llegó a su altura pudo observar la terrible escena que había hecho vomitar a Joseph, y ante el dantesco espectáculo su propio cuerpo comenzó a reaccionar de la misma manera y tuvo que apoyarse también en un árbol mientras vaciaba el estómago. ¿Quién podría haber hecho algo así?

Donald intentó controlarse y contener las náuseas. Se obligó a mirar de nuevo. Al pie de un árbol yacía Martha, desnuda, y todo su cuerpo había sido abierto en canal. Una serie de cortes le subían por las piernas de manera que apartaban casi todo el músculo de las mismas hasta dejar los huesos al aire. Era algo dantesco. Esos mismos cortes se repetían en los brazos y en su torso; el suelo a su alrededor estaba lleno de sangre, seguramente ya no quedarían apenas unas gotas de ese líquido carmesí en sus venas. Parecía que alguien le hubiese practicado una autopsia por la manera en que su cuerpo aparecía abierto. ¿Quién podría haber sido capaz de hacer algo así?

Joseph había dejado de vomitar y se acercó a Donald.

—¿Qué le han hecho? Dios mío, sólo era una niña, ¿cuántos años tenía? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? ¿Habría sido un zombi?

Donald levantó la vista del cadáver.

—¿Un zombi? ¡¿Un zombi?! ¡¿Cómo coño va a hacer esto un zombi?! —dijo señalando el cuerpo—. ¿Cuándo hemos encontrado un jodido zombi que fuera capaz de abrocharse los pantalones? Y ahora resulta que nos vamos a cruzar con el único zombi con inteligencia y que casualmente nos ataca a las puertas de una base militar después de ser despreciados como lo fuimos por los tipos ésos.

Joseph reaccionó ante lo que Donald estaba insinuando.

—¿No querrás decir que...?

Donald se agachó para acariciar la cara de Martha. La cabeza rodó sobre su torso y se quedó parada, de lado, a los pies del hombre. Fue entonces cuando pudo observar algo más: le habían abierto el cráneo por la nuca y le habían quitado el cerebro. Podía apreciar el agujero y el vacío del interior de la cabeza. La vista estuvo a punto de volverle a hacer vomitar, pero consiguió contenerse. Señaló la cabeza hueca.

—¿Te parece esto obra de un zombi? ¿De verdad?

—¿Pero por qué iban a hacer algo así? —preguntó Joseph intentando calmar a Donald.

—Para darnos una lección, por supuesto —dijo Donald irritado—, para indicarnos que somos vulnerables, y que para ellos sería muy sencillo matarnos cuando quisieran.

—¿Y por qué iban a quitarle el cerebro? —insistió Joseph, que no podía creer lo que veía ni lo que escuchaba. Todo parecía tan surrealista...

—Y yo qué sé cómo piensa esta gente —respondió Donald—, a lo mejor para que no se convirtiera en zombi y nos matara y les quitara la diversión a ellos; a lo mejor para comérselo; o para decirnos que somos unos cabeza huecas intentando enfrentarnos a ellos.

Joseph permaneció en silencio. Escuchó ruidos de pisadas y gente que se acercaba. No podían dejar que vieran el cadáver de Martha. Se quitó la camisa y cubrió el cuerpo sin vida.

—Van a pagarlo —dijo Donald con fuego en los ojos—, ese maldito cabrón y sus amigos, van a pagar la muerte de Martha; se arrepentirán del día en el que se cruzaron en nuestro camino. Vamos a exterminarlos. Hasta el último de ellos.

Joseph se acercó a Donald y le puso la mano sobre el hombro.

—Tranquilízate, no sabemos si han sido ellos. Y aunque así fuera, no podemos hacer nada, tienen armas, y están mejor preparados que nosotros.

Donald apartó la mano de Joseph.

—Me da igual que tengan un arsenal nuclear ahí dentro. Pienso ver esa base reducida a escombros, y a ese negro implorando por su vida. Seguro que hay más bases por ahí, llenas de armas. Y más supervivientes. Eso no será un problema, los que hay en esa base son gente malvada, merecen morir todos, no quieren compartir sus recursos y tratan a los demás como basura. Arrasaremos ese sitio.

—Pero, pero... —Joseph no sabía qué decir para hacer cambiar de idea a Donald, o al menos calmarlo. Nunca le había visto así.

—Aunque tenga que hacer de cebo y guiar a un ejército de zombis hasta las puertas —continuó hablando Donald—, pero esa base y todos los de su interior van a morir. Y no habrá piedad para nadie.

Escondido, sin que nadie pudiera verle ni escucharle, él sonrió.

Así que aquí estamos tú y yo. Si te soy sincero, no entiendo cómo es posible que nadie deje que una jovencita haga guardias o vigile sola. Sin compañía ni vigilancia y en un mundo tan peligroso como éste. Lleno de depredadores de todo tipo. En el que un zombi puede cogerte por sorpresa y matarte, o peor aún, comerte. O en el que un humano se crea por encima de la ley te viole...

Pero puedes estar tranquila. Yo no haré nada de eso... bueno... me temo que morirás en el proceso, pero no te pondré la mano encima de forma indecorosa ni te comeré. Todo será muy aséptico, muy científico.

Como te habrás dado cuenta, no sientes nada de cuello para abajo ni te puedes mover. Es cosa mía. No quería que sufrieras innecesariamente. Así que podrás admirar mis dotes para la cirugía.

Es una pena que tenga que matarte, pero eres un regalo caído del cielo. Estoy moviendo los hilos para enfrentar a tu grupo con el de la base militar. Y si te digo la verdad, eres lo mejor que me podía ocurrir. Sí, podría haber cogido a cualquier otro u otra. Pero... es que tú eres perfecta: joven, guapa, y cuando te encuentren su ira será mayor que si fueras un niño o un joven o una mujer o un hombre. Lo que sentirán al verte desnuda y abierta en canal, bañada en tu propia sangre, será irresistible. Así que tengo que agradecerte que te ofrecieras para vigilar los alrededores.

Responderé a tu pregunta de “¿por qué?”. Manipular a la gente es un arte. Es una ciencia. Una cosa es abrir a una persona, ver cómo funciona su interior, y manipularlo. Puedes hacerlo. Pero hay cosas que son etéreas, intangibles. Seguramente pensarás que la personalidad es una de ellas; te equivocarías, tocando aquí y allá en el cerebro puedes convertir a un pacifista en un asesino en serie. Pero la moralidad, la bondad, o incluso el comportamiento en grupo de los seres humanos, eso no puedes modificarlo quirúrgicamente.

Has de usar otros métodos. Saber lo que quieren, lo que temen, qué teclas tocar para calmarlos o enfadarlos. Y desde que los zombis aparecieron y salí de la cárcel (bueno, en realidad me escapé, pero te doy mi palabra que estaba ahí por un error; en fin, ésa es otra historia), desde que salí de la cárcel he ido paseando por este nuevo mundo observando a la gente, comprobando hasta qué punto habían cambiado. Y el miedo causado por el alzamiento de los muertos ha provocado un cambio en la sociedad que hace que seamos más fáciles de manipular.

La gente ha tenido que lidiar con los muertos, con los vivos, sobrevivir, hacer cosas impensables para ellos meses atrás. Y eso hace que puedas manejarlos a placer.

Seguramente pensarás que cosas como la raza o la religión ya no representan un problema, un factor de división social, que la especie humana está más unida que nunca enfrentada contra un enemigo común. Pero te equivocas. Esos miedos irracionales siguen estando ahí.

Y ahora te contaré un par de cosas que he ido haciendo mientras caminaba por estas sendas abandonadas de la mano de Dios.

Por tu mirada me temo que has descubierto que te he mentado, seguro que estás sintiendo el dolor de los cortes que te he realizado. Y bueno, me imagino que notar cómo abro tu cráneo, aunque no puedas verlo, será terrorífico por no decir doloroso, pero así es la ciencia. Con suerte podré quitarte el cerebro mientras sigues viva... aunque creo que en ese mismo momento morirás, pero bueno... supongo también que estás deseando que se acabe esta agonía. Piensa que sin cerebro no te convertirás en una de esas horribles criaturas, así que no debes temer por tus compañeros: no les harás daño.

En fin, te estaba contando mis aventuras por estos páramos dejados de la mano de cualquier Dios. Un día, mientras iba paseando tranquilamente por el campo llegué a un pequeño pueblo que se había librado de los pocos zombis que había por las cercanías, un pueblo de éstos donde presumían de escopetas y quedaban los fines de semana para ir de cacería en grupo. Por lo que para ellos sólo había sido otro domingo de caza.

Eran gente muy amable, que se habían adaptado sin problemas a matar a otros seres humanos, aunque fueran zombis. Pero toda esa unión era un espejismo. Noté que las viejas rencillas seguían estando ahí presentes, profundamente enterradas, sí, pero presentes. Así que después de un par de semanas disfrutando de su compañía y de estudiarles a todos comencé a plantar las semillas de la ira. La mayoría de la población era de raza blanca, así que comencé a hacer vagos comentarios sobre la posibilidad de que la plaga la hubieran traído los inmigrantes y la gente "no pura". El cómo las ciudades en las que había muchos inmigrantes habían caído antes y más deprisa; cómo al reunirse siempre en grupos numerosos habían contagiado a los demás más rápidamente; y a las minorías les iba pidiendo perdón por lo que el hombre blanco había hecho, pues las noticias decían que los primeros en caer habían sido ellos, y no la sociedad blanca; que sentía lástima que nosotros hubiéramos llevado esta plaga a los demás por miedo a la diferencia de color.

En una semana las miradas de miedo y odio eran visibles. Sólo era necesaria una pequeña chispa para hacer explotar el polvorín. He de reconocer que tuve la duda de si intervenir o no en ese momento para encender la mecha; pero el destino, una vez más, fue el responsable. Un niño

blanco y uno negro comenzaron a pelearse, echándose la culpa mutuamente de ser los instigadores de la creación de los zombis. A la pelea se unieron los padres, y luego los amigos de la familia, hasta que comenzaron a llegar a las manos, luego cogieron las armas y... bueno, ya te puedes imaginar el resto, volaron las balas por todo el pueblo y apenas quedó nadie vivo. En realidad todos acabaron heridos o muertos, por lo que cuando se convirtieron en zombis no pudieron hacer nada para defenderse. El final de un pueblo por odios ancestrales estúpidos.

Ya está, tu cerebro fuera de tu cráneo... ahora sólo queda preparar el resto de la escena.

He de decir que quedé algo decepcionado con ese pueblo y sus habitantes. No me entiendas mal, el reto era interesante, pero se resolvió de una forma tan fácil... no sé, a veces esperas algo más, un “nosequé” es difícil de explicar con palabras. Pero no se puede conseguir una obra maestra pintando un solo cuadro. Hay que practicar y practicar y practicar.

La verdad es que no sé qué hacer con tu cerebro. Me da cosa dejarlo por aquí tirado para que lo devore cualquier animal. Supongo que seguiremos camino durante un tiempo, hasta que se me ocurra qué hacer con él.

El siguiente pueblo había sufrido más la amenaza zombi. Pero también habían sobrevivido. Y ahora se estaban rehaciendo. El problema es que había muchos zombis merodeando, era una zona peligrosa para quedarse, y no sabían qué hacer.

Entonces llegué yo. Los habitantes no eran tan habladores, ni tan amables. Supongo que al ser una comunidad pequeña no estaban tan acostumbrados a los extraños, o simplemente yo no les gustaba.

Un bonito reto. La verdad es que tampoco intenté integrarme en la comunidad. Eso sí levantaría las sospechas. Así que simplemente paseé por el pueblo como si fuera un extraño mientras pensaba en qué era lo que unía a esa comunidad. Y Dios me ayudó. Vaya si me ayudó.

Era una comunidad temerosa de Dios, y el pastor, su faro de fe, sufría una crisis al no saber responder a las preguntas de sus feligreses ni saber identificar lo que significa este Apocalipsis. Así que me ofrecí a ayudarle como buen... temeroso de Dios.

Le indiqué que era un milagro que su comunidad hubiera sobrevivido. Que ésa era una señal divina. Que otros sitios habían sido masacrados por ser pecadores. Ellos eran una comunidad ejemplar. Y debían seguir siéndolo: rezando a Dios y pidiendo perdón por sus pecados. Y deshaciéndose de los pecadores que podrían poner en peligro esa ejemplaridad. Además, le sugerí que debían aislarse del mundo. Dedicarse a rezar por su salvación.

Sacrificarse por los demás.

Te puedes imaginar lo que pasó. Primero se deshicieron de los “pecadores” que ellos creían que pondrían en peligro sus vidas. Y, luego... bueno, llegaron las noticias de que un grupo numeroso de zombis se acercaba al pueblo, y vieron eso como otra señal. Decidieron encerrarse en la iglesia con víveres a la espera de ser salvados por Dios de esa maligna plaga. Por un momento tuve la esperanza de que se acercaran hasta los zombis y se ofrecieran a éstos arrodillados con la esperanza de ver cómo su Dios obraba un milagro.

Cuando dejé el pueblo la iglesia estaba rodeada de zombis. La verdad... me avergüenza reconocerlo, pero no me quedé para ver cómo acababa la cosa, tenía pinta de ir para largo. Aunque el final sí que me lo podía imaginar. O morían a manos de los zombis de fuera, o morían a manos de los zombis de dentro. No creo que aguantaran mucho en la iglesia. Las condiciones higiénicas debían de ser inexistentes. Pero bueno, fue su decisión. Yo sólo les hablé de posibilidades. No les obligué a nada.

No es culpa mía si la gente es tan voluble. En fin, a ver qué hago contigo, cerebro querido.

No negaré que se me había pasado por la cabeza alguna vez tener una cabeza como compañera, para ver cómo era. La verdad es que la cabeza acompañando tu cerebro hubiera sido más que adecuada. Pero bueno... creí que sería más complicado mantenerla, aunque reconozco que me fascina la idea de observar cómo una cabeza muerta se convierte en una cabeza zombi y poder estudiarla día a día... supongo que no era el momento.

Así que mientras continuamos nuestro viaje te puedo contar cómo acabé en la cárcel y cómo salí de ella. La verdad es que creo que es una historia interesante. Y el destino vuelve a jugar un papel importante en la misma.

Verás, resulta que hubo una vez alguien que cometió un crimen. Mató a una serie de personas pero dejó varios testigos con vida. Un chapucero vamos. El caso es que no había grabaciones, sólo los testimonios de las víctimas, que acabaron describiendo a un individuo parecido a mí. Supongo que eso de que tienes por ahí un gemelo, alguien bastante parecido a ti, es cierto. El caso es que acabé en una rueda de reconocimiento y acabé siendo señalado como el autor de los hechos.

Lo cierto es que yo tenía una coartada bastante sólida. Pero no dije nada. Ya, parecerá una locura, pero verás, resulta que siempre, dadas mis investigaciones, había tenido en cuenta que podría acabar en prisión por la moral de la sociedad en la que vivía. Y había sentido cierta curiosidad por la vida en la misma. Y ahora se presentaba esa posibilidad con una carta de

“quedas libre de la cárcel” para cuando quisiera dejarla. Ideal.

Bueno, acabé en la cárcel a la espera del juicio. Encerrado con la “escoria” de la sociedad. La primera noche compartí celda con un tío que me doblaba en tamaño. Uno de esos que se solían ver en las películas carcelarias. Y con intereses que no compartíamos. A la mañana siguiente los vigilantes lo descubrieron colgado de su camastro. Se había suicidado. Por supuesto la prisión investigó el suicidio intentando averiguar si yo había tenido algo que ver, buscando pruebas de juego sucio. Pero yo siempre he sido muy pulcro...

Mi segundo compañero de celda fue un delincuente de los llamados “de cuello blanco”. Uno de esos estafadores que se ganaba la vida robando el dinero a ancianos mediante tretas sucias y engaños. El pobre acabó con el cuello cortado mientras caía al suelo de la galería. Nunca supe de qué murió primero, si desangrado o por la caída. Tampoco se pudo probar nada. He de decir que me fascinó la política interna de los presos. Lo cierto es que alguno me vio en compañía del estafador, pero nadie dijo nada. Engañar a ancianos para robarles su dinero es un delito mal visto ahí dentro, así como ir contra las mujeres o los niños. Me complace decir que descubrí varios pedófilos y violadores que tuvieron desgraciados accidentes, y no, no fui yo el que se tomó la justicia por su mano, pero una vez descubiertos, supe a quién debía informar. El alcaide debía de estar disgustado. Seguro que desde que entré a formar parte de la plantilla carcelaria el índice de accidentes se elevó hasta cotas nunca vistas. Pero no es algo que pudieran asociar conmigo realmente.

El caso es que estaba haciéndome con la vida en la prisión cuando mi abogado de turno me dio “buenas noticias”. Por lo visto el hombre sabía hacer su trabajo, maldita mi suerte, y podía probar que el día que se cometió el crimen del que se me acusaba yo estaba en otro lugar. De hecho, me puso en un pequeño aprieto al preguntarme por qué no había dado aquella información a la policía. Mi pobre y desganaada respuesta fue que no se me ocurrió. Me prometió que en un máximo de una semana saldría de allí.

Así que volví a mi celda, que no compartía con nadie dado que, por lo visto, habían deducido que yo estaba maldito... o algo peor, pensando en mi mala suerte. Ese mismo día noté que estaba pasando algo raro en la prisión. Lo cierto es que ya venía de tiempo atrás, pero no me había fijado por estar ocupado en otros asuntos, pero ahora que veía que no tenía tiempo, lo que estaba ocurriendo me llamó la atención.

Durante los días anteriores varios reclusos se habían ido poniendo enfermos. El alcaide pensó que los presos simplemente estaban fingiendo para obtener beneficios o ser trasladados, y ordenó a los guardias que no

hicieran caso. Si no querían salir a comer o a hacer ejercicio era asunto suyo.

A lo largo de los siguientes días vi a los presos morir en sus celdas. No dejo de pensar en que, estando delante de mis narices, sigo sin saber cómo contrajeron el virus —o lo que fuera— que una vez muertos los resucitó. Debo decir que cuando volvieron a la vida me sorprendió. Sabía que estaban muertos, lo había llegado a comprobar: nada de comas profundos ni metabolismos ralentizados... No, estaban muertos. También lo sabía porque había hecho un pequeño experimento de campo empalando el corazón de uno de ellos para asegurarme.

Así que te puedes imaginar mi sorpresa cuando el prisionero empalado, junto al resto de compañeros, volvió a la vida. Cuando lo hicieron debo reconocer que me rendí a la evidencia: eran zombis. Sí, sé que mucha gente no asumiría un planteamiento tan atrevido, pero si lo piensas bien... que un tío vuelva a la vida después de haberle atravesado el corazón te obliga a estudiar nuevas vías de razonamiento. Así que el pensamiento de que eran zombis no me resultó tan extraño.

El caso es que los carceleros siguieron ignorándolos. Un par de días después no pudieron ignorarlos: uno de los no —muertos se abalanzó sobre un guardia y prácticamente le arrancó el brazo mientras intentaba comérselo. Ni que decir tiene que los compañeros del pobre desgraciado no se lo tomaron muy bien y entre una docena lo redujeron... dejando la cabeza y el cerebro del recluso hecho pulpa. Pero fue sólo el principio. El resto de presos zombis comenzó a salir de sus celdas y los guardias se retiraron temiendo encontrarse ante un motín. La galería quedó cerrada hasta que aparecieron los antidisturbios.

Si hay algo que saben hacer bien en las cárceles es enfrentarse a los reclusos bien equipados. Al verles, era como ver a los caballeros de la Edad Media con sus armaduras brillantes, aunque en este caso eran de color azul oscuro. La planta inferior de la galería se llenó enseguida de humo debido al gas lacrimógeno lanzado por los antidisturbios que ya tenían las porras preparadas y empezaban a caminar hacia lo que ellos creían que eran prisioneros rebeldes.

Yo mientras tanto había salido de mi celda con cuidado para contemplar el espectáculo y un prisionero no-muerto se abalanzó sobre mí. El pobre acabó cayendo accidentalmente por encima de la barandilla de la galería y estrellándose contra el suelo de la misma en medio de la batalla campal que se desataba. Yo miré a ambos lados para asegurarme que no tenía más compañeros con ganas de hincarme el diente. Decidí que era el momento

ideal para salir de allí de una manera discreta. Si este comportamiento de no-muertos se estaba dando fuera de la prisión tenía que hacer preparativos y era más seguro estar lejos de la cárcel y no encerrado con esos monstruos comecarne.

Los antidisturbios, que todavía no sabían contra qué se enfrentaban, empleaban toda su fuerza golpeando a diestro y siniestro sin ninguna piedad ni distinción. Su salvaje comportamiento y su equipamiento era lo que les salvaba la vida y les daba ventaja en esa batalla. Estaban completamente tapados. Era imposible que los zombis pudieran morderles o arañarles o lo que fuera que hicieran los zombis para intentar derrotar a su enemigo.

Yo me dirigí hacia el lateral de la galería donde un guardia novato y principiante observaba todo el espectáculo sin pestañear, sin darse cuenta de que cualquiera podía acercarse a él en su puesto de guardia y matarlo. Fue rápido, le corté el cuello de lado a lado para que muriera deprisa y sin dolor con un cepillo para los dientes convenientemente afilado, una herramienta rudimentaria pero igualmente efectiva. Luego me intercambié el traje con él. Arrojé el cadáver a la nube de humo, antidisturbios y zombis, y me alejé del lugar.

Sí, mi traje, el traje del guardia para ser más exactos, estaba lleno de sangre, pero justamente eso hacía que fuera más fácil pasar los controles de seguridad. Un compañero herido en los disturbios necesitaba ayuda médica urgente. Y a nadie se le había ocurrido que algún prisionero intentaría o podría escapar. Había demasiado jaleo para que nadie comprobara realmente mi identidad.

Así que salí por la puerta principal a bordo de una ambulancia con destino al hospital más cercano, el cual estaba sumido en el caos debido a un reciente brote de histeria y violencia que inexplicablemente se había dado en la zona. Y gracias a ese descontrol salí por la puerta del hospital caminando y sin que nadie me dijera nada.

Y ahora, bueno, aquí nos encontramos, tú y yo, paseando por estos pastos en busca de una nueva aventura. Estoy deseando saber qué nos deparará el futuro. Seguro que algo excitante.

Capítulo 7

Ella

Castillo de la resistencia (Según G)

Gerald no paraba de refunfuñar y jurar en arameo, o en la lengua que juraran los informáticos. Miraba las pantallas, tecleaba furiosamente y volvía a mirarlas. Y soltaba su enésimo gesto de desesperación.

Doc le llevaba observando varios minutos sin decir nada. Era un curioso espectáculo ver trabajar a Gerald de esa manera. No habían sido muchas las ocasiones en las que el informático mostrara su mal humor tan claramente.

Al fin, y viendo que no había nada nuevo en el comportamiento de Gerard, Doc carraspeó para llamar su atención.

El informático apartó la vista de las pantallas y clavó la mirada en el recién llegado:

—¿Qué tripa se te ha roto, Doc? No soy médico, así que no te la puedo arreglar.

—Sólo había venido a ver si tenías noticias de Mara y su grupo —respondió Doc sin hacer caso al mal humor de su compañero—, ya hace...

Gerald le interrumpió.

—Sí, ya sé cuánto tiempo hace que os separasteis. Pero no, no sé nada nuevo de tu pupila, protegida, amante o lo que sea. Si lo supiera te lo hubiera dicho, como dicta el protocolo. En estos momentos tengo que atender asuntos más urgentes que tus problemas sentimentales, parentales o lo que sea.

—No hace falta que te pongas así —respondió Doc algo molesto—, y te repito que Mara es una compañera más. Ni es mi pareja, ni mi amante, ni mi hija, ni nada de nada. Así que te rogaría que dejaras de repetir esas estupideces.

—Lo que tú digas, Doc, lo que tú digas —repitió Gerald—, pero recuerdo la primera vez que la viste, y cómo te pusiste blanco y tus ojos se abrieron como si fueras un personaje de anime. Una reacción muy curiosa para alguien que no tiene ningún vínculo con ese bicho raro.

—Fue una reacción... inesperada —dijo Doc algo a la defensiva—. A primera vista me recordó a alguien que había conocido y creía muerta. Pero no era ella. Fue una reacción humana. Si supieras de emociones lo entenderías.

—Oh, el doctor me ha insultado y me ha dicho que no tengo sentimientos —respondió Gerald simulando el tono de estar dolido—, tendré que ir a Oz para que el mago me dé un corazón; tal vez quieras venir conmigo, Doc, a ver si el mago te da un cerebro. O a lo mejor prefieres ser Toto.

Doc no respondió inmediatamente, respiró hondo y trató de no caer en el juego de Gerald.

—¿Por qué estás de tan mal humor?

—¿Tal vez porque no consigo contactar con los satélites que controlan los teléfonos vía ídem? —respondió Gerald con cierto retintín—. Cuando salí de la ciudad estaban en los cielos. Cuando lo comprobé en la base militar, estaban orbitando alrededor del planeta. Cuando quise usarlos para nuestras comunicaciones a larga distancia, boom, habían desaparecido.

Doc alzó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Quieres decir que han caído sobre algún lugar de la Tierra?

—Por supuesto que no —dijo alterado Gerald—, no seas ridículo. Esas máquinas tienen la suficiente inteligencia artificial para realizar correcciones en su órbita y seguir ahí arriba por los siglos de los siglos.

—¿Entonces? —preguntó Doc confuso.

—No puedo comunicarme con ellas —le trató de explicar Gerald—, me ignoran. Hacen como que no existen. Sé que están ahí arriba porque lo sabía de antes, pero si alguien quisiera localizarlos ahora no los encontraría. Y cuando trato de hablar con ellos...

Doc se rascó la cabeza tratando de descifrar lo que decía Gerald, lo cual no parecía tener mucho sentido. ¿Sabría siquiera Gerald que lo que decía no...? Mejor dejarlo estar. Asintió con la cabeza siguiéndole la corriente.

—Y si no consigo hablar con esas máquinas no podremos disponer de teléfonos vía satélite y mucho menos encriptados —Gerald miró de nuevo la pantalla—. Seguro que es una conspiración y hay alguien que no quiere que toque esos satélites. Los mismos que enviaron a ese espía.

—¿Todavía le das vueltas a ese tema? —preguntó Doc que parecía poco interesado en el tema—. Hasta que vuelva Mara sólo podemos especular.

—Si vuelve —dijo Gerald—, piénsalo. Con todo ese cuento de la pérdida de memoria es la espía perfecta. Le preguntes lo que le preguntes te dirá que no lo recuerda.

—Ahora creo que te estás pasando —le advirtió Doc.

—En serio, piénsalo —insistió Gerald—. Una pobre chica perdida que no recuerda nada de su pasado, ¿cómo ha podido sobrevivir? ¿Quién no nos dice que está disimulando?

—Le hicimos pruebas —respondió Doc—, es un ejemplo típico de estrés post-traumático.

—Exacto —señaló Gerald—, típico de libro. Sabe lo que tiene que hacer o decir para simular su estado. Y si le pillas haciendo algo sospechoso te responderá con alguna excusa barata derivada de su amnesia.

—Olvídalo —dijo Doc—, ha mostrado ser una parte importante del grupo. Es valiente, sabe tomar decisiones bajo presión, y no creo que se merezca esas

sospechas. Creo que mejor lo dejamos por hoy.

Justo antes de que Doc se fuera, Gerald suspiró.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos de nuestra sociedad perdida?

—¿Pagar a las mujeres para poder tener sexo con ellas? —preguntó irónicamente Doc, en parte en venganza por las acusaciones de Gerald.

Gerald abrió la boca haciendo el gesto de ir a responder, la volvió a cerrar y se quedó unos segundos en silencio pensando en una contestación ingeniosa que no le venía a la cabeza. Decidió ignorar el comentario de Doc y responderse a sí mismo.

—Las series de televisión. Y las películas... Ya nada volverá a ser como antes. Nada de series, nada de superproducciones millonarias. Nada de libros ni nuevo software que poder piratear... Ni... más películas porno. Es el fin del mundo.

Doc salió sin despedirse de Gerald soltando un simple:

—Freakie.

El primer día de vigilancia fue excitante. La adrenalina recorría el cuerpo de Mara, que estaba agazapada detrás de un árbol observando todo lo que ocurría a su alrededor, esperando que alguien viniera a investigar la desaparición del espía. Cada ruido atraía la mirada de Mara, siempre en busca de su origen. Tenía que identificar la fuente de todo susurro, crujido o movimiento, y hallarse en el linde del bosque, en plena naturaleza, ayudaba considerablemente a mantenerla en un estado permanente de alerta. Mara aprendió que el viento era un jugueteón muy hiperactivo.

El segundo día, ya con menos adrenalina y menos emoción, pasó más lentamente. Los ruidos se seguían produciendo, pero Mara había aprendido a identificarlos y descartarlos. Ahora el viento y los árboles ya no eran tan interesantes. Los animales del bosque se escuchaban entre la espesura y las ramas de los árboles, pero no había ni rastro de vida humana o no-humana. Nadie aparecía para ayudar a resolver el enigma del espía. Mara buscó con la mirada a sus compañeros que también se encontraban escondidos. Sólo se podían comunicar mediante señales, por lo que las conversaciones eran breves y poco edificantes. Nadie había visto nada ni escuchado nada de interés. Había que seguir esperando.

El tercer día, Mara estaba cansada de esperar. La impaciencia se apoderaba de ella. Nadie aparecía ni pasaba nada fuera de lo normal. Lo cierto es que también sería extraño que sucediera algo. Ahora que había pasado toda la excitación del momento y la adrenalina ya no la mantenía tan en guardia, el raciocinio tomaba el control. ¿Qué esperaba que ocurriera? ¿Que un grupo de hombres de traje de negro aparecieran de la nada y revelaran en una conversación todo lo que estaba pasando? ¿Helicópteros silenciosos? ¿Alguien que pasara por ahí que perdiera un mapa donde indicara la localización de su base secreta? Ahora que tenía tiempo para pensarlo sabía que si alguien apareciera por ahí no lo haría inmediatamente. No sabía cómo lo sabía, pero lo intuía. Tardarían en darlo por perdido. No sabían cada cuánto se comunicaban, ni

sus protocolos de seguridad. ¿Lo darían por muerto simplemente sin investigar? ¿Cuánto tiempo esperarían hasta suponer que algo le había pasado? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Un mes? Todo esto era una conjetura y casi una pérdida de tiempo. Pero había que hacerlo. La gente necesitaba tener objetivos para seguir viva y conservar las esperanzas.

El cuarto día Mara se cansó de esperar. Indicó a sus compañeros que se acercaran. Lo hicieron de la manera más silenciosa y furtiva posible.

—Voy a investigar los otros sitios marcados en el mapa, vosotros os quedareis aquí unos días más. Y si no pasa nada nos reuniremos aquí —dijo señalando un lugar en el mapa—. Si no estoy cuando lleguéis y no aparezco en un día volved al castillo e informad de lo que sea que haya sucedido.

Sus compañeros parecían sentirse incómodos con ese cambio de plan.

—Tranquilos, no me ocurrirá nada. Y mientras recordéis vigilar la espalda del otro a vosotros tampoco os pasará nada.

—Pero, ¿quién vigilará tu espalda, Mara? —preguntó uno de ellos.

—Tengo ojos en la nuca —respondió Mara—, ya deberíais saberlo. No me pasará nada. Soy una superviviente. Además, los zombis no quieren tener nada que ver conmigo. Soy material defectuoso. No tengo memoria, así que seguro que mi cerebro no será de su gusto.

Ambos compañeros suspiraron y asintieron.

—No mueras. Eres una de las pocas personas divertidas del grupo y contigo nos sentimos seguros.

Mara sonrió.

—Seguro que se lo decís a todas las chicas. Tranquilos. Nos volveremos a ver. No me pasará nada. Y espero por vuestro bien que a vosotros tampoco, u os buscaré para daros una lección.

Dicho lo cual, cogió su mochila y salió del bosque andando casualmente como si no tuviera negocios por la zona y sólo estuviera de paso.

Mientras Mara caminaba por el pueblo abandonado en el que habían encontrado al espía se dio cuenta de que era la primera vez que estaba sola desde que se unió al grupo de supervivientes de Doc y compañía.

Miró a su alrededor. Efectivamente, se encontraba sola. Trató de escuchar los ruidos que venían del interior de las casas y las construcciones, pero no se oía nada. Habían limpiado el pueblo hacía un tiempo, pero eso no era óbice para que otros zombis hubieran aparecido en busca de comida. O de otros humanos.

En cierto modo, los zombis eran como los humanos. Iban de un lado para otro en busca de “alimento”. La diferencia era que los humanos lo necesitaban para sobrevivir. Los zombis no. Pero quién sabía lo que había en las cabezas de esos no-muertos. ¿Por qué deseaban tanto la carne humana si no la necesitaban realmente

para sobrevivir? Por más que le daba vueltas no lo entendía.

Se acercó al contenedor donde había aparecido por primera vez el desconocido. Miró en su interior, y alrededor del mismo. No parecía haber nada sospechoso. ¿Por qué debería? ¿Qué esperaba encontrar? ¿Huellas de neumáticos recientes? ¿Rastros de un aterrizaje con paracaídas o de un helicóptero? ¿Una nota o una señal sospechosa? No, nada de nada. Ahí tampoco encontraría respuestas.

Estaba anocheciendo y Mara comenzó a buscar un lugar en el que dormir sin peligro. Encontró un árbol con ramas fuertes y buen follaje. Colgó su hamaca y volvió a probar que pudiera aguantar su peso. No era la primera vez que dormía usando ese método. Recordó, mientras se acomodaba en la hamaca, que fue así como conoció a Doc y sus compañeros. Ella colgada en un árbol, escondida, y ellos abajo, sin saber que estaban siendo observados.

Se tumbó en la hamaca y contempló las estrellas a través de las hojas del árbol. Ahora que la contaminación lumínica era un mal recuerdo. Se rió de lo malo que era el chiste. Las estrellas se podían ver casi desde cualquier lugar. Eran hermosas, una visión reconfortante. Y la mejor manera de conciliar el sueño. Mirando a esas estrellas tan alejadas dejó su mente vagar por entre ellas, y se preguntó si en algún otro lugar del universo habría alguien como ella observando las estrellas, intentando sobrevivir a un apocalipsis zombi y haciéndose las mismas preguntas. Quién sabe, tal vez lo que convertía a la gente en zombi realmente era un virus alienígena que iba de planeta en planeta exterminando toda la vida inteligente con alguna misteriosa misión.

El día amaneció nublado y Mara recogió sus enseres. Recorrió el pueblo y se hizo con unas cuantas provisiones. Luego continuó su camino en busca de respuestas.

La capitana Grumpy observó las calles de la ciudad mientras su jeep avanzaba entre el tráfico. Nada parecía indicar que hubiera problemas de violencia y asesinatos en, salvo la ayuda que habían pedido las autoridades que parecían estar desbordadas por el incremento de la violencia en la ciudad y de los actos de pillaje.

Mientras esperaba en un semáforo ante la mirada curiosa del resto de conductores, se preguntó una vez más qué hacía ella ahí. Debería estar preparando la intervención militar y no visitando a las autoridades locales pero una llamada del Estado Mayor le había ordenado ir a rendir pleitesía al alcalde en su castillo feudal.

El jeep entró en una enorme plaza que había sido tomada por la policía, que no permitía que el tráfico circulara por allí y que mantenía a la gente alejada del centro de la plaza en la que se alzaba un pequeño edificio de unas cuatro plantas de arquitectura antigua. Una vez identificada por uno de los controles se le permitió seguir hasta el aparcamiento que había en la parte delantera del edificio.

Se bajó del jeep y miró a su alrededor. Era una curiosa contradicción la que se observaba desde ahí. Delante de ella estaba aquel edificio de principios de siglo

rodeado de edificios de factura más contemporánea. En su mayoría parecían ser oficinas, seguramente parte del entramado burocrático que hacía la vida de la gente más complicada. Alrededor del ayuntamiento había una pequeña plaza con su fuente, sus árboles y sus flores. Todo demasiado bien cuidado.

—¿Capitana? —le preguntó el teniente que le acompañaba y que había estado conduciendo el jeep.

—Deje que me relaje, teniente —le respondió la capitana—, ya me siento incómoda estando aquí rodeada de gente armada para que usted me meta prisa por rendir pleitesía a un político ansioso de adulación.

Por el rabillo del ojo vio que los dos soldados que también les acompañaban a modo de escolta sonreían pareciendo compartir la opinión de su oficial.

Miró los edificios de alrededor. No parecía haber mucha actividad en ellos. Salvo en los tejados, donde podía observar equipos de francotiradores que vigilaban la plaza en busca de posibles problemas.

Definitivamente, este escenario cada vez le gustaba menos y se temía lo peor.

Un joven trajeado salió del edificio a su encuentro. Suspiró mientras observaba al joven sonriente ir hacia ella con prisa. Cuando llegó a su altura, la militar siguió en silencio.

—Soy el ayudante del alcalde —se presentó el joven—. Les he visto llegar, y al ver que no entraban he salido a recibirles. He tenido la sensación de que no sabían por dónde entrar.

La capitana Grumpy se mordió la lengua porque no tenía claro si había sido un chiste o el comentario había ido en serio. Recordó las órdenes del general Smith, nada de disparar a los civiles indiscriminadamente y menos si llevaban traje.

—Tanta amabilidad me apabulla —respondió finalmente.

—Si me sigue le llevaré hasta el alcalde —continuó el joven—, está deseando hablar con usted e intercambiar estrategias.

—Estrategias —repitió la militar con tono neutro mirando con preocupación a su teniente.

—Sí —dijo el joven mientras avanzaba y les indicaba que le siguieran—. El alcalde quiere comentarle el mejor modo de usar sus tropas y dónde estacionarlas, así como su plan de actuación.

—Plan de actuación —volvió a repetir la capitana mirando al teniente como preguntando que qué demonios hacían allí. El teniente siguió en silencio y no hizo ningún gesto delatador.

En el segundo piso dos armarios de traje negro y armados con subfusiles miraron a los militares que acababan de llegar como si no tuvieran que estar ahí y fueran una molestia. Los militares simplemente les ignoraron como si no estuvieran ahí. Una mujer de mediana edad abrió una puerta situada detrás de los guardaespaldas y se

acercó a los militares.

—El alcalde les recibirá ahora.

La capitana Grumpy se giró hacia su teniente y en voz baja le hizo un comentario para que sólo él lo pudiera escuchar.

—Menuda suerte hemos tenido.

El alcalde resultó ser una mujer menuda, de cierta edad, a la que las arrugas le habían invadido la cara casi completamente. Llevaba su pelo rubio corto hasta los hombros y vestía con un traje antiguo y formal. Estaba sentada detrás de una gran mesa, y a sus lados tenía otro par de guardaespaldas que estudiaron con detenimiento a las personas que acababan de atravesar la puerta.

La mujer indicó a la capitana Grumpy que se acercara y se sentara, cosa que la militar rechazó, porque prefería seguir de pie.

—Supongo que estará extrañada de que todo el mundo se refiera a mí como alcalde y no como alcaldesa. La verdad es que todas esas tonterías de hacer femeninos los títulos lo encuentro estúpido y una pérdida de tiempo. El título no me da el poder, pero bueno, supongo que usted lo sabrá, comandante.

—Capitana —le corrigió Grumpy.

—Disculpe —se excusó la mujer—, no soy buena con esto de las graduaciones militares, y fíjese, el claro ejemplo de lo que decía, ¿qué más da que sea capitán o capitana? Seguirá teniendo el rango, y seguro que las marcas. Ésas que lleva en su uniforme no entienden de sexo.

—Nunca me lo he planteado, señora —le aclaró la militar.

El alcalde hizo un gesto con la mano.

—Supongo que no les enseñan a pensar en esas cosas —dijo para dar por cerrado ese tema—. Bueno, vamos a hablar de lo que la ha traído aquí —señaló a un hombre que estaba de espaldas mirando a través de una ventana y que parecía ajeno a lo que estaba ocurriendo en aquella habitación—. Es el doctor Rodríguez, de la OMS, la organización mundial de la salud.

La militar se mordió la lengua para no hacer un chiste sobre la WHO (World Health Organization, el acrónimo inglés de la OMS) y miró con gesto serio al doctor que pareció darse por presentado y se acercó al grupo.

La capitana Grumpy miró al científico.

—¿Tenemos una epidemia entre manos?

El doctor negó con la cabeza.

—No... Bueno... sí... Bueno... no estamos seguros; una epidemia es algo que puedes tocar, estudiar, investigar; lo que sea que está provocando estos brotes de violencia, asesinatos, saqueos... Bueno, no hemos encontrado nada en común entre las víctimas y sus agresores, nada en su sangre, nada en sus estómagos, no hay nada en el aire, ni en el agua, ni en los alimentos... Ni rastro de drogas...

—¿Entonces? —preguntó la militar algo disgustada, porque parecía que le estaban haciendo perder el tiempo.

—Entonces... —el doctor hizo una pausa—, no lo sabemos. Tenemos conocimiento de más brotes como el que tenemos entre manos en otras ciudades y en otros países... Parece que se extiende.

—¿Y qué se supone que debemos hacer? —preguntó la capitana temiéndose la respuesta.

—La OMS no está segura de si es una epidemia o una casualidad —respondió el doctor—, y estamos trabajando ciudad a ciudad.

Ella suspiró.

—¿Deben mis hombres llevar las máscaras antigás y los trajes especiales, o no?

—Hasta donde sabemos no serviría de nada —respondió el doctor con cara seria y con la mirada algo perdida, como si tampoco quisiera estar ahí en ese momento.

La capitana Grumpy estiró su cuerpo para intentar relajarse.

—Bien, entonces, ¿qué hago aquí?

El alcalde intervino en ese momento.

—Está aquí para recibir mis órdenes. Ahora le indicaré cómo debe estacionar sus tropas para proteger el ayuntamiento y otros edificios gubernamentales sensibles.

La militar no ocultó su sorpresa.

—¿Que usted quiere darme órdenes y decirme dónde situar a mis tropas?

—Por supuesto —dijo la mujer al otro lado de la mesa como si fuera lo más natural—, nosotros conocemos la ciudad y sabemos las cosas que se deben proteger.

—Me parece que está en un error —le indicó Grumpy—. Los militares no seguimos órdenes de los civiles, del mismo modo que usted no recibe órdenes de los militares. Hay una separación de poderes. Existe un protocolo instaurado para que, poniendo un ejemplo, un alcalde de una ciudad no use a los militares para sus problemas personales, como controlar una huelga, o para usarlos como aparato policial. Yo recibo órdenes de mis superiores que reciben órdenes del Estado Mayor y éste a su vez recibe órdenes del ministro de Defensa, el cual recibe órdenes del Presidente. Como ve, los alcaldes no pueden darnos órdenes.

—Pero estamos en un estado de emergencia —replicó el alcalde—. Yo he pedido que vengan ustedes, por tanto es natural que estén bajo mi mando.

—Se equivoca, señora —dijo algo irritada la militar—. Hemos venido debido a su petición de ayuda, pero los militares no le debemos ciega obediencia. Somos independientes. Otra cosa es que nos coordinemos con las fuerzas de seguridad locales. Pero no espere que sigamos sus órdenes —acabó diciendo con tono frío.

El alcalde miró con cierta irritación a la militar.

—Me parece que no entiende cómo funcionan las cosas en el mundo real —le dijo mientras cogía el teléfono y marcaba un número—. Hola Frank, necesito que le

aclares a tu soldadito quién manda aquí. Parece que no entiende cómo funcionan las cosas en el mundo real —repitió la frase como si estuviera haciendo un chiste o marcando su territorio particular.

A continuación le pasó el teléfono a la capitana Grumpy, que miró con cara de disgusto al político.

La militar no tuvo casi tiempo de decir nada cuando una voz al otro lado del aparato le comenzó a gritar.

—Sí, general... Entiendo, general, pero el general Smith... Sí, señor, no está aquí, señor, y usted le supera en rango, general... Pero... Eso va contra las ordenanzas, general... No, señor, cristalino señor.

Cuando acabó, devolvió el teléfono al alcalde, que tenía una sonrisa vencedora en su rostro.

—Espero que le haya quedado claro quién manda y quién debe obedecer las órdenes en mi ciudad —dijo enfatizando esto último.

Mara desvió la mirada para otro lado durante unos segundos, mientras maldecía en silencio su mala suerte y el problema que sería pegarle un tiro ahí y ahora a esa odiosa mujer.

—Perfectamente, señora, ¿cuáles son sus órdenes?

El alcalde asintió, triunfante.

—¿Ve como no era tan difícil? Bien, lo más importante ahora es impedir que la gente acceda a la plaza, así que quiero que sitúe barreras alrededor, y vehículos, así como soldados bien armados tanto en el exterior como en el interior de este edificio.

—Me temo, señora, que los tanques no pasarán por esas calles —le señaló la capitana Grumpy asumiendo su nuevo rol.

El alcalde hizo un gesto con el brazo para quitarle importancia.

—Da igual, son muy feos y ruidosos, puede hacer con ellos lo que quiera; lo importante es que yo esté bien protegida y nada ni nadie pueda acceder a este edificio sin mi permiso.

—¿Algo más, señora? —preguntó la capitana, deseando salir inmediatamente de ese lugar.

—Sí, quiero que me informe cada hora de la situación —respondió la mujer.

—De acuerdo —asintió la capitana—. Haré que uno de mis subordinados le informe puntualmente.

—Creo que no me ha entendido —dijo el alcalde sonriendo—. Quiero que usted personalmente me informe cada hora en este despacho.

La militar torció el gesto.

—Eso haría que fuera menos eficiente, señora. Estoy segura de que cualquier miembro podrá hacerlo igual de bien, incluso mejor que yo. Entrenamos a gente para este tipo de situaciones.

—Es posible —respondió la mujer sin dejar de sonreír maliciosamente—, pero mis órdenes son claras, será usted quien lo haga.

—Sí, señora, como usted ordene —contestó la capitana mientras se le revolvía el estomago sólo de imaginar que iba a tener que ver a aquella persona cada hora.

—Bien, ya puede marcharse —dijo el alcalde—. La veré a la hora en punto para que me informe del desarrollo de su misión.

Durante el resto del día la capitana Grumpy ordenó a su teniente presentar los informes de situación mientras ella se excusaba por estar en las afueras de la ciudad coordinando la llegada de las tropas y el material militar, así como su despliegue, según los planes originales.

A primera hora de la mañana siguiente la militar volvía a escuchar la voz subida de tono del mismo general del día anterior recordándole que debía de ejercer de enlace con el gobierno local y debía mostrar sus mayores respetos por estas autoridades.

Poco después de un mal desayuno, la capitana Grumpy, acompañada de un ayudante, se presentó en el despacho del alcalde que al verla aparecer puso su habitual sonrisa triunfante. Durante los siguientes minutos el teniente que acompañaba a la militar informó de las medidas que estaban tomando para defender la plaza de cualquier posible ataque civil mientras ella explicó en un minuto el despliegue de tropas en el exterior y los planes de despliegue en los principales puntos neurálgicos de la ciudad.

El alcalde sonrió durante todo el tiempo que estuvieron los militares en el despacho, asintiendo complacida. Cuando la militar acabó su exposición salió rápidamente del despacho sin esperar los comentarios del político, dejando a su teniente para esos menesteres.

Entre informe e informe la militar dio las órdenes para que nadie dejara la ciudad sin su autorización y se levantaran controles en las principales vías de acceso a la ciudad. Su teniente mientras tanto se encargó de diseñar la defensa de la plaza.

Los primeros camiones con los soldados comenzaron a llegar a la plaza mientras las grúas ponían barreras de hormigón en los accesos de las calles y alrededor del ayuntamiento. Las ametralladoras fueron situadas dentro del edificio, en las ventanas con vistas a toda la plaza, mientras diversos jeeps se situaban delante de las puertas principales del edificio a modo de defensa y se alzaban los focos que mantendrían iluminada la plaza durante la noche.

El alcalde se asomaba de vez en cuando a las ventanas y al ver el movimiento asentía complacida. Los informes en su despacho se convirtieron en rutina y la militar simplemente estaba como adorno mientras su teniente informaba de la mayoría de los detalles. Parecía que simplemente bastaba su presencia para aplacar la ira del político.

La capitana Grumpy revisó desde la azotea del ayuntamiento las medidas

defensivas tomadas. En realidad no eran todas las que ella había querido tomar, pero el alcalde se había negado a usar cosas como el alambre de espino y largas alambradas diciendo que no quería que sus votantes sintieran que estaba distanciándose de ellos y olvidándoles. Y directamente no mencionó la opción de las minas pensando en los gritos que sería capaz de dar esa arpía.

Suspiró mientras el sol se ponía detrás de los edificios que rodeaban la plaza y veía cómo los primeros soldados salían de patrulla con las autoridades locales. Con suerte, en uno o dos días toda esta histeria habría acabado y podría volver al cuartel y considerar estos días como un mal sueño que olvidar con una copa.

Los soldados Van Pelt y O'Hara paseaban por las cada vez más vacías calles, prestando atención a todo lo que pasaba a su alrededor, aunque cada vez era menos. Lo cierto es que las primeras horas habían sido ajetreadas, sobre todo se había tratado de mantener el orden en comercios y tiendas de alimentos donde la gente se abalanzaba a por comestibles no perecederos. Parecía que se había corrido la voz de que las calles se estaban convirtiendo en un sitio peligroso y era mejor no pasear por ellas. Se hablaba de suspender las clases y cada vez menos gente aparecía por sus trabajos.

La presencia de los militares patrullando por las calles no ayudaba precisamente a que el ambiente fuera tranquilo. Eso sí, las peleas y los asaltos a las tiendas habían ascendido dramáticamente.

La llamada a la que acudían ahora correspondía a un edificio en el que la policía ya estaba presente, pero había pedido ayuda ante la tremenda violencia de la gente con la que se estaban enfrentando. Seguramente para cuando llegaran ya habría acabado todo.

El edificio era el típico que habían visto por el resto de la ciudad: unas seis plantas, con balcones llenos de macetas, ventanas cerradas y sin aparente actividad. Al llegar vieron un par de coches de policía que tenían las luces destellando y habían aparcado casi encima de la acera. Miraron a su alrededor pero no vieron a ningún policía, cosa rara ya que al menos tendría que haberles estado esperando uno para acompañarles dentro. Ésas eran las órdenes, intervenir siempre, si era posible, en compañía de las fuerzas de seguridad locales.

Van Pelt, un soldado alta para los estándares femeninos, miró a su compañero que también miraba alrededor buscando una respuesta:

—Pues empezamos bien...

Su compañero, O'Hara, que era casi de su misma altura aunque su musculatura era más prominente e intimidatoria, le devolvió la mirada mientras echaba mano de su radio:

—Zulú cuatro a alfa uno, estamos en el objetivo, ni rastro de los locales. Solicitamos órdenes.

Mientras los dos esperaban, estudiaron el entorno. Las calles estaban todavía más vacías que en otros sectores, los pisos que se podían ver desde la calle no parecían tener mucha actividad a su alrededor y guardaban una arquitectura idéntica al edificio al pie del cual estaban esperando. Si fuera de noche seguramente el ambiente sería más tétrico, pero apenas era mediodía, lo que hizo que una alarma se encendiera en la cabeza de Van Pelt.

—¿No te parece extraño este silencio?

O'Hara miró a su compañera y escuchó durante unos segundos los inexistentes ruidos de la calle.

—Yep, silencio, como en un cementerio, ¿qué hay de raro? Serán familias tranquilas o habrá buen aislamiento.

—Pero si la policía ha venido habrá sido por algo —señaló Van Pelt—. Además, es la hora de la comida, ¿no es extraño no escuchar nada? ¿Ni una radio? ¿Ni una televisión? ¿Ni un grito para que los niños se pongan a comer?

—Buen aislamiento —volvió a repetir O'Hara—, o gente muy educada. Por favor, no te pongas paranoica. A lo mejor están de vacaciones o han abandonado la ciudad y no hay nadie en la mayoría de los edificios.

La radio rompió el silencio.

—Procedan al interior del edificio y busquen a la policía. Informen cuando los encuentren. Entren con precaución y recuerden las reglas de compromiso.

—Vamos para adentro —dijo Van Pelt con cierto tono de resignación.

Lo primero que llamó la atención a los soldados al entrar en el edificio fue el olor a podrido que desprendía el mismo. Tuvieron que taparse la nariz y esperar unos segundos a habituarse al hedor.

—Mal comenzamos —dijo Van Pelt quitándose la mano del rostro.

Ambos avanzaron por el interior del pequeño hall hacia el fondo, donde estaban situados un par de ascensores y la escalera. Van Pelt miró a su compañero.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Tú desde arriba y yo desde abajo o ambos juntos?

O'Hara esbozó una sonrisa pícaro.

—Si estuvieras hablando de sexo lo tendría claro, pero supongo que no es el caso. La verdad es que creo que es mejor que no nos separemos.

Van Pelt asintió.

—Pues por las escaleras desde abajo, para que no se escape nadie —dijo mientras se dirigía hacia ellas.

Ascendieron lentamente hasta el primer piso, atentos a cualquier movimiento o ruido, pero no parecía haber nada ni nadie dispuesto a romper el silencio opresivo. Tan sólo se escuchaba el sonido de sus botas al andar. La luz se colaba por las ventanas que había en los descansillos de cada piso. Llegaron al primero sin detectar la presencia de nadie ni ver nada extraño. Comprobaron las cuatro puertas que había

en el piso pero se encontraban todas cerradas. A O'Hara le pareció escuchar ruidos de arañazos como los que hacían sus gatos en su apartamento cuando jugaban con un rascador que tenía para ellos. Supuso que era algún animal y decidió seguir adelante sin decir nada.

Subieron hasta el segundo piso y cuando se dirigían hacia una de las puertas escucharon que sus botas hacían un ruido como de haber pisado agua o algún líquido en el suelo. Miraron a sus pies y descubrieron asombrados que estaban pisando un charco de sangre. Ambos se miraron sin acabar de creerse lo que estaban viendo y siguieron aquel rastro rojizo. Parecía venir del piso superior, y la sangre caía por las escaleras como si se tratase de una pequeña cascada.

Sacaron sus pistolas. El problema con el que se habían encontrado los militares al actuar en la ciudad era que sus rifles de asalto eran demasiado largos para entornos cerrados como el interior de los edificios y sólo podían usarlos en las calles. Así que tenían que recurrir a las pistolas cuando entraban en el interior de cualquier estructura. De todas maneras, en las distancias cortas eran igual de mortales y efectivas.

Subieron lentamente la escalera hacia el tercer piso, tratando de anticiparse a cualquier problema que pudiera salirles al paso. A medida que subían podían escuchar unos ruidos inquietantes y extraños que no conseguían identificar y que les helaban la sangre. Les pareció que incluso alguno de esos sonidos eran gruñidos.

En el tercer piso se encontraron con varios policías tirados en el suelo, sangrando abundantemente, y varias personas a su alrededor, aunque no veían claramente qué estaban haciendo.

—Apártense de los cuerpos —gritó Van Pelt mientras subían los escalones—, pongan las manos sobre sus cabezas y no hagan movimientos bruscos.

Nadie pareció hacerle mucho caso. Cuando llegaron al descansillo del piso pudieron ver mejor la escena. Aquellos tipos no sólo estaban sobre los cadáveres de los policías, sino que además estaban comiéndoselos. Las personas que estaban devorando los cadáveres eran de diversas edades y sexo, incluso había un par de niños que devoraban los dedos de un par de los policías. Tenían cogidas sus manos y las estaban mordiendo con saña. Uno de los adultos había agarrado la cabeza de uno de los cuerpos entre sus manos y la había comenzado a golpear contra el suelo como si fuera un coco. Van Pelt volvió a gritar que se apartaran, pero no les hicieron caso.

O'Hara alzó su arma pero Van Pelt puso su mano encima del cañón de la misma.

—¿Se puede saber qué quieres hacer? Están enfermos, no podemos dispararles por las buenas.

—¿Y qué quieres que hagamos? —preguntó irritado O'Hara.

Van Pelt enfundó su arma de mano y giró su fusil para usar la culata. Dio un golpe a uno de los adultos que estaba sobre uno de los cadáveres y esperó su

reacción, la cual no se produjo. Ambos militares se miraron con extrañeza; Van Pelt estaba dubitativa.

—Avisa a la base de que tenemos cadáveres y que manden refuerzos.

—Zulu cuatro a alfa uno, los policías están muertos —informó O'Hara—, repito, los policías están muertos y los vecinos parecen estar en un estado de canibalismo avanzado. Están devorando sus cadáveres y no reaccionan a los avisos, parecen como drogados. Solicitamos refuerzos.

Cuando acabó de informar cogió su fusil de asalto y lanzó un culatazo contra el cráneo de uno de los vecinos que tenía en la boca los intestinos de uno de los policías. El civil profirió una especie de gruñido mientras levantaba la vista y observaba a los soldados.

Van Pelt retrocedió un paso al ver la mirada que les había lanzado.

—Creo que eso no ha sido una buena idea.

El resto de los vecinos parecieron notar entonces la presencia de los soldados y dejaron de devorar los cadáveres centrándose en ellos.

—Definitivamente no ha sido una buena idea —repitió Van Pelt—. Tranquilícense, estamos aquí para ayudar —dijo intentando mantener la calma en su voz—. La ayuda médica está en camino; vuelvan a sus casas y trataremos de arreglarlo todo. No pasa nada.

Los vecinos no parecían escuchar las palabras de la militar y comenzaron a ponerse en pie. O'Hara volvió a echar mano de su pistola.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras alzaba su arma apuntando a la gente que comenzaba a andar hacia ellos.

—Retrocedamos al segundo piso —dijo Van Pelt dándole un golpe en el hombro a la mujer para indicarle que comenzara a retroceder—. Esperemos a los refuerzos y con suerte se calmarán mientras tanto.

Ambos comenzaron a retroceder bajando las escaleras lentamente mientras los vecinos seguían avanzando hacia ellos como si no tuvieran intención de dejarles ir ahora que habían captado su atención.

O'Hara disparó al suelo que había delante de la muchedumbre tratando de asustarles y que detuvieran su avance. No funcionó. El ruido del disparo pareció tener otro efecto y comenzaron a escuchar ruidos desde el primer piso. Al principio eran pequeños golpes, pero a continuación escucharon el sonido inconfundible de madera rompiéndose y más gruñidos. Al asomarse al hueco de la escalera descubrieron que los vecinos del primer piso comenzaban a subir por las escaleras.

—Ahora sí que la has hecho buena —dijo Van Pelt intentando no mostrar en su tono de voz el miedo que comenzaba a recorrerle por el cuerpo.

Los del tercero también comenzaban a bajar por la escalera. O'Hara miró a Van Pelt.

—¿Y ahora qué? ¿Puedo considerar mi vida en peligro y comenzar a disparar?

Van Pelt miró alrededor sopesando las posibilidades.

—Entremos en uno de los pisos y hagámonos fuertes hasta que lleguen los refuerzos —dijo mientras señalaba una puerta que estaba alejada de las escaleras. O'Hara se acercó a la puerta y apoyó la oreja en ella. No parecía escucharse nada al otro lado. Dándose por satisfecho propinó una patada al pomo y la puerta se abrió violentamente.

Los dos militares entraron en la casa mientras cerraban la puerta detrás de ellos y buscaban algo con lo que bloquearla. Pero en el pasillo no había nada. Van Pelt señaló la habitación más alejada de la puerta.

—Probemos suerte ahí —dijo mientras avanzaba por la casa temiendo que en cualquier momento se le echara encima uno de aquellos vecinos locos.

Llegaron a lo que parecía ser el salón-comedor de la casa. Al fondo estaba el balcón que daba a la calle. Las puertas eran de madera y cristal pero en el salón había varios muebles lo suficientemente grandes como para usarlos de barricada. Se pusieron inmediata mente a ello, a tiempo de ver cómo los vecinos entraban en el piso y lo invadían como si fueran una plaga.

Al encontrarse con los muebles, los comenzaron a golpear con fuerza. Era cuestión de tiempo que éstos cedieran y les dejaran a la merced de los atacantes. Van Pelt salió al balcón. Estaban a más de diez metros de altura, por lo que la caída seguramente sería mortal. O'Hara estaba comprobando su fusil de asalto ya que la habitación era lo suficientemente amplia como para poder usarlo sin problemas. Entonces empezaron a escuchar golpes en las paredes que comenzaron a temblar.

—Joder —dijo O'Hara—, estamos atrapados como ratas.

Las ideas pasaban rápidamente por la cabeza de Van Pelt intentando buscar una salida a aquel problema. Las débiles paredes comenzaron a mostrar grietas y los muebles a moverse. Volvió a asomarse al balcón.

—De acuerdo, a ver, podemos usar el arnés del fusil de asalto para descender hasta el balcón del primer piso, y desde ahí o descender a la calle o probar por las escaleras.

O'Hara se asomó al balcón y torció el gesto.

—Quedarnos aquí y ser masacrados por unos vecinos locos de atar o jugar a la ruleta rusa con la gravedad y seguir tu plan peliculero... —suspiró—. De acuerdo, tú primero.

Van Pelt deshizo el arnés de su fusil de asalto parcialmente. Tenía pensado usarlo como ancla. Trató de afianzarlo del modo más seguro posible. Dio varios tirones y luego soltó el cinto por el otro lado del balcón. Las grietas de las paredes comenzaron a agrandarse más y ya se podían ver los brazos de los vecinos colarse por los muebles.

—Nos vemos abajo —dijo Van Pelt mientras se ponía los guantes y se aguantaba en el balcón con el arnés y los pies.

Se soltó y dio un primer salto al vacío. Con el segundo salto se quedó con los pies en el aire y tuvo que comenzar a descender lentamente. Fue entonces cuando comenzó a escuchar el ruido de disparos por encima de ella. Y fue en ese momento cuando o bien el arnés se soltó o bien se rompió del fusil de asalto, ¿cómo podía saberlo? En su caída intentó agarrarse a la cornisa del balcón del primer piso. Lo consiguió con el brazo izquierdo, pero la fuerza del golpe hizo que su brazo se desencajara del hombro y perdiera el asidero. Lo siguiente que supo es que le dolían todos los huesos, músculos y cualquier cosa que pudiera sentir. Había caído sobre el techo de uno de los coches patrulla y gracias a él había amortiguado un poco más la caída, pero se dio cuenta de que se había torcido el pie.

Trató de ponerse en pie, pero el dolor era demasiado fuerte, así que optó por arrastrarse y dejarse caer por la parte trasera del coche. Se quedó sentada detrás del vehículo, y fue entonces cuando notó que no escuchaba disparos. ¿Cuándo habían dejado de sonar? No lograba recordarlo, miró hacia arriba esperando ver aparecer a su compañero de armas, O'Hara, pero no lo hizo.

Luchaba contra la inconsciencia, ¿dónde estaban esos refuerzos? Fue en ese momento cuando vio a los vecinos salir del edificio en su dirección, sacó la pistola y disparó al aire, pero no hubo reacción. Volvió a disparar, esta vez al suelo que había delante de los vecinos, pero siguieron avanzando.

—A la mierda —pensó, y disparó a los primeros vecinos que se acercaban, y fue entonces cuando lo increíble sucedió. Vio las balas alcanzar a sus objetivos, pero fue como si no pasara nada, seguían avanzando. Volvió a disparar, volvió a acertar, y siguió sin pasar nada. ¿Qué locura era ésa? Veía los impactos en el pecho descubierto de uno de los vecinos, veía los agujeros, veía la sangre salir por los agujeros, pero no caía. Disparó entonces a las piernas. Varios vecinos cayeron, pero después siguieron avanzando, arrastrándose hacia ella. No sabía qué hacer. Pensó en los policías, ¿estarían ya muertos cuando se los empezaron a comer? ¿O no? La sola idea de seguir viva mientras... No podía ni pensarlo. Sacó el cargador. Apenas le quedaban un par de balas y no tendría tiempo de cambiarlo por otro, no con el brazo izquierdo como lo tenía. Suspiró, volvió a meter el cargador en la pistola y se llevó el cañón a su barbilla.

—No me comeréis viva, hijos de puta —fue lo último que dijo antes de apretar el gatillo.

La capitana Grumpy estaba estudiando los últimos informes. No eran nada halagüeños; la violencia en la calle había descendido, sobre todo a partir de la presencia del ejército patrullando por la ciudad. Pero los avisos de violencia doméstica habían aumentado y la presencia de la gente en general por las calles

estaba descendiendo. Se recibían informes de ausencia laboral injustificada que hacía que tres cuartas partes de los negocios de la ciudad estuvieran cerrados por falta de personal.

Todo era demasiado extraño. Se respiraba un ambiente tenso incluso entre las tropas y las comunicaciones eran cada vez peores. Los soldados, incluso con su férreo entrenamiento, seguían siendo humanos y estaban sujetos a los rumores y a las supersticiones, y visto el extraño comportamiento de las personas en la ciudad y las pocas explicaciones que se daban, comenzaba a dar la culpa incluso a los extraterrestres. Todo era un sinsentido. Pero al no haber información... Ni siquiera ella tenía todas las respuestas.

Y no saber qué estaba pasando era frustrante, aunque menos que tener que hablar con la mandamás de la ciudad, que se creía la emperadora o algo parecido. El rumor entre los soldados era que la definición de ego en el diccionario iba acompañada de una fotografía de esa mujer.

Ella había hecho todo lo posible para mantener esos rumores en marcha. Era una manera como otra cualquiera de relajarse y luchar contra la tentación de volarle los sesos a ese ser infame que la gente había puesto al cargo de sus vidas.

Un nuevo día comenzaba y la militar veía el sol salir desde la azotea del ayuntamiento. Entre los edificios se colaban los primeros rayos de sol. Junto a ella había un grupo de soldados observando el espectáculo. La azotea era uno de los lugares en los que había tenido que posicionar soldados por orden de la alcaldesa; lo cierto es que era un poco ridículo, ya que toda la plaza estaba cerrada a cal y canto y sólo se necesitaban un par de minutos para situar soldados en caso de haber algún problema. ¿Pero quién quería escuchar sus consejos? Al fin y al cabo sólo era su vida y su trabajo. Los soldados, acostumbrados a la cercanía y familiaridad con la capitana, estaban gastándose bromas y comentando la falta de resultados deportivos.

Esos días apenas había noticias. Y ahora que lo pensaba, no había tenido que lidiar con periodistas en toda su estancia en la ciudad. Al pensarlo le resultó extraño. ¿El ejército tomando las calles y ni un periodista preguntando los motivos o yendo detrás de ella buscando respuestas? Se giró hacia el grupo de soldados.

—¿Cuándo fue la última vez que habéis leído un periódico? —preguntó con tono serio.

Los soldados se miraron entre sí, extrañados por la pregunta, pero más extrañados ante la respuesta que les venía a la cabeza. Uno de los veteranos se rascó la cabeza después de quitarse el casco.

—Ahora que lo menciona, no he visto ningún periódico nuevo desde que salimos del cuartel... Claro que hemos estado muy ocupados siguiendo las órdenes de la vieja cacatúa pero...

Otro soldado, uno de los más jóvenes, intervino con la cara un poco enrojecida.

—Tampoco hemos visto nuevas revistas, de ningún tipo, ni las tradicionales que alegran la vista a los soldados ni de las de cotilleos.

Normalmente los soldados se habrían echado a reír y habrían soltado alguna broma a costa del pobre soldado, pero no eran circunstancias normales las que estaban viviendo.

—¿Cámaras de televisión? ¿Radio? —siguió preguntando su superior.

Los soldados pensaron durante unos segundos y todos negaron con la cabeza. La capitana Grumpy no podía creérselo. ¿Tanto poder tenía la vieja loca como para acallar todos los medios de comunicación? Parecía imposible. Y sin embargo, una pieza más encajaba en el puzle de su cabeza.

Se despidió de los soldados, recordándoles que no se relajaran y que no estaban ahí de vacaciones. Ellos se cuadraron y le saludaron marcialmente, pero no porque tuvieran que hacerlo, sino como señal de respeto.

Mientras bajaba las escaleras no podía quitarse de la cabeza que parecía estar en medio de una conspiración de silencio. No tenía sentido, pero sin embargo ahí estaban las pruebas.

Salió del edificio y entró en una de las tiendas que se habían montado alrededor del ayuntamiento, en las que se coordinaba los movimientos e intervenciones de las tropas. Era la destinada a los periodistas que seguían los conflictos bélicos. Estaba vacía a excepción del enlace militar con la prensa. La capitana pestañeó un par de veces asombrada y casi no se fijó en la soldado cuadrándose al entrar ella en la tienda. La capitana indicó a la soldado que descansase.

—¿No tendría que haber por aquí al menos un par de periodistas? —preguntó a la mujer, que se encontraba detrás de una mesa trabajando en un ordenador.

La soldado se volvió a poner de pie para hablar con su superior.

—No hay ni rastro de los mismos, señora. No sé si es normal. Ésta es mi primera misión de combate, señora.

La capitana Grumpy suspiró.

—Normal no parece, teniendo en cuenta lo que está pasando. ¿Hay alguna noticia interesante en Arpanet?

La soldado miró su ordenador confusa durante un instante, luego se sentó y comenzó a teclear.

—La mayoría de sitios están *offline* señora, y perdón por el chiste malo. La mayor parte de la información son rumores que están divulgándose a través de páginas no oficiales y documentos que se cuelgan, pero cada pocas horas desaparecen.

La capitana Grumpy se acercó al ordenador.

—¿A qué se refiere con que desaparecen?

—Bueno —dijo la soldado algo cohibida—, no puedo conectar con ellas.

—¿Están caídas? —preguntó la militar.

—No necesariamente —respondió la soldado—. Puede que sea un problema de nuestra parte, que nos hayan cortado el acceso a las mismas.

—Es decir, que están ahí, pero no podemos acceder a ellas porque no nos dejan —dijo la capitana para aclararse. La soldado asintió—. Pero nosotros usamos nuestros propios servidores militares.

La soldado no tenía muy claro qué responder, ya que la respuesta podría ser peligrosa y tendenciosa.

—No sabría qué decirle, capitana. Esto es más una pregunta para los técnicos informáticos.

Grumpy asintió.

—Muy bien, cuando se decidan a apuntarse al ejército les preguntaremos. ¿Qué noticias hay entonces? O mejor dicho, rumores censurados...

—Bueno, todo es muy confuso —dijo la soldado a la defensiva, no queriendo meterse en un lío—. La mayor parte de las noticias, o rumores —dijo corrigiéndose—, hablan de brotes violentos, comportamientos extraños, delirios, que se van expandiendo rápidamente a nivel mundial. No parece ser algo local...

La soldado no sabía si continuar o no.

—¿Qué más? —preguntó la capitana algo impaciente.

—Bueno... Es una tontería, pero se habla de alucinaciones en masa, testigos en estado de shock, supervivientes que dicen... Bueno, que dicen que los muertos caminan sobre la tierra de nuevo, que es el fin del mundo.

La militar no pudo evitar mirar extrañada a la soldado, que no sabía dónde esconderse.

—Así que los muertos regresan de sus tumbas, que están a dos metros bajo tierra... Sí, parece más bien un caso de alucinación en masa. Pero por ahora aquí no hemos tenido de eso.

—De acuerdo —dijo la militar no queriendo incomodar más a la soldado—, si por casualidad averigua algo más manténgame informada.

Salió de la tienda y se dirigió al camión de comunicaciones, el punto neurálgico de la operación. Desde ahí se recibían y se enviaban todas las comunicaciones que mantenían unida a las unidades militares desplegadas por la ciudad y con el mando militar. Al entrar, los soldados volvieron a ponerse en pie en posición de firmes. La capitana Grumpy indicó con un gesto que continuaran con su trabajo y se dirigió a hablar con el teniente al mando de la unidad de comunicaciones.

—Teniente, ¿hay algún problema con Arpanet?

El oficial miró extrañado a su superior ante aquella pregunta.

—No, que yo sepa.

—Al parecer estamos teniendo problemas para conectar con diversas páginas —le informó la militar.

El teniente, sentado frente a su ordenador, comenzó a teclear comandos. Pasado unos minutos lanzó una fugaz mirada a su superior, pero enseguida devolvió la vista a la pantalla y continuó con su rápido teclear sobre la consola.

La capitana Grumpy paseó la mirada por el resto de las instalaciones. Había varios soldados delante de pantallas que iban recibiendo y enviando datos y que iban escribiendo informes sobre el desarrollo de la misión. El teniente carraspeó durante un segundo para volver a llamar la atención de su superior.

—No sabría qué decirle. Acabo de comprobar que efectivamente estamos siendo... Cómo decirlo... Nuestras peticiones están siendo rechazadas. Es algo muy extraño, y desde luego no es el protocolo. No hemos sido informados de ninguna prohibición o restricción en las comunicaciones, pero tampoco sería extraño. Quiero decir... Si no quieren que sepamos algo, sería normal que no nos permitieran el acceso a esa información sin informarnos, pero no entiendo el motivo para impedirnos el acceso a páginas web civiles universitarias...

—¿Una conspiración? —sugirió la militar a modo de broma. El teniente se puso tenso ante la inocente pregunta—. Era una broma.

—Sí señora, una broma, pero bueno... —rebuscó en una pila de papeles que tenía sobre la mesa—. Ahora que ha mencionado el tema me han venido a la cabeza una serie de extraños informes sobre problemas con las comunicaciones que estamos teniendo a modo local —dijo mientras sacaba una carpeta y se la entregaba a su superior—. Al parecer nuestros soldados están mandando comunicaciones que no estamos recibiendo, y están recibiendo comunicaciones que no estamos enviando.

La capitana cogió la carpeta y revisó por encima el informe.

—¿Cómo dice? Nuestras comunicaciones son seguras, ¿cómo puede ser que estemos...? Espere un segundo, ¿ha dicho que están interceptando nuestras comunicaciones?

—Bueno... —dijo el teniente algo inseguro—, es sólo una teoría. No hemos podido corroborarla... Como sabe, estamos teniendo muchos incidentes últimamente y las comunicaciones que creemos erróneas no hay posibilidad de comprobarlas ya que suelen acabar con las patrullas desaparecidas o muertas.

La capitana Grumpy puso gesto serio.

—Quiero un informe para primera hora de la tarde, tanto de los posibles incidentes como de la manera de evitar posibles intrusiones ajenas.

El teniente asintió y siguió con la mirada a su superior mientras ésta salía de la tienda de comunicaciones. Suspiró cuando ya estuvo fuera.

—En mala hora se me ocurrió abrir la boca.

Los distintos informes se acumulaban en la mesa de la tienda de la capitana Grumpy. La mayoría eran simple rutina: los informes de misiones, los de bajas actualizados, suministros, peticiones diversas, burocracia... Era a lo que se dedicaba

la mayor parte del tiempo, a leer y firmar.

Se sentó en su silla mientras elegía una carpeta al azar. Se trataba de los informes de acción urbana del último día. En ellos se solicitaba una vez más la introducción de subfusiles de asalto especiales para combate urbano, y una vez más simplemente puso denegado. Ella era la primera que había solicitado dicho equipamiento nada más saber su destino y su misión, pero el alto mando consideraba que era más imprescindible que la gente viera soldados con armas grandes que no verlos con armas pequeñas y poco impresionantes. Cuando había tratado de explicarles que ese armamento no servía en combate se había encontrado con miradas de extrañeza. ¿Combate? ¿Quién había hablado de combate? Sólo debían apoyar a las fuerzas de seguridad locales, no entrar en combate; no era necesario el cambio de equipo, y ahí estaban sus soldados y ella, con un equipamiento para una misión que había degenerado hacia lo que sus superiores decían que no iba a pasar. Por supuesto, sus superiores no estaban ahí para comprobar las consecuencias de sus decisiones.

Las bajas se habían incrementado en los últimos días casi exponencialmente. No podía creerse lo que estaba leyendo en los informes, por lo que comenzó a revisar los más antiguos. Los números eran claros, algo estaba pasando que había incrementado la agresividad de la gente y la mortalidad de los soldados. Se habían incluso visto forzados a disparar contra civiles. Pero lo que más le extrañaba, eran los informes adjuntos de los supervivientes. Parecía comenzar a existir una especie de locura colectiva. Hablaban de gente a la que no le hacían nada los impactos de las balas, actos de canibalismo y ataques salvajes cuerpo a cuerpo... Realmente no sabía si le parecía más una locura o algo espeluznante.

Un alférez entró en la tienda para entregarle más informes. La capitana los cogió y los puso encima de la mesa con el resto. Miró la hora y decidió tomarse un descanso antes de seguir leyendo todo lo que le acababa de llegar.

Cuando acabó de comer volvió a su tienda y cogió la última carpeta que le habían dejado. El informe de comunicaciones era poco claro, todo eran especulaciones, pero leyendo entre líneas se podía entender que había demasiados fallos en las comunicaciones para ser casuales. Cogió una serie de informes para llevarse con ella y se dirigió a la tienda de comunicaciones.

La cara del teniente al verla entrar no era precisamente de alegría.

—Capitana Grumpy, ¿qué puedo hacer por usted?

La militar sonrió.

—Su informe es un tanto flojo, vago, poco conciso. Me preocupa que no quiera entrar en el fondo de la cuestión.

—Señora... —el teniente dudó—, permiso para hablar libremente.

Su superior asintió. El teniente se acercó y habló casi en un susurro.

—He estado revisando los informes, los diarios de comunicaciones, y sólo hay

una explicación posible: es un trabajo desde dentro, estamos siendo sabotados por los nuestros —hizo una pausa—, y como comprenderá no puedo poner eso por escrito, las consecuencias serían...

La capitana Grumpy asintió.

—Póngame con el sector nueve —dijo mientras revisaba uno de los informes que había cogido. Al cabo de unos minutos el teniente le pasó un teléfono de campaña.

—El responsable del sector nueve, señora.

—Soy la capitana Grumpy —dijo ésta tras coger el teléfono—. El informe de bajas ha aumentado dramáticamente. No tiene sentido, los informes anteriores indicaban que las calles estaban tranquilas y que no había apenas disturbios. Sin embargo, estamos teniendo más bajas ahora que al principio de la misión.

Hizo una pausa y siguió.

—Los informes de los supervivientes y heridos mencionan el fenómeno de que las balas no parecen tener efecto en la gente, además de actos de canibalismo y... ¿Muertos resucitando? —preguntó leyendo del informe que tenía en la mano—. ¿Qué es esto de muertos caminando de nuevo? ¿Una broma?

La voz al otro lado de la comunicación parecía tensa.

—No, señora —respondió—. Algunos de los soldados juran que es así, gente que debería estar muerta se vuelve a alzar.

La capitana volvió a coger el informe.

—¿Qué dicen los psicólogos de estas observaciones?

—Según ellos los testimonios son reales, los soldados creen en ellos, la mayoría se encuentran en estado de shock, decían que las balas no les hacían nada, que debían destrozarnos para conseguir que parasen. Si fuese uno o dos soldados no lo habría mencionado, señora, pero los testimonios provienen de distintas unidades del sector.

Entonces, de repente sólo escuchó estática por el teléfono. Un soldado levantó la vista de su pantalla.

—Teniente, hemos perdido las comunicaciones con los sectores siete y nueve.

La capitana Grumpy miró al soldado, y luego al teniente.

—¿Cómo que hemos perdido las comunicaciones?

—No podemos entrar en contacto con las unidades de esos sectores —se explicó el soldado.

La militar asintió con la cabeza.

—¿Es un problema técnico?

—No, señora —continuó el soldado. Estábamos haciendo pruebas como nos ordenó para intentar que nadie manipulara nuestras comunicaciones y simplemente acaban de dejar de funcionar.

—¿Otro tipo de comunicaciones? —preguntó la capitana.

—Los teléfonos móviles han dejado de tener cobertura —informó el soldado—.

No hay manera de comunicarnos con esos sectores.

La capitana Grumpy asintió.

—Demasiada casualidad que sea justamente cuando estábamos hablando de muertos vivientes.

En el centro de comunicaciones se había generado un pequeño caos debido a la caída de comunicaciones. Por más que lo intentaran no había manera de conectar con ciertos sectores y la capitana Grumpy temía que eso sólo fuera el principio.

—¿Qué hay de las líneas terrestres?

Uno de los ingenieros pestañeó rápidamente.

—Son independientes, se tendrían que cortar individualmente por zonas, pero no tenemos conexión con los sectores mediante dichas líneas.

—Simplemente llame a todos los teléfonos públicos de esos sectores y espere a que alguien responda —señaló la militar—, e informe al resto de sectores de que en caso de pasar lo mismo consigan un par de líneas terrestres y nos informen de sus números.

Se dirigió hacia la salida de la tienda, pero antes se giró hacia los soldados de comunicaciones.

—E informe a las tropas de que mantengan los ojos abiertos. Puede que esto sea el preludio de algo peor.

Nada más salir, se dirigió hacia el ayuntamiento. Sin perder tiempo entró en el despacho del alcalde, que levantó la cabeza al verla entrar y se mostró sorprendida. La capitana Grumpy la ignoró y se dirigió hacia donde estaba el doctor Rodríguez, delante de una sección de ventanales del despacho, desde la que observaba lo que sucedía a su alrededor. El doctor vio dirigirse hacia él a la militar y mostró su sorpresa, y más cuando ésta le cogió de los hombros.

—Se ha acabado mi paciencia, quiero saber quién es usted y qué está pasando en esta ciudad —dijo gravemente la militar.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —preguntó aún sorprendida el alcalde que se había puesto en pie—. Deje a ese hombre inmediatamente.

El científico no había dicho nada todavía, por lo que la capitana Grumpy le golpeó en el abdomen. El doctor se retorció del dolor.

—Éste ha sido para demostrarle que no tengo tiempo para bromas, el próximo aviso será con la pistola. Quiero saber quién es usted en realidad, para quién trabaja, y qué están haciendo en la ciudad.

El alcalde seguía gritando a la militar.

—¡Quiero que deje a ese hombre inmediatamente! No sé dónde se ha pensado que está, pero no puede actuar como si fuera un vaquero o entrar aquí por la fuerza y amenazar a mis ayudantes.

La militar se giró durante unos segundos hacia la mujer que le estaba gritando.

—Cállese de una vez, viaja cacatúa. Ahora no tengo tiempo para sus tonterías, esto es algo serio... Claro, que posiblemente usted ya lo sepa...

El alcalde se quedó en silencio y desvió la mirada sin saber qué decir o qué hacer. La militar hizo el gesto de coger su pistola.

—El tiempo corre, doctor...

La mirada de la militar delataba que no parecía estar mintiendo, así que el científico levantó ambas manos en señal de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo, se lo contaré todo.

La capitana no le soltó, podía ser una treta para ganar tiempo.

—Comience a hablar, primero, ¿quién está detrás de los problemas de comunicación de mis tropas?

—Nosotros —dijo el doctor asustado—. Bueno, sus superiores... Bueno, no todos... sólo unos pocos, pero los suficientes para ayudarnos.

—¿Por qué? —preguntó la militar sin desviar la mirada ni soltar al doctor en ningún momento.

—Habíamos descubierto que por algún motivo desconocido los muertos resucitaban —continuó el doctor—. No sabíamos por qué ni cómo; pero llegamos a la conclusión de que era algo muy peligroso, y también una oportunidad única.

—¿Una oportunidad única? —preguntó incrédula.

—Por supuesto —respondió exaltado el doctor—. ¿Se imagina lo que podríamos conseguir si desentrañamos el secreto de lo que devuelve la vida a la gente? ¿La vida eterna? ¿La cura a todas las enfermedades? Sería el descubrimiento de la nueva rueda de la humanidad.

—¿Y qué tiene que ver eso con la ciudad? —preguntó la capitana.

—Obviamente el resurgir de los muertos es un tema serio y peligrosos —continuó explicándose el doctor—, por lo que necesitábamos números de control, experimentar con la propagación del virus antes de que se extendiera sin control. Debíamos obtener toda la información posible.

El doctor hizo una pausa.

—Por eso elegimos un par de ciudades que aislamos y dejamos que la naturaleza siguiera su curso. Necesitábamos saber cuál era el comportamiento del contagio, cómo se extendía, cuánto tiempo de incubación necesitaba...

—Conejillos de indias —dijo incrédula la militar—. Han convertido a los ciudadanos de esta ciudad en conejillos de indias. ¿Cómo han podido?

—¿Qué son unas cuantas decenas de miles de personas comparadas con miles de millones? —preguntó algo ofendido el doctor—. Es el sacrificio de unos pocos por un bien mayor. Los datos que estábamos obteniendo eran de un valor incalculable hasta que intervino usted.

—¿Hasta que intervine yo? —la incredulidad de la capitana Grumpy iba

creciendo sin parar.

—Nosotros no le pedimos ayuda al ejército —le explicó el doctor—, pero por lo visto alguien lo hizo y pasó por encima de los canales habituales. Cuando nos enteramos era tarde, así que decidimos hacer que sus tareas fueran más difíciles. Dificultarle en lo posible su labor. Pero ha demostrado ser demasiado eficiente y lo ha echado todo a perder.

—Así que ahora es culpa mía —señaló la militar—. Están ustedes locos, jugar con las vidas de la gente de esta manera... Tendría que matarles aquí y ahora.

—Hay algo que no entiendo —dijo el doctor ignorando el último comentario de Grumpy—. ¿Cómo sabía que era un impostor? Quiero decir, sí, soy científico pero...

—¿Pero cómo sé que está en el ajo? —acabó la frase la militar—. Nunca he conocido a ningún doctor de la Organización Mundial de la Salud que se quede encerrado en un despacho sin ver a sus pacientes ni intervenir en las investigaciones... Su comportamiento era sospechoso, así que pedí sus antecedentes, y no había ningún doctor Rodríguez en la OMS ni tenían conocimiento de ninguna pandemia en esta ciudad, ni por supuesto, habían mandado a nadie a investigarla.

El doctor asintió.

—El problema de las prisas. No pudimos preparar adecuadamente mi coartada. Pero si le sirve de algo, sí, soy médico. Tengo título y todo, y he salvado a gente.

—Y a pesar de eso aquí está, viendo morir gente, ayudando a ello —señaló la militar irritada.

El médico permaneció unos segundos en silencio, estudiando a la militar.

—Supongo que le resulta complicado aceptar el concepto de no poder salvar a todo el mundo. Es una suerte que el mundo no esté poblado por más gente como usted.

—O podríamos arruinar sus malvados planes —respondió la capitana ante el comentario—, pero nos hemos desviado del tema. ¿Cómo se acaba con esos condenados zombis?

—Eso es sencillo —respondió el médico—, un disparo a la cabeza. Sí, lo sé, parece tradicional, casi anti climático, pero es así de sencillo. Bueno, es sencillo para ustedes los militares. Se destroza su cerebro y dejan de funcionar. Bien pensado, por mucha leyenda que exista, estoy seguro de que también funcionaría con los hombres lobo y los vampiros si existieran. Debo decir que sería fascinante probar mi teoría...

—Está divagando doctor —señaló la militar—, pero si están usando esta ciudad como campo de pruebas seguro que tienen algún modo de acabar con ellos en masa.

—Bueno, los experimentos con llamas y altas temperaturas han sido un éxito —respondió el científico—, aunque sinceramente no se lo recomiendo. Esos bichos no son humanos, así que no reaccionan como ellos cuando les quemas, no se retuercen de dolor, no se quedan parados en estado de shock. No, siguen avanzando y las

llamas tienden a saltar a otros objetos y... Bueno, tiene un incendio y zombis en llamas, un descontrol. Si tuviéramos un arma de microondas seguramente funcionaría, licuaríamos su cerebro. Mmm... Bebo mencionárselo a los chicos del laboratorio...

La capitana se quedó unos segundos en silencio, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando, el discurso de lo que parecía un verdadero freak de laboratorio. Sin duda, era la persona ideal para el puesto que le habían concedido.

—¿Cómo puedo acabar con ellos en masa? —volvió a repetir.

—Oh... Se refiere a armas químicas o algo por el estilo... —dijo pensativo el doctor—. Como el gas nervioso, el mostaza o alguno de esos logros tan significativos... Me temo que no tenemos ningún método de asesinato de zombis en masa que esté en su mano.

—Pero han dicho que esta ciudad era un experimento —insistió la capitana—. Obviamente no iban a dejar que esta plaga se propagase... ¿Verdad?

—Por supuesto que no —respondió el doctor—, aunque si le digo la verdad, no importa. Esta plaga, como usted la ha llamado, ya está arraigada. No hay nada que hacer. Aunque destruyamos a todos los zombis de esta ciudad, en unos meses otros como ellos habrán invadido el resto del planeta.

—¿Entonces de qué sirve su experimento? —preguntó la capitana Grumpy perdiendo la paciencia y alzando la voz.

—Una tabla de tiempo —respondió el científico—. Necesitábamos saber cuánto tardarían en reproducirse, en tomar la ciudad, sus comportamientos y costumbres. Era vital esta información. Verá, nuestro objetivo no es salvar a la raza humana... Bueno, sí, pero no a todos esos miles de millones de personas que no valen nada. Queremos salvar a los que merezcan la pena. Gente que sabemos que ayudará a que la raza humana alcance su siguiente nivel de evolución. Mire esto como un suceso de nivel de extinción como pasó con los dinosaurios, sólo que controlado. Mírelo como una oportunidad. Sólo sobrevivirán los más aptos. Y nosotros nos encargaremos de seleccionar a esos supervivientes. Además, necesitaremos montar puestos de vigilancia en las grandes ciudades, para saber cuándo podremos volver a ellas y asegurar objetivos de vital importancia, como centrales nucleares o eléctricas, fábricas... No queremos dejar que el mundo se acabe de verdad. Para eso ha servido este experimento.

—¿Y todo eso de salvar a miles de millones de personas? —insistió la capitana.

—Bueno... Tal vez exagerara un poco, y adornara las cifras. Ésta es una oportunidad única de volver a empezar, ¿no lo ve? Tenemos el planeta superpoblado, nuestros recursos naturales se agotan rápidamente, ya no da más de sí... Algo como esto nos da la oportunidad de abandonar un poco de equipaje, de volver a unas cifras aceptables para que el planeta aguante durante un par de siglos más. Aprender de

nuestros errores y no volver a repetirlos. Así que, a la larga, sí, salvará miles de millones de vidas... Me gusta cómo suena. Creo que lo usaré para mi próximo informe y para la presentación del proyecto...

—Está usted loco —dijo algo aturdida la militar—. Estamos hablando de vidas humanas. No pueden elegir quién vive y quién muere a dedo.

—Pero sí podemos —sonrió el doctor maliciosamente—. Por favor, no sea tan inocente. Hay gente muy poderosa detrás de todo este proyecto. ¿En serio cree que no nos saldremos con la nuestra? Usted lo ha dicho: hemos estado jugando con sus comunicaciones. ¿Cómo podríamos haberlo conseguido si no tuviéramos el poder para hacerlo?

La capitana no sabía qué responder, estaba algo aturdida ante lo que había descubierto. No podía creérselo. ¿Una conspiración mundial? ¿Qué demonios hacía ella ahí en medio? ¿Cómo podía parar algo así de grande?

—Es una lástima que su perfil psicológico no fuera el adecuado —continuó hablando el doctor—. Cuando supimos que había sido asignada a la defensa de la ciudad la estudiamos, e intentamos averiguar si aceptaría la oferta de unirse a nosotros, pero nuestros psicólogos opinaron que no daba el perfil. Supongo que les gustará saber que no se equivocaron. Es una lástima, de verdad, tiene potencial... Supongo que sería perder el tiempo hacerle esa oferta ahora, ¿verdad?

La militar se quedó mirando fijamente al doctor. Su cerebro intentaba procesar las palabras que acababa de escuchar.

—No quiero sobre mi conciencia la muerte de miles de personas, o de millones. No podría vivir con ello.

—Si le sirve de consuelo, no lo hará —dijo sonriendo el doctor—. Le recomiendo que guarde una bala siempre... Supongo que no querrá convertirse en uno de esos zombis y tener sobre su conciencia la muerte de nadie.

El doctor no pudo evitar echarse a reír ante su comentario. Aunque la mirada de la militar parecía no estar de acuerdo sobre la gracia del comentario.

—Tal vez tendría que traer un equipo de televisión y hacerles confesar delante de las cámaras todo lo que sabe, avisar a la población. ¿Cómo afectaría eso a sus planes de dominación mundial? —amenazó la militar.

La risa del doctor aumentó. Tras unos minutos intensos de risas trató de parar sin mucho éxito. Le costó otro par de minutos recuperar la compostura, quitándose unas lágrimas que le caían de los ojos.

—Ay... Realmente es usted tan divertida como ilusa. Es una pena que no podamos contar con usted. ¿En serio no se ha dado cuenta de que no ha habido noticias desde que usted llegó a esta ciudad? Nada de radio, ni televisión, ni periódicos... Ningún tipo de información.

—Pero ha sido por la plaga —señaló la militar.

—Claro, claro —dijo el doctor complaciente—. La plaga ha hecho que los telediaros dejaran de emitirse antes de saberse algo. Que los periódicos no informaran localmente del aumento de la violencia ni de las muertes extrañas. Que las emisoras de radio, todas, estén en silencio desde hace tiempo, que su Arpanet deje de dar servicio a ciertas páginas repentinamente...

—No estará sugiriendo... —dijo la capitana Grumpy, tan incrédula ante la idea que era incapaz de terminar la frase.

—Me temo que no sugiero —respondió el médico—, señalo un hecho. ¿Cree que nos habríamos arriesgado a llevar a cabo un experimento de este tipo sin tener el control de los medios? Sería una locura. Ya debería de saber que casi todos los medios están controlados por apenas unas cuantas fortunas familiares, que obviamente están interesadas en formar parte del juego y perpetuarse. Qué remedio. Así que me temo que por mucho que quiera sacar a la luz esta conspiración... No podrá. Nadie la escuchará. Nos encargaremos de eso. Todo el mundo creerá que está usted loca, algún síndrome de esos que tienen los militares tan habitualmente... Eso si tiene suerte de sobrevivir... Me temo que tendrá que ver cómo tenemos éxito en nuestro proyecto.

—Si le meto una bala en la cabeza no verá ese futuro tan brillante que pinta —dijo amenazadoramente la capitana Grumpy.

—Pero no lo hará. Es usted todo honor y culpabilidad, tiene una conciencia demasiado grande —sonrió maliciosamente el médico—, y creo que tampoco nos abandonará a nuestra suerte, ¿verdad? Supongo que hará todo lo que pueda para sacarnos de la ciudad, sanos y salvos, y poder destapar ante el mundo lo que estamos planeando.

La militar gruñó entre dientes, sabiendo que aquel desgraciado tenía razón. Hacía tiempo que ella misma era consciente de que ése era en el fondo uno de sus puntos débiles, ni ella misma sabía de dónde había sacado tanta moralina estúpida.

—Están bajo arresto. Luego me ocuparé de ustedes. Si alguno sale de este edificio sin mi permiso, tengan por seguro que lo siguiente que harán será recibir una bala en la cabeza.

El doctor asintió mientras seguía sonriendo.

—Aquí estaremos, esperándola impacientes.

La capitana Grumpy salió aceleradamente del despacho. La tentación de cometer una locura era demasiado grande. ¿Pero acaso no era también una locura lo que acababan de explicarle? Zombis, control de los medios, asesinatos en masa, experimentos con la población... Sin embargo, por desgracia, estaba en la naturaleza humana ser así de mezquinos e hipócritas. Mientras caminaba se seguía preguntando cuánto de lo que le había dicho el doctor era cierto y cuánto inventado. ¿En serio se arriesgaría el doctor a contarle todos sus planes así sin más? ¿O tendría otro as

guardado en la manga?

Cuando salió del edificio se tapó la vista con la mano, haciéndose visera ante el sol que brillaba en lo alto del cielo, impávido, observando la locura humana. Indicó a varios soldados que se acercaran.

—Nadie entra ni sale de este edificio sin mi autorización. ¿Está claro? Tienen permiso para disparar si se resisten a seguir las órdenes —los soldados asintieron, era una orden un poco extraña, pero todo en aquella misión lo era.

La militar debía tomar una decisión, o varias en realidad... Indicó a un alférez que se acercara.

—Búsqueme al jefe de zapadores y dígame que se reúna conmigo en la tienda de comunicaciones.

El alférez asintió para después dirigirse ella misma hacia la tienda. Nada más entrar indicó al teniente al cargo que preparara los equipos para conectar con todos los sectores a la vez.

—¿Hemos conseguido contactar con los sectores aislados? —preguntó la militar mientras daba las órdenes. El teniente asintió.

Al cabo de unos minutos, el encargado de la unidad de zapadores se presentaba en la tienda tal y como le habían ordenado. La capitana Grumpy le indicó que la siguiera fuera de la tienda.

—Quiero que convierta los edificios que hay a nuestro alrededor en escombros, y que formen una barrera natural.

El zapador no ocultó su sorpresa.

—¿Disculpe? ¿Quiere que derribe edificios civiles y gubernamentales en medio de la ciudad?

La capitana Grumpy asintió.

—Sí, y lo necesito enseguida. Estoy pensando que los escombros formarán una especie de cadena montañosa pequeña, como una muralla, que hará más difícil acceder a este lugar.

El zapador, que no salía de su asombro, se rascó la cabeza mientras pasaba su mirada de su superior a los edificios y de nuevo a su superior.

—No sabría decirle. Cada demolición es un mundo en sí. No podría asegurarle esos resultados. Y además me está pidiendo que lo haga de forma urgente... Derribar un edificio no es una tontería, no es como se ve en las películas, es un trabajo que lleva días, semanas. Hay que hacer estudios de toda clase. Pero no sólo me está pidiendo urgencia sino que lo haga en medio de la ciudad con el peligro para los civiles y nuestro personal que eso implica. Una carga mal colocada podría hacer que uno de los edificios se desviara y cayera sobre otros edificios o sobre la plaza. No creo que se pueda hacer como usted quiere.

La capitana Grumpy torció el gesto.

—Me parece que no lo entiende. No es una sugerencia. Es una orden. Quiero esos edificios derribados y que formen una barrera natural alrededor nuestra.

El zapador suspiró.

—Y yo quiero la paz en el mundo —dijo por lo bajo, para luego, con un tono de voz más normal, responder—. Me parece que usted no me entiende, me niego a cumplir esa orden porque sería perjudicial para mi equipo, para usted y el resto de la compañía, para los civiles... Las explosiones son algo muy peligroso. Repito que no es como en las películas que se colocan un par de cargas a lo loco y se hacen estallar. Se necesita estudiar el edificio, su estructura, el terreno circundante, el terreno sobre el que se encuentra, los materiales de construcción, tuberías del gas, agua, electricidad... Hay demasiadas variables a tener en cuenta. La militar parecía estar perdiendo la paciencia.

—Pues haga todo eso lo más deprisa que pueda, recurra a tanto personal como necesite. Pero quiero esos edificios derribados o una alternativa válida.

—¿Y puedo preguntar cuál es el motivo de tanta urgencia? —preguntó el zapador.

—Sí —respondió secamente la capitana Grumpy.

Ambos se quedaron mirándose fijamente sin decir nada durante unos segundos. Fue el zapador quien rompió el silencio.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo para tanta urgencia?

—Acompáñeme —respondió la militar señalando la tienda de comunicaciones—. Bueno, ¿qué necesita para que se cumplan mis órdenes lo más rápido posible?

—Mucho personal —respondió el zapador mientras se encaminaban hacia la tienda—, asegurarnos de que el edificio está vacío, que no contiene materiales peligrosos, rezar para que los aislamientos no sean contaminantes, y quitar todos los cristales de las ventanas. Y asegurarnos que está cortado el agua, la electricidad y el gas en toda la zona. Eso como mínimo.

La capitana asintió.

—Lo de los cristales no será un problema, crearemos un cordón de seguridad alrededor de los edificios y los romperemos uno por uno o a disparo limpio si es necesario. Contactaré con los responsables civiles para el gas, del resto se ocupará el capellán con sus rezos.

Ambos entraron en la tienda donde el teniente les estaba esperando.

—Las comunicaciones están preparadas, capitana. Todos los sectores están esperando.

—De acuerdo —respondió la militar mientras se sentaba delante de un micrófono. Tomó aliento y comenzó a hablar—. A todos los sectores, les habla la capitana Grumpy, al cargo de esta operación. Seguramente todos habrán oído rumores o experimentado de primera mano lo que les voy a revelar, pero quisiera hacerlo oficial. El enemigo con el que nos enfrentamos no son civiles drogados, ni enfermos,

ni paranoicos, sino muertos vivientes.

La gente de la tienda se quedó mirando con asombro a su superior, al igual que el zapador que le había acompañado. La militar siguió hablando.

—Sé que para algunos sonará a locura, pero me temo que nos hemos metido en medio de una batalla en la que no nos quieren, aunque eso no evitará que intervengamos. A partir de ahora está autorizado disparar a matar contra todo aquel que no se identifique y no dé señales de inteligencia pero sí de vida.

La capitana Grumpy continuó con su discurso.

—No se lleven a engaño. Sé que será difícil de asimilar el matar a civiles desarmados, pero quiero que tengan en cuenta, tanto ustedes como sus subordinados a través suya, que esos civiles ya no lo son. Estamos hablando de muertos vivientes, gente muerta, por lo que ha perdido su condición de civiles, errores de la naturaleza a los que les harán un favor acabando con ellos. Por si alguno no está al día de las leyendas, les comunico que el único modo efectivo de acabar con el enemigo es de un disparo a la cabeza y destrozando su cerebro. Quiero que dejen claro a sus subordinados que eso no implica disparar indiscriminadamente, pero que tampoco implica esperar a que estén encima para tomar una decisión.

Hizo una pausa para que sus palabras fueran calando en sus subordinados, tanto a su alrededor, como al otro lado del hilo.

—Sé que ninguno de ustedes firmó para trabajar en esta película de terror, pero quiero que recuerden que hay civiles cuya única defensa somos nosotros. Por tanto ordeno la evacuación de la ciudad. Quiero que vayan por las calles y comiencen a evacuar a la gente y les protejan del enemigo. Recuerden que no estamos hablando de enfrentarnos a mujeres, niños o ancianos, sino a monstruos que no dudarán en acabar con ustedes si les ponen las manos encima. Según los informes, su inteligencia es limitada, por lo que no son capaces de hablar, ni comunicarse, ni entre ellos ni con nosotros. Además no parecen tener recuerdo de usar utensilios de ningún tipo por lo que será poco probable verles con un cuchillo o un arma encima usándola.

Hizo otra pausa.

—Lo prioritario ahora es proteger a los vivos, no cazar a esos zombis. No les provoquen si no es necesario, no se enfrenten a ellos ni llamen su atención. Hay que evacuar a los vivos. La excusa será un escape de gas o una nube tóxica que se aproxima a la ciudad. No den más datos, sean vagos, y no, repito, no informen a los civiles de que el peligro del que les estamos alejando son zombis. No queremos que corra la histeria entre ellos y comiencen a matarse.

»Los civiles serán evacuados a poblaciones adyacentes —siguió hablando la capitana sin saber si eso último serviría de algo—. Si tienen alguna duda pónganse en contacto con el centro de mando. Tengan además en cuenta que, al parecer, nuestras comunicaciones militares pueden estar comprometidas, por lo que las órdenes que no

vengan directamente de mí tendrán que ser consultadas con este centro de mando. Nada más, si tienen alguna duda ahora es el momento de expresarla. Si no es así, procedan a ejecutar mis órdenes.

La capitana Grumpy esperó unos segundos. No escuchó a nadie hablar al otro lado de la línea. Se giró buscando al zapador.

—¿Entiende ahora la urgencia? ¿Tendré mis demoliciones?

El zapador asintió seriamente y salió de la tienda sin creerse todavía lo que acababa de escuchar.

Ella se sentó pensativa en una silla, apartada de los soldados que estaban coordinando la evacuación. Todavía no se creía lo que acababa de decir. Y casi no entendía cómo sus hombres la habían creído. Sabía que algunos mandos habían sufrido en sus carnes a este nuevo enemigo, por lo que ellos no necesitaban muchas explicaciones. ¿Y el resto? Buenos soldados, o simplemente seguían órdenes y, al fin y al cabo, evacuar a la gente no parecía demasiado peligroso y no tenían por qué dudar de la orden. Sí de los motivos pero prefería eso a la alternativa, que la tomaran por una loca, siempre que salvaran al mayor número de gente.

Desde donde estaba sentada podía escuchar los murmullos del personal de dentro de la tienda. La mayoría se centraban sobre el tema de la existencia de los zombis y acababan señalando que los informes que habían estado escuchando diariamente en sus puestos cada vez eran más extraños.

Respiró hondo, se tomó unos segundos para tranquilizarse y descansar, poner sus ideas en orden y continuar con su tarea.

Se acercó a uno de los operadores de radio.

—Comunique al mando central que necesitaremos apoyo y transporte aéreo para tropas, civiles y prisioneros.

Cogió un vaso y lo llenó de agua mientras veía al operador cumplir sus órdenes. Enseguida notó que algo iba mal; el operador parecía estar molesto con lo que le estaban diciendo. La militar se acercó para ver qué pasaba. El hombre se giró con cierta cara de asombro para informar a su superior.

—El mando informa de que el permiso para transporte aéreo está denegado porque la zona ha sido declarada de exclusión aérea.

—¿Desde cuándo? —preguntó ella, que tampoco salía de su asombro.

—No han querido indicarlo —dijo el operador, casi pidiendo perdón con la mirada.

La capitana Grumpy estuvo a punto de ponerse a tirar cosas pero la llegada de otro soldado la interrumpió.

—Señora, hemos detectado una comunicación procedente del ayuntamiento al exterior.

—Creía que habíamos cortado todas las comunicaciones con el exterior desde el

edificio —dijo la militar. Los problemas se le acumulaban.

—Era una comunicación codificada, posiblemente desde un teléfono vía satélite —le informó el soldado—. Imposible de interceptar, y tampoco sabemos qué contenía.

—Por el amor de Dios... —dijo la capitana mientras salía de la tienda hacia el ayuntamiento. Señaló a varios policías militares que se encontraban patrullando para que la acompañaran—. Esto se acaba aquí y ahora.

Abrió las puertas del despacho de par en par y entró aceleradamente, explorando con la mirada la habitación. No parecía quedar nadie. Miró hacia la mesa del alcalde, y ahí estaba el buen doctor. Sentado tranquilamente, con los pies sobre la mesa, reclinado como si estuviera descansando después de un largo día de trabajo.

—¿Dónde está la alcaldesa del demonio y su séquito? —preguntó la militar dando sendos golpes con las palmas de sus manos en la mesa.

El doctor miró con cierta lentitud alrededor de la habitación.

—Definitivamente no están aquí —respondió esbozando una sonrisa—. Habrá ido a ocultarse a su madriguera.

La militar sacó su arma de mano y apuntó con ella al doctor.

—Se acabaron los juegos. ¡Basta!

El doctor quitó los pies de encima de la mesa y puso en alto los brazos, en señal de rendimiento.

—Qué poco sentido del humor. ¿Qué quiere saber?

—La llamada que se ha realizado —señaló la capitana—. ¿Cuál era su motivo?

—Es una buena pregunta —le señaló el doctor—, así que supongo que le responderé con toda sinceridad...

El alcalde tenía sus ojos puestos en el doctor, su mirada fría parecía decirlo todo, pero aún así decidió dejar claro su malestar.

—¿No cree que se ha pasado contándole todos nuestros planes?

El doctor sonrió y se acercó a la mesa.

—Por favor, tenga fe en mí, usted tiene que convencer a masas, mi especialidad son los individuos. Y le aseguro que esa pobre mujer en estos momentos se estará devanando la cabeza pensando en cuánto de lo que le he contado es verdad, y cuánto es mentira. Seguramente con las masas no funcione, pero le aseguro que cara a cara con otra persona decir la verdad es la mejor mentira. La naturaleza humana es así, no quiere comprender que alguien pueda decir la verdad libremente sin que nadie le fuerce, y aún forzando la verdad, siempre tendrá la duda de si todo es cierto o se trata de un embuste más.

—Juegos psicológicos —dijo a modo de desdén la mujer sentada detrás de la mesa—. Espero que no los emplee conmigo. Le aseguro que yo no seré tan blanda como esa militar.

—¿Por qué iba a tener la necesidad de hacerlo? —preguntó el doctor con cierto tono cómico—. Somos aliados, estamos en el mismo bote, ya sabe, camaradas.

—Porque está en su naturaleza —respondió el alcalde, con tono disgustado.

—Le dijo la araña al escorpión —sonrió el doctor—. Mire, ¿qué más da? Da igual lo que le diga a esa mujer. Está muerta y todavía no lo sabe. ¿A quién se lo va a contar? Controlamos las comunicaciones, está encerrada en esta ciudad. Y aunque la evacue, que supongo que es lo que hará, ¿quién la iba a creer? ¿Qué pruebas aportaría? ¿Muertos que se levantan de sus tumbas? Cuentos para niños. Además, quien le tuviera que hacer caso están en esto con nosotros. Tenemos gente en todos los estamentos. Políticos, judiciales, militares... ¿Vio la cara que puso cuando le dijimos que la prensa libre no lo era tanto? Fue como decirle a un niño que no existía Santa Claus o uno de esos personajes de leyenda. En el fondo me daba lástima.

—Debería tener cuidado con ella —le avisó la mujer—. La masa es predecible, el ser humano no. Debería saberlo.

—¿Ahora tiene lástima de ella? —se burló el doctor.

—Tengo una conciencia —respondió a la defensiva el político—. Otra cosa es que me deje guiar siempre por ella. Creo en lo que estamos haciendo. En la necesidad de estas medidas drásticas para un bien superior.

—Bueno, dejémonos de cháchara —dijo el doctor abriendo un cajón—. Es hora de acabar con esta tontería y con el experimento.

Cogió un teléfono de dentro y desplegó la antena, luego marcó una serie de números. El teléfono vía satélite cobró vida. El doctor comenzó a hablar.

—Necesito el protocolo Infierno adelantado a ya.

Luego hubo una pausa.

—Por supuesto que estoy seguro, la misión está comprometida, es urgente que acabemos con el experimento lo antes posible. ¿Cuánto tardarán en tener listo el material para arrasar la ciudad?

El doctor sonrió ante la respuesta. Luego colgó y se giró hacia su compañera de fechorías.

—Hecho. En ocho horas esta ciudad comenzará a arder hasta sus cimientos.

—La alcaldesa se mostró muy enfadada cuando le conté lo que sabía —continuaba contando el doctor su particular relato— y me amenazó con matarme. Después estuvimos discutiendo sobre lo siguiente que hacer. Pero no parecía escucharme, parece que le ha tocado la moral, capitana.

La capitana Grumpy escuchaba con atención el relato del doctor, ¿cuánto era verdad? ¿Cuánto era mentira? No había manera de saber si el puñetero doctor se lo estaba inventando todo.

—Así que cogió un teléfono vía satélite que tenía en uno de los cajones y ordenó acabar con el experimento —seguía diciendo el doctor.

—¿Cómo? —preguntó la militar recordando que la vez anterior no había tenido una respuesta a su pregunta.

—Va a arrasarse la ciudad —respondió entre apenado y atemorizado el doctor— llamó a sus contactos y les indicó que era imperativo. Parecía histérica, creo que usted le ha hecho perder la paciencia.

—Pero, ¿cómo lo hará? —insistió la capitana Grumpy.

—Bueno, no lo sé exactamente —dijo vagamente el doctor—. Creo que tiene algo que ver con plasma termita, o fósforo blanco. Es usted la militar, yo no tengo mucha idea de esas cosas. Pero creo que la idea es cargarlo con misiles y lanzarlo sobre la ciudad para que las llamas lo devoren todo.

Los ojos de la militar se abrieron como platos.

—¿Termita? ¿Fósforo blanco?

—Bueno, supongo —respondió el doctor—. Si para usted quiere decir algo...

—Explosivos que arden a tales temperaturas que hacen que pueda derretirse el metal —dijo la militar sombría—. El willie peter hace arder lo que toca: tela, combustible, munición... Mientras que la termita... Bueno, el agua no puede con ella, de hecho si la toca provoca una explosión que hace que se expanda más todavía. Ya se usaban en la Segunda Guerra Mundial para incendiar ciudades, pero lo que está diciendo...

—Haría desaparecer la ciudad y todo lo que esté en ella —acabó la frase el doctor—. Tengo que reconocer que es un buen método de control de población zombi.

—¿Y dónde se ha metido el alcalde? —preguntó la militar mirando a su alrededor—. Seguramente la pueda convencer para que revoque la orden.

—Está escondida en su bunker —respondió el doctor casi con una sonrisa. Antes de que nadie pudiera preguntarle él siguió hablando—. Sí, supongo que se estará preguntando qué hace un bunker en la alcaldía. Bueno, resulta que cuando la Segunda Guerra Mundial la ciudad sufrió bombardeos y el edificio original fue destruido, se usaron los cimientos para crear un refugio anti-aéreo. Luego vino la Guerra Fría y se aprovechó el refugio para construir un bunker y encima de él el nuevo ayuntamiento. Con los años se ha ido modernizando y ahora es algo así como una habitación del pánico. Aislada de todo, con su propia energía, sus reservas de aire, agua y comida... Bueno, ya se lo puede imaginar. Así que me temo que no podrá obligarla a nada que no sea morir de aburrimiento.

—¿Cuándo llevarán a cabo el ataque? —preguntó rápidamente la capitana Grumpy mirando su reloj.

—Parece que tenían ciertos problemas para prepararlo todo —respondió vagamente el doctor—. Creo que dijeron que necesitaban cierto tiempo para preparar el avión, su carga y los permisos de vuelo para encubrir la acción. Entre doce y veinticuatro horas si no escuché mal.

Durante las siguientes horas la capitana Grumpy se dedicó a ir y venir de su tienda a la tienda de comunicaciones, pensando que con su presencia la evacuación sería más rápida. Pero no era así. Se había acelerado. Pero las cifras no encajaban. ¿Qué debía hacer? ¿Salvar a sus soldados a costa de la muerte de civiles inocentes? ¿Sacrificarlos?

La ira que sentía por la posición en la que la habían colocado aumentaba cada hora. Y no conseguía tener una respuesta preparada. ¿Quién era ella para decidir quién vivía o quién moría? ¿Quién era más importante? ¿Un soldado o un civil? Por un lado, si al final había una guerra contra los zombis todos los soldados serían necesarios. Pero, ¿y si entre los civiles que abandonaba, se encontraba aquel que podría descubrir un método para matar a los zombis?

Miró su reloj. Quedaban unas tres horas y media para el límite que ella había marcado basado en su conversación con el doctor. Entró una vez más en la tienda. Los soldados, ya acostumbrados a sus idas y venidas, no le hicieron caso y continuaron con su trabajo, tratando de coordinar el desplazamiento de miles de personas.

Cuando se acercó al teniente para solicitarle el último informe de la situación, se empezaron a escuchar disparos cercanos. Todos levantaron las cabezas al escuchar los tiros. La capitana Grumpy esperó una respuesta mientras miraba al teniente.

—Que alguien informe —ordenó éste. Uno de los operadores apretó un botón y se empezó a escuchar por los altavoces la conversación con una de las unidades.

—Hay zombis en el edificio, repito, hay zombis en el edificio, nos están atacando.

—¿Dónde está la unidad? —preguntó la capitana, acercándose al operador de radio.

—En uno de los edificios que debían ser demolidos —respondió rápidamente el soldado.

—Que evacuen el edificio —ordenó la capitana—. Manden una unidad adicional para cubrirles la retirada. Y prepare también unidades para el resto de edificios.

—Están atacando a uno de los zapadores —se continuó escuchando por los altavoces—. Dios mío, tiene uno de los detonadores en la mano.

Unos segundos después se escuchó una explosión y una fuerte ráfaga de viento hizo temblar la tienda. La capitana se dirigió a la salida dando órdenes.

—Que el resto de unidades abandonen los edificios, ordenen la evacuación. Nos marchamos. Que alguien vaya a buscar al doctor.

Salió de la tienda y dirigió su mirada al origen de la explosión. Una nube de polvo impedía ver el estado del edificio y comenzaba a acercarse a su posición.

El doctor había observado con atención al policía militar que le habían puesto de escolta durante las siguientes horas. Al principio había tratado de entablar conversación con él, pero el militar le había ordenado callarse y dejar de molestarle.

Militares. Tercos y estúpidos como ellos solos. Menos mal que no todos eran como aquéllos con los que le había tocado lidiar. Claro que si lo pensaba, era natural. Cuanto más ambicioso, menos conciencia tenías. Era ley de vida. Sólo los fuertes sobrevivían o escalaban en la pirámide social.

Se paseó varias veces por el despacho de la alcaldesa mirando de vez en cuando por los ventanales. Observó a los militares, que se movían como hormigas bajo las órdenes de la reina. El militar que le custodiaba, le seguía con la mirada continuamente.

Sonrió para dentro. Debía dejar que al militar le invadiera una falsa sensación de seguridad, que no tenía nada que temer del pobre doctor, que se confiara. Esperar su ocasión.

Miró su reloj. Se acercaba la hora que le habían dado para que se cumpliera el plazo y comenzara a llover fuego sobre la ciudad. Un fuego que purgaría parte de los pecados del grupo para el que trabajaba. Estudió su reflejo tratando de buscar una señal de arrepentimiento o duda. No la encontró.

Creía en su causa. No sólo en el dinero que obtendría en el futuro y la buena vida que le esperaba. Sabía que podrían controlar el alzamiento zombi. Sólo se requería tiempo, paciencia y material, y todo eso se lo habían prometido. Él y su equipo llevaban tiempo estudiando a los zombis: sus métodos de reproducción y de exterminio, el comportamiento y la interacción entre los miembros de su misma especie... Sólo había que encontrar el componente químico adecuado para neutralizar lo que fuera que les daba vida a los muertos.

Una fuerte explosión le sacó de sus pensamientos. Un edificio se estaba derrumbando casi enfrente de ellos. ¿Todavía tenía esperanzas de parar a los zombis? Aunque tenía que reconocer que la idea de usar los escombros de los edificios como barrera contra los mismos era interesante. Mientras observaba la nube de polvo cubrir casi toda la plaza sintió que algo no iba bien... veía soldados correr hacia el edificio derrumbado arma en mano... y no sólo hacia ese edificio, también hacia el resto. ¿Podría ser? Volvió a sonreír. Parecía que los zombis habían estropeado los planes de la capitana después de todo. Esas criaturas tenían un instinto de naturaleza increíble. ¿Era posible que hubieran intuido el peligro? ¿O sería una más de tantas casualidades? Vio al soldado que estaba recibiendo órdenes. Parecía que había llegado la hora.

—Debe acompañarme, doctor —dijo mientras ponía una de las manos en la cadera, a la altura de la empuñadura de su arma de mano.

—¿Le importa si voy al baño antes? Parece que me espera un largo viaje antes de que vuelva a poder... aliviarme.

El soldado asintió con gesto disgustado. El doctor se dirigió al baño. Había llegado la hora de despedirse de la capitana Grumpy para siempre. Cogió una toalla y

la plegó cuidadosamente. Luego se acercó al cristal que había sobre el lavabo y la apoyó contra él. Golpeó fuertemente con el codo sobre la toalla y vio cómo el cristal se rompía sin hacer ruido ni caerse. Con cuidado retiró el paño y estudió los trozos de cristal. Cogió uno que le pareció adecuado. Lo envolvió parcialmente usando la toalla a modo de empuñadura y se acercó a la puerta.

A continuación golpeó el marco del espejo haciendo que los cristales cayeran al suelo y provocando un gran ruido.

En unos segundos el soldado entraba corriendo en el baño y se encontraba con un trozo de vidrio clavado en su estómago, cortesía del doctor que le había pillado por sorpresa. Éste, sin perder tiempo, sacó rápidamente el cristal y, mientras el soldado se echaba las manos al estómago, le rebanó el cuello de lado a lado. En unos segundos el soldado se encontraba muerto en el suelo rodeado de un charco de sangre. El doctor contempló la imagen.

—Piensa positivamente, te he librado de una muerte lenta y dolorosa.

Salió rápidamente del despacho y se acercó a uno de los jarrones que había en la antesala. Dentro se encontraba el teléfono vía satélite que había escondido antes. Sabía que los militares lo buscarían en la habitación, y apostó a que no pensarían en hacerlo fuera del despacho. Afortunadamente para él, acertó.

Mientras bajaba unas escaleras laterales activó el teléfono.

—¿Cuál es el estatus del protocolo Infierno?

Una voz al otro lado del aparato le respondió.

—Se ha retrasado debido al tiempo. Está nublado por la zona y no podemos ver con exactitud el objetivo.

—No estamos hablando de un ataque quirúrgico —se quejó el doctor amargamente—, calculen mediante el GPS y lancen tres o cuatro bombas. Da igual que se equivoquen por un par de kilómetros de más.

—Pasaré la orden.

—De acuerdo —respondió el doctor dándose por satisfecho—. Necesitaré extracción en el punto de encuentro Omega.

—Le estaremos esperando.

El doctor apagó el teléfono y recordó mentalmente su ruta de escape. Bajó hasta los sótanos del ayuntamiento y pasó frente a la puerta del bunker de la alcaldesa. Sonrió. Lo que la arpía ignoraba era que seguramente ella no sobreviviría, y si lo hacía no podría salir nunca de su refugio. Al contrario que los refugios nucleares militares, el de la alcaldesa no estaba preparado para lo que se iba a lanzar sobre la ciudad.

Pensó en lo irónico de la situación. Ahí estaba la alcaldesa que había vendido a toda su ciudad sin pestañear, creyéndose a salvo. Obviamente, él podría haber dicho algo... pero de alguna manera no quería que sobreviviera. No se lo merecía. No había

sacrificado nada para conseguirlo... además, no era justo que alguien como ella, sin ningún valor moral, sobreviviese, y que alguien que podría haber sido tan útil como la capitana Grumpy tuviese que morir. Sabía que su pensamiento era retórica pura, dado que él tampoco era un santo. Sí, había sacrificado cosas por la causa, había arriesgado su vida, que tenía un valor muy superior al de la alcaldesa.

Atravesó un par de puertas más y se encontró delante de su objetivo: una puerta de metal que le llevaba al sistema de alcantarillado desde el que podría salir de la ciudad sin problemas y sin encontrarse con zombis. Al fin y al cabo, ¿qué se les había perdido a ellos en las cloacas?

La capitana Grumpy tuvo que volver a entrar en la tienda rápidamente para evitar verse cegada por la nube de polvo. Durante los siguientes minutos las paredes de la tienda temblaron ante el acoso del polvo, que parecía querer ocupar el espacio interior.

El teniente encargado de las comunicaciones se acercó a ella.

—En cuanto la nube de polvo se asiente, los soldados empezarán las tareas de desescombro, aunque según el jefe de ingenieros no se prevé encontrar a nadie con vida.

La militar asintió.

—Que evacuen el resto de edificios. Nos vamos de este maldito lugar.

El teniente no le confesó que ya había dado la orden. Él tampoco se sentía del todo bien, la mayor parte de gente que conocía de la unidad se encontraba en la tienda pero... no quería pensar en lo que pasaría de perder a alguien bajo su mando.

Finalmente las paredes de la tienda dejaron de temblar. Uno de los soldados sacó la cabeza tentativamente para comprobar cómo estaba fuera.

—La nube de polvo casi ha desaparecido —anunció.

La capitana Grumpy se apresuró a salir de la tienda y se acercó al edificio que se había derrumbado. Ya había un grupo numeroso de soldados sobre los escombros, retirándolos poco a poco con la esperanza de escuchar alguna petición de auxilio.

Pasaron los minutos sin que se oyese ningún grito de ayuda. La capitana Grumpy los dio por perdidos, pero no ordenó a sus hombres que abandonaran la tarea, no hasta que tuvieran que irse de ese maldito lugar.

Un policía militar se acercó corriendo a la oficial.

—El doctor ha desaparecido. Hemos encontrado el cadáver del soldado que le vigilaba. Le ha cortado el cuello.

El disgusto de la capitana era evidente con tan sólo mirarla. Indicó al soldado que podía retirarse mientras en su cabeza bullía una culpa inmensa por no haber sucumbido a la tentación y haberle metido una bala entre ceja y ceja al maldito científico. Y ahora tenía otro muerto sobre sus espaldas por su exceso de escrúpulos.

Comenzaron a escucharse disparos en las calles aledañas. La capitana Grumpy

contactó por radio con el centro de comunicaciones.

—¿Qué está pasando?

—Al parecer la explosión ha llamado la atención de los zombis de la zona y están saliendo de los edificios cercanos. Se aproximan hacia aquí.

Se acababa el tiempo.

Miró a los soldados que habían cesado las tareas de desescombro. La capitana Grumpy los miró con tristeza.

—Dejadlo. Nos retiramos. Cojan las armas. Regresaremos más adelante a por nuestros compañeros caídos.

Sabía que si lo que el doctor había dicho era cierto lo que acababa de decir era una mentira. Pero no quería más muertes inútiles sobre su conciencia.

—Que las unidades preparen un corredor de salida a través del sector 2. Deprisa.

Miró al cielo buscando una señal de que todo iba a acabar bien. Las nubes se habían retirado y el sol la cegó durante unos instantes. Tan buen tiempo arriba y tanta muerte abajo.

El ruido de los disparos se iba acercando a la plaza del ayuntamiento. Las comunicaciones con las unidades que estaban combatiendo a los zombis se iban cortando demasiado rápidamente. La capitana Grumpy había ordenado la retirada de las tropas del sector hacia la plaza del ayuntamiento.

La unidad de comunicaciones ya había partido y los camiones con los soldados comenzaban a marcharse por una de las calles. La capitana Grumpy estaba de pie casi en medio de la plaza mientras veía al resto de unidades del sector aparecer de entre los edificios corriendo y mirando hacia atrás continuamente. Había juntado varios grupos de soldados para cubrir la retirada de los demás. La mayoría iban equipados con armamento pesado y se habían movido las ametralladoras pesadas a posiciones más cercanas para poder cubrir mejor la retirada.

Los primeros zombis comenzaron a aparecer por la cima de los escombros del edificio derrumbado. No duraron mucho.

A la capitana Grumpy se le ocurrió al verlos que hasta aquel momento no había tenido contacto con el enemigo. No los había visto hasta que habían aparecido encima de los escombros. No pudo tener una primera impresión de los mismos dada la rapidez de los soldados en acabar con ellos.

Durante la siguiente hora los zombis fueron apareciendo en grupos pequeños de tres o cuatro. El problema era que cada vez que acababan con un grupo enseguida aparecía otro. Y luego otro. Y otro. A medida que disparaban y los zombis caían, otros aparecían de detrás de los escombros para seguir avanzando.

Debido al número de enemigos y la frecuencia con la que iban apareciendo, la militar pudo estudiarlos mejor. Eran lentos, torpes, y se lanzaban frontalmente contra ellos. No eran un peligro real... si trataban con uno o dos y no se tenía en cuenta que

anteriormente habían sido mujeres, niños, ancianos... pero estaban tratando con un número creciente de los mismos. Y los disparos tenían que ser certeros, y por mucho entrenamiento que tuviera un soldado, disparar a gente desarmada provocaba un momento de duda que podía ser aprovechado por los zombis para acabar con su enemigo. Y eso por no hablar del cansancio, los nervios y el estrés de la situación; mientras que los soldados comenzaban a sentir los efectos de la fatiga y a errar disparos con mayor frecuencia, aquellos seres parecían carentes de sentimientos, no parecían caer desmoralizados y seguían llegando inasequibles al desaliento, avanzando poco a poco sin importarles las bajas.

De las calles laterales comenzaron a aparecer los últimos soldados. O eso se deducía de los gritos de los mismos. Las unidades de la plaza iban disparando con cuidado de no herir a sus compañeros en retirada, pero siempre con esa duda del que dispara porque no tiene más remedio y cuenta con ese segundo para racionalizar sus acciones.

Durante la siguiente hora el número de zombis fue aumentando, así como su frecuencia. Y comenzaban a aparecer también por las calles laterales y la situación parecía tornarse en un nuevo Little Big Horn. La capitana Grumpy veía irse a los camiones con los soldados que observaban cómo cada vez quedaban menos compañeros para cubrirles la retirada. Leía en sus ojos una mirada de alivio al saber que no serían ellos los que se quedarán.

La capitana Grumpy ordenó a varios soldados que cambiaran sus posiciones y usaran las ametralladoras de los jeeps que quedaban en la plaza para evacuar al último grupo. Nada más llegar comenzaron a disparar sin apuntar, tratando de formar una barrera de balas que los zombis no pudieran atravesar: saturar la zona de manera que el calibre de las armas sustituyera a la puntería.

El espectáculo que se formó a partir del momento en el que comenzaron a disparar era dantesco y algunos soldados no pudieron evitar vomitar al ver cómo los cuerpos humanos de los no-muertos eran desmembrados inmisericordemente y la plaza se llenaba de miembros amputados, cadáveres destrozados y otros que se arrastraban por los suelos a pesar de la falta de piernas, brazos o parte del torso.

La propia capitana Grumpy tuvo que cerrar unos segundos los ojos para calmarse mentalmente. Aquello no era una batalla, era una carnicería en toda regla. Y lo peor era que no tenía aspecto de terminar. Parecía que los zombis habían acordado ir todos a la plaza a por ellos.

Las últimas ráfagas hicieron que por un momento no quedara ningún zombi en pie en la plaza y pudieran tomarse un breve respiro. Seguían habiendo algunos no-muertos que se arrastraban miserablemente por el suelo o que al menos lo intentaban, en busca de los vivos que quedaban en la plaza sin mucho éxito; los soldados veían el patético espectáculo pero no se atrevían a disparar y acabar con el ¿sufrimiento? de

esas criaturas.

Fue en ese momento de tranquilidad que a la capitana Grumpy le vino a la cabeza una terrorífica teoría. ¿Y si el doctor no estuviera en la ciudad para acabar con los zombis? ¿Y si fuera todo lo contrario? ¿Y si la misión del doctor y su organización era formar un ejército de zombis? Eran lo más parecido a carne de cañón que nadie podía encontrar sobre la faz de la tierra. Sin miedo, sin misericordia, sin dudas... eran como una plaga bíblica. No ganaban por su inteligencia. Ganaban por su número.

¿Podría estar siendo éste el experimento del doctor? ¿Los estaría controlando en ese preciso momento para que los atacaran y así no dejarles salir de la ciudad vivos? No había manera de saberlo. Pero aquel momento de duda se acabó cuando una nueva oleada de zombis comenzó a rodearles. Salían de todas partes. Y los soldados miraban continuamente a su superior esperando la orden para retirarse.

Ella también quería irse cuanto antes de ahí, pero debía ganar tiempo para que el resto de sectores y el último convoy de la plaza tuvieran tiempo de evacuar. Mientras los zombis se centraran en ellos no estarían atacando a los evacuados. ¿Pero cuánto tiempo más podrían resistir?

El cansancio en la tropa se notaba cada vez más. No sólo en la puntería, dado que cada vez parecían necesitar más disparos para acertar, sino en la posición, en un par de ocasiones varios zombis consiguieron colarse en su perímetro y a punto estuvieron de rodearles. Afortunadamente todo acabó con un par de arañazos en varios soldados y las cabezas de los zombis aplastadas en la calle bajo la culata de los rifles de asalto.

La capitana Grumpy sabía que no podían aguantar más. La tensión se palpaba, y los zombis parecían notarlo dado que su número había ido aumentando a medida que pasaba el tiempo. Miró su reloj. La hora que había dado el doctor para la destrucción de la ciudad se acercaba. Era el momento de marcharse.

—Nos retiramos —dijo con voz enérgica la militar—. Que las ametralladoras de los jeeps nos cubran. Retrocedamos lentamente sin dejar de disparar.

Los soldados obedecieron y se escuchó más de un suspiro de alivio entre la tropa.

Poco a poco el grupo de soldados retrocedió sin dejar de disparar mientras las ametralladoras de los jeeps también lo hacían sin parar por encima de sus cabezas. Los zombis seguían avanzando, cerrando el cerco sobre ellos.

Los primeros grupos de soldados se subieron a los vehículos y comenzaron a gritar al conductor que les sacara de ahí. Éste lo hizo sin esperar a las órdenes de su superior y sin avisar al artillero que vio cómo el movimiento hacía que sus disparos alcanzaran a varios soldados que iban hacia otro jeep.

Ése fue el detonante. El resto de soldados dieron la espalda a los zombis y salieron corriendo hacia los jeeps tratando de salvarse sin querer escuchar más órdenes. Desde su punto de vista habían cumplido de sobra con su deber y era el momento de ponerse a salvo.

Nadie parecía querer hacerse cargo de los compañeros caídos por la ráfaga amiga. Además, al comenzar a moverse el resto de vehículos comenzaron a volar las balas libremente sin distinguir entre amigos o enemigos. Y mientras tanto, los zombis se iban acercando peligrosamente.

Ya casi no quedaban jeeps en la plaza. Y la capitana Grumpy miró a los heridos. Quería salvarlos... pero parecía que era la única. Nadie de su unidad parecía dispuesto a arriesgar su vida por sus compañeros. El instinto de supervivencia les había invadido a todos.

Finalmente alzó su rifle y disparó a la cabeza de los heridos. En su mente lo racionalizaba de manera que les estaba poniendo a salvo de posteriores males. Ser atacados y convertidos... seguro que lo comprendían... aunque sabía que todo eso eran un montón de excusas.

Se subió al jeep seguida por las miradas de varios de sus soldados que habían asistido a la escena.

—¿Tal vez hubiera sido mejor dejarles vivos a merced de esas criaturas?

Nadie respondió y la mayoría desviaron su mirada.

—Pon en marcha el vehículo y sácanos de este maldito infierno —dijo con tono furioso.

Tan pendientes estaban de salir de ahí que nadie había prestado atención a un grupo de zombis que se había ido acercando por el lateral del jeep. El artillero cubría la parte trasera del vehículo y seguía disparando su ametralladora, por lo que el ruido ocasionado había tapado cualquier posible sonido que pudieran haber hecho al acercarse.

Uno de los zombis metió sus brazos por la ventana abierta del conductor y lo agarró ferozmente. Éste gritó al notar las garras de la criatura cerrarse sobre él y sentir cómo intentaba arrastrarlo fuera del vehículo.

La capitana Grumpy rápidamente sacó su arma corta y la acercó a la ventanilla descerrajando un par de tiros en la cabeza del no-muerto, que dejó escapar su presa.

El conductor se tapó las orejas para intentar parar el ruido que resonaba en su cabeza debido a los disparos efectuados a la altura de su oído.

—Ponga en marcha este vehículo si no quiere que alguien más trate de convertirle en su comida —gritó apremiante la militar mientras miraba a su alrededor.

—No le oigo —dijo el soldado gritando.

—¡Que arranque de una vez! —dijo la capitana gritándole al oído bueno y señalando hacia adelante.

El soldado se quitó las manos de los oídos que todavía le zumbaban y apretó el acelerador dirigiendo el vehículo hacia una de las calles laterales.

El jeep salió rápidamente de la plaza dejando atrás a los zombis, que al ver escapar a su presa cambiaron su destino y comenzaron a seguirla lentamente. La

capitana Grumpy vio por el retrovisor cómo los zombis se quedaban encallados en la calle al tratar de pasar todos a la vez y se formaba una muchedumbre.

El conductor, que todavía se frotaba una de las orejas, apartó la mirada para comprobar que no les seguían. Cuando la dirigió de nuevo a la carretera frenó bruscamente al ver que había alguien frente al vehículo. Pero era demasiado tarde, y le pasaron por delante. El jeep apenas lo notó, pero el conductor frenó en seco y se quedó mirando la carretera.

La capitana Grumpy no podía creérselo.

—Arranque de nuevo, sólo era un zombi.

—Le he matado, le he matado —no paraba de repetir el soldado.

—Ya estaba muerto —le señaló la capitana furiosa—. Y si no quiere acabar igual arranque de una maldita vez y sáquenlos de esta condenada ciudad.

Durante los siguientes minutos nadie dijo nada en el interior del vehículo. El conductor había bajado la velocidad temiendo que se le cruzara alguien otra vez, pero las calles parecían vacías. Salvo algún grupo de zombis que se veía de vez en cuando por medio de las calles, deambulando sin un rumbo claro.

Mientras el jeep avanzaba por la ciudad la capitana Grumpy no podía evitar un sentimiento de derrota. Había perdido la ciudad. Había perdido soldados. Y había dejado que el misterioso doctor escapase y no pagase por sus innumerables crímenes y experimentos. Y además estaba ese grupo que parecía financiarle o al que pertenecía.

Se prometió a sí misma que acabaría tanto con el doctor como con sus amigos. Justo en ese momento el jeep volcó y dio un par de vueltas de campana.

Oscuridad. ¿Ya había anochecido? No... algo no iba bien. ¿Dónde estaba la luna? ¿Y las estrellas? ¿No estaba en una ciudad? ¿Qué había pasado con las luces?

Había algo... lo tenía en la punta de la lengua... pero cada vez que parecía tener la respuesta se le escapaba. Tenía que recordar... sí, recordar... Su misión... su misión había sido defender a los civiles de un brote violento en una ciudad. Luego había resultado que el enemigo eran zombis. Habían evacuado. Sí, eso era... habían evacuado... entonces... los zombis les perseguían... habían comenzado a apoderarse de las calles de la ciudad. Ella se encontraba dentro de un jeep con algunos soldados. Se iban de la ciudad... pero... ¿qué había pasado? ¿Un accidente? Sí, el jeep... había ¿chocado? No lo recordaba... no había estado mirando la carretera cuando sucedió, estaba inmersa en sus pensamientos de justicia y venganza.

Entonces... ¿se había quedado ciega? No conseguía ver nada... trato de escuchar lo que pasaba a su alrededor. Notaba ruidos como de chasquidos... y notaba su cara húmeda, y algo que le goteaba...

¿Por qué no podía ver? Se pasó las manos por el rostro. Notó que tenía las manos manchadas, y la cara también... Sus dedos recorrieron sus ojos... y entonces lo tuvo

claro... recordó lo que se le había olvidado, tenía que abrir los ojos si quería ver.

Levantó los párpados poco a poco. Era de día todavía. ¿Cuánto tiempo había pasado? Miró el reloj en su muñeca... el plazo del doctor se había cumplido ya. Pero seguía viva. Y parecía que la ciudad no estaba en llamas. ¿Habría sido un farol?

Se notaba aturdida. No podía moverse. Miró a su alrededor buscando ayuda. El cuerpo inerte del conductor la miraba con los ojos abiertos como si se hubiera llevado la sorpresa de su vida. Las gotas que notaba eran de la sangre que le recorría el rostro al soldado.

Giró la cabeza y deseó no haberlo hecho. Los chasquidos que escuchaba provenían de los zombis que habían entrado en la parte trasera del vehículo y estaban comiéndose a los soldados de detrás.

Observó que los soldados habían muerto por el accidente. O eso esperaba. Seguro que alguno lo había hecho, dado el ángulo extraño de su cuello y la cabeza. Seguramente con las prisas y el miedo no se habían puesto el cinturón de seguridad y al volcar el vehículo no habían tenido ninguna oportunidad.

Y entonces se acordó. Por eso no podía moverse. Llevaba puesto el cinturón de seguridad. Debía quitárselo y salir del vehículo pero, ¿qué le esperaba fuera? Miró a su alrededor. Aparte de los zombis que estaban ocupados en la zona de atrás había varios de ellos rondando las cercanías y alguno comenzaba a acercarse con su lento paso.

Se soltó el cinturón y decidió que no podía salir por la parte del conductor, que era la que tenía encima. El conductor se lo impedía. Debía romper el cristal del parabrisas. Afortunadamente tanto su arma de mano como su fusil seguían con ella. Con la culata del fusil golpeó el cristal varias veces hasta conseguir que se separara del chasis del vehículo, luego con la ayuda de sus piernas lo separó más para poder pasar por el hueco y salir.

Los zombis se giraron buscando el origen del ruido que rompía el silencio que reinaba en la calle. Y cuando lo localizaron comenzaron a caminar lentamente, como si no tuvieran prisa, hacia la capitana Grumpy.

El general miró la pantalla. Según el centro meteorológico las nubes estaban desapareciendo y el objetivo se veía con claridad cristalina. Revisó que las órdenes fueran correctas y no presentaran dudas. Se había tenido que hacer todo con demasiada rapidez, y eso implicaba que podría haber errores que hicieran que fueran descubiertos.

Pero con lo que estaba pasando seguramente nadie miraría dos veces las órdenes ni preguntaría a qué venían las prisas de repente.

Todo el asunto con el maldito doctor y la capitana Grumpy les había estado a punto de estallar en las narices. Ya había advertido sobre el comportamiento del doctor al consejo pero parecía que nadie había querido escucharle. El doctor tenía una

mente privilegiada y era una parte importante del plan. Era una pieza clave, pero si por él fuera le dejaría tirado en esa ciudad para que probara su propia medicina.

Vio los cazas aparecer en la pista de despegue y a los pilotos comenzar a realizar los chequeos antes de despegar. Se les había informado de que era un vuelo de prácticas y que iban a probar una nueva variedad de armamento. Los pilotos no necesitaban saber mucho más. Eran unos cowboys, les encantaba volar con sus cazas y disparar a todo lo que pudieran. Y no hacían preguntas. Lo hacían encantados.

El problema había sido mover todas esas órdenes tan rápido. Sí, las órdenes estaban preparadas. Y el material para esterilizar la ciudad. Pero no se esperaban que el doctor metiera la pata tan profundamente como para que se vieran obligados a adelantar casi una semana el final del experimento. Poner a volar dos aviones no era complicado. Cargarlos con armamento tampoco, dado que solía ser un procedimiento estándar para que los pilotos estuvieran acostumbrados al peso extra de los aviones con los que tenían que entrar en combate. Convencer a dos pilotos... bueno, eso había sido lo más fácil. Pero habían tenido que presentar un plan de vuelo falso al mando aéreo, luego otro plan de vuelo distinto a la torre de control y a los pilotos y se habían tenido que asegurar que nadie comprobara los planes de vuelo.

Y para acabar de complicarlo todo, los planes de vuelo habían tenido que ser retrasados debido a que la zona estaba nublada y dado que, en teoría, era un vuelo para probar armas, era necesaria la completa visibilidad del blanco para poder comprobar su efectividad.

La realidad era que esos aviones podían soltar las bombas sin necesidad de ver el objetivo. Para eso habían inventado los científicos el GPS, pero como el plan original era usar un arma experimental, debían esperar a que las nubes desaparecieran. Y por fin habían desaparecido y se había dado luz verde al despegue de los aviones.

El general observó desde la torre de control cómo los cazas encendían sus turbos, comenzaban a coger velocidad en la pista y despegaban rápidamente para desaparecer en el firmamento rumbo a su objetivo: una ciudad que pronto quedaría reducida a cenizas.

Los dos caza-bombarderos iban ganando altitud rápidamente gracias a la potencia de sus motores. Cuando llegaron a la altitud de crucero quitaron potencia a los motores e introdujeron las instrucciones en el piloto automático para que éste les llevara cerca de su objetivo. Al ser un vuelo de pruebas no se esperaban enemigos en las proximidades por lo que el uso del piloto automático había sido aceptado.

—Charlie uno a Charlie dos, oye amigo, ¿sabes el motivo de este vuelo? —preguntó el piloto al mando de la misión.

—Sabes tanto como yo, volar del punto A al punto B, soltar las preciosidades que tenemos en la panza y salir de ahí cagando leches —respondió el piloto de apoyo.

—Tampoco es que me queje, horas de vuelo, pilotar estos cacharros y ver en

acción las armas del futuro, ¿qué más se puede pedir?

—¿Un buen puro? —respondió riéndose el piloto escolta.

—Un buen puro es lo que van a recibir ambos como no se callen y se concentren en la misión —sonó la voz del general por los auriculares de ambos.

—Joder —dijo entre dientes el piloto al mando conectando la comunicación entre las aeronaves—, parece que tenemos un jefazo a la escucha, será mejor que usemos este otro canal para nuestras comunicaciones.

—Correcto —respondió el segundo piloto—, al final va a resultar que esta misión rutinaria va a ser algo más. A ver qué pinta ese jefazo controlando la misión.

—A saber —revisó sus instrumentos y conectó la comunicación con la torre—. Tiempo estimado de llegada al objetivo veinte minutos.

Veinte minutos después ambos pilotos recuperaban el mando de sus aeronaves y comenzaban a vislumbrar el objetivo.

—Joder —dijo Charlie uno—. Mando, ¿seguro que las coordenadas son correctas? Es una ciudad muy grande para ser un objetivo de prácticas.

—Charlie uno, aquí mando, las coordenadas son correctas. La ciudad está abandonada. No hay peligro de poner en riesgo vidas civiles.

—Mando, permiso para hacer una pasada a baja altitud para estudiar mejor el objetivo.

En la torre de control el oficial miró al general en busca de una respuesta. La mirada de éste no parecía ser precisamente amistosa, pero asintió con la cabeza, sabiendo que debía mantener la normalidad en la misión.

—Afirmativo, pueden realizar una pasada. Tengan cuidado con los edificios altos y las turbulencias.

—Charlie uno entrando —informó el piloto al mando de la misión mientras comenzaba a bajar de altitud para observar las calles de la desierta ciudad.

—¿Ves algo, Charlie dos? —preguntó al caza acompañante.

—Juraría que veo gente moviéndose —respondió el otro piloto—. No veo vehículos en marcha pero aparte de eso... luces en los edificios y las calles, vehículos parados... y gente moviéndose por las calles.

—Charlie uno a Mando, detectamos gente en las calles, así como vehículos y luces. Solicito confirmación de las instrucciones.

El general cogió el micrófono del oficial de comunicaciones.

—Es todo parte del entorno. Son maniqués que se mueven automáticamente. Así como las luces y los vehículos. Necesitamos cuantos más datos mejor y que la prueba sea lo más realista posible. Suelten sus bombas de una vez y regresen a la base.

Charlie uno suspiró sin acabar de estar convencido.

—De acuerdo mando, ganamos altura y armamos las bombas. Nos preparamos para soltarlas sobre el objetivo. Treinta segundos para soltarlas y diez para impacto

aéreo.

La capitana Grumpy miró a su alrededor. Tenía tiempo para salir del jeep antes de que los zombis de enfrente de ella llegaran a su altura. Antes de salir desenfundó su pistola y disparó a los zombis que estaban en la parte trasera del vehículo.

Era consciente de que cada vez que disparaba en esas calles vacías el ruido retumbaba e invadía las adyacentes atrayendo más la atención. Salió poco a poco del jeep con cuidado de no dejar que los zombis estuvieran demasiado cerca.

Nada más salir puso la rodilla en tierra y disparó con su fusil de asalto a los primeros zombis que se acercaban. Una bala en la cabeza para cada uno de ellos. Tenía que abrirse un corredor entre esas malditas criaturas si quería salir de ahí. Y además debía ahorrar munición. Había cogido más de dentro del jeep pero...

De repente escuchó dos truenos y comenzaron a llover cristales del cielo. Se puso las gafas protectoras para poder mirar hacia arriba y ver qué estaba pasando. Vio la estela de dos cazas que habían pasado ya a gran velocidad. Se le acababa el tiempo. Ésos debían ser los aviones destinados a destruir la ciudad y ya habían llegado. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Cinco minutos? ¿Uno? ¿Menos? Debía salir de ahí lo más rápido que pudiera.

Estudió el movimiento lento y torpe de los zombis. Se puso en pie y echó a correr observando a los zombis. Debía calcular su ruta para no pasar demasiado cerca del alcance de sus brazos. Enseguida dejó atrás a los primeros zombis que al verla pasar se giraron lenta y pesadamente para tratar de alcanzarla pero sin conseguirlo. Luego, al ver cómo se alejaba, siguieron girándose para ir detrás de ella, poniéndose en marcha de nuevo. Todo ello parecía ocurrir a cámara lenta.

La militar siguió corriendo calle abajo. Sabía que si continuaba por ahí acabaría saliendo de la ciudad enseguida. Del interior de los edificios salía de vez en cuando un par de zombis; otros parecían tratar de entrar en alguno. Una vez abandonó la zona del accidente, los zombis no parecieron prestarle apenas atención por lo que pudo acelerar más su paso sin tener que preocuparse tanto de los no-muertos.

Tuvo un rayo de esperanza al ver que al final de la calle los edificios se acababan y parecía comenzar un gran solar. Debía ser el final de la ciudad. Intentó correr todavía más rápido, un esfuerzo más que pedirle a su cuerpo. No podía rendirse. Estaba demasiado cerca de su objetivo. No podía permitirse fallar, el mundo debía saber la verdad. Y ella iba a ser la encargada de contarla.

Estaba a punto de llegar al solar cuando una tremenda llamarada incendió el cielo por detrás de ella.

Tenía miedo de mirar atrás. Podía ver de reojo que unas enormes llamas habían invadido el cielo por encima y detrás de ella. Pero se obligó a mirar. Giró la cabeza mientras seguía corriendo. No podía parar. Pasara lo que pasara no podía parar.

La primera explosión había sido en el otro lado de la ciudad. A continuación una

segunda explosión cubrió otra parte más cercana. Mientras seguía corriendo una tercera explosión añadió más llamas al cielo. Y luego una cuarta. Y seguía corriendo. Comenzaba a notar el calor. Sabía que tenía apenas unos segundos antes de que las llamas provocaran una implosión, absorbieran todo el oxígeno cercano y bajaran como una lluvia de fuego hacia la ciudad. Sus pulmones estaban a punto de explotar. No podía más. Y aun así se obligó a seguir corriendo.

Sintió cómo el aire comenzaba a faltarle. Pero no era en los pulmones, era a su alrededor. Las llamas empezaban a reclamar el oxígeno y notaba cómo se comenzaba a levantar un viento que soplaba en su contra. Una fuerza invisible la intentaba arrastrar de nuevo hacia la ciudad, pero ella se negaba a rendirse.

Notó cómo de repente todo se paraba. No se escuchaba nada. No se movía nada. Durante un segundo parecía que el mundo se había parado. Y al siguiente segundo una tremenda onda expansiva la lanzaba por los aires unos veinte o treinta metros. O más. O menos. No lo sabía. La explosión la había lanzado contra un árbol y había aterrizado mal. Se apoyó contra él. Notaba todo su cuerpo dolorido, pero adormecido. No podía levantarse.

Al fondo veía cómo las llamas habían invadido gran parte de la ciudad. ¿Estaría a salvo? La temperatura aumentaba a su alrededor. No podía imaginar la temperatura que haría en el centro de las llamas. Observó con terror cómo un par de niños habían salido al balcón de su casa.

¿Qué hacían ahí? ¿Por qué no habían sido evacuados? Estaban vivos, dado que señalaban con sorpresa las llamas en el cielo. La impotencia se apoderó de ella. No podía hacer nada. Golpeó fuertemente con sus puños el suelo donde estaba. Nunca había sentido tanta rabia en su vida. Ni tantas ganas de matar a alguien con sus propias manos.

Las llamas acabaron de descender e inundaron toda la ciudad. La capitana Grumpy vio con horror cómo los niños gritaban durante un segundo antes de ser engullidos por el fuego. Una segunda onda expansiva derivada de esas llamas la volvieron a lanzar por los aires.

Fue demasiado para su cuerpo. Antes de perder la conciencia pensó que había perdido. Que moriría ahí y nadie sabría la verdad. Notaba las lágrimas secarse debido al calor que hacía. Y luego la invadió la oscuridad.

Mara se despertó alterada. Sudando. Se miró la ropa, creía tenerla ardiendo. Pero estaba apagada. Normal. Completamente empapada en su sudor. Pero sin rastros de llamas. Otra pesadilla que no podía recordar pero que le dejaba un mal sabor de boca.

Era algo frustrante. Quiso dar un puñetazo en el suelo pero recordó que estaba encima de una hamaca colgada entre las ramas de un árbol. No era

cosa de probar la teoría de la relatividad y de la estabilidad de su cama temporal. Suspiró al ver las estrellas. La noche parecía tranquila. Los grillos cantaban su canción habitual sin que nadie les interrumpiera.

Al día siguiente, y mientras caminaba explorando la zona, se puso a pensar en los primeros recuerdos que tenía. Se recordaba vestida como si hubiera salido de un incendio. Sus ropas hechas jirones no podían ser ni llamadas tales. Se encontró en un descampado con un terrible dolor de cabeza, con todo el cuerpo dolorido y con diversas quemaduras en buena parte de su cuerpo. Mientras deambulaba sin rumbo buscando a seres vivos llegó a un pequeño pueblo que apenas estaba formado por dos hileras de casas a lo largo de la carretera. Se puso a buscar algo de ropa que ponerse.

Al principio no sabía lo que había pasado sobre la faz de la Tierra. Bueno... no recordaba que hubiera otras personas, así que encontrarse un pueblo vacío no le parecía del todo anormal... ya que no recordaba lo que era normal. Divisó un edificio que parecía estar lleno de ropa, incluso la mostraban de manera que se pudiera ver desde fuera, por lo que se dirigió hacia allí. Por el camino se fijó por primera vez en una especie de medallón que llevaba al cuello. Parecían unas placas de metal pero estaban borrosas, arrugadas, como si hubieran sido medio derretidas, pero todavía se podía leer un nombre, Mara. La placa estaba demasiado en mal estado como para distinguir algo más, pero tal vez con algo de tiempo...

Entró en la tienda y comenzó a rebuscar y probarse ropa; fue entonces cuando se volvió a escuchar la campanilla de la tienda. Alguien había abierto la puerta. Mara se giró para saludar al recién llegado.

—Hola, creo que mi nombre es Mara, no recuerdo nada, ¿puede ayudarme? — dijo con voz inocente y algo tímida.

El recién llegado se acercó a ella, poco a poco, lentamente, seguramente por miedo a que Mara le hiciera algo, dedujo. Ella levantó las manos para indicar que no le haría nada, que era inofensiva. Cuando la persona se acercó más, la luz interior le iluminó y Mara no pudo evitar soltar un grito de terror. Le faltaba la mandíbula y parte de la mano derecha, y tenía unas heridas muy feas en el pecho. Pero no parecía sangrar, ni tener ningún dolor.

Mara no tenía claro si eso era normal o no, pero por su reacción supuso que no, se propuso acercarse al desconocido para tratar de ayudarlo, pero algo en su interior le hizo dar un paso atrás de repente. No lo entendía. ¿Qué le forzaba a tomar esa posición defensiva? Claramente esa persona necesitaba ayuda, pero su cuerpo parecía tener otras ideas al respecto.

Mientras, el extraño se acercaba a ella, sin perderla de vista.

Mara estaba tan concentrada estudiando al recién llegado y debatiéndose con su cuerpo que no quería obedecerla que no se fijó que de uno de los probadores salía una

chica semidesnuda que tenía el cuello casi colgando debido a que le faltaba más de la mitad del mismo.

Se acercó a Mara y levantó uno de sus brazos hasta tocar sus hombros. Ésta dio un pequeño salto asustada ante la nueva presencia y al verla volvió a gritar. Los brazos de la recién aparecida querían agarrarla pero el movimiento continuo de su cabeza debido a la falta de apoyo en el cuello hacía que sus movimientos fueran fallidos. De alguna manera consiguió agarrar la cadena que llevaba Mara colgada del cuello. Ésta intentó alejarse de la chica pero notó que no podía debido a la cadena que llevaba alrededor del cuello. Hizo más fuerza pero no parecía poder conseguir que su atacante dejara ir la cadena. Tras un tercer intento la cadena cedió, y la gravedad hizo su trabajo. Mara había estado haciendo fuerza en contra y al liberarse de la cadena esa fuerza hizo que perdiera el equilibrio y saliera despedida hacia atrás cayendo sobre uno de los mostradores de ropa que había. El entrenamiento que no recordaba actuó y, mientras recuperaba el equilibrio apoyándose sobre el mostrador, lo tiró para ponerlo entre ella y la joven. Mientras tanto, el hombre que había entrado en la tienda había estado observando todo el movimiento e intentaba cambiar de rumbo para acercarse a Mara, pero los colgadores de ropa que había por la tienda dificultaban sobremanera su tarea.

Mara había comenzado a respirar dificultosamente. Estaba de pie en medio de la tienda viendo cómo dos personas parecían querer hacerle daño y ella desconocía el motivo. Sólo sabía que algo en su interior le decía que tenía que salir de ahí rápidamente pero no sabía cómo. La puerta no era una opción porque el camino hasta ella se lo cortaba el hombre, y no podía retroceder ya que en ese camino se encontraba la chica de cabeza bailante. Miró a su alrededor y sin pensárselo dos veces corrió entre los mostradores de ropa para coger impulso y dar un salto cerrando los ojos y poniendo los codos por delante de su cara. Escuchó el ruido del cristal del escaparate rompiéndose ante el contacto de sus codos y cuando abrió los ojos de nuevo se encontraba otra vez en medio de la carretera, de pie, observando la tienda desde fuera, y sangrando por numerosas heridas, aunque ninguna de gran importancia. ¿Cómo había podido hacer eso? Todo era muy confuso, pero decidió que lo mejor era hacer caso a su voz interior y salir corriendo del pueblo para alejarse de aquellas personas. Tal vez era culpa suya, ¿podía ser que estuviera enferma y esas personas sólo trataran de defenderse? ¿Pero por qué no le habían dicho nada? ¿Y si usaban un método que ella no recordaba? Al menos ahora iba vestida y sólo tenía que preocuparse de quitarse ese desagradable olor a quemado.

Mientras seguía caminando en busca de alguna pista que le condujera a saber quién era el espía y por qué les espiaba se dio cuenta de lo poco que realmente había avanzado desde ese primer día. Seguía en la misma

situación. No sabía quién era, ni de dónde venía, era muy frustrante, pero al menos ahora tenía compañeros y amigos que se preocupaban por ella y en los que podía confiar, como Doc.

—Mechas, labors —decía con gran ardor Gerald en su despacho situado en los calabozos del castillo—. Imagínate, Doc: luchar contra los zombis con esas maravillas de la tecnología.

Doc lo miró con cierto desagrado.

—No entiendo lo que estás diciendo —le respondió—. ¿Mechas? ¿labors? ¿Qué demonios son esas cosas de las que estás hablando?

—Dios mío, Doc, qué anticuado eres realmente. Son robots gigantes —dijo Gerald poniéndose en pie y gesticulando con las manos—. Salen en los “animes” dibujos animados japoneses. Gente conduciendo robots que les protegen y lanzan misiles, con unas enormes pistolas de rayos... Imagínate lo fácil que sería deshacerse de esos malditos zombis. Zam, puff, pum, chiung, y se acabó.

Doc giró la cabeza incrédulo ante lo que estaba escuchando.

—Tenemos problemas más urgentes que resolver que tus estúpidas locuras infantiloides.

Gerald puso gesto de desagrado ante las palabras de Doc. De normal, éste era desagradable pero últimamente estaba más refunfuñón que de costumbre.

—Si crees que es tan sencillo hazlo tú mismo —respondió Gerald molesto— y si no puedes, como es el caso, lárgate y desaparece de mi vista. Y contrata a un psicólogo o a una buena prostituta, tu comportamiento me está comenzando a molestar sobremanera.

Doc soltó un bufido y salió de los calabozos refunfuñando y recordando a los muertos del informático mientras se dirigía a la salida del castillo.

Allí le paró uno de los guardas que había apostado.

—¿A dónde vas, Doc? Es peligroso salir ahí fuera solo —le advirtió a modo de saludo.

—Tenía pensado ir a dar una pequeña vuelta para estirar las piernas. Me apetece disfrutar de la naturaleza en soledad, porque necesito despejarme.

—Pero ya conoces las normas —respondió el vigía—: Nada de salidas no programadas y menos sin escolta.

Doc miró a su alrededor y sacó un paquete de cigarrillos.

—Un pequeño vicio que no puedo mostrar en público —respondió mostrando brevemente el paquete—. Ya sé que no debería hacerlo, pero en casa de herrero..., además, llevo esto como protección —añadió dándole una palmadita a la escopeta que llevaba a la espalda— y no es como si no

tuviéramos vigilada la zona con una absurda cantidad de sensores instalados por el genio local de Gerald.

El guardia se lo pensó durante unos segundos antes de asentir.

Doc sonrió y le dio una palmadita en el hombro mientras salía. Luego bajó las largas escaleras de piedra que separaban el castillo del suelo y se alejó. Miró a su alrededor asegurándose de que no hubiera que le viese o escuchase. Luego sacó un teléfono del interior de su chaleco y desplegó la antena. Lo encendió e introdujo una serie de dígitos a modo de contraseña. Marcó un número y esperó la respuesta al otro lado de la línea.

—Contraseña zulú —uno— siete —golf— sierra. Extensión 31.

—Contraseña confirmada —respondió una voz al otro lado de la línea—.

Un momento.

Otra voz sonó por el teléfono.

—Doctor Rodríguez. Cuánto tiempo sin saber de usted.

—Ahora me llaman Doc a secas —respondió el susodicho a la voz del otro lado del teléfono.

—Nos tenía preocupados, Doc —dijo la voz enfatizando en el apodo, con tono divertido—. Ha estado meses sin dar señales de vida.

—Y por eso han enviado a un estúpido que se ha dejado coger, comer y a punto ha estado de costarme la vida y mi tapadera.

—Oh —dijo la voz al otro lado tratando de disimular un falso tono de preocupación y desdicha—, así que contactó con su grupo y está muerto, ¿puede darme más detalles?

—Nuestro trato era claro —dijo claramente molesto Doc—, nada de interferencias en esta zona. Es mía para investigar los efectos de los zombis en los seres humanos y viceversa.

—Sigo sin entender para qué es necesario ese estudio suyo, Doc —dijo sarcásticamente la voz—. ¿A quién le preocupa un puñado de supervivientes? Tenemos problemas más graves que resolver.

—Los zombis, los zombis, los zombis —repitió Doc cansinamente—. Los zombis no son un problema real. Se les dispara a la cabeza y listos. O se usan bombas como hicimos en aquella ciudad. O una maldita bomba de hidrógeno o de neutrones. Seguro que si la hubiéramos usado, ahora podríamos estar volviendo a nuestras ciudades.

—Un poco extremo, Doc —replicó la voz al otro lado—, nos debemos a nuestros clientes. Y no creo que les guste que contaminemos sus ciudades, sus campos, sus instalaciones.

—¿Tan complicado es diseñar un virus para acabar con los zombis? —preguntó Doc impaciente—. Todo su movimiento se basa en el cerebro, basta

con encontrar un virus que ataque en ese órgano y la parte que reanima a los zombis, se aplica a nivel global y problema resuelto.

—¿Y los seres humanos que todavía están vivos? —preguntó la voz, divertida—. Parece no querer tenerlos en cuenta. Ya sé que para usted son una molestia pero tenga un poco de corazón.

—Los seres humanos que permanece vivos son un mal necesario. Como nuestros... aliados —respondió Doe—. Pero, de verdad, un virus diseñado para distinguir entre un cerebro vivo y uno muerto. Los zombis son carne muerta ambulante. Con todos sus medios no debe ser complicado. De hecho... estoy seguro que tienen algo en ciernes...

La voz al otro lado soltó una larga carcajada.

—Tiene toda la razón, estamos haciendo las pruebas actualmente. El mayor problema fue distinguir entre tejido vivo o muerto en... bueno... pacientes especiales. Tenga en cuenta que los seres humanos en realidad estamos soltando tejido muerto constantemente, pero me complace decirle que las pruebas iniciales parecen satisfactorias.

—Por eso es necesario mi estudio —replicó Doc—. ¿Qué sucedería si vuelve a pasar? Necesitamos datos para un próximo cataclismo. Saber cómo se comportan los seres humanos para prepararnos, para tener ideas que no se nos habían ocurrido antes. Para tener un manual de supervivencia zombi para nuestros clientes si les pilla sin preparación. Todo esto nos servirá para preparar las instalaciones y ciudades ante la llegada de una segunda horda de no-muertos.

—Da por sentado que esto volverá a ocurrir antes incluso de que lo hayamos arreglado.

—Dejemos de discutir por un momento de todo ese tema. No es el motivo por el que le he llamado. Quiero que mande un equipo para matar a la capitana Grumpy de una vez por todas.

—¿La capitana Grumpy? —preguntó con cierta curiosidad la voz al otro lado.

—La capitana Mara Grumpy —insistió Doc—, la militar que nos obligó a cortar el experimento en la ciudad y que tantas vidas pudo costar de no ser por mi genio.

—Aaaahhh, esa capitana Grumpy. ¿Sigue viva? Creía que habíamos acabado con ella cuando destruimos la ciudad.

—Yo también —respondió molesto Doc—, así que imagínese mi sorpresa cuando me la encontré cara a cara, supongo que son las paradojas del destino caprichoso. No podía matarla ya que estaba acompañado de otras personas, aunque por suerte parece haber perdido la memoria y no me

recuerda.

—Suerte para usted —replicó la voz—, pero si ha perdido la memoria, ¿cuál es el problema?

—¡Que la puede recuperar, estúpido! —respondió gritando Doc y mirando a su alrededor al notar que había alzado la voz—. Hay que matarla. Es un problema de seguridad. Si comienza a recordar cosas puede... hablar... o acordarse de mí.

—Supongo que esta vez no se contentaría con detenerle —sugirió la voz al otro lado—. Pobre Doc, debió ser toda una sorpresa para usted. Me puedo imaginar su cara al encontrarse con ella y comenzar a rezar a su Dios y a arrepentirse de sus pecados. ¿Le pasó toda su vida ante sus ojos?

—Ríase y búrlese, pero sabe demasiado —insistió Doc.

—Lo sabe porque usted se lo contó —le recordó la voz—, fue usted... imprudente.

—En ese momento me pareció interesante... además, creía que sus bombas o los zombis arreglarían el problema.

—¿No puede matarla usted mismo? —preguntó la voz—, ya sabe... un accidente.

—No. Además, gracias a su espía ahora no la puedo vigilar. Se separó del grupo para buscar rastros de su hombre.

—No encontrará nada —le aseguró la voz—. A pesar de dejarse matar conocía su trabajo.

—Entonces, ¿cómo es que pudimos recuperar un teléfono como el que estoy usando y un mapa con diversas localizaciones señaladas?

La voz al otro lado permaneció durante unos segundos en silencio.

—Eso podría ser un problema —replicó finalmente la voz.

—Por fin —dijo Doc con voz triunfal—, llevo media hora tratando de que lo entienda. Esa mujer es un peligro incluso sin memoria. Sus instintos... no los ha perdido del todo. Hay que matarla.

—Mandaré un grupo —dijo la voz, ahora seria y preocupada—. Si sigue con el teléfono, eso podría servirnos de ayuda. Lleva GPS instalado y podremos localizarlo y saber dónde está ella.

—¿Y no podrían haber hecho lo mismo conmigo? —preguntó Doc enfadado.

—Su modelo es más antiguo —respondió la voz con cierta sorna—. No consideramos que su misión fuera tan importante y prioritaria como para tener controlados sus movimientos. Confiábamos en su profesionalidad para mantenerse en contacto.

—Los planes nunca salen como estaban planeados —replicó Doc.

—Seguro que de eso sabe usted bastante —señaló la voz enfatizando más aún su tono sarcástico—. Sus planes parecen no salir nunca bien, pero puede estar tranquilo, buscaremos y cazaremos a esa militar. Puede darla por muerta. Y tranquilo, nos aseguraremos también de que no le persiga en su no —vida. Como favor personal para usted.

Donald Brown observaba desde una azotea la marea de zombis que abarrotaban las calles de la ciudad. Le daba asco la fascinación que sentía al ver el movimiento errático de esos seres. Vagaban por las calles de un lado para otro, sin rumbo fijo, sin un aparente objetivo. Por más que trataba de adivinar sus movimientos, de buscarles una lógica, no lo conseguía. Y se odiaba al descubrirse fascinado por esas demoníacas criaturas.

Los podía ver avanzar, retroceder, chocar entre ellos por las calles, pero no veía atisbos de inteligencia. Casi parecía que no se notaban entre ellos. Al menos eso era algo. Tener que luchar y sobrevivir en un mundo así era difícil sin que esos no-muertos pudieran hacer planes, cazarles o aliarse entre ellos.

Si los zombis de por sí ya eran peligrosos, unos zombis organizados... Le recorría un sudor frío por la espalda sólo de imaginarlo. No tendrían ninguna oportunidad.

¿Cuánto tiempo más seguirían sobre la Tierra? Notaba el olor putrefacto de su carne. Ese olor que invadía el aire, que a veces, ayudaba a descubrir que había uno cerca. Su carne se pudría, pero seguían ahí, sin señales de querer desaparecer. Para sus planes le convenía que los zombis siguieran sobre la faz de la Tierra durante un tiempo más.

Los primeros intentos de su plan no habían tenido éxito. Los zombis eran difíciles de arrastrar fuera de su ambiente si ellos mismos no querían hacerlo, y usar métodos como disparos o animales como cebo no parecían tener éxito. Los zombis parecían estar dispuestos a moverse únicamente si había un humano por medio. Pero... ése era un plan al que todavía no estaba dispuesto a llegar. Había pensado en usar algún medio de transporte para llevarles, o para que el cebo los guiara, pero las calles estaban prácticamente intransitables. Entre los no-muertos, los vehículos, y las barricadas que se habían levantado en su momento, las carreteras estaban prácticamente intransitables. Tal vez un autobús convenientemente equipado... Recordaba haber visto algo parecido en una película, pero no tenía tan claro que pudiera funcionar en la realidad.

Tal vez si usaban dos vehículos se podría llevar a cabo el plan, pero entonces el peligro estaría en el cambio de vehículos... Había tantas cosas que podían salir mal. Por ahora debía seguir planeando su próximo movimiento. Siempre que pensaba en el cabrón orgulloso, en el negro ése que

se había apoderado de la base militar y quería imponer sus reglas, se encendía algo en él que le hacía continuar con sus planes.

Debía enseñarle una lección. Nadie se reía de Donald Brown impunemente. Y cuando una riada de zombis atacara la base militar y acabara con él... Entonces vería si era tan orgulloso. O si se meaba de miedo al encontrarse cara a cara con el peligro.

Capítulo 8

Ello

Roma. Ciudad del Vaticano.

Durante el principio del primer Apocalipsis.

El Papa había muerto. El cardenal Filippi no se lo acababa de creer, pero era así. Sentado en su escritorio negaba con la cabeza. Era el peor momento para que la Iglesia Católica se quedara sin su Pastor Supremo, estaba decapitada. Hacía unas semanas que habían comenzado a llegar noticias de todo el mundo de un brote de violencia nunca visto y la sociedad católica se giraba hacia Roma en busca de consejo y guía espiritual. Eran el centro de las miradas del mundo... Y el Papa había muerto.

No había sido una conspiración como los periódicos de izquierdas no dejaban de rumorear, simplemente se había ido a dormir una noche y no se había vuelto a despertar. Había sido una muerte apacible, pero en el peor momento.

Como camarlengo, había sido su deber ser testigo de la muerte del Papa y certificarla. Mientras le observaban los otros cardenales, pronunció el nombre completo del Santo Padre con el que fue bautizado. Esperó durante tres minutos una respuesta, y luego volvió a repetir el proceso dos veces más. No hubo respuesta. Cogió de una bandeja un pequeño martillo de plata y golpeó tres veces la frente del muerto. No hubo reacción alguna. Se aclaró la garganta y le declaró muerto oficialmente. Luego cogió el anillo del Pescador del dedo del fallecido y rompió éste y el sello papal con ayuda de un martillo y un cincel. Todos parecieron retener la respiración mientras lo hacía. Ya era oficial. La Santa Madre Iglesia se había quedado sin guía espiritual.

Observado por los cardenales prefectos y por el secretario de Estado había procedido a clausurar las habitaciones papales. Después había tenido que comunicar la noticia a los principales dignatarios de la Curia romana, al Decano del Colegio de Cardenales y al Vicario General de Roma, el cual, para alivio del camarlengo había sido el encargado de comunicar la mala noticia al resto del mundo.

Ahora se encontraba en su despacho haciendo los preparativos para el cónclave, en el que se nombraría a un nuevo Santo Padre. Observó la larga lista de nombres mientras estudiaba cuáles tenían alguna posibilidad. Descartó a los cardenales de América. La verdad es que los sudamericanos no eran muy apreciados dentro del núcleo clásico de la Iglesia y los norteamericanos... bueno, lo cierto es que tenían demasiados problemas de cara a la opinión pública y eran censurados duramente en privado por el colegio cardenalicio. A los cardenales de color también los descartó rápidamente. No era su momento. Ni los cardenales orientales. Al final, como casi siempre, sería elegido un cardenal italiano o de alguno de los grandes países

católicos. ¿Un español? Lo cierto es que tampoco sería de extrañar. Poco a poco habían ido recuperando el poder que habían perdido durante la dictadura. La lista de cardenales parecía interminable. Cualquiera que tuviera menos de 80 años antes del fallecimiento del Papa debía ser invitado y podía ser elegido... el problema era conseguir desplazar a todos esos cardenales. Obtener permisos, preparar viajes, estancias para sus acompañantes.

La Iglesia se había convertido en un gran circo donde cada cardenal se rodeaba de aduladores en sus círculos más cercanos. Afortunadamente, a la hora de elegir al nuevo Papa, esos aduladores se quedarían fuera del cónclave y no tendrían ni voz ni voto.

Estaba pasando la lista a limpio cuando un sacerdote entró corriendo en su despacho abriendo las puertas de par en par sin anunciarse siquiera. El cardenal no le dio tiempo de llamarle la atención.

—El Santo Padre ha vuelto —dijo entrecortadamente el sacerdote—. Es un milagro. El Papa ha resucitado.

El cardenal Filippi abrió la boca, pero volvió a cerrarla inmediatamente. Su mente trataba de comprender lo que acababa de escuchar pero que no tenía sentido. ¿El Papa resucitado? Imposible. Él era un hombre de fe y había leído en incontables ocasiones los relatos bíblicos de las resurrecciones, tanto la obrada por el mismo hijo de Dios como la de éste después de ser crucificado por los romanos pero nunca, absolutamente nunca, en la historia de la Iglesia se habían dado más casos de resurrección. Sí, hubo alguna falsa muerte, cuerpos hibernados que parecían muertos, pero... Él mismo había comprobado que el Papa estaba muerto. No sólo con los viejos rituales católicos sino mediante la ciencia. Un médico se había asegurado de que el Santo Padre estaba REALMENTE muerto. Sin pulso. Sin respiración. Su cerebro no daba señales de vida. Su corazón estaba completamente parado. La sangre no recorría ya las venas de ese cuerpo.

Se levantó de su silla como si un resorte le impulsara.

—¡Eso es imposible! —exclamó con tono duro—. Y si es algún tipo de broma le aseguro que no hay perdón para la misma.

El sacerdote negó con la cabeza rápidamente.

—Es un milagro, camarlengo —insistió el sacerdote—. El Papa ha resucitado.

El cardenal se acercó al sacerdote. Mientras lo hacía lo estudió más atentamente. No parecía haber señal alguna de broma y estaba muy serio.

—Explíqueme qué ha sucedido.

El sacerdote esperó unos segundos para continuar mientras recuperaba el aliento. Luego respiró solemnemente.

—Como es tradición el cuerpo del Santo Padre está expuesto para que los fieles se despidan del mismo. La Guardia Suiza lo custodia y somos diversos los sacerdotes

que estamos en la sala para supervisar que todo se desarrolle correctamente y aliviar la pena de nuestros hijos.

El camarlengo asintió. Sabía todo eso ya que había sido una de sus funciones preparar dicha vigilia. El último homenaje antes del entierro, su última aparición pública ante los fieles.

—El día ha transcurrido sin anomalías. Algún pecador ha intentado aprovecharse de la situación pero la policía romana ha tratado con esos problemas. Ha sido a media tarde que cuando de repente el Papa ha comenzado a tener convulsiones. Nadie sabía qué hacer. Los fieles se han quedado parados observando. La Guardia Suiza se ha acercado rápidamente para comprobar que no hubiera sucedido nada con el cuerpo y algún infiel lo hubiera.

»Un par de sacerdotes nos hemos acercado también y al cabo de unos segundos el Papa se ha reincorporado. Al principio parecía aturdido. Se ha portado de forma muy violenta y se ha lanzado contra uno de los Guardias Suizos que trataban de ayudarle. Por suerte no le ha hecho más que unos rasguños gracias al uniforme. Entre un grupo de sacerdotes y Guardias hemos conseguido inmovilizarlo y lo hemos llevado a sus aposentos.

El cardenal Filippi no se creía lo que estaba escuchando. Pero sin embargo... el fervor con el que se explicaba... ¿Podría estar ante el milagro de la resurrección?

—¿Qué ha pasado con los fieles? —preguntó tratando de hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo para poder controlarlo.

—La Guardia Suiza les ha retenido en la sala —respondió el sacerdote—. Hemos cerrado las puertas al resto de fieles alegando una serie de problemas. Además hemos cortado la emisión de televisión al exterior. De momento esas imágenes no se han hecho públicas y nadie fuera de estas paredes sabe del milagro.

El cardenal Filippi se paseó nervioso por su despacho. Todo el asunto denotaba cierta gravedad, aunque también podía ser una oportunidad.

—Encuentre al padre Xavier y tráigalo a mi presencia.

—¿El padre Xavier? —preguntó confuso el sacerdote.

—Sí, debe de estar de misiones por algún lugar de África. O al menos es ahí a donde le mandé.

El sacerdote asintió y salió corriendo del despacho para cumplir la orden del cardenal.

El camarlengo se quedó solo en su despacho, pensativo. No podía retrasar más lo inevitable y salió con paso firme hacia los aposentos de su Santidad.

Justo antes de entrar pudo escuchar gruñidos y crujidos de madera. Besó su crucifijo, hizo la señal de la cruz y entró con paso solemne en el dormitorio del Santo Padre sin saber muy bien lo que se encontraría.

Enfrente de él se encontraba la cama del Papa, y encima de ella... el cuerpo con

vida del mismo. En cada esquina de la habitación se había situado un miembro de la Guardia Suiza que vigilaba todo lo que pasaba en aquella habitación velando por la seguridad de su ocupante. Además, había diversos sacerdotes y monjas que se quedaron parados al verle aparecer.

Una de las monjas que llevaba un barreño con agua lo dejó y se dirigió al cardenal. Se arrodilló y le besó el anillo que denotaba su posición eclesiástica.

—Eminencia, no sabíamos qué hacer —dijo a modo de disculpa la monja—. El Santo Padre está en un estado de agitación y no parece calmarse, no parece reconocer a nadie y no duda en atacar a todo el que se acerque. Hemos tenido que restringirle los movimientos.

El cardenal observó más de cerca la escena: efectivamente, el Papa se encontraba atado por sus muñecas y sus tobillos a las patas de la cama de manera que no se podía mover. Además llevaba puestas protecciones de espuma en las piernas, los brazos y el cuello. Señaló dichas protecciones a modo de pregunta.

—Temíamos que se pudiera hacer daño a sí mismo —respondió la monja rápidamente—, así que hemos tratado de inmovilizarle las articulaciones con el fin de que no se rompa ningún hueso.

Filippi asintió. Se acercó a los pies de la cama y pudo observar por primera vez al Papa resucitado de cerca. Le miró el rostro que estaba completamente desencajado, fuera de sí. Pero lo que más le llamó la atención era la mirada que lanzaban sus ojos. Una mirada que provocó un escalofrío en el cardenal. Esos ojos no parecían revelar piedad, ni —y ése era el problema— señal alguna del antiguo ocupante de ese cuerpo. Miró preocupado a su alrededor. Todos los ojos parecían devolverle la mirada esperando que dijera algo. Pero, ¿qué iba a decir? ¿Que más que una resurrección parecía una posesión?

Fuera lo que fuera esa criatura estaba claro que no era el Papa resucitado. Ni siquiera parecía un ser humano. Una vez más sus ojos se centraron en los del Santo Padre. Unos ojos inyectados en sangre le devolvían la mirada. Era una mirada de loco. Había algo en esos ojos que le inquietaba, que hacía que tuviera que apartar su mirada. Le incomodaba.

—¿Ha dicho algo?

Los sacerdotes negaron con la cabeza rápidamente, así como las monjas que estaban ahí encargadas de cuidar del Papa. El cardenal rodeó la cama y se situó delante de la única ventana que tenía la habitación. Las vistas que tenía eran las del interior del Vaticano, unos jardines por los que recordaba haber paseado con su Santidad en diversas ocasiones conversando sobre el futuro de la Iglesia y de otros asuntos. Pasó una de sus manos por la superficie del cristal. Blindado. O más. La seguridad era algo que no se tomaba a la ligera en el Vaticano. Había demasiados locos sueltos por el mundo.

Los gruñidos de la criatura que yacía postrada en la cama le sacaron de sus recuerdos y pensamientos. A cada minuto que pasaba veía más esta resurrección como un problema y no como un milagro. Pero respiró hondo pensando en lo misteriosos que eran los caminos del Señor. Debía tener fe y confiar en que todo sería revelado a su tiempo.

Pero mientras eso ocurría debía tomar medidas.

—Quiero que todo el mundo abandone la habitación. Tal vez tanta gente le ponga nervioso, así que dejemos descansar a su Santidad.

Luego se acercó a uno de los miembros de la Guardia Suiza.

—Eso también va por ustedes —antes de que el miembro de la Guardia Suiza pudiera responder, el cardenal alzó una mano en señal de que guardara silencio—. Pondremos un par de cámaras para monitorizar a su Santidad. Ustedes cuatro pueden seguir de guardia en la puerta, que es la única entrada a la estancia. Doy por supuesto que por esa ventana no puede entrar nada ni nadie.

El Guardia Suizo usó su radio para hablar con el centro de mando. Después de un par de minutos de intercambio de conversaciones éste asintió.

—Eminencia, su petición es aceptable.

En media hora las cámaras habían sido instaladas y todas las personas que había en la habitación la desalojaban, no sin mirar atrás para comprobar por última vez el estado de su Santidad.

La Guardia Suiza se apostó en la puerta del dormitorio. Uno a cada lado de la puerta y los otros dos enfrente. El cardenal asintió.

—Que nadie entre ni moleste a su Santidad sin mi permiso.

Luego se dirigió hacia su despacho. En la puerta le esperaba un grupo de cardenales que nada más verle aparecer se abalanzaron sobre él.

—¿Son ciertos los rumores, Filippi? ¿Ha resucitado el Santo Padre?

Eso era lo otro que se temía. Los rumores. Y a sus compañeros cardenalicios alrededor como buitres en busca de comida. Tampoco quería exagerar. Comprendía a sus compañeros de fe. La noticia, de ser cierta, era algo extraordinario. Y todo el mundo quería formar parte de ese milagro.

—En breve convocaré al colegio cardenalicio y a la Curia y todos serán informados —dijo a modo de saludo—. No tengo todavía todos los datos. Debemos tratar este asunto con sumo cuidado y sin comenzar a extender rumores. Lo único que puedo decir por ahora, y por favor presten atención a mis palabras exactas, es que el cuerpo del Pontífice ha vuelto a la vida.

Los cardenales se quedaron unos segundos en silencio tratando de comprender las palabras del camarlengo. Poco a poco comenzaron a santiguarse, al entender las palabras pronunciadas. Al final uno de los cardenales de más edad tomó la palabra e hizo la pregunta que todos tenían miedo de realizar.

—¿Está sugiriendo que el cuerpo del Papa ha sido poseído por una entidad demoníaca?

Filippi guardó unos segundos de silencio antes de responder.

—Tengo dudas de que lo que ha regresado a la vida sea nuestro Santo Padre —hizo una breve pausa—. No obstante, también tengo dudas sobre que estemos ante una posesión.

—¿Entonces a qué nos estamos enfrentando? —insistió el cardenal.

—No lo sé —negó con la cabeza el camarlengo—. He ordenado traer ante mi presencia al padre Xavier.

Los gritos de indignación comenzaron a sonar y el camarlengo levantó las manos reclamando silencio.

—Yo mismo le envié a África como castigo por sus ideas extremas sobre la Iglesia. Recuérdelo. Pero creo que estamos de acuerdo en que es uno de los miembros de esta Iglesia más versado en las ciencias modernas y que su fe sigue siendo inquebrantable a pesar de esos pensamientos. En estos momentos... tal vez él tenga una respuesta que nosotros no sabemos ver.

Los cardenales parecieron convencerse ante las palabras del camarlengo y asintieron con la cabeza. Confiaban en su sabiduría ya que el propio Papa le había nombrado y su reputación de hombre de fe y defensor de la Iglesia era conocida por todos.

—Ahora les ruego que me dejen seguir trabajando. Les prometo mantenerles informados. Sólo les pido que sean pacientes con este pobre hombre.

Los cardenales volvieron a asentir. El cardenal que había llevado la voz cantante se acercó a Filippi.

—Pero no podemos mantener en secreto la resurrección del Santo Padre. La gente en la plaza de San Pedro se está impacientando. Y las televisiones están llamando para saber por qué se ha cortado la señal del interior del velatorio.

El camarlengo asintió. Debían dar pasos cortos en aquel momento pero seguros. Todavía podían controlar la noticia y ser ellos quienes la manejaran.

—De acuerdo. Emitiremos un breve comunicado al mundo en el que informaremos de la resurrección del Santo Padre y transmitiremos unas imágenes suyas descansando en su cama. Pero diremos que no ha revelado todavía el motivo de su regreso al mundo de los vivos.

Dar a conocer la noticia de la resurrección del Papa fue una pesadilla. Primero se había tenido que editar las imágenes capturadas, y luego comprobar que, afortunadamente, lo que reposaba en la cama del Santo Padre al no tener gente alrededor parecía haberse calmado. Eso había ayudado a poder filmarle de manera que pareciese que estaba vivo, pero sin que se vieran las ligaduras que le impedían moverse.

Las siguientes horas transcurrieron rápidamente. El camarlengo no podía ni levantar la cabeza de su escritorio. Su despacho se había convertido en una especie de sala de espera de religiosos de todos los grados esperando noticias y además era el centro neurálgico de la Santa Sede ahora que se había revelado la verdad.

Al principio, las televisiones se habían mostrado reticentes ante la noticia emitida por la Santa Sede. Las cadenas de repente se encontraban con la noticia del año, del siglo, de su vida. Un caramelo que nadie quería tirar y que había conseguido que todo el mundo girara la cabeza hacia la Santa Sede. Y no sólo los países católicos: la Unión Soviética y sus países satélites habían mandado también reporteros y sus políticos se habían puesto en contacto con la Santa Sede; incluso los chinos, tan herméticos como eran, también se habían interesado.

Todo el mundo les observaba y eso le estaba provocando un ardor de estómago terrible al camarlengo. Sus siguientes movimientos tenían que ser calculados. Un paso en falso y podría ser el mayor fiasco de la historia de la Iglesia Católica.

La lista de televisiones que habían solicitado entrevistas era interminable. La de los gobiernos que habían llamado para ofrecer su asistencia era igual de larga. Y la plaza de San Pedro, que ya estaba poblada antes debido a la vigilia por el Papa, se había quedado pequeña. La gente parecía venir de toda Italia para arremolinarse cerca del Vaticano. Los vuelos a Roma habían colapsado las agencias de viajes y los aeropuertos, que se veían incapaces de dar luz verde a todos los planes de vuelo que les estaban mandando particulares que querían volar hasta allí.

Todos los ojos estaban puestos en el camarlengo. Suya había sido la idea de comunicar la resurrección del Papa y tenía claro que si algo salía mal la primera cabeza que rodaría sería la suya.

Alguien le había traído un café. Lo cogió y sorbió lentamente el negro líquido. Estaba fuerte, y dio gracias a Dios por ello. Iba a necesitar estar despierto y calmado durante las siguientes horas y posiblemente durante los siguientes días. Había informado al colegio cardenalicio de la política de la Iglesia y de lo que debían de decir sus miembros delante de los periodistas.

Por ahora todo había salido bien. Incluso los comunistas, los representantes de otras religiones, habían callado y habían preferido esperar acontecimientos y sin pronunciarse. Seguramente estaban rezando a sus dioses, o a Lenin, para que todo fuera una invención de los católicos.

De repente la sala se quedó en silencio. El camarlengo alzó la vista: el padre Xavier acababa de entrar en el despacho.

Todo el mundo se había callado y quedado quietos de repente al ver aparecer al padre Xavier en el despacho del camarlengo. El silencio duró unos segundos, pasados los cuales comenzaron a levantarse murmullos entre las distintas personas que había en el despacho.

El padre Xavier ignoró los murmullos y las miradas que le seguían a medida que avanzaba por la habitación hacia la mesa detrás de la cual estaba sentado el camarlengo. Al llegar a su altura le saludó.

—Eminencia, me han dicho que quería verme.

El cardenal Filippi se puso en pie, rodeó la mesa y alargó su mano para que el otro religioso cumpliera con el protocolo de besarle el anillo. Todas las miradas estaban puestas en Xavier, que siguió el protocolo y puso sus labios sobre el anillo como muestra de respeto.

El camarlengo le indicó que le acompañara. Ambos salieron del despacho mientras las miradas les seguían acompañando, hasta que ambos llegaron al pasillo. En ese momento ya estaban solos.

—¿Son ciertas las noticias? —preguntó el padre Xavier mientras avanzaban por los pasillos.

—Por eso le he hecho llamar —respondió el camarlengo señalando la dirección a seguir en una intersección—, quiero escuchar su opinión al respecto.

—No lo entiendo —respondió Xavier visiblemente confuso—, seguramente tiene aquí a todos los expertos en todos los campos que necesite.

El camarlengo se permitió una pequeña sonrisa condescendiente.

—Digamos que sus opiniones polémicas representan una vía que tenemos que estudiar.

Xavier miró al camarlengo directamente.

—Fue usted mismo el que me expulsó de aquí por mis opiniones —le recordó.

—Considere que le hice un favor. Cualquier otro le hubiera excomulgado directamente. Yo le permití seguir con sus estudios y con su fe.

—Permítame que me muestre escéptico —respondió el sacerdote—. Mis ideas y mi fe no son excluyentes.

—Lo sé, lo sé. Es usted un hombre devoto. Con una fe inquebrantable que trata de demostrar la existencia de Dios a través de la ciencia.

Xavier negó con la cabeza.

—No entendió nada —le corrigió—, no necesito demostrar la existencia de Dios a través de la ciencia. Sé que Dios existe. Lo que quería era demostrar que la Iglesia puede acercarse a Dios a través de la ciencia. Hacerle más cercano.

—La gente necesita fe —señaló Filippi—, no ecuaciones que demuestren que deben creer en Dios. Si usamos la ciencia estamos obviando uno de los pilares de esta Iglesia: la fe. La creencia en algo que no podemos tocar, ni explicar, ni ver. En algo que está más allá de nuestra comprensión.

—Pero la ciencia... —su frase se quedó cortada al ver cómo el camarlengo levantaba una mano autoritariamente.

—No le he hecho venir para discutir sobre sus tesis. Está aquí por sus particulares

puntos de vista. Se ha especializado en la ciencia a lo largo de su vida. Es un hombre de Dios con un cerebro entrenado para pensar en cosas que están más allá de lo que podemos ver y, lamentablemente, no hay demasiados como usted a mano.

—¿Qué quiere de mí entonces?

—Quiero su opinión —respondió el camarlengo, que veía a lo lejos a la Guardia Suiza—, quiero que estudie el caso que tiene delante, que aplique sus conocimientos de fe y ciencia y me diga a qué nos enfrentamos.

Los dos religiosos estaban delante de la puerta del dormitorio del Santo Padre. Los protectores del Papa vigilaban cada uno de sus movimientos.

El camarlengo indicó a uno de los Guardas que abriera la puerta. Éste asintió y la abrió sin perderlos de vista. Cuando iba a entrar para acompañarles el camarlengo le indicó que esperara fuera.

—Pueden observarnos a través de las cámaras. Nos quedaremos en la entrada, si ven que avanzamos para acercarnos al Santo Padre tienen permiso para entrar e impedirnoslo.

El Guardia Suizo pareció recibir confirmación a través de su comunicador y asintió.

Los dos hombres se encontraron entonces delante de la cama del Papa en silencio. Éste, al verles, pareció alterarse e hizo ademán de levantarse pero las ligaduras se lo impidieron.

Xavier observó con curiosidad.

—¿Ha dicho algo desde que recuperó la vida? ¿O mostrado algún signo de... inteligencia?

El camarlengo negó con la cabeza.

Xavier se vio frustrado al no poder acercarse más a la cama. Tenía una buena visión pero...

—¿Qué dicen los médicos?

—Yo estaba cuando certificaron la muerte. Línea plana en el corazón y en el cerebro. Cumplimos con los rituales sagrados. Le aseguro que estaba bien muerto.

Xavier asintió mientras su cabeza comenzaba a cavilar.

—¿Y ahora qué dicen los médicos?

El camarlengo pareció nervioso e incómodo ante la pregunta. Durante unos segundos guardó silencio.

—Como puede observar su comportamiento es muy violento por lo que nos ha resultado muy difícil realizarle ninguna prueba pero... —respiró hondo—. Al parecer no han escuchado ningún latido, su corazón sigue parado.

El sacerdote volvió a asentir. Instintivamente quiso acercarse pero el camarlengo alargó el brazo y le detuvo. Xavier pidió disculpas con la mirada.

Miró a su alrededor. Indicó una jarra con agua y un vaso que había en un mueble

al lado de la puerta. El camarlengo asintió. Llenó el vaso hasta la mitad, luego lo acercó a sus labios y pronunció una serie de palabras ininteligibles. A continuación arrojó el agua que alcanzó el rostro del Santo Padre.

No habían pasado ni dos segundos cuando los miembros de la Guardia Suiza entraron rápida y violentamente y le quitaron el vaso de las manos a Xavier mientras procedían a inmovilizarlo.

—Es sólo agua bendita —gritó mientras no se resistía a la presa del Guardia.

El Guardia que había cogido el vaso lo observó y lo probó. Luego miró con furia al sacerdote mientras indicaba a su compañero que le dejara libre.

—No vuelva a hacerlo o visitará nuestras mazmorras. Y le informo que no han sido reformadas desde que se construyó el edificio.

El camarlengo también miraba de forma furiosa a Xavier mientras los dos Guardias abandonaban la estancia.

—¿Se puede saber a qué juega?

—No está poseído —dijo Xavier arreglándose la sotana.

—Eso se lo podría haber dicho yo —rugió el cardenal—. Ya hice las pruebas. La cruz, y las demás pruebas... menos la del agua. No la creí necesaria.

—Bueno, ahora estamos completamente seguros —dijo Xavier que esbozó una sonrisa y a continuación puso el gesto más serio—. Este olor...

—Flores traídas por las monjas, para disimular el olor del... cuerpo.

Xavier asintió gravemente.

—Lo que le voy a decir le sonará a locura, pero lo que hay sobre esa cama no es el Santo Padre, es un zombi.

El camarlengo miró a Xavier como si acabara de revelar el tercer secreto de Fátima.

—¿Está usted loco? ¿Un zombi? ¿Con quién se cree que está hablando? Lo que acaba de decir es una locura.

—Me temo que no —respondió Xavier, serio—. Las pruebas son irrefutables. Comportamiento violento e irracional, el mal olor del cuerpo, la falta de señales de vida... Ese cuerpo está muerto y sólo traerá una plaga de proporciones apocalípticas si dejamos que siga moviéndose.

—Lo que está sugiriendo es una locura, y un pecado mortal. Estamos hablando del Santo Padre. La guía de la iglesia.

—Y sin embargo se mueve... —dijo el padre Xavier recordando a Galileo Galilei—. Sé que le parecerá una locura pero ya he oído hablar de ello antes y además fui testigo en África.

El camarlengo le miró más calmado.

—¿Qué quiere decir?

—Al principio creía que eran leyendas tribales. Habladurías y supersticiones de

gente sin educar. Hablaban de muertos que se levantaban y se comían a sus semejantes que a su vez luego se levantaban. Como se puede imaginar, ese continente está lleno de misterios pero... muertos que caminan...

»No les hice mucho caso pero luego, mientras visitaba distintos poblados, el espectáculo que vi era... horripilante. Cuerpos con la cabeza separada, aldeas enteras quemadas o que simplemente habían desaparecido y en su lugar sólo quedaba un inmenso cráter negro.

El camarlengo prestaba atención sin interrumpir, de vez en cuando asentía al escuchar el relato de Xavier, y en su cabeza trataba de imaginar qué debía hacer con esa información. En malas manos podía ser el final de la Iglesia pero en unas manos adecuadas podía ser la salvación de ésta y volver a los antiguos tiempos en los que todo el mundo miraba al Vaticano en busca de consejo.

—¿Sabe? —continuó hablando Xavier—, puede que esto sea lo que está pasando en el resto del mundo. He escuchado que ha habido brotes de violencia en todo el planeta y ahora esto —dijo señalando al cuerpo sobre la cama—. Es posible que lo del continente africano esté sucediendo a gran escala aquí, o esté a punto de suceder.

Filippi asintió mientras indicaba al padre Xavier que salieran de la habitación.

—Su opinión es... pintoresca. Tengo que informar al colegio cardenalicio de la misma y a partir de ahí tomaremos una decisión. Le agradezco que haya venido hasta aquí tan repentinamente. Creo que ha cumplido su parte. Y es hora de que vuelva a su misión original.

—Pero... me necesita, camarlengo —dijo Xavier sorprendido—. He visto de primera mano lo que esas cosas pueden hacer.

El camarlengo le indicó que no continuara.

—La decisión no le corresponde ni a usted ni a mí. Sólo somos parte de una inmensa maquinaria. Y usted debe volver al continente africano para seguir con su labor que le ha sido encomendada en el nombre de Dios.

El padre Xavier asintió apesadumbrado.

El camarlengo indicó a uno de los Guardias Suizos que acompañara al sacerdote al aeropuerto para que cogiera su vuelo de vuelta. Cuando Xavier había girado una esquina y el cardenal comprobó que no podía escucharle cogió del brazo al Guardia y le susurró al oído.

—No quiero que llegue a su destino, ¿entendido?

El Guardia Suizo asintió con la cabeza sin titubear.

El camarlengo observó desde la ventana de su despacho cómo el coche que llevaba al padre Xavier salía de la Santa Sede y abandonaba su vida definitivamente. No había sido una decisión difícil de tomar. Mientras el sacerdote le iba contando su teoría se iba formando un plan en su cabeza, y Xavier podría ser un impedimento para el mismo.

—Quiero que informe al presidente de la república que le concederé una audiencia inmediatamente —indicó a un sacerdote que había en su despacho—. Además, quiero que prepare una sala de comunicaciones con la que pueda comunicarme con el colegio cardenalicio y con todos sus miembros a lo largo del planeta a la vez.

El sacerdote tomó nota, asintió y salió inmediatamente para cumplir con sus órdenes. Los cardenales que había en el despacho le miraron después de escuchar esas órdenes.

Filippi se aclaró la garganta y se puso en pie.

—Por favor, ¿pueden dejarnos solos?

Indicó a todos los presentes que no fueran cardenales. Poco a poco se fue vaciando la habitación ante la atenta mirada de los cardenales que miraban de vez en cuando al camarlengo con cierta curiosidad.

Cuando ya sólo quedaban los cardenales y la puerta se había cerrado, el camarlengo indicó a sus acompañantes que se sentaran y él se acercó a ellos con gesto grave.

—Estamos ante una intersección que puede marcar el destino de nuestra Iglesia por los años y siglos siguientes —comenzó a modo de presentación—. Todos ustedes saben que tenemos un Papa resucitado pero el padre Xavier ha confirmado mis peores temores. La criatura resucitada no es nuestro Santo Padre.

Hizo una pausa para que los cardenales se hicieran a la idea de lo que estaba diciendo.

—Al parecer esa criatura es lo que el mundo denomina como zombis —ante el estallido de voces que se formó cuando acabó la frase levantó las manos pidiendo calma—, y al parecer el mundo está a punto de sufrir una oleada de estas criaturas. Ya sé que es difícil de creer pero ustedes lo han visto con sus propios ojos. Ahora, lo importante es decidir qué vamos a hacer. Si revelamos esta información seremos el hazmerreír del mundo, y nunca más se nos tomará en serio aunque posteriormente se demuestre que teníamos razón.

Los cardenales callaron al escuchar esas últimas palabras.

—Nuestro siguiente movimiento debe ser calculado. Debemos hacer algo que asegure que la cristiandad saldrá reforzada de esta crisis que se avecina. Y que esa criatura esté entre nosotros es una señal divina.

»Si manejamos adecuadamente este asunto podemos decir que el resto de religiones dejarán de existir y, finalmente, el cristianismo será la única religión sobre el planeta. Quiero que comiencen a hablar con los miembros de sus congregaciones más poderosos. Los más católicos pero también los que tienen más poder. Quiero que les cuenten lo que les acabo de contar. Que tomen medidas de cara al futuro para salvarse a ellos y a sus familias.

—¿Y el resto de fieles? —preguntó uno de los cardenales.

—Su fe les salvará si es lo suficientemente fuerte —luego hizo una pausa—. Si lo que se aproxima es el Apocalipsis, ¿no prefieren tener a su lado cuando éste acabe al poderoso que volverá a levantar esta sociedad y que estará en deuda con nosotros?

Los cardenales se quedaron en silencio sopesando esa opción y asintieron ante la idea del camarlengo.

Una vez había hablado con los cardenales, el camarlengo les dejó marchar para que hablaran con el resto de miembros del colegio cardenalicio. Ciertamente la idea que proponía era... poco habitual, pero los caminos del señor siempre habían sido misteriosos. Y ahora se avecinaba un Apocalipsis o una nueva plaga.

Mientras esperaba su reunión con el presidente de la república sopesó los distintos pros y contras de su plan y comenzó a hacer preparativos. Necesitaba convencer al colegio cardenalicio de que su plan era viable y no iba en contra de las escrituras. Y de que era el único posible si querían que la fe cristiana sobreviviera. La reunión con sus semejantes era de vital importancia, necesitaba su apoyo, y sus contactos, debía convencerles.

Miró de reojo un pequeño monitor donde se mostraba el dormitorio del Papa. No sabía si llorar o regocijarse viendo a esa criatura. La confirmación por parte del padre Xavier de lo que era y de lo que representaba había sido realmente un mazazo, pero gracias a sus años al servicio de la Iglesia había conseguido mantenerse sereno y hacer creer al padre Xavier que su revelación no había sido tal. Eso también había implicado el destino final del sacerdote. No podía dejar que alguien con el conocimiento que él tenía siguiera hablando por el mundo, podría revelar que la Iglesia tenía información vital para la supervivencia de la raza humana y no lo había hecho correctamente. Sonrió. Tenía en mente el discurso que tendría que hacer delante de las cámaras anunciando el motivo de la resurrección del Santo Padre. Iba a anunciar el Apocalipsis.

Pero antes tendría que avisar a la gente adecuada. Darles una ventaja. Sabía que el mundo se reiría de él y de su religión cuando diera la señal de alarma. Y sabía, que cuando todo se acabara, porque se acabaría, el mundo recordaría que fue el Dios cristiano el que avisó a la sociedad de lo que se les venía encima. No Mahoma, ni Buda, ni ningún otro falso Dios. No, el único y verdadero Dios se había comunicado con la Iglesia en su momento de más necesidad. Eso sería lo que recordaría el mundo. Y las iglesias se volverían a llenar, y ellos volverían a tener en sus manos el destino de la sociedad. Como siempre había tenido que ser.

Un único Dios. Una única Iglesia. Y un inmortal Santo Padre que revelaría los designios del Señor cuando fuera conveniente. ¿Y quién no creería en la palabra de alguien que había resucitado y decía hablar en nombre de Dios?

Se recostó en su sillón. Vio que una tormenta se aproximaba. Pero más allá,

cuando ésta hubiera pasado... podrían construir por fin un mundo perfecto. Sin todas esas criaturas blasfemas caminando por el suelo que había creado Dios. Sí, un mundo en el que el hombre no se acostaría con el hombre, la mujer no yacería con la mujer, los médicos no matarían cual Herodes a niños neo-natos, los cardenales volverían a ser la mano derecha de los gobernantes y el orden natural de las cosas volvería a estar sobre la faz de la Tierra.

Alguien tocó en la puerta del despacho. Éste alzó la cabeza para ver quién era. Su ayudante entró menos exaltado que la ocasión anterior. Al menos parecía que esta vez no traía más problemas con su presencia.

—Ha llegado el presidente de la República, eminencia.

Su ayudante hizo una pausa pero parecía no haber acabado. El camarlengo le miró inquisitivo esperando que continuara. Al no hacerlo decidió ser más directo.

—¿Algo más?

—Bueno —su ayudante dudó una vez más—, un mensaje de la escolta que acompañaba al padre Xavier.

El camarlengo sabía lo que vendría a continuación. Le comunicarían que el padre Xavier habría tenido un accidente y habría fallecido. Se preparó para poner su cara más afligida. No podía evitar tratar de adivinar qué le podría haber sucedido. Esperaba que hubiera sido algo rápido y que no hubiera sufrido. No disfrutaba pensando en el dolor que pudiera haber sufrido.

—Al parecer el padre Xavier ha desaparecido.

El cardenal Filippi miró con curiosidad a su ayudante ante la elección de palabras. Luego pensó que a lo mejor no hablaba figurativamente si no que realmente había desaparecido. Tal vez fuera mejor así. Sin cadáver, sin investigación alguna. Muy inteligente. Una desaparición que con los días que se avecinaban no se notaría y por la que nadie preguntaría y acabaría cayendo en el olvido.

—¿Desaparecido? —preguntó finalmente a su ayudante haciéndose el despistado.

—Sí —respondió su ayudante—. La escolta me pidió que le dijera eso y también que no había podido cumplir con su petición. Me pidió que usara estas mismas palabras.

La cara del camarlengo cambió a un rictus de alguien al que habían pillado haciendo algo malo. Dándose cuenta de ello corrigió su rostro que volvió a mostrar simplemente la tensión de esos momentos.

—De acuerdo. Haga pasar al presidente inmediatamente.

El ayudante inclinó levemente la cabeza y se retiró. El camarlengo se recostó en su sillón y sonrió. El padre Xavier siempre había sido un dolor de cabeza y parecía que el destino quería que así siguiera siendo. Bueno, daba igual. No era ningún problema. Seguramente acabaría muerto por algún rincón a manos de esas criaturas que iban a caminar sobre la tierra.

La puerta volvió a abrirse y el presidente de Italia entró en el despacho del camarlengo. El religioso se levantó y rodeó el escritorio para ir a su encuentro. Cuando llegó a su altura, el político cumplió con el ritual de besar el anillo del cardenal.

—Eminencia. Gracias por concederme esta audiencia. Sé que, como decimos nosotros, tiene el plato lleno. Y no hemos sido precisamente amigos en nuestros cargos.

El cardenal señaló un sillón que había en el despacho y le indicó que se sentará. Ambos se acomodaron en el mismo.

—No es ningún problema. Es cierto que en el pasado no ha sido usted todo lo católico que debería pero perdonar es uno de nuestros lemas —luego hizo una pequeña pausa—. Presidente... tenemos que hablar.

El presidente de la República parecía estar incómodo sentado en el sillón al lado del camarlengo. No paraba de reajustar su posición. Ese comportamiento llamó la atención del cardenal, aunque supuso que era debido a los nervios del momento.

—¿Sucede algo? —le preguntó finalmente. Tal vez el problema era más terrenal y menos mental.

—No —negó con la cabeza el político—, bueno... perdone que le interrumpa, ¿es cierto lo que se dice sobre el Papa? ¿Ha... resucitado realmente?

El camarlengo miró con curiosidad a su acompañante. Bueno, era natural la curiosidad de la gente sobre el milagro. Tenía que ser condescendiente. Al fin y al cabo lo que tenía que hablar con él era de vital importancia.

—Así es —respondió—. Ahora se encuentra descansando en sus aposentos. Como puede imaginarse ha sido una sorpresa para todos nosotros.

—Entiendo —dijo lentamente el político—. Perdone que le pregunte pero... ¿se ha mostrado... bueno... violento desde que... bueno... volvió a la vida? ¿Ha intentado atacar a alguien?

La curiosidad se apoderó del religioso. Esas preguntas... no parecían ser tanto curiosidad como... un interrogatorio... podría ser que... Sonrió, parecía que Dios seguía ayudándole en el camino que tenía marcado.

—¿Sabe? Creo que ambos sabemos lo que está pasando —dijo el camarlengo—, y yo que no sabía cómo sacar el tema. ¿Desde cuándo sabe de la existencia de este tipo de sucesos?

EL político se volvió a remover nervioso en el sillón. Y tosió levemente.

—¿Entonces sabe... en lo que realmente se ha convertido el Papa?

—Mucho me temo que sí. No me malinterprete, honestamente creía posible que fuera un milagro, pero mi deber era estudiar el asunto de forma aséptica y honesta y las pruebas han sido irrefutables. Esa criatura no es el Santo Padre. No creo ni que tenga alma. ¿Desde cuándo sabe de la existencia de las mismas?

—Al principio eran sólo rumores —comenzó a explicarle el político—, gente desaparecida en las montañas y al cabo de un tiempo volvían a aparecer con un comportamiento violento y que eran casi imposibles de matar. Obviamente no fui informado de esos sucesos dado que eran aislados y nadie los conectó.

»Hasta que una riada removió la tierra de un pueblo y desenterró los ataúdes del cementerio. Los muertos se alzaron de sus tumbas y atacaron a los habitantes y a los servicios de emergencia desplazados. Los carabinieri tuvieron que pedir ayuda al ejército. Había una unidad de montaña de entrenamiento en las cercanías y entre todos pudieron acabar con la amenaza. Fue entonces cuando me informaron. De eso hace una semana.

El camarlengo asintió. Así que fuera lo que fuera lo que estaba pasando iba más rápido de lo que él había anticipado.

—Entonces, le será más fácil aceptar el plan que le voy a exponer a continuación.

Antes de continuar con su conversación, el camarlengo había considerado oportuno mandar traer algo para comer y beber. El presidente de la República se encontraba bastante nervioso y a lo mejor eso le ayudaría a relajarse un poco.

Dejó que el político bebiera algo antes de continuar con su conversación. Lo que había dicho antes era cierto. No se habían llevado precisamente bien y se habían cruzado declaraciones a través de la prensa, todo debido a la política que se estaba desarrollando en el país y que no era lo restrictiva que esperaba la Iglesia. Incluso el Papa había llegado a intervenir para que ambos se calmaran y trataran de suavizar sus declaraciones, ya que esa situación de enfrentamiento no beneficiaba a nadie.

—Bien —dijo el político dejando a un lado el plato con viandas que había estado probando—, ¿qué quiere proponerme?

—Antes de continuar permítame una pregunta. ¿Cree que estas criaturas son una amenaza real o que pueden ser controladas?

—Por los informes que he leído y lo que me han contado mis consejeros podemos resistir pero al final perderemos. ¿Disparar a los muertos? ¿A civiles? ¿A tu propia familia? ¿Cómo vamos a luchar contra algo así? Ni declarando la ley marcial podremos controlar esta... plaga.

—Entonces supondré que tiene un plan de contingencia para que el gobierno italiano se salve y pueda volver a hacerse con las riendas del país en algún momento futuro.

El político asintió lentamente.

—Tal vez una isla como Córcega, una isla pequeña, fácil de controlar y defender pero que a la vez pueda servir como base para las tropas italianas.

El político asintió nuevamente.

—La idea es situar a las tropas en Córcega y a la cúpula política en la isla de Elba —sonrió pensando en la ironía de que esa isla fuese gobernada una vez por Napoleón.

El camarlengo iba asintiendo con la cabeza tras cada explicación del político.

—Tal vez pueda ayudarle en su transición. Como supondrá con el apoyo de la Iglesia, y más en esas pequeñas poblaciones, los nativos les recibirán con los brazos abiertos y no tendrán problemas con los muertos vivientes.

El político puso cara de curiosidad ante la proposición del religioso.

—Como puede imaginarse la influencia de la Iglesia en las localidades más pequeñas y alejadas del continente es mayor que aquí... por lo que no sería un problema preparar a la población contra la plaga que se avecina. Informarles que en caso de producirse una muerte en alguna localidad lo que habría que hacer sería quemar el cuerpo en vez de enterrarlo.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Nada complicado. Que me ceda el control de una mínima parte de su ejército. Algunos tanques y helicópteros y soldados para defender la ciudad del Vaticano.

—¿Cómo? —El presidente de la República no podía ocultar su sorpresa ante la petición que le acababa de hacer el camarlengo—. Creía que simplemente querría venir con nosotros.

El camarlengo se puso en pie.

—Por supuesto que no, no sea ridículo —dijo sonriendo amablemente—. Como sabrá la ciudad del Vaticano es casi una fortaleza. ¿Aguantar contra un ejército? Por supuesto que no podríamos resistir. Pero contra... zombis, nuestras murallas son lo suficientemente altas. Nuestras puertas lo suficientemente macizas. Aguantaríamos sin problemas.

—¿Quiere quedarse y defender la ciudad del Vaticano? —dijo el político más sorprendido todavía—. Eso es una locura.

—Por supuesto que no —dijo con una sonrisa condescendiente el camarlengo—. He estado hablando con el jefe de seguridad. No tenemos suficientes Guardias Suizos para defender y patrullar toda la ciudad, por eso necesitamos más efectivos. Lo que quiero es proteger la Santa Sede.

—¿Y qué quiere conseguir con eso?

—Vamos a ser el faro de la fe en la Tierra en sus tiempos más oscuros. Seremos un refugio. Un sitio de esperanza. Y cuando todo esto acabe, el mundo recordará que resistimos en los momentos más difíciles. Saldremos reforzados.

El político se quedó en silencio. Pensativo. No sabía si estaba delante de un genio o de un loco. Aunque podía entender lo que estaba buscando el camarlengo. Y si le salía bien acumularía un poder que no había tenido la Iglesia... nunca. Era cierto que antes la Iglesia había tenido poder pero no al nivel mundial que ansiaba el religioso, y que podía obtener.

—¿Qué obtendré yo a cambio? —preguntó el político. Desde luego, no sería un problema destinar tropas a la ciudad del Vaticano, seguramente incluso tendría

voluntarios suficientes, pero si el plan tenía éxito quería obtener una parte de él.

—El apoyo de la Iglesia cuando la sociedad se recupere. Tiene mi palabra.

El apoyo de la Iglesia... sabía que eso ahora no era realmente mucho, pero en el futuro, si el plan que parecía tener el camarlengo tenía éxito, él estaría del lado de los ganadores. Lo que no le gustaba era pensar que sería el perro faldero de la Iglesia, pero si no le gustaba siempre podía dejarlo. Y aunque no tuviera éxito, siempre quedaría en el recuerdo el apoyo que iba a prestar al Vaticano. Era algo a tener en cuenta.

Guardó silencio durante unos minutos. Tenía clara su decisión. Pero no era cuestión de parecer ansioso o impaciente. Había jugado el suficiente tiempo en la política para saber que un silencio a veces era tan importante como un discurso. Y tampoco se quería hacer de rogar. Seguramente el camarlengo tendría algún plan alternativo.

—¿Podré disponer de los soldados sin problemas si los necesito? —preguntó el presidente—. Quiero decir, para que me manden informes, exploren las zonas, y cuando llegue el momento recuperen la ciudad.

—Por supuesto —respondió el camarlengo—, seguirán estando bajo sus órdenes finales. Sólo le pido que los ponga bajo las órdenes del jefe de la Guardia Suiza, y le prometo que éste obedecerá todas sus órdenes sin discusión alguna. Siempre que no implique poner en peligro esta Santa Sede.

—Entonces creo que tenemos un trato —dijo el presidente de la República poniéndose en pie y dándole la mano al camarlengo en señal de que acababan de cerrar un negocio beneficioso para ambos.

Mientras, en la Santa Sede, la actividad era frenética. En el despacho del camarlengo las cosas se habían tranquilizado un poco. Habían comenzado los preparativos para esa especie de asedio. Se estaban preparando distintas zonas del Vaticano para poder criar animales como pollos y gallinas, vacas y cerdos, y cultivar fruta y verdura. Otras zonas se habían reservado para posibles refugiados. Y para los soldados, por supuesto. Sería un arca de Noé moderna. Era posible que incluso se tuviera que añadir un capítulo a la Biblia narrando los sucesos que estaban ocurriendo.

El cardenal Filippi acababa de terminar el comunicado que iba a leer ante la prensa internacional con los motivos por los que había regresado el Santo Padre, anunciar el Apocalipsis. Ahora se encontraba preparando la reunión que debía tener con el resto de cardenales. Era una reunión importante, aunque lo cierto es que sus planes se habían puesto en marcha, y la confirmación del apoyo del resto de cardenales era un mero formalismo. Ya nada podía parar la bola de nieve que había puesto en marcha. Para bien o para mal.

De vez en cuando pensaba en el padre Xavier. ¿Sería un peligro para sus planes?

Le había pedido ayuda al Presidente de la República para capturarlo. La excusa que darían a las fuerzas de seguridad era sencilla: se trataba de un estafador que se hacía pasar por sacerdote para sacar dinero a sus víctimas. Una vez fuera capturado sería entregado a la Santa Sede.

Debía tener cuidado también con lo que diría en la reunión con los cardenales. No podía mostrarse poderoso, sino humilde, dar muestra de que hablaba en nombre del Señor y que todo era parte de los planes divinos. Sabía que habría cardenales que se opondrían a sus planes. La Iglesia no estaba precisamente exenta de luchas de poder pero más o menos tenía una lista mental de quienes le apoyarían, quienes estarían en contra de sus planes y quienes tendrían dudas hasta el último momento. Era a ellos a los que debía dirigir su mensaje. Señalar coherentemente la necesidad de llevarlo a cabo.

Su ayudante le trajo comida. No recordaba la última vez que había comido o dormido, aparte de los aperitivos de la reunión anterior. Su cuerpo se estaba alimentando de la adrenalina del momento. Revisó sus notas mientras comía. Parecía que todo estaba en orden.

Miró el reloj. Todavía quedaban unas horas para la reunión. Decidió tumbarse en el sillón para descansar un rato y recuperar fuerzas. Indicó a su ayudante que le avisara media hora antes de la reunión. Creía que no podría dormir pero en cuanto se tumbó perdió el sentido.

Unas horas después se había aseado y se dirigía hacia la sala de reuniones que se había habilitado para poder tener a todos los cardenales en el mismo sitio, tanto físicamente como por comunicación vía televisión. Nada más entrar todas las miradas se dirigieron hacia él. Todos se encontraban expectantes por lo que tenía que anunciar. Y era natural. No todos los días se daban a conocer los planes para una nueva cruzada.

Los monitores desde los que se comunicaban los cardenales que no se encontraban en la Santa Sede se habían repartido en un semicírculo, apilados casi como si fueran un triángulo. Podían ver y escuchar lo que estaba pasando e intervenir de considerarlo necesario.

Poco a poco los cardenales fueron tomando asiento en los lugares que se habían habilitado. Se trataba de una sala destinada y preparada para dar conferencias y tenía el suelo inclinado hacia abajo con un estrado desde el que hablaba el ponente.

El camarlengo aguardó en silencio encima de la tarima esperando a que los murmullos cesaran. Una cámara le seguía y permitía a los que no estaban ahí presentes físicamente poder verle. Otras cámaras se encargarían de enfocar a los cardenales presentes cuando tomaran la palabra.

Se aclaró la garganta y dio comienzo a la reunión.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para decidir el futuro de nuestra

religión. Se avecinan tiempos oscuros y es nuestro deber preservar nuestra fe.

»El Santo Padre ha regresado de entre los muertos. Pero no ha regresado su alma. Es un aviso de lo que nos espera en el futuro. A lo largo del mundo los muertos se están alzando y no podemos hacer nada para impedirlo. Debemos tomar medidas para conseguir que nuestra fe y nuestros feligreses sobrevivan a la plaga que Dios ha lanzado a este planeta como castigo por su desidia.

Los cardenales parecían mostrarse algo incómodos con el discurso catastrofista que estaban escuchando.

—¿Qué pruebas tiene de esta plaga, camarlengo? ¿Y qué quiere decir con que el Santo Padre ha regresado sin alma?

—Desde el primer momento el Santo Padre ha mostrado una violencia inédita en él, además no da muestras de vida médica. No respira, su corazón no funciona, su olor corporal es nauseabundo, como el de un muerto. Hice llamar al padre Xavier, que como todos sabrán tiene ideas algo radicales sobre el futuro de nuestra Iglesia, pero está versado en la ciencia moderna, y parece que en África ya han tenido lugar sucesos semejantes, muertos que vuelven a la vida. Parece una locura, pero el Santo Padre no parece estar vivo, ni albergar inteligencia alguna.

»Además, hace unas horas me he reunido con el presidente de la República, que me ha confirmado que ya han comenzado a suceder casos parecidos a lo largo y ancho del país.

Los murmullos se incrementaron ante las noticias.

—Pero seguramente, las fuerzas de seguridad italianas podrán luchar contra el problema. Estamos hablando de unas decenas de muertos. No parece que sea muy complicado acabar con ellos.

Varios cardenales asintieron al escuchar la opinión de su hermano.

—Me temo que no es tan sencillo. Al parecer estos muertos vivientes tienen la habilidad de convertir a los vivos en seres como ellos mordiéndoles o matándoles. Son extremadamente violentos y no se les mata con métodos normales. Si se trata de quemarles seguirán avanzando hasta que se conviertan en cenizas, las balas no les hacen nada salvo que se les dispare a la cabeza... me he estado informando al respecto.

—Entonces, ¿qué propone? —preguntó uno de los cardenales.

El camarlengo hizo una pausa y se volvió a aclarar la garganta.

—Debemos salvar a nuestros máximos benefactores. A la gente que, cuando esta plaga pase, ayudará a la sociedad a recuperarse. La construirá de nuevo, y estarán en deuda con nosotros. Volveremos a ser consultados y tenidos en cuenta. Los supervivientes nos tomarán en serio y viviremos una época dorada de la fe cristiana.

Uno de los cardenales le interrumpió.

—¿Qué quiere decir con que debemos salvar a nuestros máximos benefactores?

—Estoy hablando de los católicos con poder dentro de la sociedad. Gente que tiene dinero, medios y contactos. El tipo de gente que creará trabajo de nuevo, que reconstruirá los edificios caídos, que ostentará el poder en el futuro.

—¿Y qué hay de la gente de a pie sin ese poder? —interrumpió un cardenal desde uno de los monitores—. ¿Debemos dejarles morir?

—Estoy diciendo que debemos avisar primero a nuestros contribuyentes más fuertes. La gente que nos estará agradecida cuando vean que les hemos salvado las vidas. El resto, si son dignos, Dios les ayudará.

—Eso es intolerable —replicó el mismo cardenal del monitor—. ¿Hemos de vendernos a los ricos y poderosos? ¿Nos queremos convertir en los mercaderes del templo que fueron expulsados por Jesucristo? ¿Vendiendo nuestros servicios al mejor postor?

El camarlengo asintió comprensiblemente.

—Entiendo sus reticencias, pero debemos ser pragmáticos en este asunto. ¿Quién nos beneficia más que sobreviva? ¿La beata de ochenta años que viene todos los días a la iglesia o el constructor que dona parte de sus bienes y ayuda a arreglar iglesias?

Los murmullos crecieron hasta convertirse en discusiones por grupos. El cardenal Filippi se quedó en silencio, esperando a que la situación se calmara.

—Por favor, hermanos, calma. Entiendo que esta decisión es complicada pero hagamos lo que hagamos y decidamos lo que decidamos la plaga ya está aquí. Se trata de conseguir que la fe cristiana sobreviva.

—Usted habla de traicionar nuestra fe. De aliarnos con los poderosos y olvidarnos de los pobres —adujo desde el monitor uno de los cardenales—. Y todo por un trozo de poder. Es por cosas así que tenemos tan mala imagen.

—Tenemos mala imagen porque hemos dejado que nos pisoteen —replicó el camarlengo—, una y otra vez nos hemos dejado pisotear porque éramos débiles. Ahora se nos ha presentado la oportunidad de decir “Nunca Más”.

—Eso es una blasfemia —continuó hablando desde uno de los monitores el otro cardenal—. ¿No hemos aprendido nada del pasado? La gente ha matado en nuestro nombre y nos ha usado de excusa para sus cruzadas. Y siempre hemos acabado pagando nosotros. ¿Es que nos hemos olvidado de las matanzas de indígenas en nombre de la FE en las Indias Orientales? ¿Y las Cruzadas? ¿Nos hemos olvidado de los juegos políticos realizados por cardenales como Richelieu? ¿O debo recordarles la Santa Inquisición? Todo siempre en nombre de la FE.

El camarlengo pareció molestarse con ese último comentario de su hermano.

—¿Debo recordarle que esos indígenas sacrificaban vidas humanas a sus dioses paganos? —empezó a responder el cardenal Filippi—. Gracias a nosotros cambiaron sus costumbres paganas y asesinas.

—Gracias a nosotros murieron millones —señaló el otro cardenal—.

Aniquilamos civilizaciones sin querer entenderlas, no tratamos de conocerlas, de aprender de ellas. Usamos la fuerza para imponer nuestra fe sobre la suya. Y ahora vamos a hacer lo mismo.

—Se equivoca —dijo el camarlengo—. Vamos a avisar al mundo entero de lo que se avecina. Simplemente quiero que ciertas personas estén informadas con anterioridad para darles tiempo antes de que la sociedad se colapse.

—Ahora decidimos quién vive y quién muere —adujo el otro cardenal de nuevo, que parecía llevar la voz cantante de los disidentes—. ¿Qué hicimos con la Inquisición? También decidimos quién vivía y quién moría en base a disputas por tierras, nos vendimos al mejor postor... Y la Iglesia no se ha recuperado todavía de todas esas acciones de las que tampoco hemos mostrado demasiado arrepentimiento y ya estamos de nuevo con otro de nuestros juegos. ¿Es que no hemos aprendido de nuestros errores? ¿Vamos a seguir tropezando con la misma piedra una y otra vez?

—¿Entonces por qué Dios nos ha mandado esta señal? —preguntó el camarlengo—. ¿Por qué ha resucitado el Santo Padre?

—Tal vez para darnos la oportunidad de redimirnos. De hacer lo correcto —respondió el otro cardenal—. De demostrar a la sociedad que hemos cambiado. Que tratamos a todos del mismo modo y que aprendemos de nuestros errores.

—Oh, pero aprenderemos de nuestros errores —señaló el camarlengo—, estas acciones no serán públicas, sino privadas. Nadie sabrá nada de nuestra implicación. Pediremos que nuestra intervención se mantenga en secreto.

—Secretismos —dijo el otro cardenal—. Eso hemos aprendido. A conspirar en las sombras como las comadreas o las ratas. ¿No veis, hermanos, que esta oportunidad no es para conseguir el poder sino para salvar el alma de la Iglesia? Si aceptamos la idea del camarlengo estaremos vendiéndole el alma al diablo. Tenemos la oportunidad de comenzar de nuevo. De demostrar que podemos ser mejores. Sin recurrir a conspiraciones secretas.

—La Iglesia debe cambiar con los tiempos —dijo el camarlengo—. No podemos ayudar a la sociedad si no podemos llegar a ella. Con este movimiento nos aseguramos el agradecimiento de los poderosos y su ayuda en el futuro para dar a conocer el mensaje de Dios. Los que mueran serán recordados por su sacrificio para obtener una Iglesia más fuerte que podrá afrontar nuevos retos.

»Estaremos en posición para asegurarnos de qué es lo mejor para la sociedad. Las iglesias se volverán a llenar de feligreses queriendo escuchar lo que tenemos que decir. La palabra de Dios será escuchada en todo el mundo y la gente estará deseosa de ello. Podremos por fin tener una sola religión en todo el planeta. Demostraremos ser los más fuertes. Los únicos que vimos llegar lo que se avecinaba porque nuestro Dios nos advirtió. El resto de religiones desaparecerán al demostrarse que servían a falsos dioses.

—Y, a cambio, sólo tendremos que vender el alma de la Iglesia al Diablo — repitió el otro cardenal.

El camarlengo se estaba comenzando a cansar de la cerrazón del cardenal que hablaba desde el otro lado del monitor. Seguro que para él era muy sencillo, estando sentado al otro lado del mundo, sin haber visto lo que él, sin tener que lidiar con lo que él había lidiado. ¿Por qué no podía verlo? ¿Por qué no lo entendía? Había tenido una visión de una sociedad mejor. Y estaba al alcance de sus manos. Sólo tenían que alargarlas.

—Lo que está diciendo es demagogia —dijo finalmente el cardenal Filippi—. No vamos a hacer ningún trato con el diablo, ni vamos a vender nuestras almas. Vamos a salvar vidas. Y almas. ¿Y qué hay más noble que eso?

—Tratar a todo el mundo como iguales —replicó el otro cardenal—, no seleccionar qué alma es más valiosa y cuál hay que salvar. Nosotros no somos quiénes para decidirlo. Ésa es una elección que debe hacer nuestro Señor. Nuestro deber no es interferir constantemente con lo que hace la sociedad. Deberíamos estar al margen de ello. Nuestro deber es dar a conocer la palabra de Dios, no imponerla de ninguna manera.

—Pero no estamos imponiendo nada a nadie —respondió el camarlengo mostrando la impaciencia en su voz.

—Ahora mismo existen personas de esta Iglesia que están intentando imponer nuestros puntos de vista a base de amenazas a los gobiernos —señaló el otro cardenal—, decimos a nuestros feligreses a quiénes deben votar. Es una locura. Nuestro deber no es meternos en política.

El camarlengo guardó un cauto silencio mientras se mordía el labio inferior. Luego decidió tomar una decisión y acabar con la discusión.

—Me parece que desde el principio esta reunión ha comenzado con mal pie y con una idea que no era la que tocaba. No estamos aquí para decidir lo que vamos a hacer. Esa decisión está tomada. Estamos aquí para decidir cómo informar a nuestros benefactores y qué pasos tomar para asegurarnos su supervivencia.

—¡Eso es intolerable! —dijo gritando el otro cardenal—. ¡No pienso formar parte de esta conspiración!

El camarlengo asintió.

—De acuerdo, sólo le pido que guarde silencio entonces respecto a esta reunión y nos reporte sobre la gente de interés que vivan en su zona para que nosotros les informemos.

—¡Inaceptable! —respondió el otro cardenal—. No pienso guardar silencio sobre lo que sea que sea esto. Pienso denunciarle. Usted no tiene el poder para tomar esas decisiones por todos nosotros.

—Más le vale guardar silencio —le advirtió el camarlengo transformando su tono

de voz—, o podrían aparecer noticias sobre usted en su comunidad. Ya sabe que los medios están ansiosos por publicar cualquier cosa que tenga que ver con escándalos de la Iglesia.

—¿Me está amenazando? —preguntó sorprendido e indignado el otro cardenal—. ¿A eso ha llegado?

—Haré lo que crea necesario por el bien de la Iglesia. Le ruego que guarde silencio sobre este tema hasta que la Santa Sede haga público su comunicado.

—Como usted quiera, camarlengo, pero no pienso seguir formando parte de esta reunión —dijo a modo de respuesta y acto seguido su monitor se apagó.

No fue el único que se apagó, varios más lo hicieron, y junto a ellos varios cardenales se pusieron en pie y dejaron la sala visiblemente molestos y contrariados.

—Bien —dijo triunfalmente el camarlengo—, creo que es hora de hablar de lo que tenemos que hacer para salvar a esta sociedad.

El padre Xavier se encontraba esperando en la entrada del edificio. A unos metros estaba el guardia suiza que parecía iba a ser su escolta. Se encontraba fumando un cigarrillo mientras esperaban al coche que les llevaría al aeropuerto.

Lo cierto es que todo este viaje había resultado extraño. El camarlengo no había sido nunca un gran fan de su trabajo, y mucho menos de sus ideas innovadoras y aperturistas. Había chocado contra gran parte del clero que seguía viviendo en un mundo fantástico alejado de la realidad y de la sociedad que se suponía que tenían que guiar. ¿Pero cómo querían hacerlo si estaban encerrados en sus torres de marfil añorando los buenos viejos tiempos?

Esos pensamientos le habían llevado a acabar su carrera en el continente africano como misionero. Lo cual, al contrario de lo que seguramente esperaban, no le había importando, siempre había tenido en cuenta que Dios era omnipotente y estaba en todas partes. Así que el continente africano era tan buen lugar como otro cualquiera para estar hablando de Dios e intentar ayudar a otros a descubrirlo.

Pero este viaje de vuelta, y su rápido regreso de nuevo... Seguramente estar tanto tiempo rodeado de señores de la guerra y gente que no apreciaba su color de piel o su misión le había hecho ser un poco paranoico, pero no entendía nada. ¿Para qué le habían llamado? ¿Para certificar algo que el camarlengo decía ya saber? ¿Para así recordarle quién mandaba? ¿Una prueba? Se hacía todas estas preguntas mientras miraba al cielo buscando una señal. Lo único que vio fue la estela de un avión comercial que se dirigía a algún sitio.

De vez en cuando su escolta le dirigía una mirada rápida como para asegurarse de que seguía estando ahí. ¿Dónde más iba a estar? ¿Y por qué no paraba de vigilarle? Seguía dándole vueltas a la cabeza, pensando en su extraña reunión. El Santo Padre era un zombi. ¿Una ironía de la situación actual de la Iglesia? Sonrió ante la idea, a la vez que se asustaba por lo que se avecinaba. Las palabras del camarlengo no le

habían tranquilizado. Si conocía algo bien al viejo zorro sabía que tenía algo entre manos. ¿Pero el qué?

Repasó mentalmente una vez más lo que había pasado desde que había recibido la orden de regreso. No sabía ni cómo le habían encontrado. Estaba visitando una pequeña aldea cercana a otra que había sido arrasada y de la que no quedaba rastro alguno salvo una enorme mancha negra. Nadie parecía saber nada sobre el tema o tenían miedo de ser los siguientes en desaparecer sin dejar rastro. Estaba hablando con uno de los jefes de la tribu cuando un jeep apareció casi sin avisar y un hombre negro fornido le había indicado que tenía que acompañarle hasta un claro cercano. Ahí le esperaba un helicóptero que le transportó a un aeropuerto. Su sorpresa fue grande al ver el símbolo del Vaticano en el avión que le estaba esperando. Nadie le dijo nada, nadie se molestó en dirigirle la palabra para darle alguna explicación. En unas horas estaba de vuelta en Roma delante del cadáver no-muerto del Santo Padre.

El padre Xavier siguió con la mirada el coche que se acercaba hasta parar frente a ellos. Su escolta le indicó que subiera atrás con él.

El coche se puso en marcha saliendo de la ciudad del Vaticano y comenzó a recorrer las congestionadas calles de Roma. Nadie parecía tener ganas de hablar dentro del coche y el sacerdote se conformó con mirar los paseos de la gente por la calle mientras seguía repasando lo que había sucedido.

Nadie en el exterior parecía ser consciente de lo que implicaba la vuelta a la vida del Papa. Todos paseaban siguiendo con sus vidas diarias. Sí, seguramente tendrían curiosidad por lo que ellos considerarían un milagro, pero que podía bien ser el comienzo del Apocalipsis.

Aunque, tal vez, ese Apocalipsis arreglara los problemas de tráfico de Roma. El coche permanecía más tiempo parado que en marcha y parecía que iban a pasarse medio día en su interior antes de llegar al aeropuerto. El teléfono del coche sonó y todos parecieron sorprenderse. El escolta cogió el teléfono y habló durante unos segundos. Luego le tendió el teléfono al sacerdote.

—Es para usted, padre.

Xavier miró sorprendido el teléfono y lo cogió. Una voz que no reconocía comenzó a hablar.

—Antes de nada, si aprecia su vida y la mía, no muestre sorpresa ni reacción alguna ante lo que le tengo que decir. Escuche con atención y no repita nada de lo que yo le diga.

—De acuerdo —respondió neutramente el sacerdote.

—El camarlengo tiene planes, grandes planes. Nos ha reunido a un grupo de nosotros para contárnoslos. Quiere usar la resurrección del Santo Padre para reforzar la cristiandad, y además pretende salvar sólo a los más ricos y poderosos para poder manejarlos.

El padre Xavier estuvo a punto de decir algo pero se mordió la lengua recordando lo que le había advertido.

—Entiendo, siga —dijo simplemente como respuesta.

—No piensa advertir de la amenaza en sí. No piensa informar de que el Santo Padre es un... bueno, que no ha resucitado realmente. Pretende usarlo en beneficio propio. No ha entrado en detalles, pero dudo que, sabiendo como sabe usted la verdad, le deje tranquilo. No estoy de acuerdo con algunas de sus afirmaciones, padre, son demasiado drásticas, pero no le deseo ningún mal. Y la actuación del camarlengo está siendo vergonzosa.

—Comprendo, le daré el mensaje al gobierno africano —respondió el padre Xavier a modo de excusa para justiciar la llamada.

—Vaya con Dios, y tenga cuidado —dijo a modo de despedida la voz.

El padre Xavier colgó. El escolta le miraba con cierto recelo.

—Asuntos políticos —respondió el sacerdote—. El mejor modo de que la iglesia se comuniquen con algunos funcionarios de forma discreta es a través de sacerdotes como yo. Mensajeros de Cristo.

El escolta pareció darse por satisfecho. Y el padre Xavier volvió su vista de nuevo a las calles llenas de gente. ¿Qué le tendría preparado el camarlengo?

El padre Xavier veía avanzar lentamente el coche por las congestionadas carreteras mientras por su cabeza pasaban ideas sobre lo que el camarlengo le tenía preparado y cómo escapar de ese destino.

Seguramente le tenía preparada una cómoda celda en alguna cárcel, o tal vez alguna cabaña apartada en las montañas en la que siempre estaría vigilado. O encerrado en algún monasterio. Prisionero y alejado de los planes del camarlengo.

No dudaba de lo que le habían dicho por teléfono. El camarlengo siempre había sido una persona ávida de poder, y como secretario personal del Papa estaba a un paso del poder absoluto o puede que incluso más cerca, dado que se rumoreaba que era el titiritero detrás de la mayoría de decisiones del fallecido Santo Padre. Pero sacrificar a muchos para salvar a unos pocos era algo completamente pecaminoso. Entendía sin problemas el plan. Al deberle la vida la gente haría lo que le pidiera. Y la Iglesia... bueno... tendría voz y voto en todo lo que se decidiera.

¿Debería aprovechar para saltar del coche en uno de esos parones que provocaba el tráfico? Sonrió. No tenía muchos problemas en cambiar de tema de pensamiento en un instante. Eso le había servido para salvar la vida en África varias veces. Negó mentalmente. Seguramente sus guardianes le atraparían enseguida, sabían moverse entre las multitudes y estaban especializados en no perder de vista a sus sospechosos. Debía ser más sutil.

Realmente lo que tenía preparado el camarlengo, si hacía lo que Xavier estaba pensando, era terrorífico. No sólo estaba sacrificando a los más débiles, yendo contra

las Santas Escrituras, sino que estaba vendiendo su alma al Diablo y no parecía importarle. ¿Pero qué podía hacer él? ¿Ir a la prensa? ¿Hablar con los periodistas y desvelar sus diabólicos planes? Seguramente le tacharían de loco, además, su pasado no era ciertamente el mejor para poder refutar sus palabras, y la Iglesia tenía el poder para desacreditarle sin problemas. No obstante, tenía que hacer algo.

Tal vez podía aprovecharse de la situación y de uno de los pecados capitales. Su mente estaba tejiendo un plan de escapada.

—Disculpen, ¿sería posible parar a comer? —preguntó inocentemente el padre Xavier—. No he comido desde hace... bueno... antes del viaje. Además, no puedo decir justamente que esté deseando volver a África. Sería un pecado estar en Roma y no aprovechar para comer alguno de sus deliciosos platos.

—No sé, padre, tenemos nuestras órdenes —respondió el escolta que se encontraba a su lado—. No sé si al camarlengo le parecería bien.

—Piensen que es algo así como la última comida del condenado —dijo sonriendo, aunque su sonrisa se congeló al ver la rápida mirada que intercambiaron conductor y escolta. Fue breve, pero peligrosamente significativa; aquellos cenutrios parecían no tener la habilidad de mostrar cara de póker—. Piensen que en el continente negro no hay restaurantes italianos, a saber cuándo será la última vez que podré comer un plato de verdadera pasta italiana. Seguro que el camarlengo estaría de acuerdo. Sería piedad cristiana.

»Miren, hace tiempo que no estoy por la ciudad —continuó hablando al tiempo que pensaba que era lamentable tener que pedir permiso de aquella manera para comer—, así que podemos ir a dónde ustedes elijan. Pero que sea un sitio que sirvan buena pasta italiana. Sólo les pido eso.

El conductor y el escolta intercambiaron miradas como si estuvieran hablando en silencio. Finalmente ambos parecieron llegar a un consenso dado que el conductor le respondió.

—Conozco un lugar cerca de aquí, hacen una pasta diaria que está muy buena pero es algo caro.

—Que le pasen la cuenta al camarlengo —dijo sonriendo falsamente el sacerdote—, seguro que no le importa alimentar al hambriento. Al fin y al cabo ésa es la política de la Iglesia.

El padre Xavier permaneció en silencio el resto del trayecto. Escaparse de sus “captosres” iba a ser un problema pero seguro que estarían con la guardia baja. No esperaban que él fuese a escapar. Además les había dejado elegir el lugar para comer, lo cual implicaría, o eso esperaba, que estuvieran más relajados todavía. Siempre era más complicado escapar de un lugar desconocido y más si es público.

Al cabo de un tiempo indeterminado llegaron al restaurante; el sacerdote no llevaba reloj porque en África el tiempo no era precisamente importante y además

podría causarle algún desencuentro con los locales, aunque fuera un reloj barato. El restaurante era un pequeño local rodeado de casas antiguas y que tenía un pequeño patio cerrado por una elevada pared de piedra. Bastante pintoresco, pero algo habitual en Roma.

Primero salió el escolta que miró a ambos lados de la calle como intentando buscar alguna amenaza. “Deformación profesional”, pensó el padre Xavier mientras salía del coche. Finalmente se apeó el conductor, que también comprobó su alrededor antes de cerrar el coche y conectar la alarma. Los tres entraron en el patio del restaurante donde les recibió un alegre maitre.

—Buenos días. Señores, padre —dijo saludando especialmente al sacerdote—. ¿Mesa para tres?

El escolta asintió mirando a su alrededor y buscando la mesa ideal. Señaló una que estaba en una de las esquinas del patio desde la que se veía tanto el acceso a la calle como al interior del restaurante.

El maitre asintió con la cabeza y volvió a estudiar al sacerdote no dando crédito a que alguien como él fuera acompañado de una escolta de dos hombres. Les acompañó a la mesa y la preparó quitando uno de los cubiertos. Cada uno de los hombres se sentó a un lado del sacerdote quedando éste en medio de ambos.

Enseguida les trajeron la carta. Después de estudiarla unos minutos, el padre Xavier eligió unos tradicionales espaguetis a la boloñesa. No le importaba comer antes de escapar. Eso haría que sus guardaespaldas estuvieran más relajados y le daría a él fuerzas por si no volvía a comer en un largo periodo de tiempo.

Se excusó para ir al baño a lavarse las manos y hacer otras cosas. Uno de sus escoltas se levantó para acompañarle. El sacerdote no dijo nada. Todavía no tenía planeado escaparse. Aprovechó la visita al baño para estudiar el local. Al volver se disculpó unos minutos con la excusa de querer ver cómo hacían la pasta. De vez en cuando le hacía alguna pregunta al maitre que servicialmente había acudido para ver si necesitaban algo. La verdad es que al padre Xavier no le costó nada mostrarse interesado por el proceso por el que cocinaban la pasta. La cantidad que hacían y cómo la elaboraban. Era un proceso complejo pero fascinante.

Acabadas las explicaciones y dándose por satisfecho volvió a la mesa bajo la atenta mirada de su escolta, que no parecía perderle de vista. Aprovechó la espera hasta que llegara la comida para comentar todo lo que había visto con sus dos comensales que no parecían querer socializar demasiado con él. Daba igual, lo importante era conseguir que creyeran que no sabía nada y que no era un peligro.

Al cabo de un cierto tiempo les llegó la comida. El padre Xavier bendijo la mesa y comenzó a comer en silencio. Sus compañeros parecían al principio reacios pero a medida que circuló el vino y la comida entraba en el estómago, comenzaron a relajarse y hablar entre ellos de la vida en general. El padre Xavier apenas intervenía

en la conversación para no enfriar el ambiente.

Mientras comía en silencio pensó en la mirada que habían intercambiado sus acompañantes cuando había hecho el comentario de la comida del condenado. Había visto antes esa mirada. Y no sólo en África. Era la mirada de aquellos que ocultaban algo y a los que les habían descubierto. La habían cambiado rápidamente, les tenía que conceder su pronta reacción, verdaderos profesionales. Pero aún así... ¿podría ser que el camarero hubiera ordenado su muerte? Le resultaba difícil imaginar algo así. Sí, el camarero era un hombre ambicioso, pero ordenar que le mataran parecía demasiado exagerado. Claro que ver a un Papa resucitado como zombi no era precisamente algo que pasara todos los días.

No podía imaginar que estos hombres que habían dedicado su vida a proteger al Santo Padre y al Vaticano hubieran aceptado quitarle la vida a un sacerdote, pero lo cierto era que a la hora de cometer los crímenes más atroces, se convencía más fácilmente a los fanáticos. Y desgraciadamente también había conocido demasiados a lo largo de su vida. Era algo enfermizo ver cómo excusaban su comportamiento de una manera casi irreal. Sus ojos irradiando una fe en sus ideas, que en cierta medida entendía. Él no se consideraba un radical, ni un fanático, le gustaba tener discusiones con la gente sobre Dios y su religión, pero admitía sin problemas que la Iglesia había cometido su ración de crímenes sin justificación real.

Y tal vez ése era el problema. Que admitía pertenecer a una organización que no era perfecta. Y eso no gustaba a todos los miembros. Tendría que recordar en sus oraciones al misterioso benefactor que le había avisado por teléfono y seguramente le había salvado la vida.

La comida dio paso al café, y ése fue el momento que aprovechó para poner sus planes en marcha. Los dos hombres se encontraban fumando, aunque seguían manteniendo ese aire de profesionalidad que irradiaba que si algo fuera a pasar estaban preparados para saltar a la acción.

El padre Xavier se levantó de la mesa y se excusó para ir de nuevo al baño. Su escolta hizo acto de ponerse en pie para acompañarle.

—Por favor, no hace falta —se excusó el sacerdote—. Conozco el camino, además, no creo que nadie ahí dentro quiera hacerme nada, soy un simple cura, le aseguro que si tuviera enemigos estarían todos en África. Por favor, no quiero ser una molestia.

El escolta se quedó a medio levantar y finalmente se volvió a sentar, dándose por satisfecho.

El sacerdote entró en el local y se dirigió rápidamente a la cocina. Durante su anterior visita había visto su objetivo. Una puerta que daba al callejón del restaurante. Afortunadamente para él, estaba lo suficientemente oculta al público como para que el escolta no la hubiese visto. Además, él se había encargado de moverse de manera

que no estuviera a la vista de su acompañante.

No se paró a decir nada a los cocineros y pinches que estaban demasiado ocupados cocinando y que parecían no prestarle mucha atención debido a sus anteriores visitas.

Abrió la puerta y salió al callejón. En unos minutos estaba rodeado de gente y lejos del restaurante. A cada minuto se alejaba más de sus escoltas, que no podían imaginarse que su presa había escapado.

En la actualidad

Mara llevaba un par de días estudiando la ciudad desde la lejanía.

Estaba tumbada mirando a través de los prismáticos y estudiaba lo que tenía delante con fascinación. Mientras habían estado con el grupo siempre habían evitado las ciudades. Cuando había preguntado sobre el tema, le habían explicado que las ciudades eran como los pueblos, pero más grandes. Y por tanto tenían más zombis.

Pero se habían quedado cortos. Nunca había visto nada igual. Los edificios eran inmensos, algunos parecían tocar el cielo, además la arquitectura era completamente diferente a la de los pueblos. Mientras que en ellos existía cierta armonía en los edificios y mantenían cierto parecido unos con otros, la ciudad tenía una mezcla de estilos tremenda e ilógica. Largos edificios rodeados por otros más pequeños de distintos tamaños y colores. Zonas que parecían abandonadas y un poco más lejos casas que contaban con lo que antes había sido un jardín...

Y no se cansaba de mirar. Era la primera ciudad que veía, al menos que ella recordase. Y nunca había estado en ninguna. A través de los prismáticos podía observar a los zombis. Deambulaban por las calles de un lado para otro.

Simplemente... caminando de un lado para otro. Sin rumbo, sin objetivo, a veces se quedaban quietos y no se movían en horas, con la mirada perdida en algún punto. En otras ocasiones, chocaban unos con otros durante varios minutos hasta que uno de ellos o ambos, cambiaban de rumbo por el golpe. Era patético. ¿Cómo era posible que un ser tan estúpido fuera a la vez tan peligroso? No parecían tener ni rastro de inteligencia. Había varios zombis dentro del jardín de una casa de la que no podían salir porque no sabían abrir la puerta de rejas. En los alrededores de los edificios más altos había zombis que se arrastraban, con las piernas visiblemente destrozadas, seguramente por haberse tirado desde alguno de los pisos sin pensar en las consecuencias.

No había ni rastro de vida humana. No había rastro de ningún tipo de vida. No veía animales, ni aves, nada. Las calles que podía ver estaban intransitables. Había vehículos volcados, quemados, cruzados... o todo a la vez. Pero aún así... sabía que acabaría bajando a visitar la ciudad. Quería verla más de cerca pero tenía que ser cuidadosa. No llamar la atención. Y todavía no sabía cómo pero algo se le ocurriría. Se levantó y comenzó a caminar rodeando la ciudad desde la distancia. Era obvio que

desde ese punto no se podía acceder a la ciudad. Debía buscar una entrada mejor.

Había una pregunta que le corroía: ¿Habría supervivientes en aquella inmensa masa de edificios a la que llamaban ciudad, o los únicos seres que la poblaban serían los zombis?

Debía averiguarlo.

El padre Xavier observaba desde la ventana los zombis que paseaban por las calles no ya como unos monstruos, sino como unos simples peatones confundidos. Caminaban lentamente, sin rumbo fijo. Y sin mirar a su alrededor, salvo cuando se producía algún ruido, entonces giraban su cabeza rápidamente esperando encontrar a un ser vivo del que obtener ¿comida?

Antes de salir del país, el sacerdote había pasado buscando refugio por casa de un antiguo amigo, o lo más parecido a un amigo que tenía en el país. Le había advertido mínimamente sobre el peligro que se avecinaba y le había aconsejado que cogiera a su hermana y a la familia de ésta y se refugiara en una cabaña que tenían en las montañas cerca de un lago, con suficiente comida para aguantar durante un tiempo muy largo. Después de eso y de conseguir no ser detenido, se había dedicado a ir de un lado para otro sin rumbo fijo limpiando la faz de la tierra de esas criaturas infernales.

Y ahora se encontraba en esa ciudad. Había llegado hacía una semana y se había dedicado a buscar provisiones, munición y un refugio desde el que poder observar a esas criaturas del averno, y descansar cuando no estaba haciendo la obra de Dios. Aunque viendo el número de éstos se preguntaba si realmente estaba haciendo la obra de Dios o si más bien la plaga que se había desatado sobre el mundo era un castigo divino.

Había días en los que su fe se debilitaba pero entonces recordaba el amor de Dios por los seres humanos hasta el punto de enviar a su hijo para salvarles... y sabía en ese momento que Dios no había mandado a estas criaturas. El suyo no era un Dios vengativo, sino bondadoso.

Además, si quería eliminar a los seres humanos no necesitaba hacerlo de una manera tan cruel.

Pero lo cierto era que estaba cansado. Matar a aquellas criaturas era una labor tediosa y peligrosa. Parecían no acabarse nunca. Y, aunque confiaba en su Señor, lo cierto era que existía la posibilidad de acabar como ellos y eso le aterraba. Sabía que si se convertía mataría a gente, y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir. Metió la mano en un bolsillo y acarició la bala que llevaba. En ella se encontraba su destino si las cosas no salían bien.

Subió a la azotea y pasó entre varios edificios antes de encontrar un sitio que parecía tranquilo y por el que podría bajar a la calle sin problemas. Una vez llegó a la calle principal, los zombis no tardaron en detectar su presencia. Y el padre Xavier

reanudó la tarea para la que Dios parecía haberle elegido: darle el descanso eterno a esos pobres cuerpos que habían sido profanados.

—*La verdad es que no eres muy habladora. Tal vez tendría que haber conservado toda la cabeza y no sólo tu cerebro. Pero tampoco hubiera servido de mucho. La carne se te hubiera podrido, se te habrían caído los ojos... en fin, un espectáculo poco agradable.*

»*Además, no podrías haber hecho nada, no podrías haberme mordido dado que tus músculos no hubiesen respondido sin espina dorsal, ni dicho nada, porque no tendrías cuerdas vocales, y, lo más importante, tendrías los pelos hechos un desastre.*

»*Pero bueno, no pasa nada, estoy acostumbrado a llevar el peso de las conversaciones aunque no a ser el centro de atención, y sinceramente, la atención que los zombis me prestan... me pone nervioso. Supongo que te preguntas, ¿y ahora a dónde? Bueno, lo cierto es que no suelo tener en mente mi destino, simplemente voy caminando y dejo que sea éste el que decida. Al fin y al cabo, el destino me llevó hasta ti, por ejemplo, ya sé que no esperabas que ése fuera tu destino, pero así verás mundo... Vale, lo siento, no quería meter el dedo en la llaga.*

»*Pero piensa positivamente: has tenido suerte de encontrarte conmigo y te alejara de ese grupo que estaba destinado a morir. Seguramente te habrías convertido en un zombi y habría muerto gente por tu culpa. Y dime, ¿podrías vivir con ello? ¿Saber que la gente iba a morir por tu culpa? ¿Y que te la ibas a comer? Bueno, no toda, sólo un poquito.*

»*Sí, lo sé, piensas en estos momentos que ya eres un zombi y que no he arreglado nada pero te equivocas. ¿Recuerdas ese hospital en el que hemos estado un tiempo? Estuve estudiando tu cerebro. Seguramente lo notaste, alguien tan tímida como tú... supongo que no te haría ilusión saber que mis manos estaban por todo lo que quedaba de tu cuerpo. Pero tranquila, fui un caballero, y lo nuestro sólo es una relación profesional médico-paciente. Bueno, como te iba diciendo, como ya sabrás, los zombis se convierten por varios métodos. El más obvio morir, ser mordido e infectado por lo que sea que sean portadores, o por fluidos, ya sabes, tienes una herida abierta, él te babea en la herida... una cosa lleva a la otra y antes de que lo sepas ya estás abriendo en canal a tus compañeros para comerles los intestinos. Una imagen desagradable.*

»*¿En qué categoría entra tu transformación? Técnicamente te aseguro que cuando te extirpé el cerebro todavía estabas viva, y dado que el cerebro sólo necesita oxígeno para seguir vivo y estamos rodeados de oxígeno pues...*

no tendrías que haber muerto. Pero es más complicado que eso, hay también electricidad asociada al tema y hoy en día es complicado conseguirla. Así que me temo que técnicamente, sí, eras un zombi.

»Pero ahora vienen las buenas noticias, como te decía en el hospital estuve estudiando tu cerebro y comparándolo con cerebros sanos y creo que descubrí la zona responsable de la infección... y te la extirpé. Así que en teoría ya no eres una zombi... bueno, un cerebro zombi, ahora eres un cerebro no —zombi. Tendré que buscar una palabra para denominar a este estado tuyo.

»¿A dónde vamos ahora? Pues a la ciudad, quiero probar a extirpar esa parte del cerebro en un zombi más funcional... y ver qué pasa.

»Tranquila, seguro que será divertido.

Donald Brown tenía un plan. Le había venido a la cabeza mientras estaba en la azotea de un edificio estudiando a los zombis. Todavía buscaba la manera de llamar la atención de esos monstruos sin cerebro pero ávidos de carne humana viva. Había descartado la idea de usar un cebo humano, y la de usar un vehículo, ya que las calles eran impredecibles y nunca sabías con lo que te ibas a encontrar.

Pero la revelación le vino del cielo. Como debía ser, pensó. Mientras estudiaba a los horrendos bichos que habitaban ahora la ciudad había observado que éstos reaccionaban al ruido, se dirigían al mismo, esperando encontrar su próxima víctima. La idea que tenía ahora era generar ruido para que lo siguieran.

El problema era cómo hacerlo. El asunto del vehículo también era un problema. Y su plan no avanzaba. Estaba tan cerca de obtener la solución, pero a la vez... era frustrante.

En ese momento el sol se escondió y unas enormes sombras se posaron sobre él durante unos segundos. Miró hacia arriba y tres helicópteros pasaron veloces pero silenciosos por encima de su cabeza.

Ésa era la solución. Helicópteros. Pero no esos inmensos armatostes.

No. Helicópteros pequeños, una de esas maquetas que había en las tiendas de aeromodelismo. Sonrió.

Eso era. Un helicóptero de aeromodelismo haría ruido de por sí, pero además seguro que se le podría aumentar el ruido todavía más, de alguna manera. Poniéndole una radio casete con la música a tope.

Lo primero que había tenido que conseguir era encontrar una tienda de aeromodelismo en la ciudad, algo complicado teniendo en cuenta la plaga de zombis que deambulaban por la misma. Pero al final lo había conseguido. Con la caja venía todo lo necesario: instrucciones, material para montar y arreglar el helicóptero, consejos... Sólo necesitaba la mezcla para el combustible, y también venía en las

instrucciones cómo debía conseguirlo.

Las primeras pruebas no habían sido muy prometedoras. Lo cierto es que era complicado manejar el helicóptero. Requería cierta maestría. Pero con cada prueba mejoraba el control, hasta que consiguió que volara cómo él quería y hacia donde él quería.

Desde la azotea hizo despegar el helicóptero y lo comenzó a pilotar hacia un grupo de zombis que había en la zona. Lo dejó volar sobre sus cabezas durante unos minutos estudiando la reacción de los mismos.

Y era la esperada, el nuevo y ruidoso elemento llamaba su atención.

Comenzó a mover el helicóptero y los zombis comenzaron a seguirlo. A cada metro que el helicóptero avanzaba se unían más zombis al grupo perseguidor. Funcionaba... los zombis perseguían el helicóptero intentando cazarlo, levantando lenta e inútilmente sus brazos al aire.

Lo había conseguido. Ya tenía el medio para guiar con seguridad a un gran grupo de zombis contra su enemigo acérrimo, que se encontraba refugiado en el cuartel militar. Sonrió al pensar la sorpresa que tendría cuando descubriese a miles de zombis invadiendo y destruyendo su preciosa base y de paso se lo comían vivo... Sí, sería un espectáculo digno de ver... desde la distancia, claro, la seguridad ante todo.

—Señor, tenemos algo.

Henry no se acostumbraba a que le llamasen. El general había insistido a sus hombres que se dirigieran a él con respeto, como si fuera él mismo. Cadena de mando, decía el general, que había insistido en que Henry lo aceptara. Una graduación virtual pero necesaria en los tiempos que corrían. Las personas bajo el mando del general necesitaban sentir que seguían siendo parte del ejército para que se mantuvieran en tensión y tuvieran algo por lo que vivir.

Se acercó al oficial que le había llamado la atención. Éste señaló un punto en la pantalla donde se veía un mapa de la zona cercana.

—Los exploradores y los vigías han detectado tres helicópteros en distintas posiciones. Un helicóptero de transporte de tropas y dos de ataque, seguramente como escolta. Silenciosos.

Dibujó una ruta según los informes que le habían pasado.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó entre alarmado y sorprendido Henry.

—No, su ruta parece evitar apostar la base. Como si supieran que estamos aquí pero no quisieran que lo supiéramos.

—Eso es ridículo. Si supieran que estamos aquí se habrían comunicado con nosotros. Además el radar los hubiera detectado —señaló Henry.

—Ése es el otro tema por el que le he llamado —señaló una pantalla cercana.

Henry estudió la pantalla durante unos minutos buscando algo raro.

—No veo nada. ¿Qué debería ver?

—Ésa es la cuestión —dijo el oficial—, esa pantalla es la lectura del radar. No detecta los helicópteros. Si no fuera por los exploradores no sabríamos de su existencia. Para el radar no existen.

—¿Van hacia el castillo? —preguntó visiblemente alarmado Henry.

—Por la ruta que podemos extrapolar, no. Al parecer se dirigen a una ciudad cercana.

Henry dio una palmada amistosa en el hombro del oficial y se alejó.

Nada más entrar en su despacho cogió el teléfono vía satélite y llamó a Gerald.

—Gerald, soy Henry, puede que tengamos un problema. Los exploradores han descubierto un grupo de helicópteros que el radar no detecta.

—¿Algún objetivo concreto? —preguntó Gerald desde el otro lado de la línea telefónica.

—Parece que han evitado apostar la base y no tienen punta de dirigirse al castillo —respondió Henry—. Parece que su objetivo es una ciudad cercana pero lo que me preocupa son las molestias que se están tomando para pasar desapercibidos.

—Bueno, si te refieres a lo de que sean invisibles, en fin, si son del ejército no sería algo raro. Ya sabes, como el SR-71 Blackbird. El avión espía.

—No, imposible —respondió Henry—. El SR-71 se ve en los radares, lo que pasa es que para verlo necesitas un telescopio, pero aparte de eso... no es invisible. Además, está el tema de que no se comuniquen con la base.

—¿Una conspiración? —preguntó escéptico Gerald.

—¿No decías que tenías un grupo fuera investigando a un espía? ¿Y si hubiera otro espía entre ellos y fueran a recogerle?

—El grupo ha regresado —respondió Gerald—. Bueno... dos de los tres. El tercer miembro no apareció en el punto de encuentro previsto. Mara, la amnésica.

—A lo mejor se le olvidó —dijo a modo de chiste Henry—. ¿Crees que al recogerla se dieron cuenta de que era la espía y de que lo de la pérdida de memoria era un cuento?

—Ufff, no sabría decirte, pero... —Gerald pensó en su conversación con Doc—. Personalmente no lo creo, pero parece que el Doc no está del todo de acuerdo... Últimamente está algo nervioso.

—Tendríamos que considerar que ella es otra espía y que el encuentro no fue casual sino un contacto para indicarle que debía ser recogida...

Capítulo 9

El final del principio (I)

Amanecía un nuevo día y Mara volvía a las afueras de la ciudad en busca de un pasillo por el que entrar en busca de... ¿en busca de qué? Había tenido esa discusión consigo misma durante los últimos días. Entrar en la ciudad no tenía ningún sentido práctico. La excusa de buscar información, supervivientes, víveres y otras cosas no se sostenía mucho, dado que de nada servían esas cosas si los zombis te atrapaban. Y había maneras más sencillas para conseguir la mayoría. Y aun así otro día más iba acercándose a la ciudad paso a paso, con el objetivo de conseguir explorarla y observarla más de cerca. ¿A qué se debía esa fascinación? Tal vez a que no recordaba haber estado en ninguna ciudad.

Pero aquel día parecía ser diferente. Había algo en el aire... Y además estaba nublado y amenazaba lluvia. No lo había notado antes pero el hedor que siempre olía al acercarse a la ciudad parecía ser más débil. Y había tardado más en detectarlo. ¿Qué significaría?

¿Habrían muerto de repente todos los zombis del mismo modo que volvieron a la vida? Su esperanza se acabó cuando le llegaron los lamentos familiares que proferían los no-muertos. Doc decía que seguramente era debido al movimiento que hacían al caminar que provocaba que sus pulmones se llenaran y vaciaran de alguna manera y ese aire pasaba por las cuerdas vocales provocando ese desagradable quejido.

Al acercarse más pudo apreciar a los primeros zombis. Pero a diferencia de los días anteriores apenas había una docena a la vista y estaban desperdigados por la calle. Donde antes había una cantidad de éstos que hacía imposible pensar en poner un pie en aquellas calles ahora apenas había unos cuantos y además eran los que menos movilidad tenían. Algunos se arrastraban por el suelo. Otros estaban atrapados en jardines, edificios, o tejados...

¿Qué podía significar todo aquello? No podía ser que hubieran vuelto con la muerte, esta vez para quedarse definitivamente con ella. No había resto de cuerpos. ¿Se podrían haber convertido en polvo como en aquellas películas que había visto en el castillo? ¿Como los vampiros ésos? ¿Pero por qué no todos? Nada parecía tener sentido.

Claro que los zombis no eran precisamente algo lógico.

Se comenzó a acercarse a la ciudad poco a poco, buscando un acceso libre de zombis. Vio lo que buscaba. Un callejón del que no salía ruido alguno y en el que no parecía haber zombis. Aquella idea suya era una locura. Pero al menos nadie moriría por su fijación en visitar una ciudad.

Sin que ella lo supiera, unos ojos la vigilaban a través de unos prismáticos. Su propietario informaba a alguien a través de un walkie talkie.

El padre Xavier despertó por la mañana con el cuerpo dolorido. El día anterior había sido duro. Había tardado varias horas en conseguir despistar a los zombis y poder volver a su refugio y aunque con los meses su forma física había ido en aumento, la paliza que se había pegado el día anterior le estaba pasando factura ahora. Miró a través de la ventana intentando averiguar qué hora era pero las nubes tapaban el cielo. Suspiró. Parecía que iba a llover y eso haría su misión más peligrosa.

Preparó un frugal desayuno y rezó unas oraciones. Pensó con cierta ironía que no era cuestión de estar a malas con Dios. Mientras rezaba, pensaba en su situación. No era precisamente una situación fácil y no sabía cuáles eran sus circunstancias con la Santa Sede. ¿Le estarían buscando todavía? ¿Se habrían olvidado de él? ¿Seguiría el Camarlengo tratando de silenciarle? Aunque no tenía mucho sentido... pero si uno lo pensaba... y si algo tenía él era tiempo para pensar, seguía siendo un cabo suelto. Y si algún día el hombre volvía a hacerse con el control del mundo... él sabía la verdad: que la Iglesia se había vendido y había hecho un trato con el Diablo. Y aunque era difícil que alguien le creyera, siempre habría algún diario o algún escritor dispuesto a escucharle.

Y la Santa Sede no se lo podía permitir. Bueno, ya pensaría en ello cuando llegara el momento. No era la primera vez que alguien le buscaba para acabar con su vida. Era uno de los motivos que le habían llevado a ser un religioso: su juventud rebelde.

Suspiró mientras estudiaba las nubes. Grises. En cualquier momento podrían comenzar a descargar. La lluvia vendría bien a las calles. Las limpiaría y quitaría parte del hedor a muerte que había en la ciudad.

Pensó si la lluvia afectaría a los zombis. El agua debía de provocar algún tipo de reacción en aquella carne muerta. ¿Acaso un diluvio podría matarlos con su fuerza? ¿Despegando la carne del hueso? La visión era dantesca pero los métodos del Señor siempre habían sido espectaculares.

Dirigió su mirada hacia las calles y se sorprendió. Esperaba encontrar grandes grupos de zombis, pero en cambio... las calles estaban casi desiertas. A pesar de sus movimientos, los zombis se encontraban más lentos y torpes que de costumbre.

¿Qué debía estar pasando? Llevaba un tiempo en aquella ciudad matando zombis pero nunca había visto el número de éstos bajar tan drásticamente. Eso no había sido gracias a él. Se equipó como cada día y bajó a las calles desiertas a darles la última bendición a aquellas pobres criaturas.

Sin que lo notara, también unos ojos le seguían a través de unos prismáticos.

—Aquí pasa algo muy extraño...

»No, en serio. No pongas esa cara, cerebro. Mira a tu alrededor... bueno, vale, no puedes mirar... y técnicamente no me puedes escuchar. Pero confío

en que puedas detectar mis vibraciones, que sería una locura hablar solo.

»Yo creía que aquí encontraría materia prima pero lo único que hay es... material defectuoso. Maldita sea. Restos de zombis que no se pueden mover. ¿Qué quieren que haga con este material? No me sirve para nada.

»Aunque consiga deszombificarlo, ¿de qué me serviría un zombi desmembrado?

»Sí, lo sé. Que entre en un edificio. Que seguro que hay alguno atrapado. Pero dentro de los edificios los zombis tienen ventaja. Créeme, les he estudiado. Con su movilidad reducida, en plena calle es más fácil esquivarles, verles, pero en un espacio cerrado la cosa cambia, se te pueden abalanzar sin que los notes. Es algo misterioso, la verdad. A pesar de que deberías notar su presencia inmediatamente, o escucharles... tienen esa maldita habilidad de encontrarte ellos a ti.

»Pero si no hay más remedio... odio tener que luchar para conseguir a mis pacientes. En serio. Mira cómo te conseguí a ti. Sin violencia. Aquí te pillo, aquí te mato, y el cerebro al zurrón. Rápido, limpio y piadoso. Sin dolor, sin gritos, nada de nada.

»En fin, a ver... ¿qué edificio será mejor para buscar a nuestro próximo paciente?

»Mmm... ¿un reflejo? ¿Lo has visto? ¿Cómo que no sabes a qué me estoy refiriendo? Ah, perdona, siempre me olvido... Sí, encima de uno de los edificios. Parecía un reflejo de un cristal... ha sido justo cuando el sol ha asomado un instante por esas nubes... ¿Quién estará ahí? ¿Cómo que si estoy seguro de que hay alguien?

»Pues claro que estoy seguro. He visto una sombra moverse cuando el sol se ha reflejado en el cristal. Tengo buena vista, ¿sabes?

»Quien quiera que sea no quiere ser descubierto... bueno, ya somos dos, aunque la verdad es que... sí, la curiosidad mató al gato pero... si es alguien vivo... podría probar mi teoría deszombificadora... aunque tendré que ir con cuidado... puede que tenga compañeros.

»Ah, la cacería, la adrenalina comienza a fluir, tus sentidos se agudizan... Vamos a ver qué nos espera en ese edificio.

[Unos minutos después]

—Shhh, no hagas ruido, no queremos que se asuste y nos dispare, ¿verdad? Bueno... tú tal vez... ¿qué estará vigilando? Parece estudiar las calles... o buscar a alguien. Mmmm... no parece militar. Mercenario tal vez... ¿estaré delante del cazador cazado?

»Bueno, da igual, lo que necesito es abrirle el cráneo y acceder al cerebro. Me muero de impaciencia.

»Sólo un poco más... y podremos comenzar con la diversión.

¿Qué había pasado? No tenía sentido. Miró hacia abajo. Tenía un cuchillo clavado en el pecho. Casi no recordaba lo que había pasado.

Llevaba toda la mañana observando a su objetivo. Sin perderle de vista, salvo en algunas ocasiones para comprobar la situación de los zombis.

Luego... luego alguien le había tocado el hombro. Pero no podía ser.

Nadie era tan sigiloso. Y menos... El psicópata, recordaba al psicópata.

El tío que hablaba solo. Pero eso no lo había descubierto hasta más tarde. Se había girado para ver quién o qué le había tocado el hombro y... lo siguiente que recordaba era estar sentado con un cuchillo clavado en el corazón y un loco hablando consigo mismo.

Pero, ¿cómo había podido ocurrir? Él era un profesional. Estaba entrenado para enfrentarse a estas situaciones. Estaba en una misión.

Y no había relajado su vigilancia. Pero aquel individuo se le había acercado por detrás como si nada y le había clavado un cuchillo en el corazón con gran maestría de manera que no le había matado, pero si quitaba el cuchillo moriría desangrado.

¿Qué estaba diciendo ahora? Se fijó mejor. No parecía hablar solo, parecía hablar con... ¿su bolsa de viaje? Intentó volver a mirar. El cuchillo no se había movido ni un milímetro. Pero él tampoco se podía mover. Y ahora el psicópata se acercaba.

—Buen chico —dijo mientras se ponía a su altura—. Sigues vivo, bien, bien, enhorabuena, vas a pasar a la historia... Espero.

¿De qué demonios estaba hablando ese tío? Él sólo estaba ahí porque le habían encargado matar a alguien. Un don nadie que había molestado a las personas equivocadas. ¿Cómo iba a pasar a la historia? Y más con ese maldito cuchillo en... un momento... ¡ERA SU CUCHILLO! No, no podía ser. Era imposible. Recordaba tener el cuchillo sujeto en el chaleco, asegurado. Pero... volvió a mirar incrédulo. Sí, ahí estaba su señal, en la empuñadura.

—Bien. No te voy a explicar detalladamente en qué consiste la intervención que te haré, dado que podría interferir con el experimento —el loco seguía hablando con él como si fuera lo más normal del mundo—. Pero puedes confiar en mí, sé lo que me hago.

»Simplemente te abriré un pequeño agujero en el cráneo, te extraeré un trozo de cerebro en una región que no usas y luego... bueno... luego ya veremos.

¿Cómo? ¿Que le iba a abrir el cráneo? ¿A quitarle parte de su cerebro?

Escuchó cómo se movía por detrás de él. Y luego un ruido como de un berbiquí... empezó a notar cómo le corría líquido por la espalda.

—Bueno, un poco de sangre, no pasa nada, no te morirás por esto —le aseguró el psicópata como si se creyese un experto doctor o algo así.

¿Por qué nadie le ayudaba? Sus compañeros le tendrían que haber echado ya de menos, ¿no? O al menos sus informes tendrían que haberles llegado ya. ¿Acaso no había pasado tanto tiempo? Notó algo extraño, recordó aquella vez que le introdujeron una aguja que tocó un hueso... era el mismo dolor... trató de gritar pero no podía... El dolor era insufrible... quería desmayarse, morirse, lo que fuera antes que seguir soportando esa tortura. El ruido cesó al igual que el dolor. Notó que tenía los pantalones húmedos.

—A ver... creo que era esta región —escuchaba decir desde detrás—, ahora no te muevas... y estaremos enseguida.

Notó un leve pinchazo, como si le clavaran una aguja y luego... nada... ¿estaría ya muerto?

—Bien, la primera fase se ha acabado. —el propietario de la voz regresó al frente—. Ahora viene la segunda.

Le siguió con la mirada, ¿qué iba a hacer? Había agarrado el cuchillo... y se lo había arrancado. Vio cómo la sangre salía a borbotones del interior de su pecho. Comenzó a notarse adormecido. No podía mantener los ojos abiertos. La oscuridad se apoderaba de él, no podía pensar claramente.

—Muy bien —decía la voz cada vez más lejana—, y ahora cuando mueras a ver si te conviertes en zombi o no.

—Estúpida, estúpida, estúpida —se repetía una y otra vez Mara en voz alta.

Se encontraba encerrada en lo que parecía ser un armario de un almacén. Durante algún tiempo habría sido el lugar en el que la señora de la limpieza guardaba sus cosas. Era un espacio muy reducido, con algunos estantes... y poco más. La puerta estaba siendo aporreada con ritmo cansino.

Mara se imaginaba al zombi desde el otro lado tratando de abrir la puerta a golpetazos sin darse cuenta de que la puerta se abría hacia fuera y lo único que conseguía era mantenerla en su sitio, cosa que Mara agradecía y de la que no se quejaba. No tenía suficiente espacio para maniobrar. No podía disparar a través de la puerta porque sus armas se habían quedado por el camino y sólo le quedaba un triste cuchillo, aunque tampoco tenía muy claro el poder maniobrar con un arma grande.

¿Cómo había llegado a esa situación tan ridícula, estúpida y peligrosa?

Recordaba haber entrado en la ciudad aquella mañana por una calle que parecía desierta. Sin problemas a la vista. Caminaba tranquilamente por las calles observando con atención, estudiando lo que tenía alrededor. Todo era nuevo para ella. Los edificios, las ventanas, los coches... Había visto coches a lo largo del tiempo del que tenía memoria pero en aquellas calles los había de todos los tamaños y colores. Y los edificios eran magníficos. Más grandes aún de lo que se imaginaba. Además, cada fachada era de un color diferente. Y dentro de cada edificio los estilos también variaban de una ventana a otro, de un piso a otro. Unos tenían ventanas con marco de

madera. Otras de metal. Unas eran negras, otras rojas...

De vez en cuando alguna ventana golpeaba contra la fachada y podía ver... antiguos supervivientes que seguramente habían muerto esperando ayuda, ¿cuál debía ser su historia? En los callejones la cosa era peor: había ratas muertas, seguramente salieron en busca de comida pero no encontraron nada, y de vez en cuando veía también algún esqueleto de animal, tal vez de un gato o un perro. A pesar de lo dantesco que era todo, a Mara le resultaba nuevo.

Las calles estaban más limpias de lo que había pensado. Había visto películas de antes del Apocalipsis y en ellas siempre aparecían papeles mecidos por el viento. Miró a su alrededor. No había papel alguno volando. Pensó que era natural. La lluvia, el viento y las condiciones climáticas se habían encargado de eliminar casi todo rastro orgánico de vida humana de las calles.

Vio un par de zombis dentro de un coche, intentando salir pero sin éxito.

¿Cuánto tiempo debían de llevar ahí? Al no tener recuerdos sentía una gran curiosidad por todo lo que podía haber pasado. Ese coche y sus ocupantes tenían una historia, al igual que ella, pero nadie la conocería nunca... Si lo pensabas detenidamente, era algo bastante triste.

Los golpes, que se habían vuelto atronadores, la sacaron de sus recuerdos. La puerta parecía comenzar a resquebrajarse. Ya no duraría mucho. Y entonces... entonces su historia moriría con ella.

Mara se dio unas palmaditas en los mofletes. Debía reaccionar. No podía morir ahí. No podía rendirse. No sin saber quién era o cómo había perdido la memoria. Debía sobrevivir para descubrir su historia. Fuera cual fuera.

Respiró hondo tratando de ignorar el ruido a madera quebrada que hacía la puerta. Debía escapar de ahí, encontrar una salida. Miró a su alrededor. Nada. Era un espacio demasiado pequeño como para defenderse cuerpo a cuerpo. Miró la pared con las estanterías, eran simplemente unas cuantas tablas colgadas. Tal vez podría arrancar una y usarla como estaca... No era mala idea del todo. Un rayo de luz entró en la estancia. La puerta no resistiría mucho más. Arrancó una de las tablas golpeándola rápidamente desde abajo para separarla de sus soportes. La luz cada vez entraba por más resquicios de la puerta. Y la tabla no parecía que fuera a servir de mucho.

Miró de nuevo. Buscaba un milagro, algo que la ayudara en ese momento de necesidad. Pero no se había materializado nada en el pequeño espacio desde la última vez que había mirado. Algo cayó sobre su cabeza. Algo húmedo. ¿Podría ser que tuviera otro zombi encima? Sería el colmo de la mala suerte. Se apartó un poco y puso la mano. En un instante algo húmedo cayó sobre su palma. Aprovechando la luz que entraba miró el color. Transparente. Recordó que cuando había entrado en la ciudad estaba nublado y amenazaba lluvia...

Usó las estanterías para escalar y acercarse al techo. Lo golpeó tentativamente.

Madera. No había pensado que el techo fuera de madera.

Había imaginado que sería más duro... como los edificios que había visto en ciudades más pequeñas o en casas. Tal vez... Apoyada en una estantería desde la que golpeaba el techo con la tabla, vio asomar un brazo por una de las rendijas de la puerta. Sin pensarlo, Mara saltó al suelo y agarró con ambas manos el brazo del zombi, ensartándolo en la madera. La sangre salpicó toda la estancia.

Cogió el trozo de madera que había arrancado antes y comenzó a golpear con fuerza el techo que tenía por encima de su cabeza. El zombi parecía haberse enfadado al ver cómo uno de sus brazos quedaba atrapado en la puerta y ahora golpeaba con más fuerza.

Mara aceleró también sus golpes mientras miraba de reojo el brazo del zombi que se movía hacia delante y atrás y quedaba cada vez más maltrecho. Si imaginarlo era suficiente para revolverle el estómago, verlo en primera fila no ayudaba demasiado. Debía olvidarse de ello y seguir golpeando el techo. Ahí estaba su esperanza de fuga. Comenzaron a caer trozos de madera. Sí. Eso era bueno. Golpeó con más fuerza.

Notaba el cansancio. Pero daba igual. Ya tendría tiempo de descansar cuando estuviera muerta.

Miró de nuevo hacia arriba. El agujero que estaba haciendo cada vez era más ancho pero le preocupaban las puntas de las maderas... No quería acabar como el brazo del zombi. La puerta cedió finalmente. Se le acabó el tiempo. Debía subir sí o sí.

Dio un rápido salto usando los estantes de apoyo y sus manos alcanzaron el agujero que había hecho. Hizo fuerza con las manos para impulsarse. No miró hacia abajo. No debía. Tenía que concentrarse en subir. Lo demás daba igual.

Tenía medio cuerpo por encima del agujero. Parecía un falso techo o algo así. Daba igual. Había sitio para refugiarse. Fue entonces cuando notó un tirón hacia abajo. El zombi le había cogido el pie.

Lo zarandó varias veces. Notó un fuerte pinchazo en el estómago y luego sintió que tenía el pie libre. Hizo un nuevo esfuerzo con sus brazos y se arrastró dentro del pequeño refugio. Estaba mojado.

Tenía goteras y el agua se colaba por algún sitio. Miró buscando una salida. No la había. Maldita sea. Otra vez atrapada. Giró su cuerpo y se asomó levemente por el agujero. El zombi la miraba desde abajo, emitiendo una serie de sonidos indefinidos. El brazo que se había pillado en la puerta lo tenía colgando y amenazaba con desprenderse. Un espectáculo lamentable.

Cuando se movió para acomodar su cuerpo notó un dolor en el estómago y se llevó la mano a la barriga. Cuando volvió a mirársela, comprobó que la tenía manchada de sangre.

—Genial —dijo para sí misma—, ahora moriré desangrada en este apestoso

agujero y seré la pareja del zombi de abajo.

No se podía creer su mala suerte. Maldita la hora en que se le ocurrió meter la nariz en aquel sitio. Volvió a recordar los últimos pasos que le habían llevado a esa desagradable situación.

Las calles estaban muy tranquilas. Demasiado. Casi desiertas.

No había tenido problemas hasta ese momento, ya que los pocos zombis que quedaban eran incapaces de cogerla. De vez en cuando se asomaba a algún escaparate para ver qué había en su interior. No le vendría mal conseguir algo de comida y munición. Más munición que comida. Las balas no crecían en los árboles.

Lo que más veía eran tiendas de ropa. Le sorprendía ver los vestidos que llevaban algunos maniqués que estaban tirados por los escaparates o por la calle. Eran tan... tan... inseguros... ¿de verdad que alguien se ponía eso como ropa? Era natural que todos hubieran muerto. Sobre todo las mujeres, esos trozos de tela no daban mucha protección... ni tapaban en exceso. Se miró en un reflejo y pensó que no le vendría nada mal conseguir algo de ropa y unas botas nuevas. Aunque la primera vez que estuvo de compras su experiencia no fue muy agradable.

Uno de los carteles de la calle por la que paseaba le señaló su objetivo.

Armería. Con suerte ahí podría encontrar munición o repuestos para las armas, que eso también iba muy bien.

A su alrededor no parecía haber ningún zombi.

Mara entró lentamente en la armería, sin prisas, tenía todo el tiempo del mundo. No quería ser sorprendida por un zombi que saliera de repente de alguna esquina oscura. Intentó escuchar pero el viento que rugía en la calle creaba falsos ruidos y no había manera de saber si estaba sola o no.

Avanzó lentamente por la tienda. La mayoría de los estantes estaban vacíos. Algo lógico, en realidad. Tampoco tenía muchas esperanzas de encontrar algo de utilidad, pero siempre podía tener suerte. Miró detrás del mostrador. Nada. Lo más curioso era ver cómo alguien había abierto la caja registradora que estaba vacía, y lo mismo pasaba con una caja fuerte que había debajo. A pesar de todo, al escarbar entre papeles que había por el suelo encontró unas llaves que se guardó. Podrían ser de utilidad. Los estantes detrás del mostrador tenían los cristales rotos y aparte de cajas vacías de munición no había nada de interés.

Miró hacia una puerta situada en la parte de atrás de la tienda.

Parecía estar intacta. Se acercó a ella lentamente, con todo el cuidado del mundo. Trato de abrirla sin suerte. Pasó la mano por encima de la superficie de la misma y la tocó con sus nudillos en varios sitios. La puerta parecía estar reforzada. Definitivamente ahí detrás podría haber algo. El marco de la puerta parecía haber recibido intentos de ser forzada pero quien fuera que lo había intentado no había tenido mucho éxito.

Sacó el manajo de llaves que había recogido con anterioridad y las fue probando. Una de ellas se introdujo sin problemas en la cerradura y la giró. Ya sólo le quedaba abrir dos cerraduras más.

Tras muchos intentos consiguió descubrir las dos llaves que abrían las cerraduras. El interior estaba oscuro y olía a humedad. No había manera de saber si ahí había muerto alguien. Iluminó la estancia con su linterna. Pasó el haz de luz por cada rincón de la habitación pero no parecía haber problemas a la vista. Entró lentamente esperando que detrás de cada sombra saltara una amenaza. Pero éstas parecían haberse tomado unas vacaciones.

Miró a su alrededor. En la habitación vio un par de puertas más y diversas cajas de cartón que mostraban signos de humedad. Abrió la primera puerta, que conducía a una mini habitación que seguramente se había usado para guardar los trastos de la limpieza, aunque en aquel momento no contenía nada.

La otra puerta llevaba a unas escaleras que subían al piso superior y al inferior. Seguramente un sótano. Decidió quedarse en la planta baja por ahora. El viento comenzaba a soplar con fuerza y se escuchaban los golpeteos de las ventanas contra la fachada.

Miró las cajas pero la mayoría estaban vacías. Las etiquetas indicaban que contenían chalecos de cazador, utensilios de camping y cosas por el estilo. Una de las cajas contenía diversas latas de carne envasada.

Dejó la mochila en el suelo y cogió un par de latas para ponerlas dentro. Ya volvería otro día a por el resto.

El ruido de las ventanas golpeando contra las fachadas de los edificios y el que hacía el aire al colarse comenzaba a ser molesto y estresante. Ese ruido fue el que impidió que Mara escuchara al zombi que acababa de entrar por la puerta de las escaleras.

Todavía no era consciente del peligro que se cernía sobre ella, así que se acercó a otra caja que parecía estar intacta. La etiqueta indicaba que contenía cajas de munición. La abrió y se le iluminó el rostro. Efectivamente, la caja contenía a su vez una gran cantidad de cajas de cartuchos. No era la munición que ella necesitaba para sus armas, pero seguramente más de uno se alegraría por su descubrimiento, entre ellos Doc, que siempre iba con su escopeta a todas partes.

Dejó su arma en el suelo para comprobar el interior de las cajas de cartuchos y asegurarse de que no estaban vacías y de que el material que contenía no estaba estropeado. Abrió una de las cajas al azar y cogió un par de cartuchos. Los miró y revisó. No parecían estar rotos ni en mal estado. Bueno, al menos este viaje habría servido de algo.

Fue entonces cuando escuchó un ruido detrás de ella. Demasiado cerca de ella. Cuando quiso darse cuenta tenía un zombi detrás suyo y como no tenía tiempo para

coger su fusil de asalto y disparar, optó por su arma de mano, pero cuando la alzó para disparar, el zombi ya estaba encima de ella y a pesar de apretar el gatillo varias veces sólo consiguió agujerearle el estómago.

Trató de apuntar más alto pero el zombi ya estaba alargando un brazo para alcanzarla. No tenía tiempo. Lo esquivó a duras penas perdiendo el equilibrio en el proceso y golpeándose la mano contra una columna. El golpe la obligó a soltar la pistola.

El zombi se giró para tratar de cogerla de nuevo. El arma se había deslizado por el suelo unos metros y estaba fuera de su alcance. Miró rápidamente a su alrededor y vio que su única opción era retroceder hasta el pequeño armario que había en la sala. Retrocedió sin darle la espalda al no-muerto que trataba una y otra vez de alcanzarla con sus brazos aunque sin demasiado éxito. Demasiado lento ahora que ella estaba preparada. El problema era que estaba desarmada y entraba en un callejón muy pequeño sin salida.

Y ahí seguía. Dentro del hueco entre un falso techo y el de verdad, que parecía demasiado duro como para abrirse paso. Mara ahogó un grito de dolor al volver a mover el cuerpo. Había podido parar temporalmente la hemorragia pero no sabía por cuánto tiempo. Ni cuánta sangre habría perdido. El zombi seguía debajo de ella alzando los brazos tratando de alcanzarla. Sin mucho éxito, por suerte. ¿No se podría aburrir e irse?

Fue entonces cuando vio cómo el zombi de repente parecía perder todo interés por ella.

Éste se giró y bajó los brazos. Parecía que algo le había llamado la atención. Unos segundos después escuchaba un atronador ruido y la cabeza del zombi había desaparecido. El cuerpo cayó primero sobre sus rodillas y luego al suelo. Alguien lo había matado.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —preguntó una voz con tono amable.

Mara se asomó por el agujero lentamente para estudiar al recién llegado.

—Soy el padre Xavier, ¿puedo ayudarte en algo, hija mía? —preguntó el sacerdote con un tono más alegre al ver una persona viva.

Mara no podía creerse lo que estaba escuchando.

—¿Qué usted es mi padre? —preguntó la amnésica Mara confusa—. ¿Y tengo un hermano llamado Xavier?

Ahora era el turno del sacerdote para sentirse confuso.

—Me temo que no te entiendo... —dijo él—. No soy tu padre y no sé si tienes un hermano llamado Xavier.

—Pero usted ha dicho que era el padre de Xavier y se ha referido a mí como hija suya... —señaló Mara desde lo alto del falso techo.

—Me temo que ha habido una confusión —dijo intentando explicarse el sacerdote

—. Yo me llamo Xavier, padre es el título que me ha otorgado la Iglesia romana, y mi ofrecimiento era una forma de hablar. Dado que todos los sacerdotes consideramos a los seres humanos nuestro rebaño, nuestros hijos...

—¿Un sacerdote? —preguntó Mara, que no sabía si bajar o no—. ¿Qué clase de lunático va por ahí llamando hijos suyos a la gente que no conoce?

El sacerdote hizo una mueca.

—Te doy mi palabra de que no soy peligroso —dijo tratando de tranquilizarla—. Puedes bajar, ahora no hay peligro alguno y así podremos continuar con esta conversación.

Mara se lo pensó durante unos segundos, aunque lo cierto es que tampoco estaba en posición de poder elegir. Finalmente se arrastró como pudo y entre gesto y gesto de dolor giró su cuerpo para dejarse caer por el agujero cuidando de no volver a pincharse.

El sacerdote vio la herida en el abdomen de Mara.

—¿Te ha herido el zombi? —preguntó preocupado el sacerdote.

—No, no, no —se apresuró a responder Mara—, me he herido cuando subía por el agujero para escapar del zombi. Es una herida natural. No me convertiré en uno de esos seres... al menos por ahora.

El sacerdote levantó la mirada hacia donde Mara señalaba y vio que efectivamente había una parte de la madera que estaba manchada de sangre.

—¿Puedo saber qué tienes en contra de los sacerdotes? —preguntó finalmente mientras ayudaba a Mara a recoger sus cosas.

—Que yo sepa... bueno, es que en realidad tengo amnesia, no recuerdo nada de antes de que los zombis caminaran sobre la tierra —le explicó Mara— por lo que no tengo muy claro algunos conceptos... como el de los sacerdotes. Aunque Gerald no habla muy bien de ellos... Algo sobre que son unos anticuados y que causan más problemas de los que resuelven...

—Ah, amnesia —dijo algo sorprendido el sacerdote e ignorando el otro comentario—, entonces es posible que eso explique muchas cosas. Me temo que no soy médico por lo que no puedo curarte la herida.

—Tranquilo —dijo Mara mientras sacaba varias cosas de su mochila—, yo ya tengo experiencia en heridas y siempre voy preparada. Como una *girl-scout*.

—¿Sabes lo que es una *girl-scout* pero no lo que es un sacerdote? —preguntó algo contrariado el sacerdote.

Mara se había limpiado la herida y estaba cosiéndosela en ese momento.

—Digamos que he tenido una educación fuera de lo normal —respondió Mara ante la queja del sacerdote—, he ido aprendiendo sobre la marcha. Hasta ahora no sabía lo que era una ciudad, por ejemplo.

—Debe haber sido duro —dijo Xavier—. Me cuesta imaginar por lo que habrás

pasado. Y este mundo no lo debe de haber hecho más fácil.

—Ha sido una experiencia fascinante, creo —dijo algo pensativa Mara mientras cortaba el hilo y se ponía una gasa sobre la herida—. No tengo con qué compararla. ¿Y cuál es su historia? No sabía que los sacerdotes podían ir por ahí matando gente.

El padre Xavier miró fijamente su escopeta durante unos segundos.

—No son gente. Las almas han abandonado los cuerpos. Son cáscaras vacías —le explicó el sacerdote—. Creo que es mi misión darle el descanso a los cuerpos para que sus almas puedan seguir adelante... por si están atrapadas.

—Así que su misión es volarle la cabeza a todos los zombis que hay sobre la faz de la Tierra —dijo con tono irónico Mara—. Veo que ha hecho un buen trabajo en esta ciudad. Ya apenas quedan criaturas.

El sacerdote se sintió sorprendido ante la afirmación de Mara.

—Me temo que estás equivocada —le corrigió Xavier—. La súbita desaparición de los zombis no ha sido cosa mía. Y eso me tiene preocupado. No pueden haber desaparecido así de repente.

—Aparecieron de repente, por lo que tengo entendido —señaló Mara.

—Bueno, en realidad no fue así —le volvió a corregir Xavier—. Fue un proceso largo, lento. Te aseguro que sé de lo que hablo. Y si hubieran desaparecido, ¿qué ha pasado con los cuerpos?

—¿Se han convertido en ceniza? —preguntó tentativamente Mara—. ¿A qué se refiere con que sabe de qué está hablando?

Xavier permaneció unos segundos en silencio. Durante esos instantes sólo se escuchó el viento y la lluvia del exterior.

—Dudo que hayamos tenido esa suerte —dijo entristecido el sacerdote—. Nunca he visto un zombi convertirse en ceniza de repente. Además, ¿por qué unos sí y otros no? No, no tiene sentido. Aquí hay algo más que no estamos viendo. Otras fuerzas...

»En cuanto a la otra pregunta... los muertos no regresaron a la vida todos de repente. De hecho fue más como una plaga. Pocos resucitados, pero que fueron contaminando a los vivos rápidamente. Los nuevos convertidos transformaron a otros, y así progresivamente. Cuando la gente quiso darse cuenta ya era tarde y había demasiados y pocos con ganas de acabar con ellos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confusa Mara.

—Sólo son conjeturas pero creo que hubo gente que pudo hacer más y no lo hizo —le intentó explicar Xavier—. A lo largo de este tiempo he podido hablar con otra gente, supervivientes, y casi todos coincidían en lo mismo. La policía se vio desbordada y el ejército apenas intervino. Y si intervinieron, fueron exterminados salvajemente.

—¿Una conspiración? Me resulta difícil creer algo así —respondió Mara ante las sospechas del sacerdote—. ¿Quién ganaría algo con ello?

El sacerdote sonrió ante la aparente ingenuidad de su interlocutora.

—Te sorprendería saber lo que haría la gente por algo de poder —respondió con tono triste el sacerdote recordando sus desventuras con la Santa Sede—. Ocultar información, retocarla para que sea de su agrado y poder usarla en beneficio propio. El poder es adictivo. Y una vez que lo has probado no consientes que nadie se interponga en tu camino.

Mara se puso en pie comprobando su herida. Le seguía doliendo, pero bastante menos.

—Si el tiempo sigue así tendremos que pasar la noche aquí —dijo mientras cogía de nuevo sus armas y las comprobaba—, y eso implica revisar el resto del edificio.

El sacerdote asintió y se puso en pie mientras echaba mano de su escopeta y comprobaba la recámara.

Lo primero que hizo Mara fue cerrar la puerta reforzada de nuevo, de manera que nadie, ni zombis ni seres humanos pudieran entrar por ella y sorprenderles.

Luego se dirigieron hacia la parte trasera del edificio en la que Mara había visto las escaleras y de donde seguramente había venido el zombi.

En esa ocasión pudo fijarse mejor en todos los detalles. La puerta del almacén, que también estaba reforzada y coincidía con las llaves que Mara tenía, daba a una especie de rellano en el que estaban las escaleras. Al final de éstas, que subían al primer piso, había una puerta que parecía dar a la calle y que estaba trabada con muebles a modo de barricada. Ambos decidieron comenzar por la parte superior del edificio. Comprobaron gracias al hueco de las escaleras que contaba con cuatro pisos. Sería una tarea ardua porque la luz que entraba no era mucho pero tenía la esperanza de terminar antes de que anocheciese. Comprobó los buzones de la entrada. Sólo había un apartamento por piso, lo cual haría que tuvieran menos problemas. O eso esperaba.

Mara encabezó la pequeña marcha y detrás se situó el padre Xavier que continuamente echaba vistazos hacia sus espaldas. Nada más llegar al rellano del primer piso, Mara pudo observar que la puerta se encontraba en el centro y que apenas se encontraba iluminada por una poca luz que entraba por una ventana.

Se acercó lentamente a la puerta y probó el pomo. Estaba firmemente cerrada. Xavier se acercó y se puso al lado de la chica, observando la puerta.

—¿Entramos? —preguntó el sacerdote.

—Puerta cerrada, para bien o para mal nada entra ni sale —dijo Mara fríamente—. Puede que alguien no quiera que entremos y nos esté esperando con una escopeta.

En ese momento un fuerte golpe hizo temblar la puerta pillando por sorpresa a ambos, que dieron un paso atrás alzando sus armas y apuntando a la puerta mientras esperaban a ver qué pasaba.

Mara se acercó de nuevo a la puerta y volvió a probarla. Parecía lo

suficientemente sólida como para resistir los embates de lo que fuera que había al otro lado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Xavier.

—Dejarlo solo por ahora —respondió Mara—. La puerta aguantará hasta mañana e incluso más. Sigamos explorando el edificio. Ahí dentro no hay nada vivo... ya no.

Avanzaron por el rellano del primer piso y subieron lentamente las escaleras que daban hasta el segundo. Cada cierto tiempo se iluminaban debido a la luz de los relámpagos de la tormenta y que parecía no tener intención de parar.

Al llegar al rellano del segundo piso quedó claro que allí tampoco encontrarían nada vivo. La puerta estaba destrozada y arrancada de su marco. Había diversas marcas de arañazos y golpes a ambos lados.

Mara echó un vistazo rápido al interior de la vivienda. Estaba igualmente destrozada, había muebles volcados, restos de sangre seca por el suelo y las paredes, y lo único que se escuchaba era el repiqueteo de la lluvia y el de los golpes de la puerta en la planta de abajo. Revisó rápidamente el piso pero no encontró nada. ¿Habrían entrado los zombis? ¿O saqueadores? ¿O ambas cosas? Era difícil de saber. En los muebles había fotos enmarcadas, otras se hallaban tiradas por el suelo. Seguramente alguna habría estado en la pared, pero ahora yacía con el cristal roto en el suelo.

Mara estudió a las personas que había en la foto. Presentaban el aspecto de una familia feliz. ¿Sería el zombi que la había atacado uno de ellos? Era difícil decirlo. El problema de acabar con los zombis era que quedaban irreconocibles. Y aquélla no había sido una excepción. Tal vez era mejor así. No pensar que los zombis a los que habían matado fueron personas como ellos, con unas vidas.

—¿Piensas en si uno de ellos era el pobre desgraciado de abajo? —preguntó el padre Xavier rompiendo el silencio—. No pienses en ello, sus almas seguro que están descansando en paz en el cielo. Lo que hemos matado son simples cascarones, como una foto. Una fotografía puede mostrarnos a una persona, pero no contiene lo que le hace persona. Con estos seres pasa lo mismo. Son una cruel broma de Lucifer.

Mara miró al sacerdote con cierta curiosidad.

—Así que su Dios no tiene nada que ver en todo esto, se lava las manos.

—Hay días en que a mí tampoco me convence mi respuesta, pero... en eso consiste la fe —respondió Xavier señalando el crucifijo que llevaba colgado del cuello—, en conservar la esperanza de que todo tiene un propósito.

Durante unos segundos, Mara dudó en si contestar o no al sacerdote, pero al final sólo le hizo un gesto para que continuaran con la exploración. Se dirigieron hacia el tercer piso. Subieron las escaleras, de nuevo lentamente, y Mara asomó la cabeza. El tercer piso estaba destruido. Tal vez por un pequeño incendio, pero sólo había quedado el suelo intacto y algunos pilares y paredes en pie. Mara miró al sacerdote,

preguntándole con la mirada si tenía alguna teoría.

El padre Xavier negó con la cabeza mientras ambos se mojaban bajo la lluvia. Mara aprovechó para mirar el exterior. Seguía sin ver demasiados zombis. Sólo quedaban unos pocos por las calles. Y la lluvia no parecía molestarles. La chica decidió que ya era suficiente e indicó al sacerdote que volvieran a bajar. Todavía quedaba registrar el sótano.

Mientras pasaban por el primer piso Mara volvió a comprobar la puerta.

No se fiaba nada de los zombis y no quería más sorpresas desagradables. La puerta continuaba resistiendo y no tenía aspecto de que fuera a ceder fácilmente. Eso no impedía al zombi de dentro seguir aporreando la puerta incansablemente, tratando de atravesarla y de dar caza a los que había al otro lado.

Al fin llegaron a la escalera que conducía al sótano y cuyo final no se veía a causa de la oscuridad. Mara no sentía muchas ganas de bajar, tenía un mal presentimiento, que se confirmó poco después, al iluminar con las linternas los laterales de la escalera. Las paredes estaban machadas de sangre. Suspiró y miró al sacerdote. Éste simplemente asintió con la cabeza.

Ambos comenzaron a bajar las escaleras lentamente mientras el haz de luz de sus linternas bailaba de un lado a otro. Iban muy atentos por lo que pudiesen encontrarse en la oscuridad. Poco a poco la luz comenzó a iluminar el final de las escaleras y les empezó a llegar un hedor horrible, a muerte y descomposición. Con cada paso que daban el hedor se volvía más fuerte y las ganas de avanzar más débiles.

Además no podían ver el interior del sótano porque la escalera daba a una esquina de la pared. Mara trató de ignorar el fuerte olor y se giró en la entrada al sótano mientras lo iluminaba con la linterna. El espectáculo que descubrió era dantesco. Había un montón de cadáveres en diversos estados de descomposición. La mayoría con la cabeza destrozada. Pero lo peor no eran los cadáveres en sí, sino a quién pertenecían. Varias familias se habían reunido allí tratando de huir de la matanza que debía de estar llevándose a cabo en las calles. Habían llevado consigo a sus hijos. A éstos pertenecían los cuerpos más pequeños. Algunos todavía estaban abrazados a quien debía ser su padre o su madre.

A un costado había restos de provisiones, latas de comida vacías y garrafas de agua. Mara deseaba saber lo que había ocurrido en ese sótano. ¿Se habrían transformado? ¿Se habrían suicidado todos a la vez? ¿Alguien les había matado?

—¡Santa Madre de Dios! —dijo el padre Xavier al asomarse a la habitación y descubrir el terrible espectáculo.

A continuación se acercó a los cuerpos y comenzó a rezar en silencio por ellos mientras Mara trataba de dejar de pensar. Sólo eran cuerpos vacíos, se repetía una y otra vez, tratando de quitarle hierro al asunto. El sacerdote hizo la señal de la cruz sobre cada uno de los cadáveres e indicó que había acabado. Mara se aseguró de que

realmente no había ningún zombi ahí abajo y salió a paso rápido del sótano.

Durante las siguientes horas, mientras la noche caía y seguía lloviendo fuera, no volvieron a dirigirse la palabra.

Cenaron en silencio y sólo hablaron para decidir quién hacía la primera guardia.

Mara tuvo pesadillas en las que veía con toda claridad el terrible espectáculo del sótano.

La mañana amaneció sin nubes en el cielo. Corría una suave brisa y la lluvia había dejado un fresco olor a humedad. Mara se asomó con precaución a la calle. La población de zombis seguía siendo bastante pobre en comparación con la normal.

Mientras el padre Xavier preparaba su mochila para seguir con su viaje y con su labor en la ciudad, ella dejó varias marcas en las puertas del almacén y las cerró con llave cuando salieron. Luego las dejó en uno de los buzones sin que el sacerdote se diera cuenta.

El padre Xavier le había pedido permiso a Mara para coger alguna caja de cartuchos. Ésta le indicó que podía coger las que quisiera, que no tenía motivo para pedírselo a ella.

—¿Y ahora que hará? —le preguntó Mara al sacerdote.

—Seguiré paseando por las calles y dando el descanso eterno a estos cuerpos sin alma —respondió el sacerdote—. ¿Y qué planes tienes tú, hija mía?

—¿Puede dejar de usar esa expresión? —le pidió Mara—. Me hace sentir incómoda. Respecto a mis planes, exploraré un poco más la ciudad y luego seguiré mi camino. Voy improvisando sobre la marcha. En teoría tendría que estar en algún otro sitio.

—Entonces podemos seguir nuestros caminos juntos durante un poco más —sugirió el sacerdote—, pero antes me gustaría dar el descanso eterno al pobre cuerpo que hay en el piso superior.

Mara torció el gesto.

—No sé, Xavier —respondió Mara indecisa—. No sabemos lo que hay detrás de esa puerta. Podríamos tener una familia entera, incluyendo niños.

—Con más razón entonces —insistió el sacerdote—. No podemos dejarles vagar por el mundo de esta manera. Es una crueldad. No es culpa suya lo que les ha pasado.

—Pero ya no están vivos —Mara intentaba poner algo de razón en la cruzada del padre—. Además no creo que puedan atravesar esa puerta o causar algún daño.

El sacerdote parecía tener la idea clara y fija.

—¿De verdad quieres correr el riesgo? —preguntó el padre Xavier—. Mira, si no quieres acompañarme no pasa nada. Lo haré yo solo.

Mara suspiró y murmuró por lo bajo.

—Vamos, antes de que me arrepienta de esta estúpida idea —dijo Mara mientras se dirigía hacia las escaleras.

El padre Xavier sonrió y subieron juntos.

—Lo único que siento es no poder asegurarte que Dios nos protege para esta misión.

—Pues qué bien —respondió Mara—. Así que no es una misión sancionada por Dios. Creía que ustedes hablaban por él y esas cosas.

—Habladurías —dijo el sacerdote mientras comprobaba su escopeta—. Decir que hablamos por Dios es una metáfora. Se supone que somos sus representantes en la Tierra. Sus mensajeros. Interpretamos las escrituras y sus lecciones. Pero sólo somos humanos... y algunos no se dan cuenta de ello y cometen errores.

Mara comprobó su fusil de asalto y su pistola y ambos se prepararon para atravesar la puerta del piso en el que se encontraban los zombis.

Una vez acabada la *labor de fe*, tal y como la llamó Mara, ambos se pusieron en marcha de nuevo. El sacerdote parecía estar animado, seguramente llevaba mucho tiempo solo y sin hablar con nadie. Bueno, tampoco es que ella tuviera mucha prisa. No había descubierto nada útil sobre el espía que buscaba y no parecía que fuera a hacerlo.

Durante las siguientes horas, Mara observó cómo el sacerdote cumplía con lo que él consideraba su deber, y sistemáticamente disparaba su escopeta sobre cada zombi que veía por las calles, sin importarle el llamar la atención de todos cuantos pudiera haber en los alrededores. Se notaba que tenía experiencia y que llevaba haciendo eso mucho tiempo. La labor era tediosa, aunque no carente de peligros, a pesar de que los pocos zombis que quedaban por las calles eran los considerados más lentos. No obstante, si los subestimabas, te encontrabas con sus dientes en tu cuello o con sus manos agarrándote de las piernas y tirándote al suelo. Además el sacerdote insistía en entrar en los edificios y locales para limpiarlos. Mara se opuso al principio a la simple idea de entrar en cualquier construcción sólo para matar zombis, pero la cabezonería de Xavier la obligó a acompañarle en su labor de limpieza. El problema era que Mara había bajado sus defensas y los zombis de los locales eran más difíciles porque normalmente tenían más sitios para esconderse y no estaban tan desprotegidos como los de la calles. Seguramente el único motivo por el que seguían ahí dentro era que no sabían cómo salir.

Durante uno de los descansos Mara no pudo evitar preguntar al sacerdote una duda que le corroía desde que le había visto en acción.

—¿Todos los sacerdotes son como usted? —preguntó Mara.

—Me temo que no —dijo sonriendo el padre Xavier—, creo que soy una excepción. Por lo que sé hay para todos los gustos. Algunos se escondieron en sus iglesias con sus feligreses y seguramente murieron ahí dentro; otros simplemente huyeron dejando su puesto y a su rebaño; los hay que creen que esto es una señal divina, el principio del Apocalipsis y que debemos prepararnos para lo peor. Los hay

que incluso consideran a estas criaturas como criaturas celestiales y las adoran, creen que son enviados de Dios porque han resucitado, y sólo la mano de Dios podría llevar a cabo semejante milagro, o los consideran ángeles...

Mara no se podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ángeles? ¿Enviados celestiales? Hay que estar muy loco para creer cosas así.

—La religión es... —el sacerdote hizo una pausa— confusa. Está llena de interpretaciones. Los hay que sacrifican a sus hijos para ver si eso aplaca la ira de Dios, los que matan a su rebaño para darles la salvación eterna. O los que simplemente son humanos y valoran más su vida que la de los demás. Has de tener en cuenta que el clero, o cualquier persona de la religión que quieras es humano; no tenemos todas las respuestas, y a veces las interpretaciones pueden ser arbitrarias. Hay gente que ha aprovechado esta tragedia en beneficio propio. Incluso dentro de la Iglesia. Y, me temo, que si alguna vez la humanidad logra vencer y salir adelante, habrá gente que aprovechará la ocasión en beneficio propio.

Mara estaba sorprendida por las explicaciones del sacerdote. Le parecía increíble lo que le había contado. Sabía que existía gente avariciosa y cruel, a lo largo de los meses lo había visto, dispuesta a hacer lo que fuera por sobrevivir a costa de los demás. Gente egoísta. Pero esa gente, que debían dedicar la vida a sus feligreses, ¿cómo podía ser capaz? Habían hecho un juramento.

Después del descanso continuaron con la limpieza de la ciudad. Mientras caminaban de un lado para otro, siguiendo un patrón de búsqueda básico, llegaron a una rotonda de tres carriles que estaba invadida por coches accidentados, tanto en los carriles como en la parte central de la misma.

Mara y el sacerdote se dirigieron al centro de la rotonda y miraron dentro de los coches destrozados pero no había ningún zombi. De pronto un escalofrío recorrió la espalda de Mara y se detuvo en seco.

Indicó al sacerdote que se quedara donde estaba.

—¿Qué sucede? ¿Un zombi? —preguntó algo extrañado el padre Xavier ante el comportamiento de su acompañante.

Mara negó con la cabeza. No sabía qué era exactamente. Miró a su alrededor buscando el origen de su presentimiento. Su cerebro había captado algo que ella no sabía interpretar.

El padre Xavier también miró a su alrededor con curiosidad pero no vio nada en las calles adyacentes. Volvió a mirar a la chica, esperando encontrar una respuesta.

—Hay algo extraño... —dijo Mara casi en un murmullo—, no sé qué es exactamente pero hay algo que falla aquí.

Guardó silencio mientras trataba de interpretar qué le estaba diciendo su cerebro. Durante el siguiente minuto se quedó quieta, mirando a su alrededor, escuchando los ruidos de las calles.

Sin embargo, no vio nada extraño.

—Dígame, Xavier —dijo Mara al sacerdote—. ¿Qué ve y qué escucha?

El padre Xavier miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—No veo nada fuera de lo normal. Ni escucho nada extraño —respondió él.

Mara le indicó que se agachara detrás de un coche a la vez que ella hacía lo mismo y miraba a su alrededor. Por todas partes. ¿Una emboscada? Observó los tejados pero no detectó nada.

—Eso es lo extraño —respondió Mara finalmente—. Una cosa es que apenas encontremos zombis, pero... ¿cuántos hay en las calles adyacentes? Ninguno. Ni tampoco se les escucha. Es como si los hubieran silenciado.

—Pero eso es bueno, ¿no? —preguntó inocentemente el sacerdote.

—No lo sé. ¿Quién haría algo así en secreto? Alguien que no quiere ser encontrado... —Mara tampoco tenía claro del todo por qué se comportaba así. Fue entonces cuando escucharon una voz que no les era familiar.

—No esperaba menos de alguien que ha eliminado a un miembro de mi equipo. ¿Se va a rendir sin resistencia o tendremos que ir a matarle?

»Le prometo que su muerte será rápida e indolora si se rinde. Si no lo hace... bueno... lo único que le puedo asegurar es que no se convertirá en un zombi.

El padre Xavier miró con cara apenada a Mara, que se encontraba a su lado cobijada detrás de un coche abandonado.

—Lo siento. Creo que me buscan a mí —dijo finalmente a modo de disculpa.

—¿Quién quiere matarle? —preguntó algo sorprendida—. Si es un simple sacerdote, ¿verdad?

—Digamos que la Santa Sede y yo no nos despedimos de un modo amistoso —respondió él—. Y creo que decidieron que era demasiado peligroso como para dejarme suelto. Creo que tengo información que les resultaría molesta si se hiciera pública.

—Vaya con la Iglesia —dijo Mara—. Desde luego que parece un grupo peligroso. ¿Seguro que usted forma parte de él?

—No todo el mundo es así —respondió el sacerdote a modo de disculpa—. Además, te recuerdo, que al final somos simples hombres, con nuestras carencias y defectos.

—Supongo que tendremos que luchar —señaló Mara mientras comprobaba sus armas y miraba por encima de su hombro hacia la fuente de la voz. Al principio no les vio pero moviendo un poco el retrovisor del coche descubrió a tres hombres en mitad de la calle que parecían estar esperando. Todos iban pertrechados con chalecos antibalas, armas pesadas y se comportaban de un modo profesional.

Se preguntó si habría alguno más en las azoteas. Al mirar no había visto a nadie, pero tampoco les había visto a ellos antes de que aparecieran. Lo que más le

molestaba era no entender cómo había sabido que aquello era una trampa. ¿Un sexto sentido? No era la primera vez que había tenido la sensación de que algo iba mal, pero ¿de dónde salía? Nadie le había sabido responder. Y según Doc era simple suerte. Su cerebro trabajaba más rápido que su cuerpo.

Centró de nuevo su atención en el sacerdote, que no había mirado sus armas, ni las había comprobado.

—Debería prepararse, Xavier. Esa gente parecen profesionales y saben lo que se hacen.

—No, te equivocas —le corrigió el sacerdote—. No pienso dejar que se derrame sangre. Me entregaré. No vamos a luchar.

Mara no salía de su asombro tras escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo que se entregará? Seguramente le matarán. —señaló Mara irritada.

—No quiero tener las manos manchadas de sangre —respondió mientras se preparaba para ponerse en pie—. Y si es lo que Dios quiere, que así sea. No tengo miedo a morir.

—¡Pero si le he acompañado toda la mañana mientras le volaba las cabezas a los no-muertos! —protestó la chica.

—No es lo mismo. Esas cosas ya están muertas. No puedo quitarle la vida a otro ser humano vivo.

Dicho esto, el padre Xavier se puso en pie con las manos en alto.

—Voy a entregarme, sólo les pido que dejen marchar a mi compañera, no tiene nada que ver con esto.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó desde lo lejos el que parecía ser el jefe.

—Soy el padre Xavier —respondió el sacerdote algo confuso—. Creo que me buscan a mí.

—No diga tonterías, padre. No tenemos negocios con la Iglesia —respondió la voz—. Queremos a su compañera de viaje, y sin más retrasos.

El padre Xavier se volvió a agachar al lado de Mara, que no podía ocultar su sorpresa.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo el sacerdote dirigiéndose a su temporal compañera de viaje—. ¿Qué has hecho tú para que se tomen tantas molestias en buscarte? ¿A quién has molestado tanto?

—Digamos que... —Mara hizo una pausa—. En realidad es sólo una sospecha, resulta que hace un tiempo el grupo con el que iba descubrió que un recién llegado era un espía, no lo matamos, pero murió a manos de un zombi cuando trataba de escapar. Desde entonces he estado desandando nuestros pasos y tratando de descubrir de dónde había salido el espía. Supongo que su grupo ha creído que lo había matado yo... aunque no sé cómo lo ha descubierto. Quemamos el cuerpo. Tampoco entiendo cómo sabían que yo estaría en esta zona...

—Matar a su compañero podría ser una buena causa —respondió el sacerdote pensativo—, aunque no lo tengo del todo claro. ¿Tomarse tantas molestias para vengar a un compañero caído?

—Yo tampoco me lo explico —dijo Mara confusa—. Nadie sabía lo que había pasado salvo los de mi grupo, y si ellos lo saben implicaría que había otro espía en mi grupo. Pero... ¿se ha fijado que no había ningún zombi en esta zona? La han limpiado para emboscarme y no tener que preocuparse de ellos. Todo esto es muy extraño. ¿Cómo podían saberlo?

Entonces miró de forma sospechosa al padre Xavier.

—Entiendo tus sospechas —respondió el sacerdote—, pero te doy mi palabra, si sirve de algo, de que no tengo nada que ver con esto.

Mara observó al sacerdote durante unos segundos. Lo cierto es que le había salvado la vida el día anterior y podría haberla matado durante la noche.

—¿Podrían haberte colocado un localizador? —preguntó el padre Xavier.

—¿Un localizador? —preguntó Mara sin saber de qué estaba hablando el sacerdote.

—Sí, ya sabes, un aparato para poder seguir tus movimientos a distancia —respondió el sacerdote.

—¿Y qué forma tiene? —siguió preguntando ella.

—Puede tener muchas formas —dijo el padre Xavier—. Un botón, una cajetilla de cigarrillos... no sé...

—¿Un teléfono por satélite? —preguntó Mara tentativamente.

—Creo que esos cacharros tienen un localizador por defecto —respondió el sacerdote.

—Recogí el teléfono por satélite que tenía el espía, pero no funcionaba, requería un código que no sabíamos.

—Pues me parece que ha sido eso lo que les ha guiado hasta ti —señaló el sacerdote—. ¿Qué harás ahora?

—Convencerles para que le dejen marchar vivo y a partir de ahí improvisaré sobre la marcha —respondió sonriendo Mara.

Mara observó cómo el padre Xavier se alejaba calle abajo después de que sus perseguidores le dejaran marchar. Al menos se había quitado un problema de encima. Ahora sólo tenía que salir viva de aquel escenario.

Comprobó el cargador de su fusil de asalto. Estaba lleno. Aunque no sabía si tendría tiempo suficiente para vaciarlo. Veía a tres personas a través del retrovisor del coche abandonado detrás del que estaba.

Pero seguro que debía haber más. Escondidos. Esperando a que hiciera algo o a que su jefe les diera la orden.

Con el rabillo del ojo vio moverse algo por detrás de un coche a unos quince

metros de ella. Cogió la pistola y disparó contra el parabrisas que estalló en mil pedazos repartiéndose por todas partes. Alguien salió de detrás corriendo buscando otro refugio.

—Al menos me podría dar unos minutos para elegir, ¿no cree? No todos los días ha de escoger una cómo va a morir.

A través del retrovisor vio sonreír al que parecía el jefe.

—Aunque no tengo prisa tampoco me gustaría quedarme aquí a esperar a que vuelvan los zombis.

—Así que es usted el responsable de que se haya vaciado la ciudad de zombis — señaló Mara.

—Me temo que no, he de reconocer que fue una agradable sorpresa ver que apenas habían zombis en la ciudad, y los pocos que había por la zona no eran peligrosos. Bueno, ¿qué será?

—Un minuto, no tenga tanta prisa. ¿No sería tan amable de decirme por qué me quiere ver muerta?

Lo cierto es que no le apetecía morir ahí. Todavía tenía cosas por hacer, como recordar quién había sido en su vida anterior. A lo mejor el cazador era tan amable de informar a su presa.

—Me temo que no puedo darle esa información. Sólo le puedo decir que ha enfadado a la gente equivocada.

—Pues qué bien —dijo para sí misma Mara, que no se veía con muchas posibilidades, salvo salir disparando y rezar para que las balas no le dieran.

Podía usar los coches como refugio, ir pasando de uno a otro pero el peligro estaba en el camino entre ellos, porque estaría a tiro. Y también estaban los francotiradores. Seguro que había gente en los tejados apuntándola o esperando a que asomara la cabeza.

Respiró hondo. Sólo le quedaba una opción si quería tener alguna posibilidad. Amartilló el fusil, comprobó que había una bala en la recámara y le quitó el seguro al arma poniendo el selector de disparo en tiro a tiro.

Se tumbó en el suelo, giró sobre sí misma quedando entre dos coches tumbada en el suelo, apuntó y comenzó a disparar.

Las primeras balas encontraron su objetivo: la cabeza y el pecho del jefe. Éste se derrumbó sin emitir sonido alguno. El jefe llevaba su casco en la mano y eso le había costado caro.

Volvió a disparar un par de veces a sus compañeros aturdidos pero no tuvo tanta suerte y les acertó en el pecho. Aunque cayeron tan sólo se quedarían sin aire porque llevaban chaleco antibalas.

Rodó sobre sí misma y se situó detrás de otro coche justo a tiempo. Un segundo después la zona en la que había estado se llenó de balas.

Enseguida los tiradores modificaron su blanco y comenzaron a disparar contra el coche que cobijaba a Mara. Ésta miró a través de otro retrovisor. Los soldados heridos en el pecho volvían a unirse a sus compañeros y disparaban contra ella.

Había confiado en tener un par de minutos de ventaja al matar a su jefe, pero parecía que no había tenido suerte y sus contrincantes eran disciplinados a pesar de no tener a alguien que les diera órdenes.

Pensó en su siguiente movimiento. Necesitaba otra distracción. Se agachó para poder observar la situación desde debajo del coche. Disparó un par de veces a los enemigos que veía. Trataban de rodearla moviéndose por los lados de la calle. No les podía dar en partes vitales, pero sí en las piernas, y por ahora eso bastaría para pararles temporalmente y hacer que tuvieran que pensárselo dos veces.

Dos más cayeron. Miró a su alrededor. Entre ella y sus atacantes había varios coches tanto aparcados como parados en medio de la calle. Buscó uno volcado y disparó contra el depósito de gasolina.

Un par de disparos y la gasolina que había en el depósito comenzó a caer sobre el asfalto. Otro par de disparos al suelo provocaron diversas chispas que inflamaron el combustible.

El depósito no tardó en explotar y lanzar sus mortales trozos por todas partes. Además, fruto del fuego y de la temperatura alcanzada comenzó a formarse una humareda.

Mara aprovechó ese momento para salir de su refugio y comenzar a correr hacia una de las calles que había detrás de ella.

Las balas comenzaron a resonar y esta vez fueron acompañadas por explosiones. Parecía que se habían convencido de que no era un juego y comenzaban a usar el lanzagranadas para matarla. Por suerte ella ya no se encontraba en el lugar que estaba recibiendo los impactos.

Notó un fuerte dolor en el costado. ¿Le habrían dado? Movié la mano a la zona dolorida y vio que la tenía manchada de sangre. ¿Cuándo le habían alcanzado? No había notado el impacto. Entonces recordó que era donde tenía la herida que se había hecho en el almacén. Los puntos se habían abierto.

Respiró tranquila mientras corría y en ese momento notó un fuerte dolor en el brazo. Ahora sí, una bala le había alcanzado.

Al principio fue como un pinchazo. Una aguja clavada en el brazo. Pero luego ese pinchazo comenzó a quemar y por el agujero formado empezó a brotar sangre.

Un segundo pinchazo. Un segundo impacto. En el muslo. Eso hizo que se parara en seco y cayera al suelo. Durante unos segundos se quedó ahí quieta, como si estuviera en shock, pero enseguida recuperó la compostura y buscó refugio en el quicio de un portal. Justo a tiempo, porque un par de balas alcanzaron el lugar en el que había estado unos segundos antes.

Lo primero era lo primero. Se tragó el dolor en el brazo y buscó con la mirada al tirador o tiradores. En una azotea cercana vio a alguien disparándole directamente. Apuntó con su fusil y disparó un par de veces. No consiguió darle pero sí que se agachara y le permitiera buscar refugio.

Tuvo unos segundos. Sacó rápidamente el botiquín de su mochila mientras se escondía dentro del portal. Tener un brazo herido no ayudaba precisamente. Y el dolor de las heridas tampoco. Sacó una jeringuilla y se la inyectó. El dolor fue cesando poco a poco. Gracias a Dios por las drogas, pensó sonriendo y recordando al padre Xavier. Luego sacó unas cuantas gasas para tratar de parar las hemorragias que tenía.

Miró rápidamente para comprobar que el tirador seguía escondido.

Apuntó con su rifle y esperó unos segundos. Al verle aparecer disparó de nuevo y acabó con él. Un problema menos. Pero quedaban sus compañeros que seguramente estarían ahora planeando cómo cogerla.

Utilizó ese tiempo para coger el frasco de alcohol que llevaba en el botiquín y comenzó a rociar el líquido por sus heridas. El dolor, a pesar de las drogas, era intensísimo. Escocía de una manera increíble.

Pero al menos consiguió que las heridas estuvieran limpias antes de aplicarles directamente las gasas y sujetarlas con esparadrapo. No tenía tiempo para preocuparse por la bala que se le había quedado en el muslo. La del brazo había entrado y salido, pero la otra... a saber dónde estaría. Y eso la hacía peligrosa.

Miró al interior del edificio en el que se había refugiado. ¿Habría zombis? Sus cazadores habían dicho que la zona ya estaba limpia pero, ¿se referirían sólo a las calles o también a los edificios? Claramente tenían gente en las azoteas pero tampoco es que le quedaran muchas opciones. Miró de nuevo a la calle. El humo formado por el coche empezaba a desaparecer y podía ver movimiento en ellas. Pero nada claro a lo que poder disparar.

Seguramente sabían dónde estaba. Y no podía salir corriendo por la herida de la pierna, cuanto menos la usara mejor. No le quedaba más remedio. Debía dirigirse a ese edificio. Y tratar de sobrevivir.

La luz que entraba por el portal del edificio iluminaba todo el zaguán. Al menos no la sorprendería ningún zombi en la oscuridad. O eso esperaba. Pero... ¿Dónde ir? ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Buscar otra salida? Siempre podía salir volando por el hueco de las escaleras pero le cansaba tanto volar...

¿Volar? ¿Qué demonios...? Mara sacudió la cabeza, que comenzaba a jugarle malas pasadas. No tenía mucho tiempo. Decidió subir por las escaleras, usando sólo la pierna sana. Fue dando saltos entre escalón y escalón y apoyando el brazo en la barandilla.

Llegó al primer piso. Había dos puertas rotas. Seguramente eso había sido cosa de

sus enemigos. Realmente habían asegurado la zona porque parecían haber sido abiertas con el uso de la fuerza. ¿Debía preparar aquí la emboscada? De alguna manera sabía que sus perseguidores revisarían todo el edificio, y que los primeros pisos los revisarían con más cuidado mientras que los últimos lo harían con más tensión... ¿qué hacer?

Mientras debatía qué hacer comenzó a pensar en lo bien que le sentaría una ducha. Seguramente en alguno de esas casas habría una ducha o una bañera. ¡Ah, una bañera, un baño de espuma, con burbujas y sales!

Definitivamente eso era lo que tenía que hacer: relajarse en la bañera y pensar en su problema mientras chapoteaba en el agua.

Un ruido en la parte de abajo le hizo salir de sus ensoñaciones y se dio cuenta de que su cabeza se había vuelto a ir a otra parte. Tenía que concentrarse. Entró en uno de los pisos todo lo decidida que le permitió su pierna herida y trató de no hacer ruido.

Miró con curiosidad el rastro de sangre que iba dejando y pensó aliviada que así encontraría la salida y no podría perderse si decidía volver a salir. De esa manera sabría dónde estaría la puerta. Vaya, qué suerte había tenido de ir sangrando.

Entró en lo que una vez fue un salón. Estaba bastante destrozado. La cristalera estaba abierta y las hojas de los árboles y el agua de la lluvia habían dejado todo en un estado lamentable. Seguro que algún animal vivía ahí. Observó con atención una jaula que había al lado de la cristalera. Se acercó a ella. Qué mala gente debía ser la que vivía en esa casa. Habían dejado sin comida al pobre pájaro. Seguramente estaba durmiendo. Qué plácidamente lo hacía. Tal vez debería seguir su ejemplo, buscar el dormitorio y dormir un rato.

Seguro que cuando se levantara se encontraría mejor.

Escuchó ruidos en la entrada del piso. Saqueadores. Seguro que buscaban sus tesoros. O su cama. Debía defenderse. Vaya, qué suerte, tenía un arma... comenzó a disparar contra el origen de los ruidos.

Repetidamente. Así aprenderían los saqueadores a meterse en casas ajenas.

El fusil dejó de disparar. Debía de estar cansado. Como ella. Decidió que los saqueadores no eran importantes y se tiró sobre el sofá cerrando los ojos. Seguro que todo se arreglaba mágicamente.

—Lo cierto es que esperar a que un cuerpo se convierta en zombi es aburrido. Es una pérdida de tiempo. La verdad es que la conversión podría ser inmediata, pero no... se tienen que hacer de rogar. Como si fueran importantes.

»Bueno, de todas maneras, tampoco tengo prisa. Me pregunto si mi experimento habrá funcionado. ¿Se convertirá en un zombi? ¿O seguirá

muerto? Ah, la ciencia, llena de tantas incógnitas.

»Ahora que lo pienso, ni siquiera me presenté. Pobre hombre. Su nombre no pasará a la historia... tendría que ser menos maleducado. Claro, que contigo tampoco fui muy educado, ¿verdad, Eva?

»Vale, ya sé que seguramente ése no es tu nombre, pero no soy adivino, y la gente hoy en día no lleva carnets de conducir o documentos identificativos... salvo que seas un soldado...

»Maldita sea, tenía que ser un mercenario de los que no quieren ser identificados. Bueno, le está bien empleado. El mundo no sabrá nada sobre su contribución a la ciencia.

»No hay nada que odie más que los mercenarios. A los soldados puedo entenderlos. Tienen un fin, un cometido. Pero los mercenarios... venderse al mejor postor... es repugnante.

»Mmm... ¿qué tenemos aquí? Una radio. Parece que tienes amigos, y que te están buscando... a ver qué se traen entre manos...

»¿Una caza? ¿En serio? ¿Todo esto por una persona? Debe ser una persona interesante. Y parece que no estoy lejos del lugar donde la esperáis... bueno, espero que no te importe que te deje un rato. Al fin y al cabo, no es como si fueras a levantarte e irte... al menos en las próximas horas.

—Guau... vaya carnicería. Oh, han dejado heridos... lo dicho, los mercenarios son bárbaros. Ni siquiera se preocupan de sus compañeros caídos... ¿Debería acabar con su miseria? Al fin y al cabo, se lo han buscado... ahora que lo pienso, seguro que han sido ellos los culpables de que no tenga zombis para experimentar... Merecen morir. A ver por quién empiezo...

»Aunque la verdad... seguro que tenéis compañeros sanos que sí serán un reto... bueno, no me entretendré con vosotros. Vuestros compañeros me están esperando. Lástima que no pueda probar con vosotros mi teoría no —zombi. En fin, otra vez será.

—Vaya... vaya... parece que el pajarito tiene garras... Uno... dos... tres... muertos... Oh, qué buena persona, ha dejado algo para mí.

»Perdone, ¿me podría ayudar? Creo que me he perdido. Estoy buscando a unos mercenarios muy malos para matarlos.

»Tampoco hace falta ser tan maleducado. Entiendo que se ponga nervioso porque vaya a morir. Pero no es culpa mía. Yo no escogí ser un sucio y asqueroso mercenario que vende sus servicios al mejor postor.

»Venga, hombre. Pero no me lo ponga tan fácil. Entiendo que siendo un mercenario se haya oxidado pero míreme a mí, que soy un simple médico... venga, un pequeño esfuerzo, que si no esto es muy aburrido.

»*¿Y a esto lo llaman mercenario? En mis días a la gente así la usábamos para limpiar letrinas. Por favor. Bueno... a ver qué querían cazar.*

»*¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Vengo en son de paz. ¿Larga vida y prosperidad?*

»*Qué tenemos aquí... una bella durmiente... Fascinante.*

Capítulo 10

El final del principio (II)

Henry estaba tomando el desayuno con el general. Éste había regresado hacía unas horas de uno de sus viajes y le estaban poniendo al día, incluyendo el episodio de los helicópteros fantasmas.

—Nunca había oído hablar de helicópteros invisibles al radar —dijo el general mientras bebía un vaso de zumo.

—Cuando lo comenté con Gerald propuso una teoría algo incoherente —señaló Henry—. Proponía que nuestros sistemas estaban infectados por un virus que hacía que el radar ignorara las señales emitidas por los helicópteros.

—¿Un virus? ¿Como la gripe? —preguntó el general escéptico, poco dado desde siempre a la informática—. ¿Los ordenadores se pueden poner enfermos? Lo próximo qué será, ¿ordenadores zombis?

—Bueno, era esa teoría o que estaban emitiendo una señal que hacía que el ordenador creyera que ahí no había nada —añadió Henry—. No sé cuál es más descabellada, pero la cuestión es que no pudimos detectar esos helicópteros.

—¿Y qué sabemos de los mismos? —El general preguntaba entre bocado y bocado.

—Transporte de tropas y escoltas —respondió Henry—. Por lo que sabemos siguen en las inmediaciones de la ciudad. Nadie los ha visto regresar.

»Claro que podría ser que hubieran vuelto por otro camino.

—¿Y su misión?

—No lo sabemos —respondió Henry—. Desde recoger a un contacto hasta recolectar especímenes, una misión de entrenamiento... no hay manera de saberlo. No teníamos gente en la zona por la que se les vio desaparecer.

—¿Y no hay nada por los canales oficiales?

—Hemos preguntado, pero nadie sabe nada. Son fantasmas —respondió Henry quedándose en silencio.

El general continuaba devorando su desayuno cuando un soldado apareció corriendo y se cuadró de forma acelerada.

—Zombis, general.

El general miró a Henry, que estaba tan perdido como el militar. ¿A qué se debía de estar refiriendo? A lo mejor se acababa de enterar que el mundo se había ido al garete.

—Los zombis vienen hacia la base general —insistió ante la pasividad aparente de quienes tenía frente a él—. ¡¡A miles!!

Henry y el general llegaron corriendo al centro neurálgico de la base.

Por el camino el soldado les había puesto al corriente. Al parecer varios miles de

zombis habían salido de la ciudad y se dirigían directos hacia la base. Avanzando lentamente, pero sin descanso.

—¡Informe! —ordenó el general nada más entrar en la sala.

—Nuestros exploradores avanzados los han detectado hace poco.

—Calculan que son varios miles... tal vez decenas de miles —informó otro soldado—. Si siguen a este paso llegarán al caer la noche.

El general recogió un papel que le acababan de pasar con las últimas cifras y datos sobre dónde estaban los zombis.

—¿Por qué vienen hacia aquí? ¿Por qué precisamente ahora? —preguntó el general recordando los misteriosos helicópteros.

—No lo sabemos todavía, las informaciones son poco precisas. Nuestros exploradores tampoco pueden transmitir, a riesgo de ser descubiertos.

El general dirigió su mirada hacia una pantalla con un mapa de la zona y lo estudió durante varios minutos. Luego miró el reloj.

—Si no se detienen ni se desvían los tendremos en nuestra puerta principal... —el general se quedó pensativo—. ¿Cuánto tiempo para poner los tanques a punto, traerlos hasta esta localización y desplegarlos?

Uno de los soldados negó con la cabeza.

—No es suficiente, general.

—Maldita sea. Da igual. Intentaremos aguantar —dijo el general—. Ordene a los tanques que se preparen y se pongan en marcha a la máxima velocidad, e indique nuestra situación a nuestros amigos a ver si pueden prestarnos ayuda aérea.

Otro soldado le pasó un papel al general que lo leyó rápidamente y en silencio.

—Y además el parte meteorológico no es precisamente halagüeño.

—Tal vez eso sea bueno —señaló Henry—. Esas criaturas no se caracterizan precisamente por su movilidad, con la tormenta encima tal vez se paren o se desvíen... y ganemos tiempo.

El general asintió.

—Esperemos que tengas razón. Mientras tanto debemos prepararnos para lo peor. Que la gente vuelva de los campos y se refugie. Hemos de prepararnos para un asedio.

Nada más salir del edificio principal Henry vio cómo las primeras gotas comenzaban a caer sobre el suelo. Eso haría más fácil reunir a la gente que estuviera fuera de la base porque con la lluvia serían más reacios a seguir a la intemperie.

El problema sería la gente que a pesar del agua quisieran seguir fuera. Había gente para todos los gustos. Encontró a Sam, una de las personas que había llegado originalmente a la base con él y le dio las malas noticias.

—El general situará a sus hombres —le informó—, debemos reunir a los grupos y familias y ponerlas a salvo en alguno de los almacenes. Preferiblemente en un primer

piso o en el tejado cuando deje de llover. Y hay que recoger víveres también...

Henry vio que el general salía del edificio principal acompañado de varios militares y comenzaba a señalar varios edificios.

—Quiero ametralladoras preparadas en esas azoteas y soldados en las ventanas de los primeros pisos —ordenaba señalando los edificios más cercanos a la entrada principal—. Montad los morteros en esos edificios más lejanos. Y que alguien compruebe si la verja sigue pudiéndose electrificar.

Al mencionar lo de la verja, Henry recordó algo y se acercó al general mientras indicaba a Sam que fuera haciendo.

—Señor, me temo que tendrá que olvidar lo de la verja —dijo al estar a la altura del general.

Éste le miró inquisitivamente.

—La electricidad está regulada para dar sustos, no para matar. Si alguien se apoya en la verja sufrirá un calambrazo molesto. Y me temo que eso no servirá para nada contra los zombis.

—Maldita sea. Contaba con que eso se deshiciera de unos cuantos —dijo fastidiado el general—. Tú eres ingeniero, ¿no puedes arreglarlo?

—¿Lloviendo? Ni en broma. La electricidad no es algo con lo que se pueda jugar, general. Estudiaré el mecanismo y haré cálculos pero si no deja de llover...

—Voy a tener que ordenar que si no hay buenas noticias nadie hable conmigo —dijo molesto el general, luego se giró hacia uno de los soldados que le acompañaban—. Comprueben que la puerta principal está preparada para ser cerrada cuando avistemos al enemigo. Al menos esta vez sabemos contra qué nos enfrentamos y tenemos munición de sobra.

Un soldado salió corriendo del edificio en dirección al grupo que estaba reunido.

—Señor, los últimos informes sitúan la cifra de zombis en decenas de miles. Parece que todos los de la ciudad cercana vienen hacia aquí.

Cuando acabó la frase un trueno retumbó en la distancia como premonición de lo que podría pasar.

—A ver si los rayos caen sobre esa masa y los quema a todos... —dijo el general estudiando el cielo completamente tapado.

Donald Brown estaba extasiado. El plan estaba funcionando a las mil maravillas. Mucho mejor incluso de lo que se esperaba. Parecía que, de alguna forma, unos zombis arrastraban a otros de manera que la marea de muertos vivientes iba creciendo a medida que los hacía salir de la ciudad. Se había tenido que coordinar con un par de compañeros ya que para estar a salvo dirigían los helicópteros desde las azoteas de los edificios y mientras bajaban y corrían a otro edificio tenían que ser relevados y otros tomaban el mando.

Además, para asegurarse la atención de los zombis había acoplado a los

helicópteros unos walkmans al máximo volumen con cintas con lo que la atención de los zombis estaba asegurada. No tenía que preocuparse por las pilas ya que había encontrado una tienda de electrónica que tenía pilas en grandes cantidades.

Era un plan tan sencillo que no era capaz de entender que no se hubiera hecho antes en el pasado.

Le había costado convencer a sus compañeros del plan pero les había explicado que así acababan con dos pájaros de un tiro. Por un lado vaciaban la ciudad de zombis y así podrían volver a ella, y por otro obligaban a los militares a cumplir con su obligación y acabar con esos monstruos en vez de cobijarse detrás de sus verjas y dejar que otros hicieran su trabajo.

Aunque un poco reticentes al principio, al final habían comenzado a ayudarlo. Pero al ver que el plan funcionaba y los zombis abandonaban las calles en dirección a las afueras de la ciudad se habían ido alegrando también sin pensar en las personas a las que iban a lanzar los no-muertos.

Una vez fuera de la ciudad el asunto se había complicado porque al ser un espacio abierto había zombis por todas partes y era complicado no llamar su atención. Debían ir con sumo cuidado. Por suerte no tuvo problemas.

Al menos hasta que comenzaron a caer las primeras gotas. Durante la mañana el cielo se había ido nublando y el día se había oscurecido. Luego había comenzado el viento. Rachas que zarandeaban de un lado para otro los pequeños helicópteros de manera que se hacía muy difícil manejarlos. Habían perdido uno que se estrelló contra el tronco de un árbol, y otro que se había quedado entre las ramas. Pero esperaban poder recuperarlo cuando la marea de zombis pasara de largo.

Sin embargo, la lluvia había ido empeorando hasta el punto de no poder ver a dos metros delante de ellos. No podían hacer nada más que esperar a que la tormenta pasara y rezar para que los zombis no se movieran demasiado.

Donald Brown miraba el cielo mientras retumbaba un trueno en la lejanía.

—Con suerte la tormenta hará nuestro trabajo y un rayo fulminará a ese maldito negro orgulloso.

La tormenta había durado toda la noche y el suelo se había embarrado. Donald miró la inmensa masa de zombis desde la protección de la lejanía. Parecía perderse en el horizonte. Habían conseguido recuperar el helicóptero del árbol y ahora se estaban preparando para ponerlos en el aire y reanudar la marcha.

Los zombis se habían desperdigado durante la tormenta, y ahora tendrían que usar varios helicópteros a la vez sólo para intentar agruparlos. Parecía muy peligroso, estando tan dispersos, tratar de obligarlos a moverse hacia delante. Y el terreno ablandado no ayudaba precisamente a que los zombis se movieran rápidamente, con lo que éstos, que ya de por sí caminaban lento y mal, ahora incluso se caían y resbalaban y eran pisoteados por otros zombis que también se desplomaban encima

de los ya caídos.

Afortunadamente, cada vez que se formaba un grupo numeroso de zombis caídos, el resto comenzaba a esquivarlo como si se encontraran con un muro, y con el tiempo los zombis caídos recuperaban la verticalidad, a excepción de los que estaban más abajo, que tenían huesos destrozados por las pisadas y el peso soportado o algún miembro desprendido.

La procesión se había vuelto más lenta debido a todo eso. A medio día, después de muchos intentos y mucha paciencia, habían conseguido reunir a los zombis más dispersos y los habían vuelto a agrupar. El suelo se había ido secando y ahora los zombis no perdían el equilibrio tan fácilmente.

Donald sonrió al ver que la marcha zombi iba viento en popa y sin problemas. El sol brillaba en lo alto, no había más nubes que amenazaran con descargar agua, y el único viento que había era una ligera brisa. Ahora sólo quedaba tener paciencia y guiar al rebaño hasta su objetivo. Paciencia. Pero sólo imaginando la cara de los militares al descubrir su base asediada por esos monstruos no podía evitar sonreír.

Le venía a la cabeza la pobre Martha, su cuerpo desnudo, destrozado, abandonado en el bosque; también recordaba todo el tiempo que había estado planeando hasta el más mínimo detalle su ataque. Esa gente merecía morir. Se creían dioses en la tierra. Merecían que alguien les bajara de su pedestal. Y él podía hacerlo. Estaba en su mano, después de tanto tiempo Martha sería vengada.

Al cabo de varias horas más vio su objetivo en la lejanía. La base militar ya estaba a la vista y los zombis estaban más ansiosos y excitados que nunca, como si pudieran prever la masacre que se avecinaba.

Según los últimos informes la lluvia les había dado un respiro y tiempo para preparar las defensas. Si la cifra de zombis era cierta debían prepararse para un largo asedio y rezar para que las vallas metálicas resistieran el envite. Pero si éstas caían...

Henry se había pasado toda la noche estudiando el mecanismo que electrificaba las vallas. Era bastante sencillo, y eso hacía que apenas manejara electricidad. Había estado probando distintas posibilidades, pero ninguna parecía ser la solución idónea para su situación. Podía aumentar el voltaje en una parte determinada de la valla principal, pero con el tiempo el generador se quemaría ya que no estaba diseñado para eso.

El general se encontraba en la entrada principal viendo el amanecer cuando Henry se le acercó para informarle de su estudio. El militar notaba las dudas del ingeniero pero sabía que tampoco tenían el lujo de dejar de lado cualquier defensa posible.

—Los tanques no llegarán a tiempo —dijo el general estudiando el horizonte—. La lluvia de ayer hizo que tuvieran que detenerse y el barro provocará que no puedan ir a su máxima velocidad.

Henry suspiró. Tener los tanques hubiera sido una ventaja muy importante. Sin

ellos sería necesario arriesgar más y confiar en que la gente no sintiera el pánico al ver a los zombis tan cerca.

Varios jeeps fueron llegando y colocándose a varias decenas de metros de la entrada, todos con ametralladoras de gran calibre y varias cajas de munición. Si los zombis pasaban las vallas se las verían con una barrera de balas que con suerte los diezmarían aunque seguramente no les pararía.

Pero necesitaban algo más. Henry recordó en ese momento el laboratorio donde Gerald le había explicado que habían estado estudiando un zombi sin demasiado éxito. Buscó con la mirada al general que estaba dando órdenes a los soldados en los jeeps.

—General, creo que tengo otro sistema más para ralentizar a los zombis.

El militar le miró con atención y esperó que el ingeniero se explicara.

—En los laboratorios que hay en la base dispone de diversos tanques de hidrógeno líquido, creo que podríamos utilizarlos para ralentizar a los zombis. Si vienen como pienso en grupo serían bastante efectivos.

—¿Y dónde propones colocarlos? —preguntó el militar.

—Fuera de la valle, con cargas explosivas para hacerlos detonar a distancia. Y si tiene minas le recomiendo colocarlas también. No creo que se acerque por la base nada que esté vivo así que será difícil volar nada vivo accidentalmente.

—De acuerdo, creo que también tenemos otros tanques de material corrosivo que podrían servir —dijo el militar indicando a un par de soldados que se acercaran—, aunque de todas formas sigo sin creer que podamos salir vivos de ésta.

El general Smith había retrasado los jeeps hasta estar bastante alejados de la entrada. Los morteros no se caracterizaban especialmente por ser precisos y no era cuestión de perder soldados por alguna explosión perdida.

A medida que avanzaba la mañana los nervios se iban apoderando de la gente que habitaba el cuartel. Los soldados parecían tan nerviosos como ansiosos. Por un lado tenían los nervios naturales de antes de entrar en combate, por el otro estaban los sentimientos de venganza por los compañeros caídos. Y también tenían miedo, no sólo porque se enfrentaban contra un enemigo en número muy superior a ellos, sino por su naturaleza, que no tenía nada que ver con aquello que les habían enseñado.

A lo largo de la parte exterior de la base se había ido sembrando el terreno con minas y más cerca de las vallas se habían dejado los tanques de nitrógeno líquido. El resultado de todo eso no se sabía cuál sería hasta ponerlo en acción. Con suerte disminuiría el número de enemigos.

El general suspiró cuando le anunciaron que en breve tendrían a los zombis cerca. No tardaron mucho en aparecer. Una marea de no-muertos comenzó a aparecer en el horizonte, lentamente, con movimientos torpes. Se escucharon algunos gritos apagados al ver que la línea del horizonte se llenaba de zombis.

Ni siquiera el general pudo evitar sentir algo de miedo. Miró a Henry fijamente; el ingeniero le devolvió la mirada sintiendo el mismo terror. Eran demasiados. Sólo un milagro permitiría que sobrevivieran a ese combate. El general dio las primeras órdenes y Henry se giró para comprobar que los grupos de civiles se habían situado también en las ventanas y tejados, listos para disparar en cuanto tuvieran a los zombis a tiro.

Pero... ¿serviría de algo?

Henry vio al general acercarse a los jeeps y estudiar a los soldados.

—Me temo que no puedo asegurar la victoria en esta batalla —dijo—. Ni siquiera que salgamos vivos. Conocemos al enemigo. No toma prisioneros, no sabe lo que es la piedad o la compasión y no se cansa, ni necesita comer ni dormir.

Un discurso bastante agorero, pensó Henry.

—Ya os habéis enfrentado a ellos —continuó el general—. Hemos tratado de limpiar las calles poco a poco para recuperar las ciudades. Sabemos cómo matarlos, tenemos balas, y tenemos coraje e inteligencia. Delante nuestra no tenemos personas, seres humanos, ni siquiera están vivos.

»Os he enseñado cómo matarlos. Ahora espero que me mostréis qué habéis aprendido a lo largo de este tiempo. Y recordad, si nosotros fallamos, no quedará nadie para defender a los refugiados. Y eso sería una deshonra.

El general respiró hondo.

—Una cosa más: vamos a ser la última línea de defensa de esta base. La más peligrosa. Estaremos rodeados de zombis —dijo con tono serio—, así que la misión es totalmente voluntaria. Y a usted, Johns, no quiero verle por aquí.

El soldado se quedó sorprendido al ser nombrado, y más cuando le ordenaron dejar su puesto. Su indignación era visible.

—Johns, no sea estúpido y arrogante —dijo el general mirándole fijamente—, usted es de los pocos afortunados cuya familia sigue viva y la tiene aquí. Les protegerá mejor estando a su lado que aquí abajo.

»No es momento para egos heridos. ¿Quiere servir al ejército? Siga vivo para ello. Sólo quiero soldados que no tengan más familia.

Los soldados se miraron unos a otros sorprendidos.

—Cuando esto se acabe —dijo a modo de respuesta el general—, y se acabará, necesitaremos familias. Es cierto que también necesitaremos solteros. Pero ¿para qué crear nuevas familias si ya las tenemos?

»Tendremos que repoblar el mundo. Y los niños necesitarán padres.

Henry sonrió. El viejo zorro siempre sabía lo que decir. Algún soldado dejó el grupo junto a Johns apesadumbrado, pero sus compañeros les dieron palmadas y les intentaron alegrar con alguna broma. Sabían que seguramente sería la última vez que les verían.

La primera explosión retumbó en la lejanía. Y a ésta le siguió otra, y luego otra. De repente el aire se llenó del humo de las explosiones. El general, Henry y varios soldados se acercaron a la puerta principal. Los zombis habían entrado en el primer campo de minas y las pisaban tranquilamente. Cada explosión hacía volar a varios debido a lo juntos que iban. Sus extremidades eran separadas violentamente y caían sobre el resto de zombis, sin que mostraran ni un ápice de molestia. Los zombis que habían perdido extremidades trataban de seguir avanzando pero eran pisados por sus compañeros, que no parecían ser conscientes de lo que estaba pasando.

Con cada explosión se creaba un hueco en la masa inhumana que en pocos segundos era rellenado de nuevo. Y no se detenían. Seguían avanzando. Las minas seguían explotando a su alrededor. En algunos casos los zombis incluso arrastraban miembros perdidos de otros sin darle importancia. Era desesperante y descorazonador.

Y con cada explosión se acercaban cada vez más. Las personas que había en la entrada dieron un paso atrás instintivamente. Las minas habían tratado de hacer su trabajo. ¿Cuántos zombis habían caído? ¿Decenas? ¿Cientos? Daba igual. Su número parecía seguir creciendo a cada paso.

Una pesadilla andante.

Los primeros zombis llegaron a los tanques de nitrógeno líquido. Henry esperó a que estuvieran rodeados. En unos pocos minutos los tanques ya no se veían.

El ingeniero dio la señal y un soldado hizo explotar una de las cargas. A continuación hizo explotar otro de los tanques.

Una humareda blanca se expandió entre los zombis y los inundó completamente, ocultándolos.

Mientras la nube blanca se iba extendiendo se escucharon un par de explosiones más. Las cargas del resto de los tanques habían sido detonadas y la humareda se fue extendiendo cada vez más. Las personas que había en la entrada aguantaron el aliento.

Fue en ese momento cuando Henry se dio cuenta de algo. El ruido de las pisadas. Con toda la excitación del momento, y las posteriores explosiones, no había prestado atención, pero se escuchaba un ruido TUM, TUM, TUM, como si fueran en procesión, incluso le pareció que el suelo temblaba. El ruido en realidad era una mezcla entre pisadas y pies arrastrándose, y cada vez era más grande.

De la humareda blanca comenzaron a salir muertos vivientes. A algunos se les había congelado parte de la cara y ahora se les estaba cayendo a cada paso que daban; a otros las manos, brazos, o el torso, pero seguían caminando a pesar de todo. Un espectáculo espeluznante.

Finalmente el humo se disipó. Henry vio que su idea había causado estragos en las filas zombis, decenas de muertos tenían las extremidades inferiores congeladas y

pegadas al suelo y, a pesar de todo, habían intentado seguir caminando con la consiguiente separación de las extremidades y su posterior caída al suelo. Los caídos habían sido pisoteados de nuevo por otros zombis y los huecos se habían vuelto a cerrar.

Todos permanecieron en silencio mientras observaban aproximarse a la masa de no-muertos, que no parecía tener fin. El general activó su walkie.

—Disparad los morteros.

Unos segundos después el grupo se había alejado de la puerta y los morteros habían comenzado a disparar. Los soldados en lo alto de los tejados iban dejando caer los proyectiles en los largos tubos. Luego éstos los escupían para que se formase una parábola. Por último, acababa en medio de la maraña de atacantes que cada vez se encontraban más cerca de las verjas de la base.

Al igual que había sucedido con las minas, los proyectiles de los morteros causaron estragos entre las filas de zombis. La masacre era tremenda, y los proyectiles provocaban que los trozos de muertos vivientes volaran por todas partes. Pero a pesar de todo nada parecía detenerles. Por cada monstruo que los proyectiles destrozaban otro cubría su hueco. Parecían imparables.

Henry se preguntaba cuántos cuerpos habían destrozado o inutilizado.

¿Cientos? ¿Miles? Y a pesar de todo no parecían acabarse nunca. Y, como el general había dicho, no parecían cansarse, ni ser conscientes de sus pérdidas. Continuaban avanzando a pesar de las explosiones, a pesar de los cuerpos destrozados. Les daba igual. No parecía que nada pudiera pararlos.

El general ordenó a un pelotón que se preparara. Los soldados se acercaron a las verjas delanteras con las armas dispuestas.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo el general comprobando su fusil de asalto—. Disparos certeros a la cabeza hasta que se acaben las balas.

Luego activó el walkie.

—Ametralladoras preparadas para cubrir nuestro repliegue.

Desde los tejados cercanos varios soldados levantaron sus pulgares en señal de acuerdo.

Detrás de los soldados con los fusiles de asalto había otros armados con escopetas, listos para usarlas si los zombis lograban pasar las verjas.

Henry era uno de los que llevaban escopetas. Nunca se había caracterizado precisamente por ser un buen tirador, y ahora se veía plantado ante esas malditas criaturas que no dejaban de avanzar a pesar de las bajas.

Los primeros zombis llegaron a la altura de las verjas y el general miró al ingeniero y asintió. Éste encendió su walkie.

—Activad el generador.

Los zombis comenzaron a agarrar la verja tratando de atravesarla sin éxito. Unos

segundos después comenzaban a moverse como si tuvieran un ataque de epilepsia. Las manos les humearon pero siguieron agarrándose a las verjas como si la electricidad que estaba quemando su piel y pasaba a través de su cuerpo no estuviera ahí.

Un par de minutos después los primeros zombis que habían recibido las descargas cayeron al suelo fulminados.

—Parece que funciona —dijo el general con un ápice de esperanza en su voz.

—La electricidad debe de estar cortocircuitando sus cerebros —dijo Henry—, pero no creo que podamos mantener mucho tiempo ese voltaje. El generador acabará quemándose y dejará de funcionar.

—Pues tendremos que ayudarlo. ¡Fuego a discreción!

Los soldados comenzaron a disparar sobre los zombis.

Las cabezas de los no-muertos comenzaron a explotar y los cuerpos se fueron acumulando delante de la verja principal. La mayoría de disparos dieron en su blanco y los soldados continuaron disparando, cada uno a su ritmo, pero sin descanso. Mientras unos cambiaban los disparadores otros disparaban.

Los casquillos se fueron acumulando a sus pies en una cantidad que Henry nunca había visto. Y seguramente tampoco el general. Pero por más zombis que dejaran sin cabeza éstos no parecían cejar en su empeño y otro problema se estaba comenzando a formar. Los zombis continuaban avanzando pisando a los caídos, haciendo más difícil que los defensores pudieran disparar a gusto. Cada vez que aparecía uno le disparaban, pero una vez caía otro le pasaba por encima, y poco a poco se fue formando una especie de rampa a los pies de la verja hasta que el primer zombi cayó al suelo, en el interior de la base.

Los zombis estaban dentro.

El general se maldijo por haber cometido otra vez el mismo error. Su pensamiento militar le había traicionado. Estaba acostumbrado a combatir contra seres humanos, y por lo tanto no había previsto que volviera a pasar lo mismo que la primera vez que se enfrentó contra esas malditas criaturas. Sus cadáveres se apilaron delante de la verja hasta formar una rampa por la que los demás podían pasar. Había vuelto a permitir que los soldados y el resto de refugiados estuvieran al alcance de los no-muertos.

Los primeros zombis habían comenzado a caer desde lo alto del cúmulo de no-muertos como si fueran lemmings. De una forma casi cómica continuaban avanzando a pesar de tener sólo aire sosteniéndoles. Caían por efecto de la gravedad al suelo y luego trataban de levantarse. Pero no había nada gracioso o divertido en aquella situación.

—Retirada —ordenó el general viendo que no tenía sentido estar plantados ahí disparando ahora que los zombis habían traspasado la verja y los podían superar en

cualquier momento—. Quiero que los jeeps formen una línea de defensa a 100 metros de la verja. Los usaremos para cubrirnos y seguir disparando.

Mientras los primeros zombies caían ante los disparos de las escopetas de los soldados que cubrían la retirada de sus compañeros, los jeeps que hasta ese momento habían estado aparcados al otro lado de la base se fueron acercando rápidamente hasta formar una barrera.

Los soldados, a medida que llegaban a la altura de los jeeps, se situaban detrás de los mismos. Mientras, el general se subió a uno de los jeeps y empuñó una de las ametralladoras de gran calibre.

Los zombies que iban saltando la valla aumentaron en número y los soldados con las escopetas fueron retrocediendo paso a paso mientras descargaban sus mortales perdigones en el torso y la cabeza de los invasores. Pero llegó un momento en el que por cada zombie que caía cinco le reemplazaban. El camino hasta los jeeps estaba sembrado de los cartuchos de las escopetas.

Las ametralladoras de los tejados cercanos comenzaron a disparar sobre los zombies con menos acierto que el resto de armas. La distancia era mayor y las ametralladoras no eran precisamente armas de precisión, más bien de destrucción, algo que contra cualquier enemigo vivo serviría pero no en el caso de los zombies. El general ordenó a los soldados con los morteros seguir disparando.

La idea era tratar de conseguir que llegaran el menor número posible de zombies a la pila de cadáveres y que así no pudiesen entrar en la base. Pero todo parecía inútil. Los zombies parecían querer quedarse en la base militar.

Algunos zombies que caían al otro lado de la verja no tenían tiempo de levantarse, bien fuera por los disparos de los soldados o bien fuera porque algún otro zombie le caía encima. El general vio con impotencia cómo una segunda montaña de cuerpos se fue formando al otro lado de la verja. Cualquiera que estuviera observando desde fuera el ataque no pensaría que los atacantes eran criaturas sin mente ni inteligencia que sólo actuaban por instinto. Acumulaban a sus caídos para poder subir por ellos y atravesar la verja.

Decenas de zombies se acercaban a la línea que habían formado los jeeps y por la que disparaban los soldados. El general Smith ordenó que las ametralladoras de los vehículos comenzaran a disparar y los soldados no se lo pensaron un segundo: apretaron el gatillo tratando de destruir la cabeza de los atacantes o simplemente destrozarlos con las balas.

Los zombies seguían cayendo al otro lado de la verja por la acción de los proyectiles de los morteros, pero eso no impedía que docenas de ellos subieran por la improvisada rampa y bajaran por el segundo montón de cadáveres.

En unos minutos eran cientos de zombies los que atravesaban las verjas y los soldados comenzaban a quedarse sin munición. Por otra parte las ametralladoras

comenzaban a calentarse en exceso, lo que podía provocar que en vez de disparar la bala la hicieran explotar en el interior del arma.

El general no tuvo más remedio que ordenar la retirada de los soldados de a pie mientras Henry mandaba a un par de soldados que fueran a buscar extintores para tratar de usarlos como refrigerante para las ametralladoras.

Los soldados llegaron con los extintores y comenzaron a usarlos en las ametralladoras, que parecían haber ido cogiendo un ligero color rojizo, aunque seguramente era la imaginación de los soldados o las salpicaduras de los zombis.

El patio estaba perdido. El general lo sabía pero no podía dejar su posición. Tenía que seguir disparando hasta el último momento. Tratar de matar al mayor número posible de zombis.

—Los que quieran retirarse que lo hagan ahora que pueden —gritó el general, tratando de hacerse entender por encima del ruido de las explosiones y de las ametralladoras—. No creo que tengan otra oportunidad. En breve tendremos a los zombis encima.

Fue entonces cuando se dio cuenta de algo que hasta entonces había pasado desapercibido para él debido a lo centrado que estaba mirando al frente. Los zombis habían ido expandiéndose por los laterales sin problemas y amenazaban ahora con rodearles y dejarles sin escapatoria.

Un movimiento de tenaza. Simple pero mortal. Los zombis avanzaban por todas partes. Y los de los laterales amenazaban con rodearles y atacarles por detrás. Ahora que prestaba atención a su alrededor se daba cuenta de que los soldados de los tejados habían tratado de avisarle pero con el ruido que había y lo concentrado que estaba le había sido imposible darse cuenta.

Una vez más dio la orden.

—Todos los que no estén encima de un jeep que abandonen su puesto. Les cubriremos desde los jeeps.

Ningún soldado dejó de disparar y al general le inundó una sensación agri dulce viendo la lealtad de sus soldados y su profesionalidad.

—No deben seguir aquí —insistió—. ¡Es una orden! Deben proteger a los civiles.

Esta vez los soldados se miraron unos a otros y comenzaron a abandonar su posición mientras los zombis comenzaban a cerrar su tenaza acercándose por detrás a los jeeps. Algunas de las ametralladoras de los jeeps comenzaron a disparar para cubrir a sus compañeros, que también se encontraban disparando mientras corrían para impedir que los zombis les cortaran la retirada.

Los zombis casi estaban ya a la altura de los jeeps cuando el último de los soldados alcanzó uno de los almacenes y la puerta se cerró detrás de él. Los jeeps estaban rodeados pero a pesar de eso seguían disparando, tratando de reducir el número de atacantes e intentando ganar tiempo hasta que llegase ayuda de algún tipo.

Ésa era la única esperanza real. Que llegara ayuda desde el exterior.

El general miró a su alrededor. Parecía que los zombis habían dejado de caer por la verja exterior. O simplemente es que no cabían más. No era fácil saberlo. Fue entonces cuando notó una mano agarrándole el tobillo. Agitó la pierna. Giró la ametralladora y disparó a ras de su jeep acabando con varios zombis.

Pero un par de manos más agarraron su tobillo otra vez, con más fuerza. Cuando el general se giró para disparar notó que otras manos le agarraban del otro tobillo haciendo que perdiera el equilibrio.

Fue arrastrado fuera del jeep y rodeado por un grupo de zombis que alargaban los brazos para cogerle.

Henry escuchó una explosión cercana. Se giró para ver un humo negro ascendiendo de un pequeño círculo, prueba de una pequeña explosión. El general Smith no estaba encima de su jeep, y el ingeniero se imaginó lo que había ocurrido mientras miraba la granada sin seguro que tenía en su mano. El general había perdido la vida llevándose con él a todos los enemigos que había podido.

Los zombis comenzaban a empujar los jeeps y los soldados iban perdiendo el equilibrio y cayendo en sus podridas manos. Poco a poco el ruido de las ametralladoras fue cesando. Era cuestión de tiempo que Henry también cayera. Pero mientras tanto trataría de llevarse a tantos como pudiera.

Sam, la que había sido una de las encargadas de seguridad de la factoría de Henry, observaba impotente la invasión zombi desde el tejado de uno de los edificios militares. No podía hacer apenas nada, salvo esperar. Su misión era proteger al grupo de civiles que estaban bajo su cargo, en el edificio. Le debía la vida al ingeniero y ahora tenía que observar casi en primera fila el final seguro de su jefe.

Los zombis habían ido haciéndose poco a poco con el patio de la base y sin querer habían rodeado los jeeps.

Ahora los soldados que estaban en los jeeps habían ido desapareciendo agarrados por los zombis. Con lágrimas en los ojos vio cómo, finalmente, Henry era arrastrado hacía la marea de no-muertos y unos segundos después en el sitio por el que había desaparecido ocurría una explosión en la que varios zombis eran desmembrados y destrozados. Por lo menos se aseguraba de no resucitar.

Sam miró a uno de los soldados que había en el tejado esperando sus órdenes. Al lado tenía varias cajas conmutadoras. Con resignación asintió con la cabeza.

El soldado activó su walkie.

—Fuego en el agujero —gritó, y pocos segundos después activó las cargas que había al lado de los depósitos de gasolina de los jeeps.

La onda explosiva recorrió todo el patio tirando al suelo a casi todos los zombis. La fuerza de la explosión exterminó a un gran grupo de ellos y las llamas consumieron a otra gran cantidad, aquellos que trataban de ponerse en pie sin darles

importancia a las llamas que consumían su cuerpo y haciendo que éstas se propagaran entre los demás zombis.

En unos minutos el número de zombis que había en el patio descendió en una gran cantidad pero cuando las llamas se consumieron y el humo de la explosión se disipó, todavía quedaban suficientes como para arrasar la base sin problemas. Y por si fuera poco, el olor a carne chamuscada inundó el lugar, convirtiendo el simple hecho de respirar en algo nauseabundo.

Poco a poco los zombis volvieron a extenderse por los patios, camino de los edificios más cercanos que guardaban su preciada presa: seres humanos vivos.

Los gritos del interior del edificio llamaron la atención de Sam.

Rápidamente cogió su arma y bajó las escaleras que comunicaban el tejado con el interior. Era un desastre. Los zombis habían entrado en el edificio y habían pillado a todos desprevenidos.

Miró alrededor mientras corría hacia las escaleras que llevaban al primer piso intentando descubrir cómo habían invadido el interior. El edificio era uno de los talleres donde los tanques eran reparados y consistía básicamente en una zona inferior casi vacía en esos momentos, un primer piso que ocupaba únicamente una pequeña parte dedicado a oficinas, una zona de descanso y diversas pasarelas y vigas que recorrían el interior desde cierta altura y que se usaban para levantar y transportar maquinaria pesada de los tanques de un lado a otro del edificio.

La mayoría de la gente se encontraba ahora corriendo de un lado para otro en la planta baja. Histérica. Sin saber qué hacer. Los pocos soldados del interior hacían lo que podían para mantener a raya a los zombis pero la gente corriendo de un lado para otro no ayudaba precisamente.

Sam indicó a varios soldados que estaban disparando desde el primer piso que le acompañaran mientras trataba de gritar las órdenes. Comenzó a bajar rápidamente las escaleras que comunicaban con la planta baja y vio el sitio por el que estaban entrando los zombis.

La explosión de los jeeps había debilitado las paredes del edificio y varios zombis estaban entrando por un agujero.

Además, por lo que podía ver, la misma explosión había disparado zombis a través de los enormes ventanales del edificio permitiéndoles la entrada y rodeando de alguna manera a la gente que creía estar a salvo en el interior.

Nada más llegar, ordenó a los soldados que comenzaran a evacuar a los civiles hacia la primera planta y el tejado. Debían abandonar enseguida esa zona porque seguramente se llenaría de zombis en poco tiempo.

Sam trataba de hacerse escuchar, pero entre los disparos y el griterío de la masa era casi imposible. Afortunadamente los soldados comenzaron a captar la idea y señalaron hacia las escaleras mientras vigilaban que ningún zombi se acercara y

subiera al primer piso. Fue entonces cuando surgió un nuevo problema: la gente comenzó a agolparse en las escaleras tratando de ponerse a salvo sin tener en cuenta a los demás.

Era el sálvese quien pueda. Y los soldados se veían desbordados por la marea humana que quería ponerse a salvo tratando de subir por unas escaleras que no estaban diseñadas más que para subir dos personas a la vez.

Mientras tanto los zombis comenzaron a asomarse por el agujero de la pared, atraídos por los gritos de la gente y por los disparos de los soldados.

Sam estaba desbordada al igual que los soldados. Los civiles eran intratables y no escuchaban a nadie. Con la aparición de los primeros zombis las personas se convirtieron en una masa aterrada con la que no se podía entrar en razón, algo que a su modo le recordaba a los no-muertos.

Trató de coordinar a los soldados de manera que la mayoría se encargara de disparar a los zombis que entraban por el agujero de la pared mientras que un pequeño grupo tratara de acabar con los zombis que habían entrado disparados por las ventanas. La mayoría no era un problema físicamente, ya que el vuelo y el aterrizaje les había destrozado las piernas o les había partido en dos, pero la gente no era consciente de ello. Sólo veían zombis, un peligro. No eran capaces de entender que eran casi inofensivos, apenas incapaces de moverse.

Los soldados acabaron sistemáticamente con esos zombis pero la gente continuaba sin calmarse. Constantemente miraban el agujero por el que los zombis iban entrando cada vez en más número y veían que las colas en las escaleras no avanzaban así que se ponían a dar empujones y gritaban histéricamente.

Afortunadamente los soldados se mantenían firmes y no dejaban de disparar a los zombis que entraban lo que estaba provocando un efecto montaña otra vez. Pero esta vez los zombis tenían más dificultades para entrar, porque además de empujarse entre ellos como los vivos del interior, se veían obstaculizados por los cadáveres de los que habían entrado antes que ellos y que comenzaban a apilarse.

Sam indicó al grupo de soldados que había acabado con los zombis del interior que se ocuparan de poner un poco de orden entre la gente para que subieran las escaleras poco a poco y ordenadamente. Con suerte, la presencia de los soldados calmaría un poco los ánimos aunque por desgracia no las muertes. Pudo observar a varias personas que habían sido aplastadas por el gentío o que habían sido pisadas y abandonadas sin vida. La naturaleza humana era así de cruel. Los soldados se centraron en proteger a los más ancianos, las mujeres y los niños; las personas más incapaces de protegerse.

Cuando comenzaron a golpear a la gente más fuerte que querían pasar por encima de los demás parecieron recuperar las funciones principales de sus cerebros y su comportamiento pasó a ser más tranquilo y civilizado. Rápidamente la planta baja

comenzó a despejarse.

Apenas quedaban ya personas y Sam dio la orden a los soldados de comenzar a retirarse hacia las escaleras, mientras indicaba a otros que colocaran explosivos en las mismas.

Los zombis habían derribado su propia muralla de muertos a base de empujar y de nuevo comenzaban a entrar en gran número.

La planta baja se fue vaciando de manera que sólo quedaban los zombis y los soldados. Los civiles, ahora a salvo, estaban más tranquilos y aguardaban con tensión en el primer piso para ver lo qué iba a ocurrir. Tenían la esperanza de que los soldados les protegiesen y no huyeran. Sam indicó a los soldados que se retiraran. Los primeros al llegar al primer piso habían comenzado a disparar para cubrir a sus compañeros. Sólo un detalle no le gustó a Sam. Los heridos graves no tenían posibilidades de sobrevivir si no los llevaban hasta el recinto médico de la base. Pero eso era algo imposible debido a los zombis que deambulaban por todo el exterior de la base. Al menos habían sido heridos por humanos y no por zombis. Un par de voluntarios comenzaron a tratarlos con los botiquines y con el material médico que habían acumulado con anterioridad en el primer piso.

Algunos supervivientes y soldados intentaron también evacuar a los muertos pero Sam se había negado categóricamente. No sólo por razones higiénicas sino también por razones de seguridad. Era como tener al enemigo en casa. Lo único que se podía hacer por ellos era asegurarse de que no volvieran a la vida como aquellos monstruos. Una tarea que seguía sin ser nada sencilla.

El último de los soldados subió por las escaleras y Sam dio la orden.

Una serie de pequeñas explosiones retumbó en el interior del edificio vacío y el sonido se expandió a través del eco existente. Un tramo de las escaleras se derrumbó dejando el primer piso incomunicado y sin opción para los zombis. De momento no podrían alcanzarles.

Sam, con la ayuda de los soldados, distribuyó a los refugiados como pudo. El espacio de la primera planta era finito e incluso le costó convencer a la gente para que cediesen las zonas más cómodas a los heridos y necesitados. La miseria humana continuaba existiendo a pesar de lo que había sucedido. En más de una ocasión tuvo que amenazar con lanzar a alguna persona a los zombis si no cedía en su tozudez. Al menos algunos estaban de acuerdo con quedarse en el tejado y trataban de causar los menores problemas posibles siendo conscientes de lo que estaba pasando. Disponían de suministros para resistir pero no se sabía por cuánto tiempo. Era cierto que el edificio tenía un pequeño baño con ducha, pero el número de personas era grande y las reservas de agua pequeñas.

Sólo se podía esperar a que de alguna manera hubiera un milagro.

Sam subió a la azotea y se sentó mirando hacia el patio. Los zombis seguían

invadiendo cada vez en mayor cantidad el interior aunque parecía que al único edificio al que habían accedido era el suyo. La mayoría pululaban de forma errática y sin rumbo al igual que dentro del edificio.

Eso era lo más desconcertante de esos malditos bichos. Su comportamiento no tenía sentido. Sus movimientos no parecían tener ningún objetivo salvo el de atrapar a su presa. Lo cierto era que no había tenido mucho contacto con los no-muertos y aquélla era la primera ocasión que los había visto en ese número tan grande y podía estudiarlos sin peligro.

Al parecer no había mucho que estudiar. Eran estúpidos. Sin rastro alguno de inteligencia. Y no parecían ser conscientes del daño que sufría su cuerpo. Les daba igual que les faltara un brazo o tuvieran toda la piel carbonizada. Mientras sus músculos pudiesen responder, continuaban su paseo.

Y el olor. Nunca se había dado cuenta realmente de ello pero apestaban a carne podrida. Y ahora también a carne quemada. Era insoportable. Cada vez que descansaba la vista veía los destrozos ocasionados por las explosiones de los jeeps y recordaba las muertes de Henry, el general Smith y el resto de soldados.

Cerró los ojos tratando de olvidar, pero a su mente volvían las atroces escenas. Escuchó a lo lejos el ruido de los truenos. ¿Otra tormenta? Tal vez el agua ayudaría a quitar el olor a muerte. Pero había algo extraño. Los truenos eran muy seguidos.

A su pesar no pudo evitar abrir los ojos tratando de descubrir el origen de los truenos. Al principio no pudo ver nada pero de repente en las afueras de la base comenzaron a sucederse las explosiones una detrás de otra. Y los zombis comenzaron a volar en pedacitos.

Poco a poco el ruido de los truenos se convirtieron en los terribles sonidos que los potentes motores de los tanques hacían. Sam observó cómo en su primera aproximación los tanques descargaban sin descanso su arsenal a través de sus largos cañones sobre los zombis que había en el exterior de la base.

Cuando los tanques se habían acercado más a la base, los cañones guardaron silencio y un ruido más aterrador se empezó a escuchar: el que provocaban las orugas de esos pesados vehículos al pasar por encima de zombis, vivos o muertos, y aplastarlos. Se podía escuchar los huesos de los cuerpos de los no-muertos, triturados y aplastados. El espectáculo después de que los tanques pasaran por encima de una zona era vomitivo. No quedaba nada en pie ni entero.

Sam pensó aliviada que todo había terminado. De momento.

Desde la distancia Mara había observado todo lo ocurrido en la base y en su exterior sin poder hacer nada. Con lágrimas en los ojos había asistido a la muerte de su superior, el general Smith. Sus puños se cerraron y sus dedos se apretaron tanto que las palmas de sus manos comenzaron a sangrar. Se sentía rabiosa e impotente. Lo recordaba todo, y ahora tenía claro que su misión era encontrar y matar a Doc.

—Mira, Eva, o dejas de poner cara de amargada o te dejo por ahí tirada a ver si algún zombi quiere devorar tu cerebro.

»Entiendo tu enfado, ¡pero soy un científico! No puedo decirle que no a los misterios de la vida. Es parte de mí.

»Sí, yo también pensaba que todo sería normal. La usaría como experimento y la dejaría tirada ahí donde la encontré pero...

»¡Estaba durmiendo! Con todas las heridas que tenía, la sangre que había perdido y que no estaba inconsciente, estaba durmiendo.

»¿Como que cómo lo sé? ¿Aparte de porque soy científico y haberme pasado toda la vida investigando? Porque movía los ojos... a ver cómo te lo explico. Si estás inconsciente, o en coma, o muerto, tu actividad REM es distinta que si estás durmiendo. Como sabrás, cuando duermes y sueñas, la actividad REM se dispara, y eso se nota en el movimiento errático de los ojos.

»Además... ¿Quién es tan importante como para que manden mercenarios detrás de ella? Y si te fijas, limpiaron la ciudad de zombis... otro misterio a resolver es cómo lo hicieron, para tener un coto de caza privado y que nadie les molestara. Y estos mercenarios no eran aficionados, no... Así que, ¿quién es esta chica?

»Y para colmo mientras estudiaba el caso y decidía qué hacer... aparece ¡¡UN CURA!!! ¿Cuántos curas nos hemos cruzado desde que nos conocemos? No hace falta que respondas, yo te lo diré: ninguno. Es cierto que en mis viajes antes de conocerte traté con un par de ellos pero no suelen salir de sus parroquias y éste no sólo no estaba escondido detrás de sus feligreses sino que ¡¡¡SE DEDICA A CAZAR ZOMBIS!!!

»¿Tú sabes qué oportunidad representa esto? Un cura que va dando la extremaunción a los zombis y una misteriosa dama que sueña... ¡¡Y NO RECUERDA NADA!!

»Reconozco que cuando el cura me lo contó, no me lo creí. La amnesia es un fenómeno que aunque no es extraño sí que no es habitual. Y ahí estaba yo, con un cura cazador de zombis, y una fugitiva amnésica. Era como aquel chiste: van un cura, una amnésica y un científico con un cerebro... Ah, que ya estás cansada de oírlo... Vale, señorita, tampoco hace falta que se enfade... Vaya humor que tienes hoy.

»Pero bueno, el caso es que no pude resistirlo. Tenía que comprobar con mis propios ojos que realmente la chica era amnésica, y saber el motivo por el que la perseguían, y por qué un cura coge su fusil y se dedica a matar no —muertos en vez de tratar de convertirlos o algo así... ¡¡¡ES UN MISTERIO!!!

»Y he de reconocer que curar de vez en cuando también me viene bien, no

es cuestión de olvidar lo fundamental. Aunque no creía que fuera a vivir. Tanta sangre como había perdido, vale... fue un milagro que se recuperara. Por eso tengo que seguir con esta pareja, para averiguar más cosas. Ya te lo he dicho otras veces Eva, el saber no ocupa lugar... No cómo tú, que cada vez parece que peses más.

El padre Xavier comenzó a andar aturdido calle abajo. No se atrevió a mirar atrás. Se sentía mal dejando a Mara sola ante el peligro. Mientras huía se dio cuenta de que la superaban en número y no tendría opciones de sobrevivir.

Pero a pesar de todo rezó a Dios para que nadie muriera. Con tanta muerte alrededor, ¿por qué la humanidad seguía empecinada en matarse entre ellos? ¿Qué debía de haber hecho esa pobre criatura para que quisieran matarla con tanto afán?

Tan perdido estaba en sus pensamientos que casi pisó a un zombi que se arrastraba por la acera. Rezó por su alma y le voló la cabeza.

Debía centrarse en su tarea o al menos no ir ensoñado mientras caminaba por esas calles tan peligrosas. Fue entonces cuando comenzó a escuchar los disparos a lo lejos. El combate había comenzado, y seguro que habría muertes.

Decidió esperar.

El ruido empeoró y pasó a escuchar explosiones. ¿Qué estaría pasando? Parecía una guerra. Poco a poco se dejaron de escuchar las explosiones, aunque podía ver una columna de humo al final de la calle. Y luego los disparos cesaron. Era el momento de la realidad.

¿Qué debía hacer?

Socorrer a los necesitados. Eso era parte de la fe. Debía seguir las enseñanzas de Jesús. Comenzó a andar despacio, inseguro, sin saber lo que podría encontrarse. ¿Correría su vida peligro? Esperaba que no, pero existía el riesgo.

A medida que se acercaba a la zona, la visión era más espantosa. Coches ardiendo y metal esparcido por la rotonda. Además, estaban los cadáveres. Debía haber media docena, o tal vez más. Algunos habían muerto por disparos, otros por las explosiones, pero otros claramente habían sido heridos y luego les habían cortado de oreja a oreja el cuello, dejándoles ahí para que se desangraran. ¿Cómo podía una persona ser tan cruel? ¿Qué escondía aquella chica? El espectáculo que veía era terriblemente salvaje. ¿Cómo podía haberse cebado tanto en esta gente por mucho que la quisieran muerta?

¿Realmente era amnésica? No había conocido a muchos amnésicos pero ella lo parecía...

No vio el cadáver de Mara por ningún sitio. No sabía si sentirse aliviado o no. Dio la extremaunción a los muertos y luego se aseguró de que no volvieran a levantarse. Era lo más cristiano que podía hacer por ellos. Asegurarse de que su alma

viajara a los cielos en paz. Y ya ahí, serían otros los que juzgarían sus acciones.

Siguió el rastro de destrucción por una calle y descubrió también un rastro de sangre. Por el tamaño de las huellas supuso que pertenecerían a Mara. Seguramente la habían herido. El rastro de sangre entraba en un edificio.

Respiró hondo y comenzó a subir las escaleras guiándose por el rastro.

Cuando el padre Xavier llegó al piso tuvo que santiguarse al ver la masacre. Los cadáveres se apilaban unos encima de otros. ¿Quién era esta chica? ¿Cómo había podido destruir todas esas vidas? Entró lentamente en el piso al ver que ninguno de los cadáveres era el de Mara.

Con cada paso que cada su corazón se aceleraba. ¿Qué le esperaba dentro? ¿Más cadáveres? Anotó mentalmente dar la extremaunción a los de la entrada y luego asegurarse de que no volvían a la vida. Pensó en cómo conseguir que no le disparara nadie por accidente y decidió que lo mejor era anunciar su entrada.

—¿Hola? Soy el padre Xavier —dijo levantando la voz, tratando de que no sonara muy temblorosa—. El sacerdote de antes. ¿Hay alguien aquí? Voy armado pero soy inofensivo.

Lentamente avanzó por la casa hasta llegar a lo que parecía ser la sala de estar. Ahí había un cadáver más, claramente asesinado con crueldad; vio a Mara tumbada en un sofá, durmiendo plácidamente, ¿cómo podía alguien con una apariencia tan angelical ser en realidad un ángel de la muerte? Se fijó en una segunda figura que estaba de rodillas al lado de Mara.

Al principio no pareció hacer caso de la presencia del sacerdote. Se hallaba estudiando el cuerpo inerte de Mara y de vez en cuando murmuraba algo aunque no había nadie más en la habitación.

Carraspeó tratando de hacerse notar. La figura misteriosa no iba vestida como los soldados, por lo que Xavier pensó que no era uno de ellos. Pero quedaba descubrir si era un peligro o un viajero.

—Disculpe, soy el padre Xavier —dijo a modo de presentación—. ¿Puedo preguntarle cuáles son sus intenciones?

Por primera vez, la figura pareció notar al sacerdote y fijó su mirada en él. Un escalofrío recorrió la espalda del cura sin saber exactamente el motivo. La persona en cuestión no parecía ser nadie fuera de lo normal. De hecho su estado era mucho mejor que el del resto de personas con las que se había cruzado. Incluso diría que estaba aseado, y su imagen era bastante normal... en el mundo antes de la invasión zombi.

—Sí —dijo simplemente el extraño y después concentró su atención otra vez en Mara, murmurando de nuevo para sí mismo.

El padre Xavier se quedó unos segundos confuso, sin saber qué hacer o decir, esperando que le respondiera, pero ninguna palabra más salió del desconocido.

Volvió a intentarlo.

—¿Cuáles son sus intenciones, señor? —preguntó con voz más firme y segura.

Los ojos del desconocido se clavaron en él y el sacerdote se sintió como si fuera un niño pequeño y estuviera delante de una figura aterradora.

—Todavía lo estoy debatiendo —respondió finalmente—. ¿Conoce a esta chica?

—Se llama Mara —dijo el sacerdote cautelosamente—, la conocí el otro día. Al parecer perdió la memoria y no recuerda nada de cuando sobre la tierra no había muertos caminando.

La sonrisa del extraño provocó que otro escalofrío le recorriera la espalda.

—Entonces ambos están de suerte —dijo finalmente, mientras comenzaba a rebuscar en una bolsa que tenía al lado—. Soy médico, creo que puedo salvar a su amiga.

Las imágenes iban y venían. Breves *flashes* de cosas incongruentes y sin sentido. Un árbol. Un incendio. Un gran incendio. Mucha gente muriendo. Gente muerta levantándose y caminando. Edificios que se caían. Un columpio. Doc, otro Doc que no era Doc, pero era Doc. Barras y estrellas. Disparos. Explosiones.

Mara sabía que estaba soñando pero no conseguía saber el qué. Las imágenes se sucedían demasiado rápido como para poder centrarse en ellas. Era frustrante. Estaban tan cerca... Pero cada vez que alargaba la mano para tocarlas, se alejaban o disolvían.

Cerró los puños y entonces se fijó que estaba flotando, pero el líquido que la envolvía no era agua. Era sangre. Levantó una mano y vio que todo el brazo estaba rojo. Miró a su alrededor. Estaba rodeada de sangre. Intentó gritar, pero comenzó a vomitar ese horrible líquido rojo. Comenzaba a notar cómo su cuerpo se hundía en el líquido rojizo. No podía hacer nada por más que moviera los brazos.

Cerró los ojos. Contó hasta diez y volvió a abrirlos lentamente.

Ahora estaba en un prado, a lo lejos había una casa. Comenzó a caminar hacia ella y al cabo de unos instantes se encontró debajo de un árbol. Había un columpio medio colgado. Una de las cuerdas parecía subir y bajar. Dirigió la mirada hacia la rama de la que colgaba el columpio. Una niña estaba encaramada a ella tratando de atar la cuerda del columpio. Vio a Mara y sonrió. Bajó de un salto y aterrizó justo delante de ella.

—Vaya —dijo mirando de arriba abajo a Mara—. Sí que voy a crecer...

—¿Perdona? —dijo Mara algo confusa—. ¿Nos conocemos?

—Oh, bueno, puede que me hayas olvidado —dijo sonriendo la niña—, pero volverás a recordar aunque no te gustará.

—¿Tú eres yo?

—No, tú eres tú, yo soy yo, y ambas somos una —dijo la niña que seguía sonriendo—. Estás gravemente herida. Pero confío en que te recuperes. Todavía nos

quedan muchas cosas por hacer.

—Pero no recuerdo nada.

La expresión de la niña se entristeció.

—Hay cosas que más valdrían no ser recordadas —los ojos de la pequeña comenzaron a humedecerse—. Pero supongo que sin esos recuerdos no seríamos nosotras... Mara Grumpy. Y creo que ahora tendrías que recuperar el conocimiento.

Mara alargó el brazo para tratar de coger a la niña que comenzaba a desaparecer. De repente notó un gran dolor y sus ojos se abrieron. Se había incorporado. Y el dolor que sentía parecía real. Miró a su alrededor.

Vio al padre Xavier acercarse a ella rápidamente. Estaba tumbada en un sillón, con vendas en varias partes de su cuerpo. A su lado había otro hombre que no conocía o al menos no lo recordaba. Estaba sonriendo. Una sonrisa acompañada por unos ojos fríos, inexpresivos.

—¿Te encuentras bien, Mara? —preguntó el padre Xavier acercándose más.

Ella se quedó unos instantes en silencio, tratando de organizar sus pensamientos.

—Creo que recuerdo cosas —contestó Mara lentamente—. Pero todo es muy confuso. ¿Qué me ha pasado?

El padre Xavier trató de explicarle lo que había sucedido. Eligió no hablar del estado de los cadáveres de los mercenarios que había ido dejando por el camino.

—Me siento confusa —dijo Mara tratando de recordar—. Me acuerdo de comenzar a disparar, de salir corriendo. Creo que me alcanzaron pero...

—Supongo que ahora no importa todo eso —dijo el sacerdote—. Dime, ¿te acuerdas de tu vida antes de todo esto?

—Me vienen *flashes* a la cabeza, imágenes —dijo Mara—. Es algo confuso, sé que son recuerdos, pero todavía los tengo...

La persona que parecía haberla atendido médicamente intervino.

—La amnesia es un fenómeno muy extraño, se dice habitualmente que el propio cerebro la crea para proteger a la persona de algo malo. A pesar de todos nuestros avances, sigue siendo uno de los mayores misterios de la ciencia. Supongo que por eso los zombis están tan interesados en los cerebros. Sabemos tan poco de esa materia gris que ocupa tan poco pero que es tan importante —dijo como improvisando aquella particular teoría, aunque su tono era seguro.

—Creo que había una base militar a las afueras de la ciudad —informó Mara lentamente—, y creo que de alguna manera, estoy conectada a la misma.

A continuación trató de incorporarse a pesar del dolor que sentía. El padre Xavier quiso detenerla.

—Has perdido mucha sangre —dijo mientras trataba de agarrar sus brazos para que no se levantara—, y estás herida. Debes descansar y darle tiempo a tu cuerpo para que se recupere.

—Y a tu cerebro —añadió el misterioso benefactor.

—Pero puede que ahí estén las respuestas que busco —insistió Mara—. No puedo quedarme aquí, estando tan cerca de algo importante.

El padre Xavier miró a la otra persona inquisitivamente. Éste se encogió de hombros.

—Si quiere ir nadie se lo podrá impedir, aunque me gustaría acompañarles si no les importa, por si surgen problemas con sus heridas. No quisiera que mi tiempo se echara a perder.

Mara tomó aliento y se puso en pie. El mundo comenzó a girar a su alrededor y volvió a caerse sobre el sofá con una profunda sensación de náuseas. Cuando el sacerdote trató de ayudarla, Mara le indicó que esperara y volvió a ponerse en pie.

Esta vez más lentamente. El mundo seguía girando y continuaba con ganas de vomitar, pero ahora parecía poder mantener el equilibrio.

Tras un par de minutos todo comenzó a cobrar su normalidad y decidió quedarse quieta. Mara intentó dar un par de pasos, lentamente, tratando de olvidar el dolor que recorría todo su cuerpo.

Se mordió el labio inferior mientras daba otro par de pasos.

—Tengo un poco de morfina para el dolor.

Mara negó con la cabeza.

—Nada de drogas. El dolor me ayudará a recordar que no estoy soñando. Vamos. Debo encontrar esa base militar.

La chica no dijo nada cuando vio los cuerpos en su camino. No recordaba exactamente qué había pasado, pero si los había matado ella seguro que tenía una buena razón.

El que no hubiera zombis por las calles hizo que salir de la ciudad no fuera demasiado complicado. Sólo se paraban de vez en cuando por Mara, que no estaba ni mucho menos recuperada de sus heridas y que sólo se mantenía en pie gracias a su fuerza de voluntad.

El dolor que sentía en su cuerpo fue disminuyendo a medida que iba caminado. O más bien se fue acostumbrando. Aunque le daba rabia ser tan lenta. Necesitaba respuestas. Y creía que en esa base militar las encontraría.

El problema era que no sabía exactamente dónde estaba la base. Sabía que existía, que estaba a las afueras, pero no recordaba el camino. Era frustrante: había avanzado un paso en recuperar su memoria, pero no parecía haber servido de nada.

Afortunadamente para todos, el buen samaritano parecía saber dónde estaba porque había estado cerca.

Mientras caminaban hacia su objetivo comenzaron a escuchar explosiones y disparos. Mara aceleró el paso a pesar del dolor que crecía con cada paso que daba. Lo ignoró. La base estaba en una llanura y el grupo llegó a un montículo algo alejado.

Al ver lo que había en la base dieron gracias por ello.

La mayor parte de la llanura estaba llena de zombis que trataban de entrar en la base. Algunos lo habían conseguido gracias a los cadáveres que se amontonaban en una de las vallas. El viento cambió de dirección y les llegó el nauseabundo olor a muerte y a carne quemada. Al parecer la cerca estaba electrificada y los cadáveres estaban siendo cocinados. Nadie dijo nada. El espectáculo hablaba por sí mismo. En medio del patio se había montado una línea de jeeps desde la que disparaban a los zombis que entraban en la base en un número cada vez mayor.

Mara cogió unos prismáticos que llevaba en su mochila para tratar de ver mejor. Las explosiones que habían escuchado provenían del exterior de la base, donde seguramente habían enterrado minas. Y aún ahora se escuchaba alguna explosión aislada. Además, desde los tejados estaban usando morteros para disparar su munición explosiva contra este extraño enemigo. Pero matar a ese número de zombis era como abatir a hormigas con una escopeta. Su número hacía irrisorias las bajas que se pudieran causar con cada disparo.

Centró su atención en los defensores y su corazón dio un vuelco al ver a uno de ellos. Le conocía. Desde el fondo de su cerebro le llegaron *flashes* de imágenes. Conocía a una de las personas que estaba disparando desde los jeeps. Debía hablar con ella como fuera.

Comenzó a avanzar pero el padre Xavier la agarró.

—¿Se puede saber qué intentas hacer? —le preguntó el sacerdote alarmado.

—Conozco a esa persona —dijo Mara señalando hacia la base militar—. Debo hablar con ella.

—Es una locura —dijo Xavier—. La llanura está llena de zombis. Están por todas partes. No podrás acercarte a la base. Y si lo haces corres el peligro de que crean que eres otro zombi y te maten.

—Pero debo hablar con ella —dijo con voz desesperada—. Puede responder a mis preguntas, ayudarme a recordar, a saber quién soy y qué me pasó.

El padre Xavier la agarró con más fuerza. Sabía que seguramente no hubiera sido rival para ella si no fuera porque estaba débil por las heridas. Sonrió amargamente pensando que a lo mejor era una señal del de arriba.

—Debemos esperar —insistió el sacerdote sin amago de dejarla ir—. Ahora no podemos hacer nada, salvo mirar.

Mientras tanto, su misterioso acompañante se había separado unos metros de ellos y parecía observar la escena ensimismado, como si estuviera viendo una película o un documental. Continuaba murmurando, acto que ponía muy nervioso al sacerdote.

Mara pareció calmarse un poco o al menos dejó de hacer fuerza, pero el sacerdote no se fiaba y no la soltó. A lo mejor estaba esperando a que bajara la guardia para ponerse a correr valle abajo hacia una muerte segura.

—Lo siento —se disculpó el padre Xavier—, pero no puedo dejar que te suicides de una manera tan absurda. No tendría sentido. No, a estas alturas.

Los pies de Mara cedieron y se fue cayendo al suelo, quedándose de rodillas y mirando fijamente la batalla que a unos cientos de metros se estaba llevando a cabo.

Los siguientes minutos trascurrieron en silencio mientras asistían a la defensa del patio de la base militar y al continuo ataque de los zombis. El padre Xavier sabía que era una defensa desesperada, al menos con el número de zombis que había en el grupo de atacantes. El mismo parecía perderse en el horizonte. Era lo más parecido a una plaga divina que había visto nunca. En realidad, nunca había visto tantos zombis juntos. Y pensar que solamente eran los zombis de una ciudad... ¿Qué habría en las grandes metrópolis del mundo? ¿Sería capaz el ser humano de vencer? Lo cierto es que le costaba descubrir los designios de Dios en todo lo que estaba pasando. ¿Sería cierto lo que se decía y estaría asistiendo al final del mundo?

Los defensores fueron acorralados por los zombis. Ya no tenían escapatoria alguna. De la garganta de Mara salió un grito ahogado. Trató de ponerse en pie, pero se encontró con la oposición del sacerdote que había estado todo ese rato a su lado.

—Me temo que lo único que podemos hacer es rezar por un milagro —dijo apesadumbrado el padre Xavier mientras le cogía una mano y comenzaba a orar en silencio.

Los zombis se fueron acercando poco a poco a los jeeps rodeándoles y dejándoles sin salida alguna salvo la de seguir disparando. Pero los no-muertos seguían siendo demasiado numerosos y gracias a ello pudieron comenzar a arrastrar a la gente que había en los jeeps para matarlos y destrozarlos.

En un momento determinado la persona que Mara creía conocer fue agarrada por los zombis y no pudo evitar ponerse en pie como un resorte.

—¡General! —gritó.

Instantes después el grupo de zombis que había agarrado al general quedó hecho pedazos fruto de una explosión que se había producido en la zona.

Mara no pudo resistirlo más. Notó que le fallaban las piernas y luego perdió la conciencia. El padre Xavier gritó su nombre alarmado. Los gritos llamaron la atención de su acompañante, que se acercó a ellos.

—Sólo se ha desmayado —dijo el buen samaritano—. El shock unido a la pérdida de sangre y el cansancio finalmente le ha pasado factura. Debo decir que ha durado más de lo que esperaba. Es algo fascinante el cuerpo humano, ¿verdad?

El padre Xavier no sabía cómo tomarse esas palabras exactamente. Aunque el tono que había usado la otra persona era completamente neutro casi parecía estar disfrutando con todo lo que estaba pasando. El sacerdote negó con la cabeza tratando de quitarse esos pensamientos. ¿Quién podría disfrutar con todo eso?

Las siguientes horas pasaron lentamente para el padre Xavier. Veló a Mara

durante todo el tiempo y rezó por los muertos en la base militar. Nadie de los que habían estado en los jeeps se había salvado. Después de aquello los jeeps habían explotado. ¿Lo habrían hecho aposta para impedir que sus compañeros corrieran la misma suerte que los invasores?

El sacerdote no podía apartar la mirada de lo que pasaba en la base. Estaba asistiendo en primera fila al posible final de un emplazamiento de seres vivos. ¿Habría alguna posibilidad para los humanos? Si una base militar no había podido resistir el avance de los no-muertos, ¿qué posibilidad podía tener un grupo de civiles?

De repente un estruendoso ruido comenzó a escucharse y los zombis que había en el exterior de la base comenzaron a ser destrozados por las explosiones.

Mara abrió los ojos, despertada por el ruido lejano que iba creciendo. Se incorporó con ayuda del sacerdote y, desde la lejanía, vio cómo unos tanques aparecían en el horizonte para, posteriormente, entrar brevemente en la base militar, pasar por encima de los zombis y no dejar ninguno suelto. Mientras tanto los soldados se afanaban en acabar con los pocos que quedaban dentro de los edificios.

Decidió que era el momento de volver a casa. Y saber cómo se encontraba el mundo del que se había ausentado.

El padre Xavier ayudó a Mara a ponerse en pie.

—Creo que es un buen momento para ir a la base —dijo Mara mientras se incorporaba—. Parece que el peligro ha pasado.

—¿Estás segura? —preguntó dubitativo el padre Xavier—. Puede que todavía estén nerviosos por el enfrentamiento.

—Supongo que si nos ponemos a gritar y dar voces no nos tomarán por muertos vivientes —dijo Mara—. Nunca he visto un zombi hablar.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó preocupado el sacerdote.

—Lo recuerdo todo —dijo Mara—. Parece que las horas que he pasado inconsciente han ayudado a que mi cerebro ponga en orden los recuerdos y les dé un sentido.

—Fascinante —dijo el acompañante que se acercó a ellos al ver que se preparaban para marcharse—. Supongo que todo lo ocurrido hoy, en combinación con las heridas y los golpes emocionales, han reseteado el cerebro y te han permitido recuperar tus recuerdos. Claro que a lo mejor no es así.

Mara se le quedó mirando un poco incómoda ante esas últimas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, puede que no sean tus recuerdos —respondió sonriendo—. El cerebro puede haber fabricado recuerdos para rellenar vacíos, o para esconder los verdaderos. Como ya he dicho el cerebro es un instrumento fascinante y misterioso, y nunca sabemos qué hace o por qué lo hace.

—Entonces, ¿estás diciendo que mis recuerdos son falsos?

—Bueno, no necesariamente —se repitió—, pero estaría bien que pudiéramos corroborarlos.

—Entonces no hay problema —respondió Mara—. Yo trabajaba en esa base militar.

—¿Y si no fuera así? —preguntó algo incómodo el sacerdote.

—Bueno, ¿qué es lo peor que puede pasar? —preguntó Mara en tono sarcástico—. ¿Que nos arresten, nos encierren en unas cómodas celdas y nos den tres comidas diarias mientras nos protegen de los peligros de fuera?

—O que nos obliguen a quitar el puré de zombis que ha quedado después de que los tanques hayan pasado por encima —señaló el sacerdote.

—Bueno, eso será a vosotros —dijo sonriendo Mara—, yo estoy herida, gravemente, sería cruel hacerme trabajar en mis condiciones... Además de que soy una mujer.

El padre Xavier no dijo nada. Mara parecía estar de mejor humor, pero intuía que sólo era una máscara para no derrumbarse. Mientras descendían hacia la base estuvo escuchándola hablar del misterioso general. Su superior, un buen hombre, casado con su trabajo y su carrera, íntegro y que siempre pensaba en el personal bajo su mando. El sacerdote trató de cambiar de tema a menudo ya que se notaba que a Mara le dolía hablar de su superior, al que había visto morir y volar en pedazos defendiendo la base en primera línea. Pero no tuvo mucho éxito.

Al fin llegaron a la entrada de la base mientras el padre Xavier agitaba los brazos y gritaba que estaban vivos para tratar de que no les dispararan.

En la entrada de la base se encontraban varios soldados y civiles tratando de limpiarla. Los dos que estaban de guardia, vigilando que no hubiera zombis vivos entre los restos o se acercaran por sorpresa más, vieron al grupo de Mara y les dieron el alto sin dejar de apuntarles con sus armas.

—¿Capitana Grumpy? —preguntó uno de los soldados mostrándose sorprendido al verla—. Creíamos que estaba muerta...

—Las noticias sobre mi muerte fueron prematuras, y fallidas —respondió Mara—, aunque no será porque no lo han dejado de intentar. El otro soldado miró a su compañero algo incómodo.

—¿Les conoces? —le preguntó finalmente.

—Es la capitana Grumpy —respondió el primer soldado—. Estaba destinada a esta base antes de que el mundo se volviera loco.

—Da igual, sea quien sea —dijo el otro soldado—, tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie no autorizado.

—¿Y quién decide quién está autorizado? —preguntó Mara algo molesta con el soldado.

Ambos soldados agacharon la cabeza abatidos.

—El general y un civil llamado Henry —respondió el primer soldado finalmente—. Supongo que ahora... bueno, supongo que será cosa del sargento hasta que se decida otra cosa.

Mara esperó, mirando a los soldados. Éstos parecieron captar su mensaje y uno de ellos llamó al sargento a través del walkie que llevaba.

Éste llegó al cabo de varios minutos a la salida con mala cara. Interrogó con la mirada a los soldados, buscando el motivo por el que había sido requerido y apartado de sus otras funciones.

Miró al grupo de recién llegados que estaban al lado de los soldados.

—¿Quiénes son? —preguntó secamente, sin ocultar su malestar.

El soldado que había reconocido a Mara tomó la iniciativa.

—Es la capitana Mara Grumpy, sargento —dijo a modo de presentación—. Estaba destinada en la base cuando comenzaron a aparecer los zombis. Su unidad fue asignada a una ciudad cuando no sabíamos nada y se creía que todo era fruto de altercados violentos.

El sargento miró fijamente a Mara y luego al resto del grupo. Les señaló con un ligero movimiento de la cabeza.

—¿Y quiénes son sus acompañantes?

—Éste es el padre Xavier —comenzó a presentar Mara—, un sacerdote que encontré el otro día. Recorre la ciudad cercana matando a los zombis. Y esta otra persona... Bueno, no sé su nombre, no nos hemos presentado formalmente, pero me ha salvado la vida. Estaba herida y por lo visto tiene amplios conocimientos médicos.

—Así que ninguno de ellos es un amigo del pasado —dijo el sargento que seguía sin apartar la mirada de la figura de Mara.

—No sé nada de mi unidad —contestó ella—. Perdí la memoria cuando la ciudad en la que estábamos destinados desapareció. La he recuperado hace poco, aunque por lo que he visto no sé si se salvó alguno.

—Bien, creo que he escuchado suficiente —dijo el sargento endureciendo su rostro—. Soldados, detengan a esta mujer por crímenes contra la humanidad y genocidio.

Capítulo 11

El final del principio (III)

—Hola, Doc —dijo a modo de saludo la voz al otro lado del teléfono—. Tengo buenas y malas noticias.

Doc se encontraba en el bosque que rodeaba a la fortaleza medieval, que servía de refugio a un grupo de personas que trataban de sobrevivir al alzamiento de los muertos. No le hacían gracia estas escapaditas para comunicarse con sus aliados, pero era eso o esperar a que volvieran a mandar a otro inepto a espiarles.

—Muy gracioso, no estoy de humor —respondió Doc—, así que al grano.

—Tenemos a su amiguita —dijo la voz—. Prisionera.

—¿Prisionera? —preguntó Doc incrédulo—. Lo que tienen que hacer es matarla y punto. No creo que sea tan complicado.

—Habló el que destruyó una ciudad entera para acabar con ella y falló —señaló la voz—. La verdad es que no es nuestra prisionera. Está en su propia base militar. Por lo visto sobrevivió al grupo que mandamos.

—Entonces, seguro que no eran tan buenos como ustedes creían —dijo Doc a modo de reproche, molesto por toda aquella verborrea—. ¿Y cómo piensan matarla?

—Bueno, eso puede ser complicado —dijo la voz—. Está en una base rodeada de militares. Es cierto que nadie creerá su historia, y que la versión que hicimos correr nosotros parece haber funcionado pero poner en peligro a nuestro contacto, por esa mujer... El grupo está de acuerdo conmigo y cree que es mejor esperar. Además, de ahí no se moverá.

—Sigo pensando que debería mandar un ataque aéreo sobre esa base y matarla.

—Creo que ese odio visceral contra esa mujer le ciega —señaló la voz—. Lo cierto es que es un simple grano en una enorme playa. Ni siquiera se puede considerar una molestia.

—Y aún así ha acabado con uno de sus equipos —replicó Doc—. Más les valdría no menospreciarla como hice yo. Parece tener muchos recursos.

—Simple suerte —dijo la voz—, nada más. Céntrese en sus estudios y déjenos a nosotros lo demás.

—¿Cuánto tiempo más esperarán? —preguntó Doc—. Creo que ya va siendo hora de acabar con esos malditos zombis de una vez. Nuestro objetivo se ha cumplido.

—El grupo lo está debatiendo —respondió la voz—, y seguramente no tardaremos mucho en poner en marcha los mecanismos para volver a recuperar las ciudades. Así usted podrá volver a la tranquilidad de su laboratorio.

—Eso espero —dijo Doc—. Este sitio comienza a ser aburrido. Nunca pasa nada interesante, y el gordo del informático está acabando con mi paciencia. No entiendo cómo alguien como él pudo sobrevivir.

El padre Xavier se encontraba disfrutando de la comida en el comedor central de la base militar. En la semana que llevaba ahí se había convertido en una especie de celebridad. Entre que había llegado después del ataque zombi, que era un sacerdote que, según había contado, iba por las ciudades matando zombis, y que había llegado con la infame Mara Grumpy, la destructora de ciudades, la gente estaba encantada de escuchar sus historias.

Por norma general, tanto los militares como los civiles, no tenían muy buenas palabras para los religiosos, pero parecía que él era una excepción ya que había decidido mancharse las manos.

Por lo que había escuchado las cosas no pintaban bien para Mara. Todavía no había podido hablar con ella desde su encarcelamiento. Había insistido vehementemente pero el sargento Rock se negó en todo momento. Pero por fin, aquella mañana, había obtenido permiso para visitarla por la tarde, después de la comida.

Estaba impaciente por escuchar su versión de la historia. Había pasado poco tiempo con ella, pero le costaba imaginar que un ser humano fuera capaz de hacer las cosas que decían que ella había realizado.

Acabó la comida y fue a dar una vuelta para hacer tiempo. Dentro de la base ya no quedaba rastro de los zombis invasores. Fuera, todavía quedaban trozos de ellos que iban siendo recogidos con carretillas y palas y llevados a uno de los enormes fosos que se habían construido para quemar los restos. Enterrarlos no era una opción. Existía la posibilidad de que sus restos pudieran ser tóxicos y acabaran amenazando la vida de las personas del lugar.

Cuando llegó la hora se dirigió decidido hacia la parte en la que mantenían detenida a Mara. No sabía qué esperar al reencontrarse con ella, pero su deber como cristiano era escuchar su versión de los hechos, y si ella así lo deseaba, escuchar su confesión y tratar de darle algo de paz a su alma.

Los soldados le vieron acercarse desde lo lejos. No le perdieron de vista. Justo antes de que entrara en el recinto un soldado se le unió. Se trataba de uno de los soldados que les había recibido hacía una semana, el que conocía a Mara.

—Buenos días, padre —dijo el soldado a modo de saludo—, espero que se acuerde de mí. Nos vimos cuando llegó a la base. Soldado José Ortiz.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío?

Ortiz le indicó al sacerdote que parara un momento fuera del alcance de los centinelas.

—Me he enterado de que va a ver a la capitana, y me preguntaba si podría acompañarle.

—¿Hay algún problema para que no puedas ir tú solo a verla? —preguntó con

cierta curiosidad el sacerdote.

—El sargento ha prohibido que la prisionera tenga contacto con nadie —respondió el soldado—. Él mismo se encarga de llevarle la comida. Todo esto es muy raro. Y cuando escuché que le habían dado permiso... Bueno...

El padre Xavier miró al cielo, que no tenía ninguna nube, mientras pensaba en lo que hacer. Lo cierto era que no quería estar a malas con el sargento, y seguro que se enteraría que había entrado acompañado, pero por otro lado el comportamiento del sargento no había sido humanitario precisamente.

—Acompáñeme, ya se me ocurrirá alguna explicación que dar sobre su presencia —dijo finalmente el sacerdote mientras reanudaba la marcha.

Los centinelas miraron de arriba abajo al padre Xavier esperando que sacara algún arma de su sotana. Sonrió al ver a los centinelas ponerse en guardia ante su presencia.

—Creo que el Sargento Rock me ha dado permiso para hablar con la prisionera —dijo tratando de aparentar inocencia.

Los soldados señalaron a su acompañante.

—Bueno, he pensado que sería mejor entrar acompañado —dijo sin perder la sonrisa—, en caso de que la prisionera se pusiera violenta. No quiero que ustedes dejen de vigilar la entrada y causarles más molestias. Este amable compañero suyo se ha prestado a protegerme.

Los soldados intercambiaron miradas. Ninguno esperaba ningún problema y tampoco querían que le pasara nada al sacerdote, así que asintieron con la cabeza y les dejaron entrar.

El calabozo era un edificio aparte en el que únicamente había celdas. Un espacio rectangular con las celdas individuales situadas a un lado y un largo pasillo que las recorría. Las celdas consistían en un aseo y un camastro únicamente y una fila de barrotes a modo de puerta.

Mara estaba tumbada en el camastro con la mirada perdida en el techo cuando llegaron el padre Xavier y el soldado Ortiz, y al principio no pareció notar su presencia.

—¿Cómo te encuentras, Mara? —preguntó el sacerdote a modo de saludo.

Al escuchar la familiar voz, la muchacha se reincorporó levemente y estudió a los recién llegados.

—Xavier, creía que eras el sargento de nuevo. Es un poco pesado, la verdad —dijo resoplando.

El sacerdote buscó con la mirada una silla o algo en lo que sentarse y poder hablar cómodamente pero al parecer el sargento no había sido tan amable.

—Parece que estás mejor que la última vez que nos vimos —señaló finalmente.

—Es lo que tiene descansar en una cama decente y tres comidas diarias —

respondió Mara—, que recuperas las fuerzas. Como ya le dije, un sueño hecho realidad.

El padre Xavier esbozó una leve sonrisa. Luego volvió a poner gesto serio.

—Dicen que has hecho cosas muy graves.

Mara no pareció muy preocupada.

—Eso es lo que dice el sargento —señaló—. No deja de darme la lata para que firme una declaración de culpabilidad y así me dejará libre, o al menos no me matará.

—¿Es cierto entonces? —preguntó el sacerdote preocupado—. ¿Mataste a todos los habitantes de una ciudad y luego la redujiste a cenizas?

—Eso dicen que hice —dijo Mara suspirando—, claro que mis recuerdos son otros, y mi versión también, pero para lo que sirve aquí dentro... El sargento no parece interesado en conocer la verdad.

Ortiz aprovechó para intervenir.

—La verdad es que el sargento no es una persona muy apreciada —dijo—, fue trasladado a la base poco antes de que nos asignaran a la defensa de las ciudades. Y ahora parece creerse el amo por encima de los rangos.

—Algo habrá que hacer entonces para resolverlo —dijo Mara con tono indiferente.

El padre Xavier aprovechó la cercanía de la pared para recostarse.

—Lo cierto es que la gente no sabe qué pensar —dijo finalmente—. No han escuchado tu versión. No te conocen. Y en estos momentos lo que no hay son medios de comunicación. Estaría bien escuchar tu versión de los hechos y así tratar de averiguar qué pasó...

Mara se incorporó inesperadamente del camastro haciendo que el sacerdote se pusiera derecho y dejara de apoyarse en la pared.

—Maldita sea... —dijo Mara con la cara roja de ira—. Seré estúpida. No puedo quedarme aquí. Debo parar a Doc...

Ortiz y Xavier se miraron confusos.

—Joder... —Mara se puso en pie y comenzó a caminar nerviosa por la celda—. No puedo permitir que Doc vuelva a escaparse. Maldito cabrón. Todo este tiempo a mi lado, haciéndose pasar por mi amigo y camarada... Sabandija inmunda. Cuando le ponga las manos encima... Pero antes debo salir de aquí.

Mara se acercó a los barrotes de la ventana y los estudió, luego se acercó a los de la puerta e hizo lo mismo. Desde luego parecían sólidos. Les dio una patada a causa de la impotencia que sentía en ese momento.

—¿Podrías explicarnos a los profanos quién es Doc y qué está sucediendo? —le interrumpió el sacerdote.

Mara respiró hondo y se acercó a la puerta.

—Doc fue el que destruyó la ciudad —dijo Mara furiosa—. Estaba llevando a

cabo un experimento en la ciudad, dejando que los zombis la tomaran, que mataran a sus habitantes... Y no trabajaba solo.

Calló durante unos segundos.

—Cuando el ejercito intervino, hizo todo lo que pudo para obstaculizarnos —la voz de Mara se volvió cada vez más tensa—. Dejó morir a mis subordinados, sabía lo que pasaba y jugó con nosotros. Y cuando ya no le divertimos, mandó bombardear la ciudad y no dejar rastro de testigos que pudieran decir lo que había pasado. Mató tanto a los zombis como a la gente que quedaba... Fue terrible... De ese modo perdí la memoria.

Luego se dio un leve golpe en la frente.

—Seguro que fue ese cabrón el que mandó al grupo de mercenarios con el que nos encontramos en la ciudad. Seguro que tenía miedo de que recuperara la memoria, y como mientras estuviera acompañada o en el castillo no podía hacer nada, aprovechó su oportunidad cuando me separé del grupo.

—No parece que le tengas mucho cariño —señaló el sacerdote.

—Créame, Xavier, si alguien merece quemarse en el infierno por el resto de la eternidad, ése es Doc. Maldita sea, estaba tan feliz recordando cosas que se me olvidó lo más importante.

—Tal vez si nos explicaras qué fue lo que pasó... Tu versión de los hechos —señaló amablemente el padre Xavier—. Tal vez podríamos comprender mejor las cosas.

Durante la siguiente hora, Mara les explicó con pelos y señales lo que había pasado desde el primer momento en el que habían puesto el pie en la ciudad. No se dejó ningún detalle por escabroso que fuera. Xavier y Ortiz escuchaban en silencio, sin interrumpirla. Por fin, llegó a la parte en la que la ciudad era engullida por las llamas.

—Entonces... —dijo lentamente el sacerdote—, no sabes qué les pasó a los soldados y a los camiones con supervivientes.

—Seguramente murieron —dijo Mara furiosa—. Debieron ir a otra ciudad buscando refugio, y seguro que encontraron la muerte a manos de los zombis. Al menos nunca me he cruzado con alguien que me conociera.

—Tal vez podría haber sido casualidad —señaló el padre Xavier—, el no cruzarte con otros supervivientes, o tal vez el tal Doc lo haya impedido de alguna manera.

—Eso da igual ahora —dijo Mara—, debo salir de aquí y avisar al resto del grupo sobre Doc. A saber qué tiene pensado hacer con ellos. Y si se entera de que sigo viva y he recuperado la memoria... No quiero ni pensarlo.

—Dijiste que no actuaba solo —señaló Xavier.

—Tenía la ayuda de la alcaldesa de la ciudad —dijo Mara—. La muy perra vendió a sus compatriotas para asegurarse un lugar en el nuevo orden mundial que

tenía que salir. Además, contaba con la ayuda de altos mandos del ejército... Bombardear una ciudad no es una cosa sencilla precisamente. Y mencionó otras personas poderosas.

El padre Xavier se quedó un momento en silencio, pensativo. Le habían llegado rumores sobre los movimientos de la Santa Sede, negociando con gobiernos y peces gordos, pero no había podido averiguar nada sobre el tema realmente. ¿Podría ser que la Santa Sede estuviera asociada con este tipo de gente?

Ortiz también se había quedado pensativo.

—¿Podría ser que el sargento estuviera en el ajo, que formara parte de esta conspiración? —preguntó finalmente—. Quiero decir, no es muy normal eso de ofrecer a alguien un trato por una confesión escrita y luego dejarle marchar. Además, llegó justo antes de que el mundo se fuera por el retrete, y no parece muy afectado por la muerte del general.

—Si fuera así, sabrían que he recuperado la memoria —dijo alarmada Mara—. Más razón para salir de aquí sin perder un momento. Hay vidas en peligro.

—No puedes salir de aquí pegando tiros —dijo el padre Xavier nervioso—, así no conseguirás nada. Tal vez pueda conseguir convencer al buen sargento para que nos deje marchar y que sea Dios quién te juzgue.

—Sólo hay una manera de tratar con este tipo de gente —dijo amenazante Mara—, y no es mediante palabras.

—No soy el único que la recuerda capitana, y que no cree lo que se dice de usted —confesó Ortiz—. Correré la voz entre los demás, y juntos pensaremos en un modo de sacarla de aquí. Usando el método que sea.

Esa misma noche, mientras Mara le daba vueltas en la cabeza a la manera de salir de la base, un ruido le llamó la atención. Pocos segundos después una persona aparecía y se quedaba delante de la celda.

Mara la miró con curiosidad. La luz de la luna se colaba por la ventana de su celda y le permitía ver a la persona que se había colado irregularmente en el edificio. Una mujer.

—No he pedido ningún masaje —dijo con tono descuidado Mara—, y no creo que éstas sean horas para hacer las habitaciones.

—Así que éste es el humor de la infame capitana Mara Grumpy, la destructora de mundos.

—Yo no lo calificaría de humor —dijo Mara—, y creo que “de universos” es más espectacular.

—Para estar en una situación tan grave no parece preocupada.

Mara se permitió sonreír.

—Está hablando con alguien que perdió la memoria y ha sobrevivido hasta ahora de esa manera; estar aquí encerrada es un cambio agradable —le aclaró Mara—.

Quiero decir, puedo dormir sin preocupación de que un zombi se coma mi cerebro, me dan comida y agua, y tengo mi propio servicio. Comparado con cómo estaba hace unos días, esto es el paraíso.

—¿Aunque le puedan poner delante de un pelotón de ejecución?

—Oh vamos, vamos, no sea tan agorera. Seguimos estando en una democracia, con jueces, abogados y esas cosas, ¿verdad?

—Depende de a quién pregunte —dijo sombría la mujer—. Si sobrevivimos puede que se encuentre con un mundo diferente al que recordaba.

—Oh, eso seguro —dijo sonriendo y en tono cínico Mara—. Ahora se notará más que nunca a esos políticos que parecían muertos vivientes.

»Sin olvidar a los defensores de los zombis, que seguro que los habrá —continuó Mara—. Y pedirán que no les matemos, que son seres vivos y que tenemos que respetarles. Ahora que lo pienso... No creo que el mundo cambie mucho.

—Supongo que se estará preguntando quién soy y qué hago aquí.

—No realmente —contestó Mara tranquilamente—. Está viva y habla, así que no es un zombi. Si me quiere matar, poco podré hacer para impedirlo. Claro que preferiría que fuera con una bala y no de aburrimiento.

—Mi nombre es Samantha —dijo a modo de presentación la mujer—. Antes de la invasión zombi trabajaba en la seguridad privada, después de pasar unos años sirviendo en el ejército. Y quiero saber la verdad.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Mara mientras se recostaba en su catre.

—Realmente no le preocupa lo más mínimo lo que le pase —insistió Sam.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó algo molesta Mara—. ¿Que estoy metida en medio de una conspiración mundial y que por saber de su existencia mi vida corre peligro? ¿Que el grupo con el que estaba tiene un traidor en sus filas y no puedo avisarles? ¿Es eso lo que quiere escuchar? ¿Que me siento impotente estando aquí encerrada? Pues prefiero tomármelo con filosofía y no tratar de pensar en ello.

—Respondiendo a su pregunta —dijo Sam—, me he colado aprovechando el cambio de guardia nocturno. Como ya le he dicho estuve en el ejército y sé cómo funcionan estas cosas.

—Muchos problemas se ha tomado para venir a verme —señaló Mara—, y me temo que la verdad que busca no la encontrará. Más que nada porque eso de la verdad está sobrevalorado y es subjetivo.

—¿Nunca le han dicho que habla demasiado y en realidad no dice nada? —preguntó Sam, que comenzaba a estar molesta con la actitud de la prisionera y se notaba a punto de perder la paciencia.

—Sí, pero como es mi modo de relajarme tendrá que sufrirlo si quiere obtener respuestas.

—¿Qué sabe de los zombis que atacaron la base militar? —preguntó Sam

respirando hondo.

—Que posiblemente fuera culpa mía —dijo Mara lentamente—. Un grupo de mercenarios, soldados de fortuna, cazarrecompensas, o lo que fueran me querían muerta, y parece que para tener un campo de caza tranquilo decidieron echar a todos los zombis posibles de la ciudad, para que no interfirieran. Y parece que acabaron aquí.

—¿Y por qué querían matarla? —volvió a preguntar Sam.

—Digamos que en mi última misión vi y escuché más de la cuenta sobre los zombis. Además, soy un cabo suelto.

—Así que mi amigo murió por su culpa —la acusó Sam.

—Podría decirse que en cierta manera, sí.

—¿Y qué fue lo que vio y escuchó que provocó esta reacción? —continuó preguntando la otra.

—Digamos que gente poderosa estaba jugando con zombis antes de que la sociedad en general supiera lo que estaba pasando.

—Así que no se volvió loca y ordenó a su personal disparar contra civiles indiscriminadamente. Ni mandó luego bombardear la ciudad con la excusa de que estaba llena de zombis para deshacerse de las pruebas.

—Efectivamente —asintió Mara recostándose—. Aparte, que no tiene lógica alguna para la gente que ha servido en el ejército. Cualquier soldado sabe que sería una orden ilegal y no la obedecería. Y ahora, ¿a qué viene tanta pregunta? Porque no creo que sea sólo por tu amigo.

—Mi novio era oficial de policía en esa ciudad —dijo con tono lúgubre Sam.

Mara bajó la cabeza.

—Lo siento —dijo en voz baja—. ¿Seguro que murió? Quiero decir, cuando me enteré del bombardeo ordené evacuar la ciudad...

Sam negó con la cabeza y sonrió tristemente.

—Me mandó un mensaje diciendo que se quedaba hasta poder sacar a la gente.

Mara se incorporó.

—Entonces ya sabía lo que pasó en la ciudad —dijo algo enfadada Mara.

—No conocía los detalles —le aclaró Sam—. Pero sabía que lo que fuera que había ocurrido no era normal.

—Aun así, podría seguir vivo... —dijo débilmente Mara.

Sam volvió a negar con la cabeza.

—Está muerto.

—Y, ¿entonces? ¿A qué ha venido el interrogatorio? —preguntó molesta Mara.

—Quería saber a quién debía buscar para hacerle pagar —sonrió tenebrosamente Sam—. Y parece que mataré dos pájaros de un tiro.

—Pues buena suerte, hermana —contestó irónicamente Mara—, dudo que

consigas acabar con la gente que ha orquestado todo esto. Incluso dudo que puedas acercarte a nadie antes de que acaben contigo.

—Creía que podríamos trabajar juntas. No creo que tampoco le tenga aprecio a la gente que en este momento está planeando su muerte.

Mara miró con curiosidad a Sam.

—Digamos que el sargento no es del todo apreciado en la base. Ni siquiera el general y Henry, mi antiguo jefe, le tenían especial aprecio. Cuando comenzaron a pasar cosas extrañas el general ordenó vigilar todas las comunicaciones. Y sólo los oficiales de comunicación estaban enterados de esa orden. Por lo visto el sargento ha estado muy comunicativo estos días... y ha usado canales no oficiales para ello.

—Sospechaba que no era trigo limpio —respondió Mara—. Ni siquiera se molestaba en disimular.

Sam se llevó la mano al bolsillo y Mara pensó por un momento que iba a sacar un arma. Pero en cambio sacó algo metálico que no acertaba a adivinar qué era. Se lo lanzó a través de las rejas yendo a aterrizar en la ropa de la cama.

Mara cogió el objeto. Una llave. Miró interrogativamente a Sam.

—Es la llave de la celda —le aclaró Sam—, podemos salir por el mismo sitio por el que he entrado.

Mara estudió la llave y sonrió.

—Me temo que no puedo irme.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida Sam—. Si se queda aquí su vida corre peligro. Es un pato enjaulado.

—No tengo planeado quedarme. El problema es que ya hay planes en marcha para ayudarme. Además, le debo una entrevista al sargento. Hable con el sacerdote y dígame que en el cambio de guardia esté preparado. Y que traiga ayuda. Tengo que llevarme un recuerdo de este sitio —dijo sonriendo Mara misteriosamente.

Mara durmió el resto de la noche sin más interrupciones. En su mente los planes y las ideas bullían. No habían tenido tiempo realmente para planear su fuga. Pero si lo que Sam le había dicho era cierto mejor si aceleraban las cosas. Cuanto más lejos de otras personas estuviera menos riesgo de morir correrían éstas.

A la mañana siguiente la aparición del sargento la sacó de sus pesadillas, aunque no planeaba agradecerse.

—Si es mi carcelero favorito —dijo Mara poniéndose en pie y acercándose a la puerta de la celda—. ¿Hoy no has escupido en mi desayuno?

—No sé qué te hace estar tan feliz —dijo el sargento Rock malhumorado.

Mara sonrió y agarró los barrotes con sus manos.

—Bueno, tenía intención de sacarte información —continuó sonriendo—, y decidí que pasaba de seducirte. Prefiero golpearte para obtener la información que necesito.

Y mientras decía esto abrió la puerta violentamente golpeando con ella al sorprendido sargento, el cual quedó inconsciente en el suelo con el rostro sangrando. Mara salió tranquilamente de la celda y lo cacheó.

—Qué poca resistencia —dijo Mara para sí misma—, y yo que esperaba poder golpearle personalmente.

Después de desarmar al sargento y usar las esposas que llevaba para aprisionarlo, aprovechó para darle una patada en la entrepierna.

—Y esto es sólo el avance —le susurró a la oreja mientras le amordazaba.

Cuando Sam, el padre Xavier y el soldado Ortiz llegaron, se encontraron con Mara bebiendo tranquilamente mientras el sargento Rock trataba de soltarse. Cuando les vio aparecer se quedó parado y sus ojos parecía que iban a salirse de las órbitas.

—¿Os gusta? —preguntó Mara, señalando al sargento—. A mí me ha gustado tanto que me lo llevaré de recuerdo.

Todos se quedaron mirando a Mara como si hubiera perdido el juicio.

—No esperarías que le interrogara en este sitio —dijo Mara sin perder la sonrisa—, para lo que le tengo planeado si no habla necesito un sitio tranquilo y apartado.

Sam fue la primera en reaccionar.

—Así que éste era la sorpresa de la que hablabas. Conozco un par de sitios tranquilos donde nadie escuchará sus gritos.

El padre Xavier no podía creerse lo que estaba escuchando. Hablaban de torturar a una persona. Se preguntó hasta dónde llegaría la crueldad humana... y fue entonces cuando notó el ligero olor de la carne de zombi quemada que llevaba el aire.

—Nunca pensé que me alegraría de cargar con un peso muerto —dijo sonriendo Ortiz mientras se preparaba para cargar con el sargento—. Los soldados están preparados para seguir sus órdenes y marcharnos de la base, capitana.

Mara miró con seriedad a Ortiz.

—Eso no va a ocurrir. Nuestro deber como soldados es proporcionar ayuda y proteger a los civiles que se encuentran en esta base y en el país. No podemos abandonarles como a perros.

—Pero capitana... —comenzó a quejarse Ortiz.

—No hay peros que valgan —le interrumpió Mara—. ¿Qué les pasará a las personas que están aquí si vuelven los zombis? ¿Quiere dejarles a su merced? ¿Qué clase de personas seríamos?

—Entonces, ¿tomará el mando de la base? —preguntó esperanzada Ortiz.

—Eso sería una locura —respondió Mara—, sería poner una diana a la base. No, no puedo quedarme y poner en peligro a la gente que vive aquí. Creo que cuando el sargento desaparezca esta base ganará mucho y no tendrá más problemas.

—¿Y si viene alguien preguntando por él?

—Murió a manos de los zombis durante una patrulla rutinaria —dijo

sombríamente Mara mientras miraba al sargento que le devolvía la mirada con cierto terror—. Así nadie le buscará y creerán que está muerto realmente.

Poco después el sargento era arrastrado fuera de las celdas hacia un edificio que servía de garaje para la base y que en esos momentos se encontraba desierto. Por el camino nadie les prestó mucha atención. Era frecuente ver a soldados cargar con todo tipo de cosas, y nadie conocía a Mara, por lo que las únicas interrupciones que sufrieron fueron las de algunas personas que se cruzaron saludando al sacerdote.

Cuando entraron en el garaje Sam señaló varios vehículos.

—Son propulsados por un motor híbrido, cortesía de mi jefe; silenciosos, potentes, y casi no requieren gasolina gracias a sus cargadores solares y de recuperación de energía.

—¿Únicos en el mundo? —preguntó con cierta curiosidad Mara.

—Prototipos. Los japoneses están todavía una década por detrás de conseguirlos —dijo Sam orgullosa—. Mi jefe es... Era un genio.

—Bien, hay que cargar uno de los vehículos rápidamente —dijo Mara con voz autoritaria—. No hay que correr riesgos y arriesgarnos más de la cuenta.

Mientras los soldados comenzaban a moverse, el padre Xavier se llevó aparte a Mara.

—¿Realmente tienes intención de torturar a ese hombre? —preguntó en voz baja el sacerdote.

—Ellos han hecho cosas peores —contestó irritada Mara—. Han matado a miles de personas sin miramientos. Y mire lo que le hicieron a esta base simplemente para poder matarme. No se detendrán ante nada salvo que les paremos. Y si para eso debo acabar en el infierno, sea pues. No creo que haya mejor excusa que la vida de otros para sacrificar la de uno mismo.

El padre Xavier suspiró pensativo sin decir nada. Le dio vueltas al asunto durante unos minutos. Estaba claro que no iba a hacer cambiar de idea a Mara, pero le venía a la mente el dicho de que el camino hacia el infierno estaba pavimentado por buenas intenciones. Al fin se unió al grupo que se había formado alrededor de uno de los vehículos.

—¿Cuál es el plan? —intervino, interrumpiendo el intercambio de historias que se estaba llevando a cabo entre los reunidos.

—Ir al castillo —comenzó Mara, haciendo una breve pausa al darse cuenta de que las personas a su alrededor no sabían a qué se estaba refiriendo—. El castillo es un refugio en el que vive un grupo de personas con la idea de resistir allí hasta que esta plaga pase. Ahí es donde se encuentra Doc, el cabrón que se cargó la ciudad después de cansarse de jugar con ella. Y tiene unas mazmorras muy hermosas, con muros muy gruesos de piedra. Todavía conservan en perfecto estado diversas herramientas de tortura.

Mara observó cómo le cambiaba la cara a Sam.

—¿El castillo? ¿El que está dirigido por G, el informático? —preguntó alarmada ésta.

Mara asintió con sorpresa.

—Joder... Yo conozco a ese Doc tuyo... —dijo entre asombrada y enfadada—. Estaba en el comité de recepción cuando G estaba al cargo de la base... Antes de que el general volviera. Le cayó mal desde el principio a Henry. Al parecer Doc no era un fan de la ciencia ficción.

Mara no salía de su asombro y se mantenía en silencio escuchando. Finalmente, y todavía visiblemente alterada, consiguió hablar.

—¿Cómo es posible que conozcáis a Gerald? —preguntó asombrada.

—Henry había servido en esta base bajo las órdenes del general —le explicó Sam—. Así que cuando las cosas se pusieron feas nos avisó y después de salir huyendo de la invasión y estar unas semanas en un refugio de caza decidimos probar suerte en la base.

»No esperábamos encontrarnos con nadie pero al parecer Gerald había conseguido los códigos de la base para acceder a la mayoría de edificios. Al principio Henry no confiaba en Gerald porque no sabía sus motivos para hacerse con la base. Pero con el tiempo ambos hicieron migas y comenzaron a planear el futuro sabiendo que no era adecuado usar la base como refugio principal.

Mara asintió con la cabeza.

—Una base militar es una pieza codiciada en tiempos de Apocalipsis, sobre todo para los saqueadores. Un lugar donde conseguir armas, munición, comida...

Sam asintió.

—Ellos llegaron a la misma conclusión, así que comenzaron a buscar un refugio más adecuado para asentar una colonia de supervivientes. Y así encontraron el castillo. Un lugar remoto, poco conocido, de difícil acceso, pero que podría permitir a la gente vivir y rehacer sus vidas.

—El proyecto ideal de estudio para Doc —dijo Mara con voz resentida y asqueada—. La vida bajo la amenaza zombi. El resurgir de la humanidad.

—De tanto en tanto íbamos mandando refugiados de la base al castillo —continuó Sam—, después de comprobar que eran válidos para la oportunidad y no tenían intenciones ocultas. De esa manera los podíamos tener más a salvo.

Mara estaba furiosa.

—Y mientras tanto Doc se aprovechaba del trabajo de los demás y sus sacrificios. Más razón para darse prisa y avisarles. No podemos dejarles en manos de ese carnicero. Cuando se canse de ellos puede que también decida hacerles desaparecer.

El padre Xavier mantenía un semblante de incredulidad.

—Es complicado pensar que exista una persona tan cruel.

—Pues créaselo, Xavier —respondió Mara—. Existe el mal en la tierra. Y no es sólo una quimera.

Mara volvió su atención a los vehículos y torció el gesto.

—Si estos vehículos son tan buenos como dices, no podemos dejarlos aquí —dijo finalmente mirando a Sam—. Otra gente podría aprovecharse de este descubrimiento en su beneficio, o peor aún, destruirlo para que nunca vea la luz.

Sam se quedó unos instantes en silencio mientras pensaba en las palabras de Mara.

—Es cierto que el mundo estaba al borde del caos por el petróleo —dijo dubitativa—, pero pensar en que quisieran silenciar este invento por dinero... Bueno, si lo pienso mejor, es cierto que hay directivos en este negocio que venderían a sus hijos para obtener beneficios.

—Tal vez deberíamos esconder los que no vayamos a usar —sugirió Ortiz—, sería una pena destruir estas obras maestras.

—La cuestión es, ¿y ahora qué? —señaló Sam.

—Debemos abandonar la base inmediatamente —respondió Mara—. Ir al castillo para avisar a la gente y tratar de obtener toda la información que podamos del sargento y de Doc. Y luego, ya veremos.

Ortiz sacó un mapa de uno de los bolsillos de su uniforme y lo puso sobre el capó. El grupo comenzó a estudiarlo. Mientras Mara observaba el mapa no pudo evitar seguir visualmente la ruta que le había llevado semanas, pues en el mapa no parecía gran cosa. Puso su dedo sobre un punto.

—Si no voy errada, el castillo se encuentra en esa zona —informó—. No debe estar en el mapa porque todavía no era una atracción turística ni un punto de interés.

—Seguramente son entre ocho y diez horas de viaje a velocidad máxima por autopista... —dijo dubitativa Sam—. Todo un viaje.

Sam pensó durante unos instantes y luego se dio una palmada en la frente y sonrió.

—Podríamos llamarles por teléfono —dijo sonriendo.

Todos se la quedaron mirando sorprendidos, y ella se sonrojó.

—Lo siento, lo acabo de recordar —dijo a modo de disculpa—. Henry y Gerald se comunicaban usando un teléfono vía satélite. Intercambiaban noticias, y anécdotas.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Mara con urgencia.

—Supongo que estará... —Sam hizo una pausa—, en la habitación de Henry... Lo siento, no he estado ahí desde que murió.

El padre Xavier se ofreció a acompañar a Sam a buscar el teléfono y ofrecerle cierto apoyo moral. Ella asintió y aceptó la oferta.

Ortiz y Mara continuaron haciendo planes.

—Igualmente debemos irnos de la base —dijo Mara—. Y antes de que diga nada,

soldado, una vez las cosas se calmen pensaré en avisarle para que se una a la revolución. Si hay alguna revolución a la que unirse.

Ortiz sonrió.

—Por cierto, capitana... —dijo Ortiz tímidamente—. Su habitación sigue tal y como la dejó.

Mara no pudo evitar sonreír débilmente.

—Entonces tal vez pueda hacerme el favor de pasarse por allí y recoger mis cosas —le pidió—. Creo que no sería buena idea dejarme ver demasiado y menos entrar en la habitación de una fugitiva buscada y odiada.

Ortiz se cuadró y salió a paso ligero, lo que hizo que Mara se quedara sola y en silencio mientras otros soldados cargaban los vehículos con víveres y armamento.

¿Qué esperaba conseguir con esta caza? ¿Vengar a los muertos? ¿Justicia? No se había parado a pensar en ello. Actuaba por instinto sin pararse a pensar. El general Smith siempre le insinuó que eso era tanto su punto fuerte como el débil.

Se sentó sobre el capó de uno de los vehículos todoterreno para estudiar detenidamente el mapa de la zona. Su mirada recorrió todo el terreno que había ido explorando a lo largo de esos años. Ahí estaba el bosque en el que había muerto el espía, y la desaparecida ciudad a manos de Doc. Y la otra ciudad en la que casi había muerto nada más perder la memoria. O la otra en la que también había casi muerto a manos de los mercenarios... Definitivamente iba a tener que evitar pasar por esos lugares, pues eran una amenaza para su vida.

Se preguntaba qué haría a partir de ahora que había recuperado su memoria. ¿Limpiar su nombre? Desde luego, lo que fuera que le deparaba el futuro, seguro que sería interesante.

Capítulo 12

El principio de la cacería

El todoterreno avanzaba a toda velocidad por la carretera dejando atrás zombis, coches abandonados y señales destrozadas. Mara no paraba de tamborilear con sus dedos en el volante del vehículo mientras daba bandazos esquivando los obstáculos de la vía. El padre Xavier, que se había puesto el cinturón de seguridad, volvió a comprobar que lo llevaba bien puesto y se giró para observar el semblante serio de la conductora.

Contactar con el castillo se había convertido en algo imposible después de comprobar que el teléfono tenía una contraseña que nadie sabía. Mara no había podido ocultar su frustración. Su suerte no dejaba de empeorar por momentos. El grupo que se había reunido en el garaje había decidido separarse: ella y el sacerdote irían a toda velocidad hasta el castillo para avisarles, mientras que Sam y su grupo se encargarían de llevar los vehículos restantes hasta una zona de ocio abandonada, cerca de un lago. La salida de la base no había sido complicada gracias a la complicidad de soldados del interior. Nadie hizo preguntas y todos se desearon buena suerte.

Y ahora el padre Xavier, una vez más, se santiguó al ver lo cerca que pasaban de un par de coches que había abandonados en la autopista. Los zombis que había deambulando por ahí pasaban a toda velocidad como si fueran simples borrones. No tenían tiempo de darles el descanso eterno. La vida de la gente que todavía tenía alma era más importante. Ya habría tiempo para darles el descanso a esos cuerpos sin vida.

Mara dirigía el vehículo con precisión, apenas levantaba el pie del acelerador y más de una vez sus acompañantes pensaron que no lo contaban, pero siempre en el último momento evitó la fatal tragedia. El padre Xavier se giró para ver si el otro pasajero se encontraba bien. Se trataba del misterioso acompañante que habían encontrado en la ciudad poco antes de llegar a la base militar. Cuando le observó, un escalofrío le recorrió la espalda una vez más. Había algo en esa persona que hacía que no acabara de encontrarse cómodo con ella, pero lo único que vio al girarse era una sonrisa de oreja a oreja como si estuviera pasando los mejores momentos de su vida. El sacerdote pensó que seguía sin saber su nombre pero cada vez que se lo iba a preguntar algo sucedía y se quedaba en el olvido. Desde luego ahora no era el momento más adecuado para preguntarle; prefería guardar silencio y no despistar a Mara. Suficiente peligro corrían ya yendo a esas velocidades por aquella autopista abarrotada. Todavía quedaban muchas horas de camino y el sol no tardaría en esconderse. Al menos esperaba que Mara redujese la velocidad. Sería una locura conducir de ese modo por la noche y casi a oscuras.

Doc paseaba nervioso por el patio del castillo mientras echaba fugaces miradas a

su reloj. Quedaba poco para tener que llamar a su contacto y ver qué pasaba con él y con el resto del mundo. La impaciencia le estaba matando. En los últimos días Gerald se había ido poniendo más pesado con todo eso de la conspiración. Creía que algo malo había pasado en la base militar porque no había tenido noticias de Henry. Si él supiera... Se recordó una vez más que no debía cometer el mismo error que con Mara; no debía contarle a Gerald lo que sabía; cómo los zombis habían arrasado la base antes de que acabaran con ellos. Cómo sus amigos habían tenido una muerte estúpida y ahora no tenía a nadie en aquella base con el que hablar. Estaba solo, abandonado. ¿Cómo hubiera reaccionado de saberlo? Era tentador contarle la verdad, ver su cara y su reacción pero con Mara había aprendido a mantener la boca cerrada. No quería más sorpresas desagradables. Las personas se habían convertido en un mal necesario. Esa Mara estaba loca y tenía una suerte increíble, cualquier otra persona habría muerto mil veces, pero ella había sobrevivido a todo lo que el destino le había lanzado. Era como si esa mujer hubiese hecho un pacto con el diablo pero al menos ahora estaba a buen recaudo, encerrada. Y no podía interferir en sus planes.

Sonrió pensando en lo irónico que era que estuviera prisionera en su propia base, en la que tantos años había vivido y servido. Joder... ¿Es que se le estaba contagiando la gilipollez del informático? ¿Cómo no había caído antes en ello? ¿Cómo es que no habían pensado en ello en el grupo? La jodida suerte de esa mujer otra vez.

Salió corriendo del castillo ante la mirada sorprendida del centinela, que le dejó pasar al estar acostumbrado a sus escapadas para fumar. Mientras bajaba las escaleras y se internaba en el bosque no dejó de maldecir a esa mujer y al día en el que se cruzaron sus caminos. Cogió el teléfono, lo encendió y siguió el protocolo de llamada. No pasaron ni unos segundos cuando le pasaron con su contacto.

—Tiene que sacarme de aquí inmediatamente —suplicó, nervioso.

—¿Por qué tanta prisa, Doc? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—Esa maldita mujer —respondió Doc—. ¿A nadie se le ha ocurrido que puede recuperar la memoria estando en un entorno familiar? ¡Todo el mundo la conoce!

—Eso no importa, Doc. Tranquilícese —dijo la voz al otro lado, tratando de calmar a su interlocutor—. Aunque recupere la memoria, ya hemos discutido sobre ello, nadie la creerá. Está encerrada. Ya no es un peligro.

—Estoy rodeado de gilipollas —dijo despectivamente Doc—. ¿Qué más da que nadie importante la crea? Esa base está llena de gente que ha convivido con ella, seguro que alguien la cree, siempre hay gente así. Pueden ayudarla a escapar, o a recuperar la memoria. Si eso ocurre lo siguiente que hará será convencer a alguien para que se ponga en contacto con el castillo y avisen sobre mí.

—Doc, por favor, eso no puede ocurrir —le aseguró la voz—. Está a buen recaudo, incomunicada.

—¿Me puede asegurar que eso es cierto? —preguntó Doc nervioso—. ¿Que no ha hablado con nadie y que no lo hará?

—Deme unos minutos para hacer otra llamada, Doc —le dijo la voz—. Contactaré con la base para darle esa seguridad.

Doc encendió nervioso un cigarrillo mientras esperaba. Parecía mentira que al final se hubiera enganchado a esa mierda. Otra vez esa maldita mujer.

Los minutos fueron pasando lentamente y los cigarrillos se acumularon a los pies de Doc, que no dejaba de mirar a su alrededor nervioso, atento a cualquier ruido.

El vehículo de Mara derrapó al pie de las escaleras. Bajó rápidamente y se lanzó a la carrera por las escaleras, rumbo a la entrada del castillo. Cuando llegó, el centinela alzó su arma y le impidió el paso.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —preguntó Mara que no entendía que estaba pasando y no tenía tiempo que perder.

—Tenemos órdenes de detenerte en cuanto te veamos —respondió el centinela, incómodo.

—No tengo tiempo para esto —dijo Mara mientras cogía el arma del centinela, la apartaba de su línea de tiro y tiraba de ella para desequilibrar al centinela—. Lo siento, luego te invito a algo para disculparme.

Entró en el castillo velozmente y miró a su alrededor: no había ni rastro de Doc por ninguna parte. Se puso a parar a gente que había en el patio y que se sorprendía de su actitud. Pero nadie parecía saber dónde estaba Doc.

Al cabo de unos minutos apareció Gerald acompañado de varias personas armadas que rodearon a Mara, mientras indicaban al resto de personas que se apartaran.

—No tengo tiempo para esto —repitió Mara enfadada—. ¿Dónde está Doc?

—Tienes graves problemas, Mara —dijo Gerald acercándose. No hagas ningún movimiento en falso o tendremos que disparar.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó Mara confusa—. ¿Se ha vuelto el mundo más loco de lo que ya estaba?

—Tú dirás —respondió Gerald—. Te acogimos con los brazos abiertos y nos has traicionado, ¿para quién trabajas?

Mara no se lo podía creer, ¿qué estaba pasando?

—¿Para la CIA? ¿El NCIS? ¿El CSID? ¿Mossad? —respondió Mara—. No trabajo para nadie, joder. ¿Puede alguien explicarme qué está pasando y dónde está Doc?

—Sabemos que nos has estado espiando todo este tiempo —le acusó Gerald.

—¿Yo? —preguntó Mara sin poder creérselo—. ¡Doc es el traidor!

—Ahora acusa al pobre Doc —dijo Gerald incrédulo.

—Fue por culpa suya que perdí la memoria —le comenzó a contar Mara a los

presentes—. Destruyó toda una ciudad para ocultar sus planes y nos ha estado usando a todos para otro experimento suyo.

Todo el mundo se quedó en silencio sin saber qué decir.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó al fin Gerald.

—Mi testimonio —respondió Mara—. Seguro que entre toda esa información que manejas habrá alguna prueba más. Pero ahora no tengo tiempo para esto. Hay que encontrar a Doc. Y luego ya averiguaremos quién dice la verdad.

Gerald se quedó pensativo durante unos segundos tratando de decidir cuál sería su siguiente movimiento.

—¿Dónde está Doc? —preguntó finalmente Gerald—. Mejor ir sobre seguro.

El centinela que había estado en la puerta y que se había unido al grupo levantó la mano y señaló hacia la puerta.

—Salió hace un rato para fumarse un cigarrillo —respondió algo incómodo—. Lo hace últimamente a menudo a escondidas para no dar mal ejemplo.

—Que alguien vaya a buscarle —ordenó Gerald cuyo cerebro interpretaba esas escapaditas como algo que podía ser peligroso.

El teléfono de Gerald sonó en aquel momento. El informático dio un pequeño salto ante la sorpresa.

—Henry, estaba preocupado —dijo Gerald a modo de saludo.

—Tu querido Henry está muerto —dijo una voz al otro lado. Era la voz de Doc—. Murió gritando como una colegiala a mano de los zombis. Seguro que se acabó cagando de miedo y todo antes de morir.

Gerald agarró con fuerza el teléfono y miró a su alrededor. Luego indicó a todos que bajaran las armas e indicó una de las almenas a la que se dirigió junto a Mara y otras personas.

—Siento mucho no haber podido despedirme adecuadamente —continuó Doc—. Pero al parecer tengo una putita siguiéndome y que no me quiere bien alguno. Dime, ¿ya ha llegado?

—Sí, está a mi lado —respondió Gerald, subiendo con esfuerzo las escaleras.

—¿Me la puedes pasar? —preguntó Doc inocentemente—. Me gustaría despedirme de ella adecuadamente.

Gerald y Mara llegaron a lo alto de la muralla y el informático activó el manos libres.

—Ya está, Doc —dijo Gerald.

—Me temo, gatita, que tu ratita se ha vuelto a escapar —dijo Doc riendo—. Has fracasado. Otra vez. Eso no dice mucho a tu favor.

—Te encontraré y te mataré —le amenazó Mara a través del teléfono—. No pienso cesar en mi empeño. Da igual en qué oscuro agujero te escondas, porque te daré caza.

—No creo que puedas —dijo Doc entre sonrisas—. En cuanto esté a una distancia segura, pienso ordenar que reduzcan a cenizas ese castillo vuestro. En honor a nuestro primer encuentro.

Mara miró alarmada a Gerald y a los demás.

—Eh, no me quites el teléfono —se escuchó quejarse a Doc al otro lado de la línea.

Gerald comenzó a dar órdenes para evacuar el castillo lo más rápido posible. Las mujeres y los niños primero.

—Me temo que nuestro amigo se ha sobrevalorado —dijo otra voz al teléfono—. Pueden estar tranquilos, no pensamos atacar su castillo, no hay motivo para ello. En pocos días la humanidad comenzará a recuperarse de esta catástrofe y necesitaremos a todo el mundo para ello.

—¿Por qué debemos creerle? —preguntó Mara.

—No tienen por qué —respondió la voz—. Pero les agradecería que no nos molestaran más, o a lo mejor a mí y a mis amigos nos da por acabar el trabajo que Doc comenzó con tanto empeño. ¿Nos entendemos?

Mara se quedó en silencio sopesando las posibilidades. Había vidas en juego. Y la venganza podía esperar.

—No le puedo prometer nada —respondió al cabo de unos segundos—. Más vale que mantengan a su doctor alejado de la civilización o no iré solamente a por él.

—Es un trato —dijo la voz al otro lado—. Que tengan un buen día, entonces.

Gerald colgó el teléfono furioso. No le gustaba que jugaran con él de esa manera, y no tenía intención de olvidarlo. No había prometido nada.

—Que comience la evacuación —ordenó a los que habían a su alrededor—. No vamos a correr el riesgo. Que un grupo de exploradores se adelante a la granja que hay a unos días de aquí y la limpie. Por ahora la convertiremos en nuestro nuevo refugio.

Doc observó los árboles que pasaban por debajo del helicóptero que le transportaba. Luego volvió la atención a su acompañante.

—No es que no le agradezca el rescate, Charlie —dijo algo molesto—. Pero, ¿era necesario quitarme el teléfono y la diversión?

—Estaba comenzando a hablar demasiado —le respondió su acompañante—. Y eso ya nos trajo problemas la última vez.

—¿De verdad que no va a acabar con ellos? —preguntó Doc, mirando por la ventanilla—. Es un peligro dejarles vivos.

—Estarán demasiado ocupados rehaciendo sus vidas —le respondió Charlie—. Mejor no tenerles como enemigos. He podido investigar a ese informático suyo, y aunque no se lo crea, no es alguien a quien deba hacer enfadar. Mejor dejarles tranquilos. Tal vez ahora que vamos a recuperar el planeta se olviden de usted y

hagan nuestro trabajo más sencillo.

—Qué lástima —dijo Doc apenado—. Pero bueno, mejor así; no tendré que mirar debajo de mi cama cada vez que me vaya a dormir para asegurarme de que no hay monstruos.

—Yo no estaría tan seguro de ello —sonrió Charlie—. Con suerte no irán a por nosotros. Ahora, ¿a por usted? Puede apostar lo que quiera. Se ha buscado unos enemigos muy poderosos Doc, recuerde mis palabras.

—No será para tanto —restó importancia Doc—. Son simples humanos, seguro que se han quedado acojonados y ahora estarán rezando para que sus palabras sean verdad. Seguro que se olvidan de mí rápidamente. Soy un enemigo demasiado poderoso para ellos.

Mara estudiaba el horizonte en silencio desde las murallas. Le pareció ver una mancha alejarse hacia el sol. Tal vez un helicóptero con Doc en su interior. Otra vez se le había escapado de entre los dedos. Suspiró. Daba igual. Un buen cazador era paciente. Y sabía que, a veces, había que esperar para cobrarse su pieza. Ella tenía intención de terminar la cacería victoriosa.

Epílogo 1

Los zombis nunca tuvieron ninguna oportunidad en las grandes ciudades.

Primero llegaron los helicópteros. Estas gigantes aves de metal se dedicaron durante una semana a limpiar las calles de coches. Día y noche lo único que hicieron fue levantar los vehículos abandonados ante la mirada de los zombis que alzaban sus brazos inútilmente para coger a los helicópteros. Cuando las calles principales estuvieron limpias llegaron los tanques, que simplemente se dedicaron a desfilar aplastando a los zombis que les salían a su paso. Detrás de ellos sólo quedaban deshechos aplastados por el peso de los tanques. Detrás de éstos llegaron los soldados con los lanzallamas. Iban además con un equipo protector para altas temperaturas y con tanques de oxígeno. A su paso quemaban los restos que los tanques habían dejado. Acompañándoles había soldados equipados con los mismos trajes pero que iban armados con fusiles de asalto para disparar a los zombis que pudieran salir de los edificios.

Y detrás de los soldados llegaron los ingenieros que se encargaron de tapiar todas las puertas y ventanas de las plantas bajas de casas y edificios. Todo vigilado bajo la atenta mirada de los soldados que protegían a los ingenieros mientras tapiaban las posibles salidas de los zombis.

Debido a lo peligroso de ir edificio por edificio limpiándolos de la presencia zombi se había decidido que era mejor encerrarlos dentro de manera que no pudieran salir. Y ya que la población mundial había descendido drásticamente, se decidió que no era necesario limpiar todos los edificios sino simplemente los necesarios. El resto de zombis ya se pudrirían en los edificios con el tiempo.

La mayoría de ciudades pequeñas se fueron recuperando según su necesidad. Una gran parte de pueblos fueron declarados fantasmas y abandonados a su suerte. Los mercenarios salían de debajo de las piedras ofreciendo limpiar esas zonas que los ejércitos habían abandonado. A veces sólo eran vividores en busca de dinero fácil, dinero que no disfrutaban cuando acababan convertidos en miembros de la población zombi que intentaban limpiar.

El mundo había cambiado pero el dinero seguía mandando y los ricos siguieron siendo ricos, incluso más, después de la plaga. Los trabajadores siguieron pringando con sueldos bajos. Al menos ahora tenían viviendas más bonitas, fruto de la caída de precios de los inmuebles. También porque los gobiernos los regalaban para repoblar.

Epílogo 2

Diciembre de 2009

Mara afilaba el cuchillo en su camarote. Lo hacía habitualmente cuando estaba nerviosa. La última información que había recibido situaba a Doc en una isla del Mediterráneo, la isla de Mallorca, en España.

Alguien llamó a la puerta de su camarote. Se levantó y envainó el cuchillo. En el estrecho pasillo se encontraba el padre Xavier.

—Llegaremos en breve —le informó el sacerdote—. Me alegro de que hayas decidido acompañarme a la isla. Con un poco de suerte te quitarás de la cabeza esa venganza tuya que te está corroyendo desde hace tantos años.

Mara sonrió. El sacerdote no sabía la verdadera razón que le había llevado a aceptar el trabajo. Era cierto que con el tiempo había considerado un compañero a Xavier, pero seguía siendo un hombre de Dios, y no creía en la justicia impartida unilateralmente. Igualmente, el padre Xavier era demasiado valioso como para dejarle sin escolta. A lo largo de los años también se había ganado enemigos. Sobre todo en el seno de la Iglesia. Ahora ambos tenían una diana sobre sus cabezas, y un precio por las mismas.

Acompañó a Xavier al puente. Con la Sexta Flota americana en la zona era complicado pasar desapercibidos. Afortunadamente habían conseguido un par de submarinos que les ayudarían a burlar la vigilancia del Gran Hermano a la hora de viajar por el mundo. Miró a través del telescopio. En la superficie comenzaba a anochecer. Era el momento ideal para desembarcar. A lo lejos podía ver las luces de la ciudad y el enorme portaaviones que estaba anclado en la bahía de Palma. Sonrió. Sería tan sencillo... Un par de torpedos y Doc sería historia... O tal vez no. Ese hombre era más escurridizo que una anguila y ya se había escapado de ella en varias ocasiones. Pero esta vez se había escondido en una ratonera.

El capitán del submarino iba dando órdenes mientras la tripulación trataba de mantenerse en silencio. Ahora lo importante era navegar haciendo el menor ruido posible. No llamar la atención y pasar por debajo de los barcos que vigilaban esas aguas.

Tras un par de horas de avance lento y silencio sepulcral el submarino salió a la superficie, cerca de una cala abandonada, antiguo hogar de pescadores. En la orilla alguien hizo unas señales con una luz. Mara desembarcó junto a Xavier y un par más de personas en un bote neumático, rumbo a la orilla.

La nave volvió a sumergirse. El plan era que se alejara y se escondiera y se mantuviera en contacto según el plan, por si había que salir huyendo. Ahora sólo quedaba deshacerse de Xavier con alguna excusa y comenzar la cacería.

FIN

(por ahora)

Cronología del universo de Apocalipsis Island

1985

- Comienzan a documentarse los primeros casos de canibalismo y violencia extrema en diversas poblaciones pequeñas; posteriormente, se reconocerá que son los primeros casos de zombis.
- **Ronald Reagan** renueva su presidencia. Las elecciones fueron en el 84, eso sí.
- Muere **Juan Pablo II** en circunstancias misteriosas. Su sustituto durará a su vez poco tiempo.
- A mediados de año comienzan a generalizarse los casos de violencia en las grandes ciudades, teniendo que decretarse la ley marcial y pedir ayuda al ejército.
- En diversos accidentes aéreos a lo largo del planeta, los equipos de rescate asisten sorprendidos a la reanimación de los cadáveres rescatados, que no dudan en atacar a las personas que querían socorrerles.
- Situaciones parecidas se viven después del terremoto ocurrido el 3 de marzo en **Chile**.
- En la capital de España, **Madrid**, se produce una terrible explosión en unos grandes almacenes, provocada por un escape de gas. En España, da comienzo oficialmente la invasión zombi cuando las dieciocho víctimas se levantan en la morgue y comienzan a atacar al personal y a los pacientes de los hospitales en los que fueron depositados.
- Una de las últimas noticias oficiales que llegan de **Inglaterra**, es el incendio del estadio **Valley Parade** en **Bradford**, que provoca la muerte de 56 personas. Será uno de los primeros focos zombis en la isla.
- Un ciclón tropical en **Bangladesh** provoca la muerte de más de 10.000 personas. Pocos días después, no queda nadie vivo en el país tras una de las plagas extendidas con más rapidez que se conoce.
- **Irán** descubre el fenómeno zombi el 27 de mayo, cuando los muertos ocasionados por un bombardeo iraquí se levantan y acaban con la gente que los estaban velando.
- El 12 de junio, España firma el tratado de adhesión a la **Comunidad Económica Europea** y entra por vía urgente en la misma, en lugar de esperar al 1 de enero de

1987. La ocasión es aprovechada por los países miembros para reunirse y hablar extraoficialmente de los zombis.

- El 2 de agosto en **Dallas (Texas, Estados Unidos)**, fallecen 133 personas al estrellarse un avión. Será uno de los primeros focos norteamericanos zombis.
- El 12 de agosto se estrella otro avión en las montañas del centro del archipiélago de **Japón**. Los equipos de rescate no pueden acceder al lugar. Días después, aparecerá un único superviviente contando cómo los muertos se alzaron y atacaron al resto de supervivientes. El ejército japonés usa bombas incendiarias en la zona.
- La comunicación con **Manchester** (Inglaterra), se corta pasado el 23 de agosto, después de que un avión se incendie y fallezcan cincuenta y cuatro personas.
- **Ciudad de México** sufre un terremoto de escala 8,1 el 19 de septiembre. Al poco, no quedará nadie vivo para contarlo.
- **Puerto Rico** asiste al levantamiento zombi cuando un desprendimiento de tierra provoca miles de muertos en **Mameyes**, sector de **Ponce**.
- El presidente **Raúl Alfonsín** declara el estado de sitio en toda **Argentina** en mayo, tras recibir informes de violencia y canibalismo en las calles de varias urbes argentinas. El peor episodio tuvo lugar durante una manifestación el 29 de abril, cuando un cuarto de millón de personas se manifestaron en Buenos Aires en apoyo al Gobierno y la Constitución, ante las amenazas de ciertos sectores de las fuerzas armadas.
- El 20 de noviembre, el huracán **Kate** arrasa varias poblaciones de **Cuba**. No se volverá a saber nada más de la isla en mucho tiempo.
- En cine, salen a la luz sin problemas, películas como ***A Chorus line***, ***Brazil***, ***Commando*** o ***El color Púrpura***.
- Los últimos campeones de Liga de fútbol en cerca de una década serán el **FC Barcelona**, en la liga española, el **Atlético de Madrid**, en la **Copa del Rey**; el **Argentinos Junior** en Argentina, el **Bayern de Munich** en **Alemania Occidental**. El **Ciritiba** en **Brasil**, el **Cobreloa** en **Chile**, el **Atlético Junior** en el **Torneo de Apertura** colombiano, el **Torneo Clausura** no se celebrará. El **Barcelona** en **Ecuador**. El **Aberdeen** en la **Premier** escocesa. El **Girondins de Burdeos** en **Francia**. El **Everton** será el último campeón de la **First Division**, y el **Manchester** de la **FA Cup** (lo que acelerará la plaga zombi en la ciudad). En **México** el **América** se proclamará campeón, mientras que en **Perú** ganará la liga el **Universitario de Deportes**. **Uruguay** verá ganar a **Peñarol** y **Venezuela** tendrá a **Estudiantes de Mérida** como último campeón.

1986

- El transbordador espacial **Challenger**, que debía despegar el 28 de enero, ve retrasado su salida, lo que hace que los técnicos descubran un problema que podría haber provocado que explotara si hubiera despegado cuando estaba previsto.
- **Israel** invade el **Líbano** el 18 de febrero.
- La **URSS** cambia los planes y no lanza la estación **Mir** el 19 de febrero. En su lugar despegará una lanzadera tripulada con armamento táctico.
- El 23 de marzo, **Estados Unidos** prueba armas nucleares contra un grupo de zombis en el desierto de **Nevada**. Los resultados no son nada convincentes, dado que provoca que los zombis que han sobrevivido a la explosión inicial se conviertan en radioactivos y propaguen la radiación.
- En la central nuclear de **Chernóbil** se produce un desastre debido a la huida de sus operadores. Toda la zona circundante es irradiada. Helicópteros rusos especialmente equipados “limpian” la zona y no quedan supervivientes. Ni vivos ni no-muertos.
- El 12 de septiembre **Vietnam** es azotado por el ciclón **Wayne**, que provocará la aparición de innumerables zombis, así como su diseminación por todo el país.
- El 10 de octubre, un terremoto sacude **El Salvador**. Miles de zombis son generados en pocos días, y el país es sometido posteriormente, de forma rápida.

1987

- El 5 de marzo, **Ecuador** ve cómo desaparecen centenares de personas debido a dos terremotos de escala 6,1 y 6,9. Poco después, el país caerá en el caos total y no quedarán prácticamente supervivientes en la zona.
- El 6 de septiembre, lluvias torrenciales caen sobre **Venezuela**, arrastrando zombis y supervivientes por igual y desperdigando la plaga por el resto de la zona.

1985 – 1987

- Putin se hace con el poder en la **URSS** por petición popular. Su primera orden es la de cerrar las fronteras del bloque de países del telón de acero, y disparar a

matar a cualquiera que trate de penetrar en zona comunista a través de esas fronteras. Los países comunistas aceptan la ayuda del ejército soviético en su lucha contra los zombis.

- **Japón** controla, prácticamente sin problemas, el alzamiento de no-muertos, debido sobre todo a su costumbre de quemar a sus muertos y al bajo índice de mortalidad del país. Para impedir una contaminación externa se cierran sus fronteras y se pone en alerta a su ejército de defensa.
- Las poblaciones de **India** y **Pakistán** son exterminadas por los zombis, así como las de **Shanghái** y **China**. Algunos poblados aislados consiguen sobrevivir.
- **Ciudad del Vaticano** se convierte en un faro de la fe cristiana, resistiendo con ayuda del ejército italiano y de cruzados venidos de todas las partes del mundo.

1987 – 2010

- Se decide usar la zona de la **Península del Sinaí** y el canal del **Bósforo** como fronteras naturales para aislar esas zonas y dejarlas en manos de los zombis. De esta manera, **Sudamérica**, **África** y casi toda **Asia**, son abandonadas a su suerte.
- La **URSS** absorbe los conocidos como *países detrás del telón de acero*.
- La **URSS** decide usar unilateralmente algunas bombas de neutrones en Asia para limpiar algunas zonas donde no quedarán supervivientes, ni vivos ni muertos. Se calcula que esas zonas de Asia serán inhabitables hasta que no se limpie el cobalto 60 existente y la radiación generada accidentalmente.
- **Israel** aprovecha la excusa zombi para arrasar **Palestina**.
- La amenaza del agujero de la capa de ozono desaparece.
- La **Santa Sede** levanta el voto de castidad debido a la baja población mundial, y para recuperar el espíritu de los apóstoles originales.
- **España** recupera **Gibraltar**. **Ceuta** y **Melilla** se convierten en el único punto de contacto con el continente africano por su lado norte. Ambas ciudades sólo contienen unidades de la **Legión** y son usadas para entrenamiento de tropas a nivel internacional.
- Los **Mundiales de Fútbol** de 1986 y 1990 no se celebran.
- Las **Olimpiadas** de 1988 y 1992 no se celebran.
- Las **Olimpiadas** de 1996 se celebran en Barcelona.
- El Mundial de 1994 se celebra en **Italia**.

- No hay eventos deportivos globales entre 1987 y 1993, debido a la reconstrucción y recuperación de los países.

SITUACIÓN POLÍTICA 1985 – 2010

- **Estados Unidos: Ronald Reagan** mantiene su presidencia siendo posteriormente sustituido por **George H. W. Bush** (dos mandatos: 1989 – 1997), **George W. Bush** (dos mandatos: 1997 – 2005), **Dick Cheney** (dos mandatos: 2005 – ¿2013?)
- **España: Manuel Fraga Iribarne** se hace con el poder a través de su partido, **Alianza Popular**, siendo posteriormente relevado por el actual presidente, **José María Aznar. Carrillo** y el **Partido Comunista** se convierten en la segunda fuerza política gracias al resurgir de la **Unión Soviética**.

SITUACIÓN POLÍTICA EN EL 2010

- **Estados Unidos: Dick Cheney** es el presidente del país, siendo su vicepresidenta Sarah Palin.
- **Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas: Vladimir Putin** sigue siendo el premier ruso.
- **España: José María Aznar** es el nuevo presidente del país.
- **Italia: Berlusconi** se hace con el poder sin problemas, apoyado por la Iglesia Católica.
- **Francia: Jean Marie Le Pen** ganó las elecciones usando el miedo de las personas a su favor.
- **Inglaterra:** Se desconoce qué ocurre en la isla.
- **Japón:** Desde el comienzo de la plaga, sigue una política aislacionista que la mantiene separada del resto del mundo. No se sabe qué pasa en su interior, dado que han conseguido interferir con las imágenes de los satélites y nadie ha logrado escapar con vida de las islas. Los vehículos que invaden su espacio aéreo desaparecen y no se vuelve a saber nada de los mismos ni de sus ocupantes.
- **Australia:** Después de que la reina **Isabel II** se traslade hasta el que es el sexto país más grande del mundo, comienzan a producirse brotes serios de violencia entre algunos sectores radicales que desean cambiar el término de la nación por el de Britania.

- **México:** Parte del país es anexionado a los **Estados Unidos**, que construye un gran muro para separar a los vivos de los no-muertos.
- **Cuba:** Las vistas aéreas y las incursiones terrestres revelan que no queda nadie vivo y que sólo hay zombis.
- **Ciudad del Vaticano:** El nuevo Papa es el camarlengo del antiguo Santo Padre.
- **Sri Lanka** y **Siria** consiguen dominar el fenómeno zombi con ayuda.
- **Israel, Arabia Saudí** y **Qatar** consiguen también vencer a los zombis, gracias en parte a su orografía.
- A nivel mundial se decide que la política a corto plazo será la de aumentar la población mundial, y dejar en un plano secundario recuperar territorios en poder zombi que no sean de vital importancia o en entornos no controlables. Sólo se harán incursiones para obtener materias primas como petróleo.

OCIO

- **Platoon** se convierte en una película sobre la experiencia de los soldados norteamericanos en la guerra contra los zombis.
- Las películas de temática *Sci-fi* desaparecen, prácticamente.
- **Top Gun** se estrena con retraso, pero mantiene el guión sin problemas.
- **Rambo III** narra la lucha del protagonista en territorio zombi ocupado, para rescatar a un camarada suyo.
- **La jungla de Cristal** pasa a transcurrir en un edificio lleno de zombis mutados inteligentes.
- Los cómics viven un nuevo resurgir, gracias a cabeceras patrióticas como el **Capitán América** o **Tio Sam**.
- **Josh Weddon** estrena **Buffy, cazazombis**.
- En **Depredador**, el protagonista se enfrentará a un zombi extraterrestre que se dedica a cazar humanos en las junglas de **Sudamérica**.
- **Robocop** narra las aventuras de un soldado muerto y reconvertido en robot, en su lucha para recuperar la ciudad de **Detroit** en manos de los zombis.